LAS MEJORES HISTORIAS SINIESTRAS

ANTOLOGIA



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Título Original: **STORIES STRANGE AND SINISTER**

Edición en lengua original:

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Edición especial: marzo, 1974

Impreso en España
Printed in Spain

ISBN 84-02-03562-0
Depósito legal: B. 5.926 – 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1974

CONTENIDO

DENTRO Y FUERA Herman Hesse

Drinnen und Draussen, Hermann Hesse

Traducción de
Juan M. Díaz

Había una vez un hombre llamado Frederick; se dedicaba a tareas intelectuales y poseía una amplia extensión de conocimientos. Sin embargo, no todos los conocimientos significaban lo mismo para el, ni apreciaba cualquier actividad intelectual. Tenía preferencia por un cierto tipo de pensamiento, desdeñando y detestando los otros Sentía un profundo amor y respeto por la lógica —ese método admirable— y, en general, por lo que el llamaba «ciencia».

«Dos y dos son cuatro —acostumbraba a decir—. Esto es lo que creo, y el hombre debe construir su pensamiento sobre la base de esta verdad»

No ignoraba, sin duda, que existían otras clases de pensamiento v cultura, pero no los consideraba como «ciencia», y tema una pobre opinión de ellos Aunque librepensador no era intolerante con la religión. La religión estaba fundada en un tácito acuerdo entre científicos Durante varios siglos su ciencia había abarcado casi todo lo que existía sobre la tierra y era digno de conocerse, con una sola excepción: el alma humana. Con el transcurso del tiempo, se convirtió en costumbre abandonar esta materia a la religión, y permitir sus especulaciones sobre el alma, aunque sin considerarlas seriamente Según esto, Frederick era también tolerante en lo referente a la religión. no obstante, todo lo que significaba superstición le era profundamente odioso y repugnante Pueblos lejanos, incultos y retrasados podían recurrir a ella; en la remota antigüedad podía admitirse el pensamiento místico o mágico; pero con el nacimiento de la ciencia y de la lógica esas anticuadas y dudosas herramientas carecían de sentido.

Eso es lo que decía y lo que pensaba. Cuando algún vestigio de superstición aparecía ante él, se encolerizaba y sentía como si hubiese sido atacado por algo hostil.

No obstante, lo que más le irritaba era hallar tales vestigios entre hombres de su propia clase, educados y versados en los principios del pensamiento científico. Y nada le era tan doloroso e intolerable como el concepto escandaloso —que había oído recientemente formulado y discutido incluso por hombres de gran cultura—, la idea absurda de que el «pensamiento científico» no era posiblemente un hecho supremo,

independiente del tiempo, eterno, preordinado e inexpugnable, sino sólo uno de tantos, una transitoria manera de pensar, no impenetrable al cambio y a la decadencia. Esa creencia irreverente, destructiva y venenosa se extendía; ni el propio Frederick era capaz de negarlo; había surgido al azar como resultado de la angustia originada en todo el mundo por la guerra, la revolución, y el hambre, a la manera de un aviso, como espiritual escritura de una blanca mano sobre un blanco muro.

Mientras más sufría Frederick por la existencia de esa idea y por lo profundamente que lograba afligirle, más apasionadamente la atacaba, tanto a ella como a aquéllos a quienes sospechaba sus secretos defensores. Hasta entonces sólo muy pocas personas verdaderamente cultivadas habían proclamado abierta y francamente su fe en la nueva doctrina, que parecía destinada, de lograr difusión y fuerza, a destruir todos los valores espirituales sobre la tierra y a provocar el caos. Pero la situación no había llegado aún a tal extremo, y los dispersos mantenedores, eran tan pocos en número, que cabía considerarlos como casos singulares y excéntricos, elementos peculiares. Pero una gota del veneno, una emanación de esa idea, podía ser percibida en cualquier momento. De un modo u otro podían surgir entre

el pueblo y los medios cultivados una serie de nuevas doctrinas esotéricas, con sus sectas y discípulos; el mundo estaba lleno de ellas, por doquier se veía amenazado por la superstición, el misticismo, los cultos espirituales, y otras fuerzas misteriosas, a las cuales era necesario combatir, pero la ciencia, por un particular sentimiento de debilidad, les había concedido hasta el presente vía libre.

Un día, Frederick visitó a uno de sus amigos, con quien frecuentemente había investigado. Hacía algún tiempo desde la última vez que le vio. Mientras iba subiendo por la escalera de la casa, intentó recordar cuándo y dónde había estado por última vez en compañía de su amigo, pero, aunque se enorgullecía de su excelente memoria, no lo conseguía. Imperceptiblemente molesto y malhumorado, mientras aguardaba ante la puerta de su amigo, intentó liberarse de esta sensación.

Apenas había saludado a Erwin, su amigo, cuando advirtió en su cordial semblante una cierta, aunque reprimida sonrisa, que le pareció advertir por primera vez. Apenas vio aquella sonrisa, en cierto modo burlona u hostil pese a su apariencia amistosa, recordó inmediatamente lo que estuvo buscando infructuosamente en su memoria, su último y anterior encuentro con Erwin. Recordó que se habían separado sin haber discutido, desde luego, pero con una sensación de discordia interna y disgusto, porque Erwin, había prestado entonces muy escaso apoyo a sus ataques contra los dominios de la superstición.

Era extraño. ¿Cómo podía haber olvidado aquello por completo? Comprendió también que ésa era la única razón de haber evitado a su amigo durante tanto tiempo, simplemente ese descontento, y que desde el principio había sido consciente de ello, aunque se inventó una multitud de excusas para el repetido aplazamiento de esta visita.

Ahora se enfrentaban el uno al otro; Frederick sintió que la pequeña grieta de aquel día había experimentado un tremendo ensanchamiento. Intuyó que algo fallaba entre él y Erwin, que hasta entonces siempre estuvo presente, un aura de solidaridad, de espontánea comprensión, de afecto incluso. Ahora existía un vacío. Se saludaron; hablaron del tiempo, de sus conocidos, de su salud y —¡Dios sabe por qué!— a cada palabra Frederick tuvo la molesta sensación de que no comprendía bien a su amigo, de que Erwin no le conocía realmente, de que sus palabras estaban errando el blanco, de que no era posible hallar ninguna base común para una verdadera conversación. Con mayor motivo por cuanto Erwin exhibía aún en su rostro aquella amistosa sonrisa, que Frederick estaba empezando casi a odiar.

Durante una pausa en la laboriosa conversación, Frederick miró en torno suyo al estudio que conocía tan bien y vio una hoja de papel clavada con un alfiler en la pared. Esta imagen le conmovió extrañamente, despertando antiguos recuerdos: hacía mucho tiempo, en sus años de estudiante, Erwin tenía ese hábito, a veces, para conservar el dicho de un pensador o el verso de un poeta frescos en su mente. Se levantó y se dirigió hacia la pared para leer el papel.

Allí, en la bella escritura de Erwin, leyó las siguientes palabras: «Nada está fuera, nada está dentro; pues lo que está fuera está dentro».

Pálido, permaneció inmóvil durante un momento. ¡Allí estaba! ¡Eso era lo que temía! En otra ocasión habría ignorado aquella hoja de papel, la habría tolerado caritativamente como una genialidad, como una debilidad inocente a la que cualquiera estaba expuesto, quizá como un frívolo sentimentalismo que pedía indulgencia. Pero ahora era diferente. Sintió que esas palabras no habían sido escritas por un fugaz impulso poético; no era por capricho que Erwin hubiera vuelto después de tantos años a la práctica de su juventud. ¡Aquella frase era una confesión de misticismo!

Lentamente se volvió para mirarle al rostro, cuya sonrisa era de nuevo radiante.

—¡Explícame esto! —exigió.

Erwin hizo un gesto afirmativo con la cabeza, lleno de amistad.

—¿Nunca has leído este dicho?

—¡Naturalmente! —gritó Frederick—. Claro que lo conozco. Es misticismo, es gnosticismo. Quizá sea poético, pero... ¡De todas formas, explícamelo, y dime por qué lo has puesto en la pared!

—Con mucho gusto —dijo Erwin—. El dicho es una primera introducción a una epistemología que he estado investigando últimamente, y que me ha proporcionado ya muchas satisfacciones.

Frederick reprimió su arrebato. Preguntó:

—¿Una nueva epistemología? ¿Qué es? ¿Cómo se llama?

—¡Oh! —contestó Erwin—, únicamente es nueva para mi. Es ya muy antigua y venerable. Se llama magia.

La palabra había sido pronunciada. Asombrado y so-sobrecogido por tan cándida confesión, Frederick, comprendió con un estremecimiento, que se hallaba enfrentado cara a cara con el archienemigo, en la persona de Erwin. No sabía si estaba más cerca de la rabia o de las lágrimas; le poseía un amargo sentimiento de irreparable pérdida. Durante una larga pausa permaneció callado.

Luego, con una pretendida decisión en su voz, atacó:

—¿Así que deseas ahora convertirte en un mago?

—Sí —contestó Erwin sin vacilar.

—Una especie de aprendiz de brujo, ¿eh?

—Ciertamente.

Hubo tanta quietud que podía oírse el tic-tac de un reloj en la habitación contigua.

Frederick agregó después:

—Esto significa que abandonas toda relación con la ciencia seria, y por lo tanto toda relación conmigo.

—Espero que no sea así —contestó Erwin—. Pero si no hay otro remedio, ¿qué puedo hacer?

—¿Qué puedes hacer? —estalló Frederick—. ¡Toma, rompe, rompe de una vez por todas con esa puerilidad, con esa vil y despreciable creencia en la magia! Eso puedes hacer, si deseas conservar mi respeto.

Erwin sonrió un poco, aunque también su alegría se había desvanecido.

—Hablas como si... —murmuró, tan suavemente que a través de sus quedas palabras la irritada voz de Frederick aún parecía resonar por toda la habitación—, hablas como si eso estuviese dentro de mi voluntad, como si me quedara elección, Frederick. No es ése el caso. No tengo ninguna elección. No fui yo quien escogió la magia: ella me

escogió a mí.

Frederick suspiró profundamente.

—Entonces, adiós —dijo hastiadamente, y se levantó, sin ofrecerle su mano.

—¡Así, no! —exclamó Erwin—. No debes separarte de mí de ese modo. Imagina que uno de nosotros yace en su lecho de muerte —¡y en verdad que así es!—, y que debemos decirnos adiós.

—¿Pero quién de nosotros va a morir, Erwin?

—Hoy probablemente yo, amigo mío. Cualquiera que desee nacer de nuevo, debe estar preparado para morir.

Una vez más Frederick se dirigió a la hoja de papel y leyó el dicho.

—Muy bien —admitió al fin—. Tienes razón, no sirve para nada separarnos con ira. Haré lo que deseas; imaginaré que uno de nosotros se está muriendo. Antes de irme, quiero pedirte una última cosa.

—Me alegro —repuso Erwin—. Dime, ¿qué atención puedo demostrarte en nuestra despedida?

—Repito mi primera pregunta, y ésta es también mi petición: explícame ese dicho lo mejor que puedas.

Erwin reflexionó un momento y luego dijo:

—Nada está fuera, nada está dentro. Conoces el significado religioso de esto: Dios está en todas partes.

Está en el espíritu, y también en la naturaleza. Todo es divino, porque Dios es todo. Antiguamente esto recibía el nombre de panteísmo. En lo que concierne al significado filosófico, estamos acostumbrados a separar el dentro del fuera en nuestro pensamiento; sin embargo, esto no es necesario. Nuestro espíritu es capaz de superar los límites que hemos fijado para él, en el Más Allá. Más allá del par de antítesis que constituye nuestro mundo, comienza un nuevo y diferente conocimiento... Pero, mi querido amigo, debo confesarte que, desde que mi pensamiento ha cambiado, ya no existen para mí palabras ambiguas ni dichos: cada palabra tiene decenas, centenares de significados. Y ahí empieza lo que temes... la magia.

Frederick frunció las cejas y estuvo a punto de interrumpirle. Pero Erwin le miró de forma desarmante y continuó, hablando más distintamente:

—Déjame darte un ejemplo. Llévate algo mío, cualquier objeto, y examínalo un poco de cuando en cuando. Pronto el principio del dentro y el fuera te revelará uno de sus muchos significados.

Dio una ojeada en torno a la habitación, tomó una pequeña estatuilla de

arcilla de un anaquel, y se la dio a Frederick, diciendo:

—Toma esto como regalo de despedida, ¡Cuando este objeto que coloco en tus manos cese de estar fuera de ti y esté dentro de ti, ven a mí de nuevo! ¡Pero si permanece fuera de ti, tal como está ahora, para siempre, entonces esta separación tuya de mí será también para siempre!

Frederick quiso hablar todavía, pero Erwin tomó su mano, la estrechó, y se despidió de él con una expresión que no admitía réplica.

Frederick se retiró: descendió la escalera (¡qué largo le pareció el tiempo desde que la había subido!); se dirigió a través de las calles a su casa, perplejo y angustiado, con la pequeña figura de barro en la mano. Se detuvo frente, a su morada, apretó fieramente el puño sobre la estatuilla durante un momento, y sintió un irresistible impulso de romper el ridículo objeto contra el suelo. Nunca se había sentido tan agitado, tan movido por emociones antagónicas.

Buscó un lugar para el obsequio de su amigo, y puso la figura en la parte superior de un estante de su librería. Por el momento la dejó allí.

Ocasionalmente, según fueron pasando los días, la miró, meditando sobre ella y sus orígenes, considerando el significado que tan disparatado objeto iba a tener para él. Se trataba de una pequeña figura que representaba un hombre, o un dios, o un ídolo, con dos rostros, como el dios romano Jano, modelada más bien toscamente en arcilla y cubierta con un tostado y algo cuarteado barniz. La pequeña imagen tenía un aspecto grosero e insignificante; no era desde luego una obra griega o romana; probablemente se trataba del trabajo de alguna raza inferior y primitiva de África o de los Mares del Sur. Los dos rostros, que eran exactamente iguales, mostraban una sonrisa apática, indolente y débilmente burlona; el pequeño gnomo prodigaba su estúpida sonrisa de modo en especial desagradable.

Frederick no pudo acostumbrarse a la figura. Le resultaba totalmente inestética y ofensiva, se interponía en su camino, le turbaba. Ya al día siguiente la tomó para dejarla sobre la estufa, y pocos días después la trasladó a un aparador. Pero una y otra vez aparecía en el campo de su visión, como si le estuviese imponiendo su presencia; se reía de él fría y estúpidamente, se daba tono, exigía atención. Tras unas cuantas semanas la puso en la antecámara, entre las fotografías de Italia y los recuerdos triviales que jamás miraba nadie. Ahora, al menos, sólo veía al ídolo al entrar o al salir, pasaba junto a él rápidamente, sin prestarle atención. Pero, también allí el objeto le fastidiaba, aunque no quiso admitirlo.

Con aquel juguete, con aquella monstruosidad de dos caras, la vejación

y el tormento habían entrado en su vida.

Un día, meses más tarde, regresó de un corto viaje. Emprendía ahora tales excursiones de cuando en cuando, como si algo le empujase secretamente. Entró en su casa, atravesó la antecámara, fue saludado por la criada, y leyó las cartas que le aguardaban. Pero seguía intranquilo, como si hubiera olvidado algo importante; ningún libro le tentaba, ningún sillón era cómodo. Empezó a torturar su mente, ¿cuál era la causa? ¿Había descuidado algo importante? ¿Comido algo que pudiese trastornarle? Al reflexionar, descubrió que esta sensación de inquietud había aparecido al entrar en el apartamento. Volvió a la antecámara e involuntariamente su primera mirada buscó la figura de arcilla.

Un extraño terror se apoderó de él al no ver al ídolo. Había desaparecido. No estaba. ¿Se había marchado caminando con sus pequeñas piernas de barro? ¿Había volado? ¿Desapareció por artes mágicas?

Frederick recobró la calma, y sonrió ante su nerviosismo. Luego empezó a buscar tranquilamente por toda la habitación. Al no encontrar nada, llamó a la criada. Parecía turbada, y admitió en seguida que se le había caído el objeto mientras limpiaba.

—¿Dónde está?

Ya no estaba en ninguna parte. Tan sólido, como aparentaba ser el pequeño objeto; ella lo tuvo a menudo en sus manos. Sin embargo, se había roto en mil pedazos. Llevó los fragmentos a un taller, donde simplemente se rieron de ella. Luego los había tirado.

Frederick despidió a la criada. Sonrió. Se sentía contento. ¡Qué poco le importaba el ídolo! La abominación había desaparecido; ahora tendría paz. ¿Por qué no habría deshecho el objeto a golpes desde el primer día? ¡Cómo había sufrido todo aquel tiempo! ¡De qué forma indolente, extraña, astuta, perversa, diabólica le había sonreído el ídolo! Ahora que había desaparecido, podía admitir la verdad: había temido verdadera y sinceramente a aquel dios de barro. ¿No era el emblema y el símbolo de todo cuanto le era repugnante e intolerable, de todo cuanto reconoció siempre como pernicioso, hostil, y digno de supresión, un estandarte de todas las supersticiones, de todas las tinieblas, de toda coerción de la conciencia y el espíritu? ¿No representaba esa horrible fuerza que se siente a veces bramando en las entrañas de la tierra, ese lejano terremoto, esa próxima extinción de la cultura, ese naciente caos? ¿No le había robado aquella despreciable figura a su mejor amigo, es más, no robado, sino convertido en enemigo? Ahora el objeto había desaparecido. Desvanecido. Roto en mil pedazos. Acabado. Era mucho mejor que si lo hubiera destruido por sí mismo.

Eso pensó, o dijo. Y volvió a sus asuntos como antes.

Pero la maldición persistió. Justamente cuando había conseguido acostumbrarse más o menos a aquella ridícula figura, precisamente cuando verla en su lugar habitual en la mesa de la antecámara se le había hecho gradualmente familiar y nada importante, era cuando su ausencia empezó a atormentarle. Sí, la echaba a faltar cada vez que cruzaba aquella estancia; veía constantemente el espacio vacío donde había estado, y el vacío emanaba de aquel lugar y llenaba la habitación entera.

Malos días y peores noches empezaron para Frederick. Ya no podía atravesar la antecámara sin pensar en el ídolo de las dos caras, sin echarlo a faltar; sintiendo que sus pensamientos estaban unidos a él. Una agónica obsesión creció en su interior. Y no era simplemente al cruzar aquel cuarto cuando se sentía prisionero de su obsesión. De la misma forma en que el vacío y la desolación irradiaban del ahora vacío lugar en la mesa de la antecámara, aquella idea obsesiva irradiaba dentro de él, empujaba todo lo demás a un lado, enconándole y llenándole de extrañeza y desolación.

Una y otra vez imaginó la figura con suma claridad, para demostrarse a sí mismo lo absurdo de afligirse por su pérdida. Pudo verla en toda su estúpida fealdad y barbarie, con su vacua pero astuta sonrisa, con sus dos caras; impulsado como por una coacción, lleno de odio y con la boca torcida, se descubrió a sí mismo intentando reproducir aquella sonrisa. Le incomodaba la duda de si las dos caras eran en realidad exactamente iguales. ¿No tenía una de ellas, quizá simplemente por una pequeña aspereza o cuarteo en el barniz, una expresión algo distinta? ¿Algo raro? ¿Algo enigmático? ¡Qué peculiar era el color de aquel barniz! El verde, y el azul, y el gris, pero también el rojo, se mezclaban en él, un barniz que ahora hallaba a menudo en otros objetos, en una reflexión del sol de la ventana o en los reflejos de un húmedo pavimento.

Cavilaba mucho sobre aquel barniz, incluso por la noche. Le extrañó igualmente lo extraña, rara, malsonante, poco familiar, casi maligna que era la palabra «barniz». La analizó; llegó hasta invertir el orden de sus letras. Entonces leía «zinrab». Pero, ¿de dónde demonios tomaba su sonido aquella palabra? Conocía la palabra «zinrab», por supuesto que sí; además, era una palabra hostil y mala, una palabra con perversas e inquietantes implicaciones. Durante mucho tiempo le atormentó esa pregunta. Finalmente dio con la respuesta: «zinrab» le recordaba un libro que había comprado y leído hacía muchos años durante un viaje, y que le había aterrado, atormentado, pero fascinado secretamente; se titulaba *Princesa Zinraka.* Era como una maldición: todo lo relacionado con la estatuilla —el barniz, el azul, el verde, la sonrisa— significaba

hostilidad, eran sinónimos de torturas y venenos. ¡De qué forma tan peculiar en otro tiempo Erwin, su amigo, había sonreído mientras ponía el ídolo en su mano! Una forma muy peculiar, muy significativa, muy hostil.

Frederick resistió valientemente —y muchos días no sin éxito— la tendencia obsesiva de sus pensamientos. Presentía el peligro claramente: ¡volverse loco! No, era mejor morir. La razón es necesaria, la vida no. Y se le

ocurrió que quizá *eso* era la magia, que Erwin, con la ayuda de aquella figura, le había encantado en cierto modo, y que debería sucumbir en un sacrificio como el defensor de la razón y la ciencia contra aquellos funes-tos poderes, Sin embargo, de ser así, si eso era posible, la magia *existía,* la hechicería *existía,* ¡No, mejor era morir!

Un doctor le recomendó paseos y baños. A veces, en busca de distracción, pasaba la noche en una posada. Pero no le sirvió de nada. Maldecía a Erwin y se maldecía a sí mismo.

Una noche, como solía hacer ahora con frecuencia, se retiró temprano y estuvo inquieto en la cama, imposibilitado de dormir. Se sentía indispuesto e intranquilo. Deseaba meditar, deseaba hallar tranquilidad, decirse cosas reconfortantes, tranquilizadoras, frases de recta serenidad y claridad. «Dos y dos son cuatro». Nada vino a su mente; en un estado casi de delirio musitó sonidos y sílabas para sí. Gradualmente las palabras se formaron en sus labios, y varias veces, sin comprender su significado, repitió la misma frase para sí, como si hubiese tomado forma en él de algún modo. La murmuró una y otra vez, como si absorbiese una droga, como si en ella buscase a tientas su camino hacia el sueño que le eludía en el estrecho sendero que bordeaba el abismo.

Pero súbitamente, al levantar un poco la voz, las palabras que estaba musitando penetraron en su conciencia. Las conocía: «¡Sí, ahora estás dentro de mí!» E instantáneamente comprendió. ¡Supo lo que significaban, que se referían al ídolo de arcilla, que entonces, en aquella hora gris de la noche, se había cumplido puntual y exactamente la profecía que Erwin le había hecho un espantoso día, que la figura que sostuvo desdeñosamente en sus dedos ya no estaba fuera de él sino dentro de él! «Pues lo que está fuera está dentro».

Incorporándose de un salto, experimentó como si le estuvieran haciendo una transfusión de hielo y fuego. El mundo vacilaba a su alrededor, los planetas le miraban fija y alocadamente. Encendió la luz, se puso algu-nas ropas, abandonó su casa y corrió en plena noche hacia la de Erwin. Vio una luz encendida en la ventana del estudio que conocía tan bien; la puerta de la casa estaba abierta: todo parecía estar esperándole. Subió precipitadamente la escalera. Penetró con paso inseguro en el estudio

de Erwin, y se apoyó con temblorosas manos sobre la mesa. Erwin se hallaba sentado junto a la lámpara, bajo su suave luz, pensativo y sonriente.

Cortésmente Erwin se puso en pie.

—Has venido. Eso está bien.

—¿Has estado esperándome? —preguntó Frederick.

—He estado esperándote, como sabes, desde el momento en que te fuiste de aquí con mi pequeño obsequio. ¿Ha sucedido lo que dije entonces?

—Ha sucedido —admitió—. El ídolo está dentro de mí. Ya no puedo soportarlo más.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Erwin.

—No lo sé. Haz lo que quieras. ¡Explícame más acerca de tu magia! Dime si el ídolo puede salir de mí otra vez.

Erwin puso su mano sobre el hombro de su amigo. Le condujo hacia un sillón y le obligó a sentarse en él. Luego dijo cordialmente, en un casi fraternal tono de voz:

—El ídolo saldrá de ti otra vez. Ten confianza en mí. Ten confianza en ti mismo. Has aprendido a creer en él. ¡Ahora aprende a amarlo! Está dentro de ti, pero continúa muerto, es aun un fantasma para ti. ¡Despiértalo, háblale, pregúntale! ¡Pues es tú mismo! ¡No le odies, no le temas, no le atormentes! ¡Cómo has atormentado a ese pobre ídolo, que sin embargo eras tú mismo! ¡Cómo te has atormentado a ti mismo!

—¿Es ése el camino de la magia? —preguntó Frederick. Se hallaba profundamente hundido en el sillón, como si hubiera envejecido, y su voz era débil.

—Ese es el camino —contestó Erwin—, y quizá has dado ya el paso más difícil. Has hallado por experiencia que el fuera puede convertirse en el dentro. Has estado más allá del par de antítesis. ¡Te pareció el infierno; aprende ahora amigo mío, qué es el cielo! Porque es el cielo el que te espera. Mira, esto es la magia: intercambiar el fuera y el dentro, no por el impulso, ni con la angustia, como tu lo has hecho, sino libremente, voluntariamente. Llama al pasado, llama al futuro: ¡ambos se hallan en ti! Hasta hoy has sido el esclavo del dentro. Aprende a ser su dueño. Eso es la magia.

¿QUIEN SABE? Guy de Maupassant

Qui sait?, Guy de Maupassant
Traducción de Rosa Moreno Roger

¡Dios mío! ¡Dios mío! Quisiera ser capaz de descubrir lo que me ha sucedido. Pero..., ¿me atreveré? ¿Podré hacerlo?... Es una locura, tan fantástico, tan inexplicable e incomprensible..,

Si no estuviera seguro de lo que vi, completamente convencido de que en mi razonamiento no hubo ningún eslabón suelto, ni error alguno en mis investigaciones, ni lagunas en la inflexible secuencia de mis pensamientos, me hubiera creído víctima de una alucinación, juguete de una visión extraña. Después de todo..., ¿quién sabe?

Me hallo ahora en un sanatorio particular, aunque entré en él voluntariamente y empujado, además, por la prudencia y el temor. Sólo un ser viviente conoce mi historia: el médico de este lugar. A duras penas sé yo mismo por qué voy a escribirla. Quizá por ver si de esta forma me libro de ella, o porque llena mi mente como una pesadilla insoportable.

He aquí lo que tengo que decir:

He sido siempre un introvertido, un soñador, una especie de filósofo desarraigado, lleno de sentimientos afables, satisfecho con poco, y sin resentimiento particular alguno contra los hombres o contra el destino. Toda mi vida viví solo porque la presencia de otras personas me producía un agudo estado de incomodidad. ¿Cómo podría explicarlo? No es que rehuyera ver a la gente, hablar con ella, o cenar con los amigos. Pero cuando llevaba un tiempo haciéndolo, incluso con aquellos con los que me sentía más compenetrado, me aburrían, me fatigaban en extremo y me ponían nervioso, invadiéndome unos deseos enormes de perderlos de vista, o de irme yo y quedar solo por completo.

Esta tendencia al alejamiento es más que un deseo; representa, en mí, una irresistible necesidad. Si hubiera persistido en frecuentar la compañía de las gentes, y no ya escucharlas durante un lapso de tiempo, sino tan sólo oírlas, me hubiera sucedido algo grave. ¿El qué? ¿Quién sabe? Quizá sólo me hubiera desmayado. Probablemente hubiera sido así.

Siento tal pasión por la soledad que no puedo soportar la idea de que otros duerman bajo mi mismo techo. Me es imposible vivir en París a causa de la indefinible angustia que en esta ciudad se apodera de mí. Siento que mi espíritu muere, y notar la vasta muchedumbre de vidas a mi alrededor, aunque duerman, me produce dolores en el cuerpo y me

daña los nervios. ¡Me es más insoportable la gente cuando duerme que cuando habla! No he podido nunca descansar sabiendo que al otro lado de la pared hay vidas en suspenso, sumidas en esos períodos regulares de falta de consciencia.

¿Por qué estoy hecho así? ¿Quién sabe? El motivo quizá es muy simple. Sencillamente me aburre todo lo que existe más allá de mí mismo. Y hay muchos a quienes les ocurre lo mismo.

En el mundo viven dos especies de personas: los que necesitan a los demás, que se sienten entretenidos, ocupados y vivificados por ellos, y que se encuentran aburridos, exhaustos y enervados por la soledad como si se tratara de subir un glaciar terrible o de atravesar el desierto; y aquéllos a quienes su prójimo les resulta fastidioso y agotador, y que hallan paz en el aislamiento y son tranquilizados por la soledad y actividad imaginativa de sus cerebros.

Este es un fenómeno físico normal. Los unos están hechos para vivir de forma extrovertida y los otros introvertida. Yo mismo tengo una cierta capacidad de atención para con los demás, pero en cuanto he llegado al limite de la misma, mi cuerpo y mi mente sufren una angustia intolerable.

El resultado fue que me replegué en mí mismo para dedicar mi atención a las criaturas inanimadas, que adquirieron para mí la misma importancia que las vivientes. Mi casa se ha convertido, mejor dicho se convirtió, en un mundo donde yo vivía una vida solitaria y activa rodeado de objetos, muebles y chucherías, a los que me unía el mismo afecto que si se tratasen de rostros de amigos. Los había ido reuniendo poco a poco y esparcido por doquier, sintiéndome en mi hogar tan contento y feliz como si me hubiera encontrado en los brazos de una amorosa mujer, cuyas caricias familiares se convirtieran en una necesidad agradable.

La casa se alzaba en medio de un hermoso jardín aislado de los caminos y de la ciudad por una verja, que sólo abría en las raras ocasiones en que me dejaba atraer por la vida de sociedad. Todos mis criados dormían en un edificio apartado, al extremo del huerto, rodeado por una valla alta. La melancólica llegada de la noche entre el silencio de mi escondida vivienda, perdida bajo las hojas de los grandes árboles, me era tan tranquilizante y agradable que cada noche retrasaba varias horas el momento de acostarme, para disfrutar más tiempo de aquella sensación.

Un día, en un teatro cercano representaron *Sigurd.* Fue la primera vez que tuve la ocasión de oír aquel maravilloso drama musical y me procuró la más grande de las delicias.

Me encaminé a pie a mi casa, con la cabeza llena de melodías y los ojos de visiones encantadoras. La noche era tan oscura, las tinieblas tan fantasmales, que más de una vez estuve a punto de desorientarme y caer en la cuneta. Desde la puerta de la verja hasta la casa habrá medio kilómetro, quizá un poco más, o sea unos veinte minutos de paseo. Era la una de la madrugada o la una y media, el cielo empezaba a mostrar una ligerísima luz y delante mío apareció la desvaída forma de la luna menguante. Cuando sale la luna creciente, a las cuatro o las cinco de la tarde, presenta una luz brillante y alegre como de plata; en cambio, después de media noche es apagada, triste y siniestra. Es una verdadera luna de noche de brujas. Esta es una impresión, la que habrán experimentado todos los paseantes nocturnos.

La luna creciente envía un rayo de luz penetrante que alegra el corazón y disuelve las sombras que envuelven la tierra, pero la menguante extiende una claridad moribunda, que apenas atraviesa la oscuridad.

Al percibir la sombría masa del jardín sentí, no sé cómo, una cierta prevención a entrar en él. Aflojé muy levemente el paso. La imponente masa de los árboles parecía formar una tumba en la que mi casa se hallaba sepultada.

Abrí la verja y me encaminé por la larga avenida de sicomoros, cuyas copas se juntaban y convertían el camino en un túnel que cruzaba los campos en sombras, donde se amontonaban las flores, cuyos colores apenas visibles lucían al pálido resplandor.

Mientras me acercaba a la casa, una extraña sensación de desasosiego se apoderó de mí. Hice alto, pero no se oyó ningún ruido y las hojas de los árboles permanecieron inmóviles. «¿Qué es lo que me pasa?», me pregunté. Durante diez años había recorrido en infinidad de ocasiones aquel camino y jamás experimenté el menor asomo de inquietud. No tenía miedo a la noche, ni nunca lo he tenido. La menor señal de presencia humana, de un ladrón o un merodeador no me hubiera atemorizado sino todo lo contrario, y le habría hecho frente sin dudar un instante. Además iba armado, tenia un revólver, pero no lo toqué porque pretendía vencer aquel temor irracional que se estaba apoderando de mí.

¿Qué era aquello? ¿Un presentimiento? ¿El misterioso presentimiento que se adueña de uno cuando está a punto de ocurrir algo que roza los límites de lo inexplicable? Quizá. ¿Quién sabe?

A cada paso notaba que se me ponía la piel de gallina. Cuando llegué al pie del muro de mi vasta casa, sentí la necesidad de esperar unos momentos antes de abrir la puerta y entrar.

Me senté en un banco bajo de las ventanas del salón, temblando

ligeramente, con la cabeza apoyada en la pared mientras contemplaba las sombras de los árboles. De repente noté algo desacostumbrado a mi alrededor: como un zumbido en los oídos. En algunas ocasiones he creído oír trenes, o repicar campanas o pasos de gente que se acercaba. Sin embargo, aquellos ruidos pronto se hicieron indistintos, diferenciados y reconocibles. Me había equivocado, no eran los sonidos habituales en mí, y a cuyo rumor estaba ya acostumbrado, sino más peculiares y, sin duda, procedían del interior de mi casa.

Escuché a través de la pared. Mas que ruido era un alboroto continuo, producido por una multitud de cosas en movimiento, como si cambiaran de lugar todos los muebles de mi casa, y los arrastraran por doquier.

Durante un buen rato estuve dudando de mis oídos, pero al acercar la oreja a la juntura de una puerta, para comprobar el extraño tumulto, me convencí de que algo muy extraño, anormal e incomprensible estaba sucediendo allí dentro. No me asusté, pero estaba... Cómo dina..., aturdido por el asombro. No hice uso del revólver, pues se apoderó de mí la extraña sospecha de que no lo necesitaría. Aguardé.

Esperé largo rato, incapaz de tomar una decisión, con el espíritu bastante lúcido, pero tremendamente dominado por la ansiedad. Mientras tanto el ruido aumentaba de volumen hasta llegar a un tremendo diapasón, como un extraño paroxismo tumultuoso de impaciente ira.

Entonces, repentinamente avergonzado de mi cobardía, saqué el manojo de llaves, cogí la de la puerta, e introduciéndola en la cerradura, di dos vueltas a la llave, abriendo con un brusco movimiento que hizo chocar la madera contra la pared.

El golpe resonó en el interior de la casa como un disparo. Ante mi asombro, una especie de rugido contestó desde la parte superior de la casa. Fue tan repentino, tan terrible y tan aterrador que retrocedí algunos pasos, pese a que no había necesidad alguna. Como medida de precaución saqué el revólver de la funda.

Tras una pausa escuché de pronto un ruido singular, un golpeteo de pasos que empezaba en lo alto de las escaleras, y seguía por las alfombras y el suelo desnudo. Sin embargo, no se trataba de zapatos o zapatillas calzados por seres humanos, sino el golpe seco de una muleta de madera o de hierro, que resonaba como címbalos. Apareció entonces en el umbral de la puerta un sillón, mi sillón de lectura, para adentrarse con paso arrogante en el jardín; tras él marcharon las sillas del salón, las tumbonas que se bamboleaban sobre sus cortas patas como cocodrilos fuera del agua, las sillas que saltaban como cabras y los pequeños taburetes corriendo como liebres.

¡Imagínense el desconcierto de mi mente! Me deslicé entre un grupo de árboles y, agazapado allí, contemplé el espectáculo de la huida de todos mis muebles, uno detrás del otro, rápida o lentamente, según su peso y tamaño. El piano, mi pieza más majestuosa, salió con trote equino produciendo un murmullo armonioso; los objetos más pequeños se deslizaron sobre la arena como hormigas, cepillos, vasos, platos, copas, todos centelleaban a la leve luz de la luna como pequeñas lámparas. Las arañas pasaron en un remolino como medusas. Luego pasó mi mesa de escritorio, un raro ejemplar del siglo pasado, que contenía todas las cartas y fotografías relativas a la historia de un viejo amor, que tanto me hizo sufrir.

De repente se desvaneció mi miedo. Me lancé contra los objetos para asirlos, como se agarra a un ladrón o a una mujer que huye. Pero prosiguieron su carrera irresistible y, a despecho de mis esfuerzos y de la ira que me embargaba, no pudo detener su marcha. En medio de tirones desesperados di con mi cuerpo en tierra al luchar con un mueble. Entonces se colocó sobre mí. aplastándome contra el suelo, mientras los demás objetos pasaban por encima de mi cuerpo, golpeándome las piernas. Al fin solté mi presa y se alejaron todos como una carga de caballería sobre un desmontado jinete.

Desesperado y temeroso, me las arreglé para apartarme del camino y esconderme de nuevo entre los árboles, observando desde allí la desaparición de todas mis pertenencias, hasta la más pequeña, la más cuidada o estimada, que hasta entonces había poseído.

Súbitamente, a lo lejos, en la casa vacía llena de ecos, se oyeron terribles sonidos de puertas que se cerraban con gran estrépito. Empezaron por el piso superior para terminar en la planta baja hasta, que la puerta principal se cerró por fin ante mí.

Huí a todo correr hacia la ciudad, y no recuperé mi dominio hasta que estuve en medio de las calles y me encontré con algunos paseantes trasnochados. Tras sacudirme las ropas para quitarme el polvo que llevaba encima, me dirigí a un hotel donde me conocían y expliqué que había perdido mis llaves, y con ellas también la de la puerta del cercado del huerto, que permitía llegar al alojamiento de mis criados, y a quienes protegía, junto con mis verduras y fruta, de posibles ladrones.

Me metí en cama tapándome hasta la cabeza, pero no pude dormir. Esperé a que amaneciera oyendo los violentos latidos de mi corazón. La noche anterior había dado ordenes de avisar a mis criados por la mañana, y a las siete en punto apareció uno de ellos.

Su rostro aparecía demudado por la emoción.

—Esta noche pasada sucedió una cosa temblé, señor —exclamó.

—¿Que es ello?

—Han robado todos los muebles de la casa, señor. Todo, todo se lo han llevado. No han dejado ni el objeto mas pequeño.

La noticia me alegró ¿Por qué? ¿Quien sabe? Me domine, y decidido a disimular, no dije nada de lo que había visto Lo escondí, enterrándolo en mi conciencia como un espantoso secreto Respondí:

—Habrán sido los mismos que me robaron las llaves Debemos avisar a la policía en seguida Me levantare y me reuniré contigo inmediatamente.

Las investigaciones duraron cinco meses pero la policía no hallo nada ni la mas pequeña de mis pertenencias, ni el mas leve rastro de los ladrones ¡Dios mío! ¡Si les hubiera dicho lo que sabia! Si les hubiera contado Me habrían encerrado a mi, al hombre que había visto tal cosa, en vez de a los rateros.

Sabia lo suficiente para mantener la boca cerrada, pero no amueble de nuevo mi casa Hubiera sido inútil. Hubiera sucedido otra vez lo mismo Además no quería entrar en la casa de nuevo, y así lo hice No volví a verla más.

Volví a París, a un hotel, y consulté a los médicos acerca del estado de mis nervios que se agravaron intensamente desde aquella triste noche.

Me aconsejaron que viajara, y así lo hice.

Empecé por recorrer Italia, cuyo sol me sentó muy bien Durante seis meses, fui de Génova a Venecia, de Venecia a Florencia de Florencia a Roma v de Roma a Nápoles. De allí pase a Sicilia, región notable por su clima y sus monumentos, reliquias de la dominación griega y normanda. Salté a África, donde crucé placenteramente el desierto amarillo, por el que andaban errantes camellos, gacelas y árabes vagabundos, y donde nada alteraba la luz, el aire cristalino, ni de día ni de noche.

Regresé a Francia por Marsella, y a despecho de los atractivos de la provincia, la luminosidad menor del cielo me entristeció Una vez más, al volver al continente, sentí la curiosa sensación de hallarme enfermo, como quien, creyéndose curado, sufre un dolor agudo como advertencia de que la llama de su dolencia no esta aun extinguida.

Llegue a París y un mes mas tarde ya estaba aburrido de la ciudad Antes de que llegara el invierno, decidí hacer una excursión a Normandia, región desconocida para mi.

Naturalmente empecé por Rúan y durante ocho días deambule con un entusiasmo extasiado por la ciudad medieval, que constituye una extraordinaria colección de monumentos góticos.

Una tarde, serian alrededor de las cuatro, me aventure por una calleja por donde corría un arroyo negro como la tinta llamado por los naturales «agua de Robec», cuando mi atención, presa en la hermosa conservación de las antiguas casas, se vio distraída por una serie de tiendas una al lado de la otra, de objetos de segunda mano ¡Que acertada era la elección de su emplazamiento hecha por esos sucios traficantes en ruinas, en aquella fantástica calle, de cara a un tenebroso curso de agua y en unas casas sobre cuyos tejados de tejas v pizarra giraban aun las veletas de los tiempos pasados!

En el interior oscuro de aquellas tiendas podían verse confusamente maderas talladas, restos arqueológicos de Rúan, Neder o Le Moustier, loza, estatuas pintadas algunas en roble Cristos, Vírgenes, Santos, ornamentos de iglesia casullas copones e incluso cálices sacados de los altares del Señor. ¡Que curiosos son los interiores de las casas de tales ciudades, que desde la bodega hasta la buhardilla están llenas de artículos cuya existencia parecía acabada, pero que sobrevivieron a sus antiguos dueños y a su época para que otras generaciones posteriores los compraran como objetos raros!

Mi debilidad por las chucherías se despertó de nuevo y fui de tienda en tienda, cruzando a un lado y otro de la calle, los frágiles puentes, formados por unas cuantas planchas podridas sobre las nauseabundas aguas de Robec.

¡Cielos! ¿Qué veían mis ojos? Uno de mis mas preciados armarios se hallaba ante mi vista, al fondo de una sala en forma de cripta llena de objetos diversos, que parecía la entrada a un cementerio de muebles Me acerque con un temblor por todo el cuerpo Temblaba tanto que apenas me atreví a tocarlo Aparté mi mano y vacile Era verdad un armario Luis XIII, único en su genero e inconfundible para quien lo hubiera visto una vez Forzando la vista para atravesar las sombras que envolvían el interior de la tienda, pude distinguir tres de mis sillones cubiertos con unos tapetitos tejidos a mano, y mas allá mis dos mesas Enrique II, tan raras, que la gente venia expresamente de París a admirarlas.

¡Piénsenlo! ¡Piensen en mi estado de ánimo!

Si bien me sentí incapaz de salir, torturado por la emoción quise investigar, porque soy valiente como un caballero de la Edad Media caído sin pensar en un nido de brujas. Paso a paso, fui encontrando todas las cosas que me habían pertenecido candelabros, libros pinturas, arañas, armaduras, todo excepto la mesa con mis cartas, que no veía por parte alguna.

Recorrí la casa desde los bajos hasta los pisos superiores Estaba solo Grite y nadie me contesto. Me hallaba completamente solo En aquella vasta casa, tortuosa como un laberinto no había nadie.

Se hizo de noche. Decidí esperar y me senté en uno de mis propios sillones De vez en cuando gritaba:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Hay alguien ahí?

Llevaría alrededor de una hora allí, cuando escuché unas pisadas suaves y lentas. No sabia de donde venían y estuve a punto de desmayarme, pero haciendo de tripas, corazón lance un grito y vi una luz en la habitación adyacente.

—¿Quien está ahí? —preguntó una voz.

—Un comprador —repliqué.

—Es muy tarde para entrar en una tienda.

—Hace mas de una hora que espero —objeté.

—¿No podría venir mañana?

—Mañana me iré de Ruán.

No me atrevía a dejar mi refugio v él tampoco se acercaba. Con el reflejo de la luz podía contemplar un tapiz en el que dos ángeles caían con los cuerpos enlazados, luchando, y que también me pertenecía. Al fin exclame:

—¡Bien! ¿Viene o no?

—Le estoy esperando —respondieron.

Me levante y me dirigí hacia el desconocido.

Lo encontré en medio de una amplia habitación Se trataba de un hombre pequeño, pequeño y muy gordo, pero con una gordura odiosamente monstruosa.

Tenia una extraña barba amarillenta de pelos escasos y ralos, y era completamente calvo. ¡Ni un pelo!. Mientras mantenía la lámpara tan alto como se lo permitía su brazo, su cráneo me hacia el efecto de una luna llena en medio de la habitación atestada de muebles antiguos En su cara llena y arrugada apenas se distinguían los ojos.

Compré tres sillas, que eran mías, y pagando por ellas una crecida cantidad, deje solo el numero de mi habitación del hotel Convino en mandármelas al día siguiente a las nueve de la mañana.

Entonces salí y me acompaño a la puerta con grandes muestras de cortesía.

Me dirigí inmediatamente a la estación de policía más próxima y allí relate toda la historia del robo de mis muebles y el descubrimiento que acababa de hacer.

Enviaron en seguida un telegrama al departamento que se había

encargado del robo diciéndome que aguardara la respuesta. Al cabo de una hora llego un informe satisfactorio.

—Detendremos inmediatamente al hombre y lo interrogaremos —me aseguro el jefe de policía— Podría ser quien se apodero de sus pertenencias Vaya a cenar, dentro de un par de horas, lo tendremos ya en nuestro poder y lo someteremos a un detenido interrogatorio en su presencia.

—Volveré, desde luego, señor. Mis mas efusivas gracias.

Regresé al hotel y cene como no imaginaba que fuera capaz. Estaba muy satisfecho. Al fin lo habían cogido. Dos horas mas tarde me dirigí al despacho del inspector jefe, que va me estaba esperando.

—Bien, señor —exclamo al verme—. Ya hemos descubierto al individuo. ¡Pero mis hombres no han podido cogerle!

—¡Oh! —exclame desfalleciendo—. Pero… ¿han encontrado la casa?

—Por supuesto. Mis hombres están al acecho y lo cogerán en cuanto vuelva. El caso es que desapareció.

—¿Desapareció?

—Desapareció. Normalmente pasa todas las noches con su vecina, una extraña vieja, también anticuaría como el pero afirma que esta noche no lo ha visto y que no puede decirnos nada. Tendremos que esperar a mañana.

Salí. ¡Que siniestras, inquietantes y amenazadoras me parecieron las calles de Rúan!

Dormí mal, con pesadillas continuas que me despertaban sin cesar Para no parecer demasiado preocupado o anhelante, espere a que dieran las diez para presentarme en la estación de policía.

El comerciante no había aparecido y la tienda permanecía cerrada.

El inspector me explico:

—He tomado las medidas necesarias. El departamento se encarga del caso. Iremos a esa tienda y va a mostrarme todo lo que le pertenezca.

Montamos en un carruaje y nos dirigimos a la tienda, delante de cuya puerta abierta se hallaban algunos policías y un cerrajero.

En cuanto entre no vi el armario, ni los sillones, ni las mesas, ni nada. Nada de lo que había amueblado mi casa. Absolutamente nada, a pesar de que la tarde anterior no podía dar un paso por el local sin tropezar con cosas mías.

El inspector se quedo sorprendido y me miró con expresión desconfiada.

—¡Dios mío! —exclamé—. La desaparición de los muebles coincide con la del anticuario.

El hombre sonrió.

—Es verdad. Hizo mal en pagar por sus propias cosas ayer tarde. Esto lo previno.

Repliqué:

—Lo que me parece raro es que todo lo que ayer estaba ocupado con mis cosas, esté ahora lleno con otras.

—¡Oh! —respondió el inspector—. Tuvo toda la noche para hacerlo, no lo dude. Esta casa comunica probablemente con la vecina. No se preocupe, señor Este bribón no estará mucho tiempo fuera de nuestro alcance. ¡Le cortaremos la retirada!

Pero mi corazón, mi pobre corazón, ¡como latía!

Permanecí en Ruán dos semanas, pero el hombre no volvió ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Podía existir algún hombre que pudiera desaparecer de aquella forma? En la mañana del día dieciséis recibí una carta de mi jardinero, que había quedado al cuidado de mi saqueada y vacía casa. Extrañamente rezaba:

> «Señor:
>
> »Tengo que informarle que la noche pasada ocurrió un hecho muy raro, que ni nosotros ni la policía acertamos a explicarnos. En la casa vuelven a estar todos los muebles, sin faltar nada en absoluto, ni el objeto más pequeño. Todo esta exactamente igual como la noche anterior al robo. Esto sucedió la noche del viernes al sábado, y el camino muestra las mismas señales de que se han arrastrado los muebles desde la verja a la puerta, como aquella noche.
>
> »Le aguardamos, señor. En espera de su retorno.
>
> »Su obediente servidor,
>
> *"Philippe Raudin"*

—¡Ah! ¡No y no! ¡Nunca volveré allí!

Le tendí la carta al inspector de policía.

—Esta restitución ha sido hecha muy hábilmente —comentó éste—. Quizá crea que ahora abandonaremos el asunto. Sin embargo, lo atraparemos uno de estos días.

Pero no lo encontraron, ni lo han hecho todavía. Y yo estoy aterrorizado, como si una bestia salvaje acechase detrás de mí.

¡No lo descubrirán! No descubrirán al monstruo de cráneo de luna. No lo cogerán nunca, porque no volverá a su casa. ¿Qué le importa? El único que le interesa soy yo, el único que le ha visto y puede presentar testimonio contra él.

Sin embargo no lo haré.

¡No lo haré! ¡No lo haré y no lo haré!

Y si volviera a su tienda, ¿quién podría comprobar que mis bienes estaban allí? La única evidencia contra el la tengo yo, y sé muy bien que se me mira con sospecha.

¡Oh, no! No podía soportar una vida así. Ni tampoco guardar el secreto de lo que había visto, ni vivir como cualquier otra persona con la constante amenaza de que volvería a suceder lo mismo.

Fui a ver al médico que dirige esta institución privada y le conté toda la historia.

—¿Estaría usted dispuesto a pasar una temporada aquí? —me preguntó.

—Efectivamente.

—¿Tiene medios?

—Si.

—¿Le gustaría una habitación separada?

—Si.

—¿Desearía recibir visitas de amigos?

—Ni un alma. El hombre de Ruán sería capaz de venir a vengarse.

Desde entonces he estado solo, solo, completamente solo durante tres meses.

Casi he conseguido la paz. No tengo más que un temor... Supongamos que el anticuario se vuelve loco..., y supongamos que lo traen aquí... Ni los mismos prisioneros están a salvo...

MIRIAM   Truman Capote

Miriam, Truman Capote

Traducción de
Irene Peypoch

Durante varios años, la señora H. T. Miller había vivido sola en un bonito apartamento (dos habitaciones y una pequeña cocina), en una antigua casa reformada, cerca del East River. Era viuda y el señor H. T. Miller le había dejado un seguro razonable. Hacía pocos gastos, no tenía amigos con quien hablar y generalmente no viajaba mas allá del supermercado de la esquina. Los demás inquilinos de la casa no parecían advertir su presencia: sus vestidos eran sencillos, su cabello grisáceo, muy corto y ondulado natural; no usaba cosméticos y sus facciones eran comunes y poco notables. En su último aniversario había cumplido los sesenta y un años. Sus actividades eran pocas veces espontáneas: conservaba las dos habitaciones inmaculadas, fumaba un ocasional cigarrillo, se preparaba sus propias comidas, y tenía un canario.

Entonces conoció a Miriam. Aquella noche nevaba. La señora Miller había terminado de secar los platos de la cena y estaba hojeando el periódico de la tarde, cuando vio el anuncio de la película que proyectaban en un cine cercano. El título le fue atractivo, así que se embutió en su abrigo de piel de castor, se anudó las botas v salió del apartamento, dejando una luz encendida en la salita: sentía horror a la oscuridad.

La nieve caía suave, sutil, sin llegar a cuajar. El viento del río quedaba cortado solo en el cruce de las calles. La señora Miller se apresuro, con la cabeza inclinada, abstraídamente, como un topo abriéndose paso por un camino incierto. Se detuvo delante de un *drug-store y* compró un paquete de pastillas de menta.

Había una larga cola ante la taquilla; se situó en último lugar. Tendría (gruñó una voz cansada) que esperar un momento antes de sentarse. La señora Miller rebuscó en su cartera de piel hasta que reunió la canti-dad exacta para la entrada. La gente no parecía tener la menor prisa. Miraba a su alrededor para distraerse y de pronto descubrió a una niñita parada bajo el borde de la marquesina.

Su cabello era el más largo y extraño que la señora Miller había visto jamás: muy blanco y plateado, como el de un albino. Le flotaba hasta la cintura, perdiéndose en ondas suaves. Era delgada y extremadamente frágil. Había una sencilla y peculiar elegancia en su modo de estarse parada con los pulgares metidos en los bolsillos de su abrigo de

terciopelo púrpura.

La señora Miller se sintió extrañamente excitada y cuando la muchachita la miró, sonrió tibiamente. La niña se acercó y dijo:

—¿Podría hacerme un favor?

—Si puedo, lo haré con gusto —respondió la señora Miller.

—Oh, es muy fácil, quiero simplemente que me compre una entrada, de otro modo no me dejarán entrar. Aquí está el dinero —graciosamente le tendió a la señora Miller dos monedas de diez y una de cinco.

Entraron juntas en el cine. Una acomodadora las condujo a un vestíbulo; faltaban veinte minutos para que empezase la película.

—Me siento como una auténtica criminal —comentó alegremente la señora Miller al sentarse—. Quiero decir que esto que he hecho va contra la ley, ¿verdad? Espero no haber hecho mal. ¿Tu madre sabe dónde estás, querida? Supongo que debe saberlo, ¿no es así?

La niña no contestó, se quitó el abrigo y se lo puso sobre las piernas. Llevaba un vestido azul oscuro muy cerrado. De su cuello colgaba una cadena de oro. Sus dedos, sensitivos y musicales, jugueteaban con ella. Al examinarla con más atención, la señora Miller decidió que lo más llamativo en ella no era el cabello, sino los ojos. Eran castaños claros, tranquilos, carentes de cualquier expresión infantil y, debido a su tamaño, parecían abarcar toda su carita. La señora Miller le ofreció pastillas de menta.

—¿Cómo te llamas, querida?

—Miriam —contestó, como si pensara que ese nombre le resultaba familiar.

—Vaya coincidencia..., yo también me llamo Miriam. Y no es un nombre demasiado común, precisamente. No me dirás ahora que tu apellido es Miller.

—Sólo Miriam.

—¿No es algo raro?

—Tal vez —repuso Miriam, e hizo rodar la pastilla de menta sobre la lengua.

La señora Miller enrojeció y se revolvió embarazosamente.

—¡Que vocabulario tan extraño para una niña tan pequeña!

—¿Lo cree así?

—Pues sí —dijo la señora Miller. Cambió rápidamente de tema—. ¿Te gusta el cine?

—Pues no lo sé —explicó Miriam—, Es la primera vez que vengo.

Las mujeres empezaron a llenar la sala. El estruendo del noticiario explotó en la distancia. La señera Miller 5e levanto apretando su bolso bajo el brazo.

—Creo que si quiero conseguir asiento es mejor que me vaya —dijo—. Encantada de haberte conocido.

Miriam asintió con un gesto vago.

Nevó toda la semana. Ruedas y pisadas avanzaban sin ruido por la calle, como si el discurrir de la vida continuase secretamente detrás de una pálida pero impenetrable cortina En el ocaso tranquilo no había ni cielo ni tierra, solo nieve que se alzaba con el viento, escarchando el cristal de las ventanas, enfriando las habitaciones, sepultando la ciudad bajo el silencio Era necesario tener una lámpara encendida constantemente, y la señora Miller perdió la noción de los días el viernes no era distinto del sábado y el domingo fue a la tienda v la encontró cerrada, como es natural.

Aquella noche preparo huevos revueltos y un tazón de zumo de tomate. Tras ponerse una bata de franela y limpiarse el cutis con crema, se quedo sentada en la cama, con una bolsa de agua caliente en los pies. Estaba leyendo el *Tunes* cuando se dejo oír la campanilla de la entrada Al principio supuso que se trataba de un error, y que quienquiera que fuese se marcharía Pero la campanilla siguió llamando hasta convertirse en un zumbido persistente. Miro el reloj, eran las once pasadas. No era posible, ella siempre se dormía a las diez.

Saltando de la cama, corrió descalza hacia la sala.

—Ya voy, por favor, tengan paciencia.

La cerradura estaba atascada, le dio vuelta hacia un lado y hacia el otro, mientras la campanilla no dejaba de sonar.

—¡Basta! —grito.

El pestillo cedió y abrió la puerta un palmo.

—En nombre del cielo, ¿que...?

—Hola —dijo Miriam.

—Oh... Pero hola —respondió la señora Miller, avanzando indecisa unos pasos hacia el corredor— Eres aquella niña...

—Pensé que no iba a contestar, por eso no quite el dedo del timbre; sabia que estaba en casa. ¿No se alegra al verme?

La señora Miller no supo qué contestar. Pudo ver que Miriam llevaba el mismo abrigo de terciopelo púrpura y que ahora se tocaba con una

boina que hacia juego con él; su cabello blanco estaba partido en dos brillantes trenzas, dobladas en los extremos con inmensos lazos blancos.

—Ya que he esperado tanto rato —dijo—, podría al menos hacerme pasar.

—Es muy tarde...

Miriam la miro de modo enigmático.

—¿Y eso que importa? Déjeme pasar, Aquí hace frío y llevo únicamente un vestido de seda.

Con un gesto amable, aparto a la señora Miller a un lado y entro en el apartamento.

Dejo caer el abrigo y la boina sobre una silla Llevaba efectivamente un vestido de seda. Seda blanca. Seda blanca en febrero. La falda estaba bellamente plisada y las mangas eran largas. Produjo un débil susurro cuando la niña dio una vuelta en torno a la habitación.

—Me gusta su casa —observó— Me gusta la alfombra el azul es mi color predilecto —Toco una rosa de papel que había en un jarrón sobre la mesa baja— Imitación —comento débilmente— Que triste ¿No son tristes las imitaciones?

Se sentó en el sofá, extendiendo delicadamente la falda.

—¿Que quieres? —le preguntó la señora Miller —Siéntese —ordeno Miriam—. Me pone nerviosa ver a la gente de pie.

La señora Miller se dejó caer sobre el sofá.

—¿Que quieres? —volvió a preguntar.

—Me parece que no le agrada mi visita.

Por segunda vez la señora Miller no supo que contestar e hizo un gesto vago con la mano. Miriam rió afectadamente y se recostó contra un montón de cojines estampados. La señora Miller pensó que la niña parecía menos pálida que como la recordaba; sus mejillas estaban rojas.

—¿Cómo supiste dónde vivía?

Miriam frunció el ceño.

—Eso no tiene importancia. ¿Cómo se llama usted? ¿Cómo me llamo yo?

—Pero yo no figuro en el listín de teléfonos.

—Oh... Hablemos de otra cosa.

La señora Miller dijo:

—Tu madre debe estar loca al permitir que una niña como tú vaya por

ahí a estas horas de la noche... y con un vestido tan poco apropiado. Debe estar completamente loca.

Miriam se levantó y fue hacia el rincón, donde la jaula cubierta del canario colgaba del techo con una cadena. Atisbo bajo el paño.

—Es un canario —dijo—. ¿Le importará que lo despierte? Me gustaría oírlo cantar.

—Deja tranquilo a «Tommy» —ordenó ansiosamente la señora Miller—. No te atrevas a despertarlo.

—Como quiera —repuso Miriam—. Pero no veo por qué no puedo oírlo cantar. —Después añadió—: ¿Tiene algo que comer? Estoy hambrienta. Me conformaría con un emparedado de jamón y un vaso de leche.

—Mira —dijo la señora Miller, levantándose—. Mira, si te hago unos buenos emparedados, ¿serás una niña buena y te irás a casa? Son más de las doce, estoy segura.

—Está nevando —le reprochó Miriam—. Es de noche y hace frío.

—Pues, entonces, no haber venido —continuó la señora Miller, luchando por controlar su voz—. No puedo hacer que el tiempo mejore. Si quieres comer algo, tienes que prometerme que te iras.

Miriam se frotó una trenza contra la mejilla. Sus ojos parecían pensativos, como si estudiase la proposición. Se volvió hacia la jaula del pájaro.

—Muy bien, lo prometo —dijo.

«¿Cuántos años tendrá? ¿Diez? ¿Doce?»

En la cocina, la señora Miller abrió un frasco de mermelada de fresa y cortó cuatro rebanadas de pan. Sirvió un vaso de leche y se detuvo para encender un cigarrillo.

«¿Por qué habrá venido?»

Su mano tembló mientras sostenía la cerilla, fascinada, hasta que la llama le quemó el dedo. El canario estaba cantando, cantando como no lo hacía durante ninguna otra hora del día, ni siquiera por la mañana.

—Miriam —llamó—, Miriam, te he dicho que no molestes a «Tommy».

No obtuvo respuesta. Volvió a llamarla, pero todo lo que pudo oír fue los trinos del canario. Le dio una chupada a su cigarrillo y descubrió que lo había encendido por el lado del filtro .. Realmente, no debía perder el dominio de sus nervios.

Puso la comida en una bandeja y la dejó sobre la mesita baja. Lo primero que vio fue que la jaula del canario aun estaba tapada y «Tommy» seguía cantando. Le produjo una extraña sensación. No había

nadie en el cuarto. La señora Miller cruzó el pasillo que comunicaba con su dormitorio, y se quedó quieta en el umbral.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

Miriam levantó la cabeza y la miró con una expresión sobrenatural. Estaba al lado de la cómoda, con un joyero abierto ante ella. Estudió a la señora Miller durante un minuto, obligándola a sostener su mirada, y sonrió.

—No hay nada de valor aquí —explicó—, pero me gusta esto. —Tenía en la mano un broche camafeo—. Es encantador.

—Supongo... Es mejor que lo dejes en su sitio... —murmuró la señora Miller, sintiendo de pronto que necesitaba ayuda. Se recostó contra el marco de la puerta. La cabeza le pesaba de forma insufrible y una opresión disminuía el ritmo de los latidos de su corazón. Le pareció que la luz empezaba a parpadear. Por favor, niña... Es un regalo de mi esposo.

—Pero es bonito y lo quiero —respondió Miriam—. *Démelo.*

Durante la pausa, mientras se esforzaba por encontrar una frase que de algún modo salvase el broche, la señora Miller pensó que no tema nadie a quien pedir ayuda; estaba sola. Nunca le había ocurrido nada seme- jante. El énfasis imperativo de la niña la aturdía. Allí, en su propia habitación, en la tranquila ciudad nevada, había evidencias que no podía ignorar, lo comprendió con sorprendente claridad, ni resistir.

Miriam comía vorazmente y cuando los emparedados y la leche hubieron desaparecido, sus dedos se movieron fugaces sobre la bandeja para recoger las migas. El camafeo brillaba sobre su blusa.

—Estaba muy bueno —suspiró—, pero ahora me gustaría comerme un pastelillo de almendras o unas cerezas. Los dulces son deliciosos, ¿no le parece?

La señora Miller se hallaba precariamente sentada en el sofá, fumando un cigarrillo. Su redecilla para el cabello había resbalado, y le caían varios mechones sobre la frente. Sus ojos estaban estúpidamente perdi- dos en el vacío y en sus mejillas habían aparecido unas manchas rojas, como si una mano férrea hubiese dejado allí sus huellas.

—¿No tiene caramelos o pastel?

La señora Miller dejó caer la ceniza sobre la alfombra. Su cabeza osciló ligeramente cuando trató de mirarla a los ojos.

—Prometiste marcharte si te daba los emparedados —dijo.

—¿De verdad lo hice?

—Fue una promesa, estoy cansada y no me siento nada bien.

—No tiene por qué enfadarse —repuso Miriam—. Sólo estaba bromeando.

Recogió el abrigo, se lo echó al brazo y se arregló la boina delante del espejo. Después se acercó a la señora Miller y dijo:

—Déme un beso de despedida.

—Por favor... Prefiero no hacerlo —negó la señora Miller.

Miriam levantó el hombro y arqueó una ceja.

—Como quiera —dijo.

Fue hacia el tresillo, tomó el jarrón que contenía las rosas de papel, se dirigió hacia un extremo del cuarto, no cubierto por la alfombra, y lo dejó caer con fuerza. El vidrio saltó en todas direcciones. Puso el pie sobre el ramillete.

Entonces, lentamente, marchó hacia la puerta, pero antes de cerrarla miró a la señora Miller con una curiosidad astuta e inocente.

La señora Miller pasó el día siguiente en la cama, levantándose una sola vez para dar de comer al canario y tomar una taza de té. No tenía temperatura, pero sus sueños fueron febriles y agitados. Su desequilibrio espiritual persistía aún con los ojos abiertos mientras contemplaba el techo. Un sueño conducía al otro como un tema misterioso *y* evasivo, para formar una complicada sinfonía v las escenas que describía quedaban fuertemente marcadas como dibujadas por una mano sabia una niñita con túnica nupcial y una corona de hojas conducía una procesión gris por el sendero de una montaña donde remaba un silencio extraño hasta que una de las ultimas mujeres del grupo preguntaba.

«¿Hacia donde nos lleva?»

«Nadie lo sabe» respondió un viejo que iba delante.

«Pero que hermosa es» murmuraba una tercera voz.

¿No es como una flor helada, tan brillante y blanca?»

El martes por la mañana se despertó, sintiéndose mejor ásperas franjas de sol, sesgándose a través de las cortinas venecianas derramaban una luz despiadada sobre sus malignas fantasías Abrió la ventana para encontrarse con el deshielo de un apacible día casi primaveral, una extensión de nubes limpias y nuevas se amontonaba contra el vasto azul, tan fuera de época del cielo A través de la línea baja de tejados, pudo ver en el no como se curvaba el humo de las chimeneas de los remolcadores, bajo el impulso del viento tibio Un gran camión plateado

limpiaba la calle nevada v el sonido de su motor zumbaba en el aire.

Después de arreglar el apartamento fue al supermercado cobro un talón y entro en un café donde desayuno y charlo amistosamente con la camarera. Oh era un día maravilloso —parecía de fiesta— y sería absurdo volver a casa.

Tomo un autobús en la avenida Lexington y siguió por la calle Ochenta y Seis donde había decidido hacer algunas compras.

No tenia la menor idea de lo que quería o necesitaba pero seguía su camino fascinada por los viandantes enérgicos y preocupados que le producían una turbadora sensación de aislamiento.

Mientras esperaba en la esquina de la Tercera Avenida fue cuando vio al hombre un viejo patituerto, abrumado bajo un montón de voluminosos paquetes Llevaba un abrigo marrón raído y una gorra de cuadros De pronto se dio cuenta de que estaban cambiando una sonrisa, pero no había nada amistoso en ella sólo dos fríos parpadeos de reconocimiento. Pero estaba segura de que no le había visto antes.

Estaba detenido junto a una esquina, y cuando ella cruzo la calle, dio la vuelta y la siguió Se mantenía muy cerca v ella vigilaba de reojo su ondulante reflejo en los escaparates.

Después, a media manzana, la señora Miller se detuvo para hacerle frente. El también se paro e inclino airosamente la cabeza, sonriendo ¿Que podía ella decir o hacer? Allí, a plena luz del día en la calle Ochenta y Seis No tenia sentido y menospreciando su propia debilidad, empezó a caminar mas aprisa.

Se hallaba en la Segunda Avenida una calle lúgubre llena de desechos guijarros asfalto, cemento, de una atmósfera permanente de abandono La señora Miller recorrió cinco manzanas sin encontrar a nadie. Durante todo el trayecto, el tranquilo golpear de las botas del hombre contra la nieve no la abandonaba Cuando llego ante una floristería, el sonido aun la acompañaba Se apresuro a entrar y miro a través de la puerta encristalada. El viejo paso, mirando de frente, sin frenar su marcha Pero hizo una cosa extraña, notable se toco la gorra con un signo amistoso.

—¿Dice usted seis de las blancas? —preguntó la florista.

—Si —afirmo— Rosas blancas.

Luego se fue a una tienda de cristalería y eligió un jarrón sin duda para reponer el que Miriam había roto aunque el precio era intolerable y el jarrón mismo, pensó ella, grotescamente vulgar. Pero había empezado una inacabada serie de adquisiciones, como si siguiera un plan preconcebido, del que ella no tenía ni el menor conocimiento ni control.

Compró una bolsa de cerezas confitadas y en la pastelería Knickerbocker

pagó cuarenta centavos por seis pastelillos de almendra.

Durante aquella última hora, el clima había vuelto a enfriarse; las nubes de invierno, como lentes deformantes, producían sombras ante el sol. Los jirones de una penumbra temprana oscurecían el cielo. Una niebla húmeda se mezclaba con el viento y las voces de unos cuantos niños, que retozaban sobre altos montículos de nieve apretada, parecían solitarias y desanimadas. Pronto cayeron los primeros copos y cuando la señora Miller entró en la casa de piedra gris, la nieve caía en una tupida cortina y las pisadas desaparecían inmediatamente.

Las rosas estaban decorativamente colocadas en el jarrón. Las cerezas confitadas resplandecían en una bandeja de cerámica. Los pastelillos de almendra, espolvoreados de azúcar, eran tentadores. En su jaula el canario cantaba y picoteaba su ración de alpiste.

A las cinco en punto se dejó oír la campanilla de la calle. La señora Miller sabía quién era. Al cruzar la habitación, la cola de su bata casera se arrastró por el suelo.

—¿Eres tú? —preguntó.

—Naturalmente —respondió Miriam. La voz resonó chillona desde el pasillo—. Abra la puerta.

—Vete —pidió la señora Miller.

—Por favor, dése prisa. Traigo un paquete muy pesado.

—Vete —repitió la señora Miller.

Regresó a la sala, encendió un cigarrillo, se sentó y con calma escuchó el timbre, que sonaba, sonaba y sonaba.

—Por mí ya puedes irte, no tengo intención de abrir.

De pronto, el timbre calló. La señora Miller permaneció inmóvil durante los diez minutos siguientes. Después, al no oír ningún sonido, supuso que Miriam se había marchado. Se dirigió de puntillas a la puerta y la entreabrió; Miriam se hallaba reclinada sobre una caja de madera con una hermosa muñeca francesa entre los brazos.

—La verdad, pensé que ya no vendría —dijo bruscamente—. Mire, ayúdeme a llevar esto, pesa de una manera terrible.

No fue el deseo de hablar lo que la señora Miller sintió, sino una curiosa pasividad. Entró la caja y Miriam hizo lo mismo con la muñeca. La niña se enroscó sobre el sofá, sin pensar en quitarse el abrigo o la boina. Miraba sin interés, mientras la señora Miller dejaba caer la caja y se quedaba temblorosa, tratando de recobrar el aliento.

—Gracias —dijo.

A la luz del día parecía insignificante y ojerosa, su cabello menos luminoso. La muñeca francesa que llevaba en brazos usaba una peluca exquisita y sus idiotas ojos de vidrio parecían encontrar solaz en los de Miriam.

—Traigo una sorpresa —continuó—. Mire dentro de la caja.

Poniéndose de rodillas, la señora Miller levantó la tapa y sacó otra muñeca, luego un vestido azul que identificó como el que Miriam llevaba la primera noche en el cine.

Al ver el resto, dijo:

—Todos son vestidos. ¿Por qué?

—He venido a vivir con usted —repuso Miriam, doblando el tallo de una cereza—. Fue muy amable al comprarme las cerezas.

—¡Pero no puede ser! ¡Por el amor de Dios, vete..., vete y déjame sola!

—¿Y las rosas y los pastelillos de almendra? ¡Qué buena y generosa! Sabe usted, estas cerezas son deliciosas. Antes vivía con un viejo, era muy pobre y nunca tuvimos cosas buenas que comer. Pero creo que aquí estaré perfectamente. —Se calló y asió con más fuerza la muñeca—. Sí me dice ahora dónde puedo guardar mis cosas...

La cara de la señora Miller se disolvió en una máscara de feas líneas rojas; empezó a llorar de modo poco natural, sin lágrimas, sollozando como si por el largo tiempo transcurrido hubiese olvidado cómo hacerlo. Cuidadosamente fue echándose hacia atrás hasta que llegó a la puerta.

Fue a tientas por el pasillo y bajó por la escalera hasta el otro piso. Llamó frenéticamente a la puerta del primer apartamento que encontró. Un hombre bajo, pelirrojo, abrió y ella le empujó para pasar.

—Oiga, ¿qué demonios le pasa?

—¿Ocurre algo, querido? —preguntó una joven que apareció en el umbral de la cocina, secándose las manos.

La señora Miller se volvió hacia ella.

—Óigame —gritó—, me avergüenza comportarme de este modo, pero soy la señora H. T. Miller, vivo en el piso de arriba y... —se cubrió la cara con las manos—. Parece tan absurdo...

La mujer la condujo hacia un sillón, mientras el hombre hacía tintinear excitado unas monedas en sus bolsillos.

-¿Sí?

—Vivo arriba y me visita una niña. Supongo que le tengo miedo. No quiere irse y no puedo obligarla y... ¡Va a hacer algo terrible!

—¿Es pariente suya? —preguntó el hombre.

La señora Miller denegó con un gesto.

—No sé quién es. Sé que se llama Miriam, pero no sé con seguridad quién es.

—Cálmese usted, querida —dijo la mujer, mientras acariciaba el brazo de la señora Miller—. Harry se hará cargo de la niña. Ve, querido.

—La puerta está abierta. Es el 5A —murmuró la señora Miller.

Al salir el hombre, la mujer trajo una toalla y humedeció la cara de la señora Miller.

—Es usted muy amable. Lamento actuar como una loca, pero esa maligna criatura...

—Claro, querida —la consoló la mujer—. Cálmese usted.

La señora Miller apoyó una mano en la curva de su brazo, estaba tan quieta que parecía dormir. La mujer conectó la radio; un piano y una voz pastosa llenaron el silencio y la mujer empezó a marcar el ritmo con el pie.

—Quizá deberíamos subir también —dijo.

—No quiero volverla a ver. No quiero estar cerca de ella.

—Está bien, pero ¿por qué no llamó a un policía?

Oyeron al hombre en la escalera. Entró ceñudo, rascándose la nuca.

—No hay nadie —dijo sinceramente turbado—. Debe haberse marchado.

—Harry, eres un tonto —proclamó la mujer—. Hemos estado aquí sentadas todo el rato y la habríamos visto —se calló abruptamente ante la seca mirada del hombre.

—Lo miré todo —insistió—. Allí no hay nadie. Nadie, ¿entiendes?

—Dígame... —preguntó la señora Miller, levantándose—. ¿Vio una caja grande? ¿Una muñeca?

—No, señora. No vi nada de eso.

Y la mujer, como dando su veredicto, dijo:

—Vaya, tanto griterío...

La señora Miller entró lentamente en su apartamento. Caminó hacia el centro de la habitación y se quedó muy quieta. No, en cierto sentido nada había cambiado: las rosas, los pastelillos, las cerezas, todo estaba en su lugar. Pero era una habitación vacía, vacía como si los muebles y los recuerdos no estuviesen allí, sin vida, petrificados, como la sala de un funeral. El sofá destacaba ante ella con una nueva personalidad. Su

vacío tenía un significado que habría sido menos penetrante y terrible si Miriam estuviera acurrucada en él. Miró con fijeza el lugar donde recordaba haber dejado la caja, y por un momento, el almohadón bailoteó desesperadamente. Miró por la ventana; el río era real, la nieve estaba cayendo, pero nada tenía significado. Miriam, tan vivamente presente, ¿dónde estaba? ¿Dónde?

Como moviéndose en sueños, se dejó caer sobre el sofá. La habitación iba perdiendo sus contornos, estaba oscura, se apagaba y no podía hacer nada para evitarlo, ni siquiera levantar la mano para encender la lámpara.

De pronto, cerrando los ojos, sintió subir un oleaje, como un buzo que emergiese de alguna sima profunda. En lapsos de terror o de intensa aflicción, hay momentos en que la mente espera una revelación, una madeja de calma va trenzándose sobre nuestro pensamiento. Es como un sueño o un trance sobrenatural. Durante este instante de calma, uno se da cuenta de que existe un razonamiento tranquilo: ¿qué importaba que nunca hubiese conocido a una muchacha llamada Miriam, que la hubiesen asustado en la calle? A fin de cuentas, como todo lo demás, no tenía importancia. Porque lo único que había perdido con Miriam era su identidad. Pero ahora lo sabía, había vuelto a encontrar a la persona que vivía en aquella habitación, la que cocinaba sus propias comidas, que poseía un canario, que era alguien a quien podía creer, y en quien podía confiar: la señora H. T. Miller.

Mientras escuchaba, feliz, empezó a darse cuenta de un doble sonido: el cajón de una cómoda abriéndose y cerrándose. Mucho rato después seguía oyéndolo a la perfección, abriéndose y cerrándose. Luego, gradualmente, aquella brusquedad se iba acercando, creciendo en intensidad hasta que las paredes temblaron por la vibración y la habitación fue cediendo bajo una oleada de murmullos. La señora Miller se puso rígida y abrió los ojos a una apagada mirada fija.

—Hola —dijo Miriam.

La muñeca de porcelana   Leon Tolstoi

Extracto de «Obras Selectas de León Tolstoi», edición de la **Oxford** University Press.

Traducción de
Irene Peypocb

(Una carta escrita por Tolstoi seis meses después de su matrimonio a la hermana más joven de su esposa, la Natacha de *Guerra y Paz.* En las primeras líneas, la letra es de su mujer, en el resto la suya propia.)

21 de marzo de 1863

¿Por qué te has vuelto tan fría, Tania? Ya no me escribes, y me gusta tanto saber de ti... Aún no has contestado a la alocada carta de Levochka (Tolstoi), de la que no entendí una palabra.

23 de marzo

Aquí ella empezó a escribir y de pronto dejó de hacerlo, porque no pudo seguir. ¿Sabes por qué, querida Tania? Le ha ocurrido algo extraordinario, aunque no tanto como a mí. Como ya sabes, al igual que el resto de nosotros, siempre estuvo constituida de carne y hueso, con todas las ventajas y desventajas inherentes a esta condición: respiraba, era tibia y a veces caliente, se sonaba la nariz (¡y de qué modo!) y, lo más importante, tenia control sobre sus extremidades, las cuales —brazos y piernas— podían asumir diferentes posiciones. En una palabra, su cuerpo era como el de cualquiera de nosotros. De pronto, el día 21 de marzo a las diez de la noche, nos sucedió algo extraordinario a ella y a mí. ¡Tania! Sé que siempre la has querido (no sé qué sentimiento despertará ahora en ti), sé que sientes un afectuoso interés por mí y conozco tu razonable y sano punto de vista sobre los hechos importantes de la vida; además, amas a tus padres (por favor, prepáralos e infórmales de lo sucedido), es por esto que te escribo, para contarte cómo ocurrió.

Aquel día me levanté temprano, paseé mucho rato a pie y a caballo. Almorzamos y comimos juntos, después leímos (aún podía hacerlo) y yo me sentía tranquilo y feliz. A las diez le di las buenas noches a la tía (Sonia estaba como siempre y me dijo que pronto se reuniría conmigo) y me fui a la cama. A través de mi sueño la oí abrir la puerta, respirar mientras se desvestía, salir de detrás del biombo y acercarse a la cama. Abrí los ojos y vi —no a la Sonia que tú y yo conocíamos—, ¡sino a una Sonia de porcelana! Hecha de esa misma porcelana que provocó una discusión entre tus padres. Ya sabes, una de esas muñecas con desnudos hombros fríos y cuello y brazos inclinados hacia adelante, pero

hechos con el mismo material que el cuerpo. Tienen el cabello pintado de negro y arreglado en largas ondas con la pintura que desaparece en la parte superior, protuberantes ojos de porcelana que son demasiado grandes y que también están pintados de negro en los bordes. Los rígidos pliegues de porcelana de sus faldas forman una sola pieza junto con el resto. ¡Y Sonia era así! Le toqué el brazo; era suave, agradable al tacto y de fría porcelana. Pensé que estaba dormido y me pellizqué, pero ella no cambió y se mantuvo inmóvil frente a mi.

Le dije:

—¿Eres de porcelana?

Y sin abrir la boca (que permaneció como estaba con sus labios curvos pintados de rojo brillante), replicó:

—Sí, soy de porcelana.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Miré sus piernas: también eran de porcelana y (ya puedes imaginarte mi horror) estaban fijas en un pedestal de la misma materia, que representaba el suelo y estaba pintado de verde para simular un prado. Cerca de su pierna izquierda, un poco más arriba, detrás de la rodilla, había una columna de porcelana, pintada de marrón, que probablemente pretendía ser el tronco de un árbol. También formaba parte de la misma pieza que la contenía a ella. Comprendí que sin ese apoyo no podría permanecer erguida y me puse muy triste; tú, que la querías tanto, ya te puedes imaginar mi pena. No podía creer lo que estaba viendo y empecé a llamarla. Le era imposible moverse sin el tronco y su base; giró un poco (junto con la base) para inclinarse hacia mí. Pude oír el pedestal batiendo contra el suelo. Volví a tocarla, era suave, agradable al tacto y de fría porcelana. Traté de levantarle la mano, pero no pude; traté de pasar un dedo, siquiera la uña entre su codo y su cadera, pero no lo logré. El obstáculo lo formaba la misma masa de porcelana, esa materia con la que en Auerbach hacen las salseras. Empecé a examinar su camisa, formaba parte del cuerpo, tanto arriba como abajo. La miré desde más cerca y vi que tenía una punta rota y que se había puesto marrón. La pintura en la parte superior de la cabeza había caído y se veía una manchita blanca. También había saltado un poco de pintura de un labio y uno de los hombres mostraba una pequeña raspadura. Pero estaba todo tan bien hecho, tan natural, que aún seguía siendo nuestra Sonia. La camisa era la que yo le conocía, con encajes; llevaba el pelo recogido en un moño, pero de porcelana y sus manos delicadas y grandes ojos, al igual que los labios, eran los mismos, pero de porcelana. El hoyuelo en su barbilla y los pequeños huesos salientes bajo sus hombros estaban allí también, pero de porcelana. Sentía una terrible confusión y no sabía qué decir ni qué pensar. Ella me habría

ayudado gustosa, pero, ¿qué podía hacer una criatura de porcelana? Los ojos entornados, las cejas y las pestañas, a cierta distancia, parecían llenos de vida. No me miraba a mí, sino a la cama. Quería acostarse y daba vueltas en su pedestal continuamente. Casi perdí el control de mis nervios; la levanté y traté de llevarla hasta el lecho. Mis dedos no dejaron huella en su frío cuerpo de porcelana y lo que me dejó más sorprendido es que era ligera como una pluma. De repente, pareció encogerse y volverse muy pequeña, más diminuta que la palma de mi mano, aunque su aspecto no varió. Tomé una almohada y la puse en un extremo, hice un hueco en el otro con mi puño y la coloqué allí, para luego doblar su gorro de dormir en cuatro y cubrirla hasta la cabeza con él. Continuó inmóvil. Apagué la vela y súbitamente oí su voz desde la almohada:

—Leva, ¿por qué me he vuelto de porcelana?

No supe qué contestar, y ella repitió:

—¿Cambiará algo entre nosotros el que yo sea de porcelana?

No quise apenarla y respondí que no. Volví a tocarla en la oscuridad; estaba quieta como antes, fría y de porcelana. Su estómago seguía siendo el mismo que en vida, sobresalía un poco, hecho poco natural para una muñeca de porcelana. Entonces experimenté un extraño sentimiento. Me pareció agradable que hubiese adquirido aquel estado y ya no me sentí sorprendido. Ahora todo resultaba natural. La levanté, me la pasé de una mano a la otra para abrigarla bajo mi cabeza. Le gustó. Nos dormimos. Por la mañana me levanté y sali sin mirarla. Todo lo sucedido el día anterior me parecía demasiado terrible. Cuando regresé a la hora de comer, había recuperado su estado normal, pero no le recordé su transformación, temiendo apenarlas a ella y a la tía. Sólo te lo he contado a ti. Creí que todo había pasado, pero cada día, al quedarnos solos, ocurre lo mismo. De pronto se convierte en un minúsculo ser de porcelana. En presencia de los demás continúa igual que antes. No se siente abatida por ello, ni tampoco yo. Por extraño que pueda parecerte, confieso con franqueza que me alegro, y aun pese a su condición de porcelana, somos muy felices.

Te escribo todo esto, querida Tania, para que prepares a sus padres para la noticia y para que papá investigue con los médicos el significado de esta transformación y si no puede ser perjudicial para el niño que esperamos. Ahora estamos solos, está sentada bajo mi corbata de lazo y siento como su nariz puntiaguda me rasca el cuello. Ayer la dejé sola en una habitación y al entrar vi que «Dora», nuestra perrita, la había arrastrado hasta una esquina y jugaba con ella. Estuvo a punto de romperla. Le pegué a «Dora», metí a Sonia en el bolsillo de mi chaleco y la conduje a mi estudio. Ahora estoy esperando de Tula una cajita de

madera que he encargado, cubierta de tafilete en el exterior y con el interior forrado de terciopelo frambuesa, con un espacio arreglado para que pueda ser llevada con los codos, cabeza y espalda dispuestos de tal modo que no pueda romperse. La cubriré también totalmente de gamuza.

Estaba escribiendo esta carta cuando ha ocurrido una terrible desgracia. Ella estaba sobre la mesa cuando Natalia Petrovna la ha empujado al pasar. Ha caído al suelo y se ha roto una pierna por encima de la rodilla, y el tronco. Alex dice que puede arreglarse con un pegamento a base de clara de huevo. Si tal receta se conoce en Moscú, envíamela, por favor.

Veneno   Katherine Mansfield

Poison, Katherine Mansfield

Traducción de
Irene Peypoch

El correo tardaba mucho. Cuando volvimos de nuestro paseo después del desayuno, aún no había llegado.

—*Pas encoré, madame* —cantó Annette, escabulléndose de nuevo hacia la cocina.

Llevamos nuestros paquetes al comedor. La mesa estaba puesta. Como siempre, la vista de la mesa arreglada para dos, dos personas solas, tan acabada, tan perfecta, que no dejaba lugar para un tercero, me producía un extraño y rápido estremecimiento, como si hubiese sido golpeado por aquel resplandor plateado que vibraba sobre el mantel blanco, las copas brillantes y el tazón poco profundo lleno de flores amarillas.

—¡Dichoso cartero! ¿Qué puede haberle ocurrido? —exclamó Beatrice—. Deja estas cosas por ahí, querido.

—¿Dónde las quieres?

Levantó la cabeza y sonriéndome con su modo suave y burlón, dijo:

—Bobo... en cualquier sitio.

Pero sabía perfectamente que tal lugar no existía para ella, y habría preferido quedarme durante meses sosteniendo la botella de licor y los pasteles, antes que arriesgarme a producir el más ligero sobresalto a su exquisito sentido del orden.

—Dámelos, yo los guardaré. —Los dejó caer sobre la mesa, junto con sus guantes largos y una canasta de higos—. «La Mesa del Desayuno», historia corta por... por... —me asió por el brazo—. Salgamos a la terraza... —la sentí estremecerse—, *ça sent* —dijo tenuemente—, *de la cuisine...*

Me había dado cuenta últimamente, hacía dos meses que vivíamos en el sur, que cuando quería hablar de comida, del clima o sencillamente de su amor por mí, siempre empleaba el francés.

Nos sentamos en la balaustrada, bajo la marquesina. Beatrice estaba inclinada, mirando a lo lejos..., hacia la carretera blanca con su defensa de cactus espinosos. La belleza de su oreja, tan sólo su oreja, tan

maravillosa que habría podido dejar de mirarla y gritar hacia toda aquella extensión de mar centelleante que teníamos debajo:

«Saben..., su oreja... Tiene unas orejas que son simplemente lo más,..»

Iba vestida de blanco, perlas blancas alrededor de su garganta y lirios del valle prendidos en el cinturón. En el tercer dedo de la mano izquierda lucía un anillo con una perla... No llevaba anillo nupcial.

—¿Por qué llevarlo, *mon ami?* ¿Para qué fingir? *¿A* quién crees que le importe?

Y claro está, estuve de acuerdo, aunque en mí interior, en lo mas profundo de mi corazón, habría dado mi alma para poder estar a su lado en una gran, si, gran iglesia de moda, atestada de gente, con un cura viejo y *La Voz que alentó en el Paraíso,* con ramos de laurel y olor a incienso, sabiendo que había una alfombra roja y papelillos de colores en el exterior, y en algún sitio, un pastel de boda, champaña y un zapato-de raso atado a la parte trasera del coche... si hubiese podido deslizar nuestro anillo de bodas en su dedo..,.

«Oh, Dios,,. Qué felicidad torturante..., qué angustia...»

Miré hacia la casa, hacia la ventana de nuestra habitación tan misteriosamente oculta tras las persianas verdes. ¿Era posible que llegase moviéndose a través de la luz verde, sonriendo con aquella sonrisa secreta, la lánguida y brillante sonrisa que era sólo para mí? Puso su brazo alrededor de mi cuello; con la otra mano, suave, terriblemente., me echó el cabello hacia atrás,

«¿Quién eres? ¿Quien era ella? Era… la Mujer.»

La primera tarde tibia de primavera, cuando las luces brillaron como perlas a través del perfume de las liras y de voces que murmuraban en los jardines florecientes, fue cuando cantó en la casa alta con las cortinas de tul. Como quien marchaba bajo la luz de la luna a través de la ciudad desconocida, suya era la sombra que surgió a través del oro tembloroso de los postigos. Cuando se encendió la lámpara en la quietud recién nacida, sus pasos cruzaron tu puerta. Y miró hacia fuera, hacia el crepúsculo de otoño, pálida en sus pieles, mientras el coche se deslizaba...

El caso es que para no alargarme demasiado, en aquel momento yo tenía veinticuatro años. Y cuando se recostó en su asiento, con las perlas resbalando bajo la barbilla, y suspiró: «Tengo sed, querido. *Donne-moi un orange»,* alegremente, con gusto, habría sacado una naranja de las fauces de un cocodrilo-,» si los cocodrilos comieran naranjas»

Beatrice canto:

«Tuve yo dos pequeñas alas
y donde un pajarilla alado...»

La cogí de la mano.

—¿No te irás volando?

—No muy lejos; a lo sumo al final de la carretera.

—¿Y por qué allí?

—«El no llega, dijo ella...» —citó.

—¿Quién? ¿El viejo cartero? Pero si no estás esperando ninguna carta,

—No, pero es igualmente molesto,,. ¡Ah! —-De pronto se echó a reír y se me acercó—. Mírale, allí viene… Parece un escarabajo azul»

Juntamos nuestras mejillas y observamos como el escarabajo azul empezaba a subir la cuesta. —Querido —susurró Beatrice.

Y la palabra pareció quedarse en el aire, vibrando como la nota de un violín,

—¿Qué hay?

—No lo sé —rió suavemente—. Una oleada... una oleada de afecto, supongo. La rodeé con el brazo. —¿Entonces no te irás volando? Contestó rápida y suavemente:

—¡No, no! Por nada del mundo. De verdad… me gusta este lugar. Me encanta estar aquí. Me parece que podría quedarme durante años. Nunca había sido tan feliz como en estos dos últimos meses, y tú, querido, has sido tan perfecto para mí, en todos los sentidos.

Era tan hermoso, tan extraordinario y sin precedente oírla hablar de aquel modo, que procuré no darle importancia.

—¡Por favor! Parece que te estés despidiendo.

—Tonterías, tonterías. ¡Estas cosas no las digas ni en broma! —deslizó su pequeña mano bajo mi chaqueta blanca y asió mi hombro—. Has sido feliz aquí, ¿verdad?

—¿Feliz? ¿Feliz? Oh, Dios, si supieras lo que siento en este momento. ¿Feliz? ¡Mi tesoro! ¡Mi alegría!

Solté la balaustrada y la abracé, levantándola en mis brazos. Y mientras la mantenía en alto, hundí mi cara en su seno, diciéndole:

—¿Eres mía?

Y por primera vez en todos aquellos desesperados meses en que la conocí, aun contando el último mes de... seguramente… Cielos, creí en ella cuando me contestó:

—Sí, soy tuya.

El ruido de la verja y los pasos del cartero sobre la grava nos separaron. Me sentía como mareado. Permanecí allí sonriendo, y por lo que me pareció, bastante estúpidamente. Beatrice se acercó a las sillas de junco,

—¿Vas a ver… a ver si hay cartas? —preguntó.

Me incorporé, casi tambaleándome, Pero era demasiado tarde, Annette llegaba corriendo.

—*Pas de lettres* —dijo.

Mi sonrisa atolondrada cuando me tendía los diarios, debió haberla sorprendido. Estaba loco de felicidad. Lancé los periódicos al aire y cantes

—¡No hay cartas, querida!

Al reunirme con ella, la mujer amada estaba tendida en una tumbona.

Por un momento, no contestó. Después dijo lentamente, mientras rasgaba la envoltura del periódico:

—Los que olvidan el mundo son olvidados por él.

Hay ocasiones en que la única cosa posible es encender un cigarrillo. Es más que un aliado, un pequeño amigo, leal y secreto que lo sabe todo y lo comprende todo perfectamente. Mientras fumas, lo miras, sonriente o serio, según lo pide la ocasión. Inhalas profundamente y expeles el humo en un lento abanico. Aquel era uno de esos momentos. Fui hacia la magnolia y aspiré su perfume. Después volví a su lado y me recosté contra su hombro. Entonces tiró con rapidez el periódico al suelo.

—No dice nada —afirmó ella—. Nada. Hay únicamente un juicio por envenenamiento. Si un hombre mató o no a su esposa. Y por ello veinte mil personas se han sentado diariamente en el tribunal y dos millones de palabras han sido radiadas a todo el mundo después de cada sesión,

—Estúpido mundo —repuse yo, dejándome caer en otra silla.

Quería olvidar el periódico, volver, claro está que paulatinamente, al instante que precedió a la llegada del cartero. Pero cuando habló, supe por su voz que el momento había pasado. No importaba. Me gustaba esperar, quinientos años si era necesario, ahora que lo sabía.

—No tan estúpido —dijo Beatrice—. Después de todo, por parte de esas veinte mil personas, no es sólo mórbida curiosidad.

—¿Qué es, entonces, querida? —el cielo sabía que no me importaba.

—¡Culpabilidad! —gritó—. ¡Culpabilidad! ¿No te das cuenta? Están fascinados como la gente enferma se deja fascinar por pequeñas

noticias sobre su propio caso. El hombre del banquillo puede ser inocente, pero la mayoría de las personas que asiste al juicio, son envenenadores. ¿No se te ha ocurrido pensar —estaba pálida por la excitación— en la cantidad de envenenadores que andan sueltos? En los matrimonios, la excepción la forman los que no tratan de envenenarse el uno al otro. Los matrimonios y los amantes. ¡Oh! —gritó—. El número de tazas de té, vasos de vino, tazas de café que están contaminadas. Las que me han dado a mí y he bebido, sabiéndolo o sin saberlo..., arriesgándome a ello. La única razón por la que muchas parejas —se rió— *sobreviven,* es porque uno teme darle al otro la dosis fatal. Para esa dosis se necesita empuje. Pero está destinada a llegar más pronto o más tarde. Una vez se ha dado la primera pequeña dosis, ya no hay modo de volverse atrás. Es el principio del fin, desde luego... ¿No estás de acuerdo? ¿Comprendes lo que quiero decir?

No esperó a que le contestase, se quitó los lirios del valle y se recostó pasándoselos ante los ojos.

—Mis dos maridos me envenenaron —dijo Beatrice. —El primero me dio una fuerte dosis casi inmediatamente, pero el segundo fue un verdadero artista. Sólo unas gotas, una y otra vez, bien disimuladas.., ¡Oh, tan bien disimuladas!... Hasta que una mañana desperté y en todo mi cuerpo, hasta la punta de los dedos, había un matiz especial. Llegué a tiempo…

Oírle mencionar a sus maridos con tanta calma, especialmente en aquel momento, era doloroso. No pude soportarlo. Me disponía a hablar cuando de pronto ella gritó lúgubremente:

—¿Por qué? ¿Por qué tenía que pasarme a mí? ¿Qué he hecho? ¿Por qué toda mi vida ha sido marcada? Es una conspiración.

Traté de explicarle que ella era demasiado perfecta para aquel mundo horrible…, demasiado exquisita, demasiado fina. Asustaba a la gente. Bromeé,

—Pero... yo no he tratado de envenenarte,

Beatrice rió tenuemente de un modo extraño y mordisqueó el tallo de un lirio.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Si no eres capaz de hacerle daño a una mosca!

Curioso. Aquello me hizo daño. Mucho daño.

En aquel momento llegó Annette con nuestros *apéritifs.* Beatrice se sentó, tomó una copa de la bandeja y me la tendió. Vi el brillo de la perla en lo que yo llamaba su dedo perlado. ¿Por qué me había sentido herido por sus palabras?

—¿Y tú no has envenenado a nadie? —pregunté, tomando la copa.

Aquello me dio una idea y traté de explicársela.

—Tú... tú haces lo contrario. Cómo llamarías a alguien como tú, que en vez de envenenar a las personas, las llenas a todas, al cartero, a nuestro chófer, al barquero, a la florista, a mí... de una nueva vida, con algo que irradia, tu belleza, tu...

Sonrió soñadoramente y soñadoramente me miró,

—¿En qué estás pensando, mi delicioso amor?

—Me preguntaba —dijo— si después de comer te importaría ir al pueblo y pedir el correo de la tarde. ¿Podrás hacerlo, querido? No es que espere ninguna carta, pero... pensé que quizá... sería tonto no tenerlas si están allí. ¿No te parece? Sería absurdo esperar hasta mañana.

Dio la vuelta entre sus dedos al pie de su copa… Inclinaba la hermosa cabeza. Levanté mi copa y bebí bastante… Sorbía lenta, deliberadamente, mirando la cabeza oscura y pensando en… carteros, escarabajos azules y adioses que no son adioses y…

¡Dios mío! ¿No era aquello sorprendente? No, no era sorprendente. La bebida tenía un sabor estremecedor, amargo, *curioso.*

CELOS   Anónimo (trad. Lin Yutang)

Jealonsy, autor anónimo

Traducido del japones por Lin Yutang. Reprinted by permission of The John Day Company, Inc. Publishers, New York.

Traducción de
Irene Peypoch

Wu Hung, un remiso y pasajero morador de la capital, experimentaba un curioso sentimiento de soledad satisfecha cuando los alumnos de su escuela particular se volvían a casa. No le importaba prepararse el té, ni tampoco tenérselo que beber sin compañía. Sus habitaciones de soltero en el interior del recinto escolar tenían para él un secreto encanto. Había en ellas un toque femenino; en su dormitorio había un tocador, un viejo mueble con un espejo plegable en la parte superior, y varios artículos de uso femenino conocido y desconocido. En un estuche, cuyo fondo estaba cubierto de polvo, se guardaban agujas, cintas y pasadores. Cada vez que entraba en la habitación, le envolvía un aroma sutil. Lo había identificado con la excitante fragancia del almizcle que se había apoderado del dormitorio, sin que pudiese localizar el menor rastro del mismo. Aquella atmósfera de tocador intrigaba en gran manera su imaginación de soltero. Siendo de mente fantasiosa, le gustaba pensar en la clase de mujer que había vivido allí. ¿Era alta y esbelta? ¿Cómo era su voz? Todo lo que necesitaba para tener la sensación de vivir en un hogar, era una mujer de verdad.

En una gran ciudad como Hangchow, cavilaba, había muchas criaturas misteriosas, dulces y encantadoras. Aquella era la razón por la que había decidido quedarse, en vez de volver a su casa en Foochow, después de haber fracasado en el examen nacional para la obtención de la beca de literatura. Se había convencido a sí mismo de que el viaje sería largo y caro; lo mejor era permanecer allí esperando los exámenes siguientes. Desgraciado en literatura, afortunado en el amor. Como joven casadero y de buena presencia, la ciudad le debía algo. Estaba decidido a casarse si encontraba, claro está, la mujer apropiada. Era capaz de apoderarse de una ciruela de la huerta del mismo diablo si ésta le llamaba la atención.

—¡Oh, si encontrase a una mujer bella y rica, sin compromiso y sola!

La casa que había alquilado era como su mente... Estaba rodeada por un muro de ladrillos de barro blanqueado (y pagaba por ella una cantidad irrisoria). Pero, ¡qué encanto en su interior! Naturalmente resultaba barata por estar situada en un barrio alejado del centro de la

ciudad, aunque era difícil que esta fuese la única causa. Estaba familiarizado con tantas historias que contaban como un soltero que vivía solo, estando sentado en su estudio, en la quietud de la noche, alzaba la cabeza y veía ante sí la hechicera aparición de una mujer que le sonreía bajo la lámpara; aquella mujer acudía a visitarle noche tras noche y vivía en secreto con él, ahorrándole dinero, sirviéndole en la enfermedad, en una maravillosa vida soñada que se convertía en realidad. Se dijo que le agradaría departir con el fantasma de la mujer que había vivido en aquella habitación. No tenía porqué imaginársela como muerta, pero le gustaba hacerlo así. A veces, en la noche, cuando estaba solo, le parecía oír su voz. Pero cuando escuchaba con atención, se trataba únicamente del gatito del vecino. ¡Que desengaño! ¿Por qué no casarse con una mujer real?

El ser un soltero extraño y solitario en una ciudad tenía ciertas ventajas. Muchos padres deseaban casar a sus hijas con un hombre sin progenitores ni una gran familia. Un día llegó Wongpo. La había conocido cuando aun vivía en la Puerta Chientang, antes de mudarse a la casa actual. Era una casamentera profesional y había tratado de lograr una unión para él, pero en aquel tiempo estaba ocupado con sus exámenes y la excitación de su llegada a la capital. Ahora ya se sentía aposentado. Con un gesto misterioso, la anciana murmuró que tenía algo importante que decirle y pidió al maestro que la siguiese al interior de la casa. Traía el pelo gris y delgado reunido en la nuca formando una pequeña bola y Wu pudo darse cuenta de que, a pesar de correr el mes de abril y el clima ser tibio, llevaba atado en el cuello un pañuelo rojo. Quizá había cogido frío en la garganta, pensó.

—Tengo que hacerte una proposición interesante... —dijo la anciana, con tono romántico.

Tenía una sonrisa irresistible y un modo agradable de hablar, ambas cosas imprescindibles en su profesión, la profesión del romance.

Wu le rogó que se sentase. El lo hizo y entonces ella acercó más su silla a la del hombre. Este le preguntó cómo le iban las cosas. Hacía casi un año que no se veían.

—No hablemos de mí. Recuerdo que tienes veintidós años y ella tiene tu misma edad.

Se subió un poco el pañuelo, como si le doliese la garganta. Tal vez había resbalado sobre uno de aquellos almohadones de piel mientras dormía, pensó Wu.

—¿Quién?

—La muchacha de la cual voy a hablarte.

—Ninguna muchacha de la que tú puedas hablarme tendrá veintidós años —replicó Wu, con despreciativo escepticismo—. No tengo prisa en casarme, a menos que me encuentres una de esas criaturas dulces y misteriosas de las que Hangchow debe estar repleto.

Wongpo le había sugerido varias uniones, pero él las había considerado poco convenientes.

—Vosotras las casamenteras hacéis milagros con las palabras. Llamáis a una luna creciente el principio de una luna llena y defenderíais una luna oscura diciendo que no hemos visto el otro lado. Yo quiero la luna llena.

Por supuesto, el negocio de Wongpo consistía en ver a todos los chicos y chicas en edad matrimonial aparejados, no siempre felizmente, pero aparejados. Para ella, un soltero de veintidós años era una ofensa al cielo.

—¿Qué clase de mujer quieres?

—La quiero joven, claro está, bonita, comprensiva y que viva sola.

—¿Y que aporte quizá mil dólares y una sirvienta? —añadió Wongpo, sonriendo triunfante, pues sabía que lo había cazado—. Vive sola, sin parientes.

Wongpo acercó un poco más su silla y aunque no había nadie más en la habitación, empezó a susurrarle al oído. Wu la escuchó con interés creciente.

Le habló de una joven muy deseable, una famosa flautista que había abandonado recientemente el hogar de su anterior patrón. Su amo no fue otro que el tercer hijo del todopoderoso preceptor imperial Chin. Esas familias ricas siempre mantenían una compañía completa de actores y músicos. La gente la llamaba Li Yonia (que significaba aproximadamente «Mademoiselle Artista Li»), pues era artista de profesión. Li era independiente y libre, y tenía únicamente una madre adoptiva, que no precisaba de ella. Tenía mil dólares de su propiedad y traería su propia sirvienta.

—Esto parece muy interesante —dijo Wu—, pero, ¿por qué querría ella casarse con un pobre intelectual como yo?

—Como ya te he dicho, tiene su propio dinero. Quiere únicamente casarse con un letrado que viva solo, sin familia. Permíteme que te diga algo, te estoy haciendo un gran favor. Un comerciante acomodado me ha hecho una oferta para llevársela, pero ella no se casaría con un hombre de negocios. He tratado de persuadirla, pero es muy testaruda. «No, me dijo, prepárame una unión con un letrado, sin padres ni parientes». No hay muchas personas que se adapten a esto. Esta es la causa de que me haya acordado de ti. He venido hasta aquí para

decírtelo. Me pregunto si te das cuenta de la suerte que tienes.

—¿Dónde está?

—Vive con su madre adoptiva en el estanque Grulla Blanca. Si quieres verla por ti mismo, puede arreglarse también. No creo que encuentres una proposición más justa.

Unos días más tarde, Wu acudió a una cita en cierto restaurante. Allí le fue presentada la señora Chen, la madre adoptiva. Aunque el día era claro y luminoso, su pelo estaba húmedo y el agua salpicaba su falda.

—Tendrá que perdonar mi aspecto —explicó la señora Chen—. Cuando venía hacia aquí, tuve la mala suerte de tropezar con un aguador.

—¿Dónde está la muchacha? —preguntó Wu.

—En la otra habitación. La chiquilla que la acompaña es su sirvienta, Chin-erh. Muy buena criada, además. Puede cocinar, coser y hacer todo el trabajo de la casa.

La señora Chen se despidió de Wu y entró en la otra habitación dejando extrañas huellas húmedas en el suelo. Wongpo se quedó con Wu, quien se humedeció un dedo con saliva e hizo un agujero en la celosía divisoria de papel. Mirando a través del agujero, vio a la madre adoptiva inclinándose ante una bella joven mientras le murmuraba algo. Pudo ver la curva de la punta de su nariz. De pronto levantó la cabeza, sonrió y se sonrojó a sabiendas. El pudo ver unos ojos oscuros y profundos en una cara extremadamente pálida enmarcada por una masa de cabello negro. Una jovencita, entre los quince y los dieciséis años, parecía extremadamente interesada en lo que estaba ocurriendo. Wu se admiró.

—No puede ser —exclamo para si.

—¿Qué ocurre?

—Si acepta casarse conmigo seré el hombre más feliz de Hangchow.

Se sentó ante la mesa para cenar y pudo oír las voces de las mujeres de la otra sala, era evidente que el grupo se estaba divirtiendo. Una de las veces que alzó la vista, vio un ojo detrás del agujero de la celosía que desapareció inmediatamente para ser seguido por un rápido deslizamiento de pasos femeninos y una fuerte carcajada, que imaginó procedía de la criada.

—Para decir la verdad —recalcó Wongpo, con una sonrisa—, te he concertado esta cita porque la joven deseaba verte, del mismo modo que tú has querido verla a ella. No comprará un marido a ciegas. Te trae mil dólares y tú la tendrás por nada.

Se hicieron los arreglos necesarios para que Li se presentase al cabo de quince días. Se acordó que, por ser el novio extranjero en la ciudad, no

era necesario celebrar una boda fastuosa. Li estaría contenta de ir a vivir con él, trayéndose con ella a su sirvienta.

A Wu jamás se le ocurrió preguntar por qué Li había abandonado la casa de su patrón anterior.

Se le hacía difícil aguardar a que llegase el día. Pero tanto la suerte como la desgracia, nunca vienen solas. A la semana siguiente, apareció otra mujer sugiriéndole una unión. Para evitar problemas, le dijo que ya estaba comprometido, pero ella era persistente.

—¿Quién es la afortunada? —preguntó la mujer, que había dicho llamarse viuda Chuang.

Wu le dijo el nombre de su novia. La viuda pareció contener una gran impresión de desagrado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Wu.

—Oh, nada. Ya que está comprometido, no quiero decir nada.

La curiosidad de Wu iba en aumento.

—¿La conoce?

—¿Que si la conozco? Vaya... —dijo después de una pausa—, pensé que iba a proponerle otra unión. La muchacha que tengo en mente tiene todo lo que un hombre puede desear en su esposa. Es bella como una flor, de natural dulce y muy trabajadora, buena cocinera y perfecta con la aguja. Haría una esposa magnífica para un caballero como usted. No me importa decirle que la muchacha de la que estoy hablando es mi propia hija. No pienso interponerme, pero creo que la hija de un hombre pobre sería una mejor esposa para usted. No haga caso de las casamenteras.

Wu se estaba impacientando.

—He visto a la joven yo mismo. Lo siento, pero estoy comprometido.

Acompañó a la viuda Chuang a la puerta y la despidió educadamente, sólo porque pensó que era la última vez que la veía.

Una tarde lluviosa llegó Li en una silla de manos, acompañada de su sirvienta, su madre adoptiva y la casamentera, la anciana Wongpo.

Los portadores de la silla no esperaron para recoger la propina y un bol lleno de tallarines como tenían por costumbre en tales ocasiones. Cuando el novio reparó en ello, ya se habían perdido en la oscuridad. La sirvienta, Chin-erh lo hizo todo, desde disponer las pertenencias de su ama, hasta preparar el agua para el té. La novia se había traído todo un conjunto de instrumentos musicales que Chin-erh empezó inmediatamente a colocar con cuidado sobre la mesa. La jovencita era

juguetona como un gatito y conocía su obligación sin tenérsela que recordar. Las mujeres parecieron apoderarse de la casa y el novio no tuvo nada que hacer, excepto pasarlo bien.

Comieron un menú sencillo acompañado de vino. El pelo de la señora Chen estaba húmedo de nuevo, pero no era extraño, pues había estado lloviendo con tuerza. Wu pensó también que olía a algas de pantano. El asiento de honor le había sido otorgado a la anciana Wongpo como mediadora. Conservaba el pañuelo alrededor del cuello, a pesar de que la tarde de abril había sido sofocante por la humedad y el calor.

—Júrame que no amarás a ninguna otra mujer que a mí —dijo Yonia aquella noche, y siendo la noche de bodas, a él le fue muy fácil hacerle aquella promesa.

—¿Eres muy celosa?

—Sí, lo soy, no puedo evitarlo. Trataré de convertir esta casa en mi nido de amor, pero si me fueses infiel...

—¿Tendrías celos si me enamorase de una mujer en mis sueños? —¡Los tendría!

La esposa y la sirvienta lograron para Wu un hogar feliz. Era demasiado bello para ser verdad. Por una vez, las palabras de una casamentera podían creerse y a él le parecía estar viviendo un sueño, pues Yonia era tan perfecta como Wongpo le había asegurado. Era una verdadera artista, sabía leer, escribir, beber y jugar a las cartas. Durante las veladas, interpretaba maravillosamente, acompañándose a la flauta pequeñas canciones de amor. Era también muy lista y hábil con los números. Podía decirle inmediatamente que una pieza de tela de tres metros y medio a dos cuarenta el metro, costaba ocho cuarenta. Era un misterio. A ella y a Chin-erh les gustaba también entretenerse con los más intrincados juegos de mesa, como el de los Nueve Dragones y lo hacían murmurando graciosamente todo el rato.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —solía preguntar Wu.

—¡Hum! ¡Un caballero jamás emplea esa palabra! —le reñía Yonia.

—¿Qué estáis haciendo, pues?

—Así está mejor.

Le había corregido por décima vez. No le permitía decir «qué demonios» o «cómo diablos» y se ofendía si él lo hacía.

Al principio a Wu le molestaba la intimidad entre ama y sirvienta y al oírlas secretear continuamente, sospechaba. Pero luego se trataba siempre de una conspiración en su provecho. No hacían más que imaginar nuevos guisos y le preparaban delicados bollos blancos rellenos

de cebolla y picadillo para el desayuno. Un don curioso, rayano casi en el misterio, era que Yonia podía anticiparse a sus deseos y hacer las cosas para él sin que se las pidiese, como si pudiera leer sus pensamientos. Al recordar sus días de soltero, yendo cada mañana al mercado con la canasta, Wu se reía.

Un día, cuando se cumplía más o menos un mes de su matrimonio, llegó a casa y encontró llorando a su esposa. Hizo todo lo que pudo para consolarla y le preguntó qué había hecho para entristecerla de aquel modo.

—No tiene nada que ver contigo —replicó Yonia.

—¿Quién ha sido entonces?

No pudo sacarle nada. Le preguntó a Chin-erh, que parecía saberlo, pero ésta tampoco quiso decírselo.

Dos días más tarde volvió de la calle justo antes de la hora de la cena y oyó a su esposa gritando con furia:

—¡Márchate! ¡Fuera de aquí!

Corrió y la encontró jadeando de rabia. Llevaba el cabello suelto y tenía un rasguño en la cara. Chin-erh estaba a su lado, jadeando y resoplando como su ama.

—¿Quién estaba aquí? —preguntó.

—Alguien... alguien me ha estado molestando —dijo Yonia de mala gana.

El marido no halló a nadie en la casa, ni una sombra. Recorrió una avenida lateral que iba del patio a la calle, pero no pudo oír nada.

—Quizá te lo has imaginado —sugirió el marido.

—¿Imaginado? —dijo la esposa, echándose a reír con fuerza.

Wu no le vio la gracia, y aquella noche, ya en la cama, le preguntó a Yonia:

—Tienes que decirme quién te ha estado molestando.

—Alguien que está celosa de mí, es todo.

—¿Quién?

Bajo la presión de sus preguntas, la esposa finalmente confesó:

—Una antigua amiga mía.

—Pero, ¿quién?

—Una tal señorita Chuang. No la conoces.

—¿Quieres decir la hija de la viuda Chuang?

—¿La conoces? —la esposa se sentó sorprendida.

Wu le contó que la viuda le había visitado una semana después de su compromiso para proponerle una unión con su propia hija, tratando de persuadirle del error de su matrimonio con Yonia. Se dice que una mujer celosa es mucho peor que una tigresa enfurecida. La mujer empezó a renegar rayando casi en la blasfemia, de un modo que él jamás hubiese esperado de su boca.

—No tienes porqué preocuparte —dijo el marido—. Estamos casados y ella no tiene ningún derecho a venir aquí a molestarte. La próxima vez que lo haga, llámame y la echaré a la calle ante tus propios ojos.

—Me amas a mí más que a ella, ¿verdad? —preguntó la esposa.

—Yonia, estás diciendo tonterías. A ella no la he visto nunca y sólo vi una vez a su madre.

Pese a todo, Wu estaba un poco preocupado. Tenía el presentimiento de que su esposa ocultaba un secreto que no quería confesarle.

La hija de la viuda Chuang no volvió y el matrimonio fue pasando felizmente los días. Hangchow, pensaba él, era una ciudad maravillosa. Vivía en un mundo encantado.

Era la época de la Fiesta del Barco del Dragón. De acuerdo con la costumbre, Wu cerró la escuela y sugirió que saliesen por la ciudad o por sus alrededores para visitar los templos. Desde su matrimonio, la esposa no había salido de casa, pero declinó la invitación diciéndole que fuese solo. Le pidió, de todas maneras, que la llevase a pasar el día con su madre adoptiva en el estanque Grulla Blanca. La dejó allí y se fue hacia Wansungling, deteniéndose en el camino para visitar el templo Tsingtse. Al salir de allí, un camarero de una taberna que había enfrente, se le acercó diciendo :

—En la taberna hay un caballero que desea verle.

Cuando Wu entró, encontró a un joven que había conocido durante los exámenes, llamado Lo Chisan.

—Te vi entrar y pensé que me agradaría charlar un rato contigo. ¿Qué haces hoy?

Wu contestó que tenía el día libre y no había pensado ningún plan especial. También le informó de que estaba recién casado. En venganza por no haberle participado su boda. Lo pensó para sí que sería divertido mantener cautivo al novio durante todo el día para ver como se preocupaba.

—Voy a visitar el cementerio de la familia en Wansungling. ¿Por qué no

me acompañas y así pasaremos el día? Las azaleas aún están floridas y sé de una buena taberna que tiene el mejor vino que he probado en mi vida.

Wu aceptó inmediatamente, feliz de tener un compañero de excursión. Salieron de la taberna y cruzaron el lago por el muelle Su Tungpo donde pudieron ver una multitud de hombres, mujeres y niños paseando por la amplia avenida flanqueada por sauces. En la carretera de Nanshin alquilaron un bote y se dirigieron hacia la orilla Maochiapu. El cementerio familiar de su amigo estaba situado sobre una escarpada montaña rocallosa llamada Tuohsienling. Les tomó una hora subirla y después de cruzar la cima, bajaron ochocientos metros hasta llegar a su punto de destino. El día era apacible y las laderas estaban cubiertas de una profusión de capullos rosados y rojos. Estaban tan encantados con el lugar que se les pasó la tarde sin darse cuenta.

El amigo de Wu le llevó a la taberna. Para llegar allí tuvieron que bajar al valle, siguiendo un riachuelo serpenteante, bellamente sombreado por árboles. Cruzaron un puente de madera en cuyo extremo había una gran higuera de Bengala, pocas veces vista en aquella región. Sus largas ramas corrían horizontalmente a unos tres o cuatro metros del suelo. Largos manojos de raíces colgaban de ellas como barbas, en un aparente esfuerzo por llegar al suelo. A unos quince metros del árbol había una casita con un gallardete cuadrado de tela, enarbolada en una asta de bambú: la señal familiar anunciadora de una taberna.

—Es aquí —dijo Lo—. Conozco a la viuda. La última vez que vine pasé un rato maravilloso hablando con su hija. Una muchacha encantadora y dulce.

Wu sintió los latidos de su corazón repercutiéndole en la cabeza. La viuda Chuang se hallaba ante la taberna dándoles la bienvenida como si les hubiese visto llegar. Se deshacía en sonrisas.

—¡Pero si es el profesor Wu! —exclamó la viuda—. ¿Qué vientos le han traído por aquí? ¡Pasen, pasen!

Acompañó a los hombres al interior, apartando sillas y arreglando cojines en una enérgica muestra de hospitalidad.

—Siéntense, señores. No sabía que se conociesen.

—¡Li-hwa —gritó la viuda Chuang—, tenemos huéspedes, sal!

Era el nombre de su hija y quería decir «Flor de Peral».

Pronto una muchacha alta y esbelta de dieciocho o diecinueve años apareció. Llevaba un vestido morado adornado con una amplia franja negra. Tenía las pestañas muy largas y una perpetua sonrisa en la cara. Saludó a los visitantes sin la timidez de las muchachas de la ciudad.

—Calienta nuestro mejor vino para nuestros huéspedes —le ordenó la madre, mientras Li-hwa iba hacia una esquina del local para sacar un poco de vino de una jarra de barro.

Dirigiéndose a Wu, la viuda Chuang añadió:

—¿Qué le dije de mi hija? ¿No es bonita y también muy buena muchacha? No sabría qué hacer sin ella... Sí, me hace muy feliz. Pudo haber sido suya. ¡Bien!

La viuda Chuang se calló al volver la muchacha con un cacharro en la mano y las mejillas profundamente enrojecidas. Puso el vino en el fuego. Miró a Wu varias veces con ojos chispeantes y sonrió, no con descaro, sino alegre y conscientemente, como una muchacha de su edad le sonreiría a un hombre joven y de buena presencia. Se quedó abanicando el hornillo, columpiando ligeramente su cuerpo y de vez en cuando arreglándose algunos rizos que le caían sobre la frente al agacharse. Wu no decía nada, le miraba la espalda. Cada uno de sus movimientos le parecía exquisito. Cuando el carbón estuvo al rojo vivo, ella dejó el hornillo y empezó a lavar algunas tazas de peltre que después depositó sobre la mesa, sin dejar de mirar a Wu.

—Pon cuatro —indicó la viuda Chuang.

Li-hwa trajo otras dos tazas, repitió las abluciones y después se quedó quieta ante la mesa. Volvió hacia el hornillo para ver si el vino ya estaba en su punto y lo echó en un cazo de peltre.

—Madre, ya está listo —llamó.

Escanció el vino en las tazas de los dos caballeros.

—Siéntate ahora, me reuniré con vosotros dentro de un minuto.

Después de apartarse los rizos de la frente con brazo muy blanco, se sacudió un poco de ceniza del delantal y se sentó.

La viuda se les unió pronto y los cuatro empezaron a beber y a charlar. La madre le preguntó a Wu cómo le iban las cosas y se interesó por su matrimonio. El explicó que era muy feliz, pero se contuvo un poco al recordar el incidente con su mujer. No podía creer que aquella dulce y bella muchacha hubiese atacado a su esposa. Aunque estaba casi seguro que entre las dos jóvenes había ocurrido algo.

—No importa —repuso la viuda—. Ahora que ha visto a Li-hwa, ya sabe lo que ha perdido.

—Tiene toda la razón al sentirse orgullosa de su hija —replicó Wu, feliz de poder cumplimentar a la muchacha.

Li-hwa se sonrojó ligeramente.

Los dos hombres anunciaron que querían marcharse, pero la viuda no quiso escucharles.

—Se quedarán a cenar. No pueden tener idea del sabor que tienen las carpas a menos que permitan que Li-hwa les muestre lo que sabe hacer con ellas.

Al pensar en su esposa, Wu explicó que era muy tarde.

—De todas maneras no podrán llegar a la ciudad esta noche. La Puerta Chientang estará cerrada. Está a siete u ocho kilómetros de aquí.

Wu aceptó al comprender que lo que la mujer decía era cierto, pero se sentía culpable. Sabía, de todas maneras, que su esposa le esperaba en casa de su madre adoptiva y que, por lo tanto, no tenía nada que temer.

El pescado fresco del riachuelo era insuperable y el vino caliente les acariciaba la garganta y les hacía descansar interiormente. Wu empezó a sentirse muy feliz.

—¿Qué le hizo al pescado? —preguntó.

—Nada —replicó con sencillez Li-hwa.

—Hay magia en él. Les juro que es la primera vez que como una carpa de esta categoría.

—¿Qué le dije? —exclamó la madre—„ ¿No le dije la verdad acerca de mi hija? Pero usted creyó la palabra de una casamentera profesional.

Wu encajó la insinuación y dijo, con evidente disgusto:

—¿Qué tiene de malo mi esposa?

Li-hwa parecía arder en palabras, pero su madre la hizo callar con una mirada y dijo:

—La conocemos muy bien. Su esposa era una mujer terriblemente celosa. De otro modo, ¿por qué una mujer con su talento musical había de ser expulsada de la casa de su amo?

—¿Qué hizo? Acaba de decir que era una mujer terriblemente celosa.

—Sí, lo era. No podía soportar a nadie más hermosa o que tocase la flauta mejor que ella. Empujó a una muchacha fuera de la balaustrada y la mató. Únicamente gracias a la protección de la todopoderosa familia Chin, escapó a un juicio por asesinato. De todas maneras, usted se ha casado con ella y no quiero decirle nada más. No le mencione a ella todo esto, es mejor que pretenda no saberlo.

Bajo la influencia del vino, el amigo de Wu flirteaba locamente con Li-hwa, mirándola con ojos de carnero. Ella lo toleraba amablemente, como se tolera a un borracho, mientras sonreía a Wu comprensivamente. Pronto Lo estuvo tan borracho, que entre todos lo

acostaron y al momento empezó a roncar.

Wu se sentía ahora aún más confuso acerca de la mujer misteriosa con la que se había casado. Se daba cuenta también de que Li-hwa, sin tener la fascinación de Yonia, era la clase de mujer sincera, dulce y alegre con la que un hombre habría vivido feliz. A despecho de su total sencillez, era muy agradable de ver. Las palabras de su madre: «No sabe lo que se perdió», volvían una y otra vez a su mente. El encontrarla allí aquella noche, en una taberna del camino, su boda reciente y todo lo sucedido durante el último mes, le parecía una sobrenatural sucesión de hechos irreales.

Había oscurecido y las luciérnagas penetraban raudas por la ventana. La mujer y la hija cerraron la taberna mientras Wu se paseaba por el exterior. En todo el valle no se veía ninguna otra casa. Los pájaros se habían acurrucado en sus nidos y a su alrededor todo estaba en silencio, roto de vez en cuando por los chillidos de un búho y el lejano grito atemorizante de alguna bestia que rondaba en la noche. Una pálida luna creciente, con los cuernos apuntando hacia abajo, se mantenía sobre las cumbres en el cielo, hacia el Oeste, convirtiendo a los árboles en altos espectros negros que temblaban al viento, y dándole al valle una belleza fantasmal.

Li-hwa le miró desde el umbral. Se había puesto un vestido blanco y el cabello le caía en graciosos rizos. Se le acercó, con la flauta en la mano y le sonrió ingenuamente, mientras decía, sencilla pero expresivamente.

—Mira la luna.

—Sí. —Wu prefirió ocultar el resto de sus sentimientos.

—Iremos al riachuelo, hay un bonito lugar donde me gusta sentarme y tocar la flauta por las noches.

Una vez llegados, escogió una gran roca junto al riachuelo para sentarse y empezó a tocar una melodía quejumbrosa y suave, que partía el corazón. La luz de la luna era suficiente para vislumbrar la línea tenue del óvalo de su cara, su cabello y su cuerpo. Parecía tocar mejor que Yonia. Oír la flauta, en un valle solitario a la luz de la luna, tocada por una bella muchacha y sentir las notas flotar sobre las copas de los árboles hasta confundirse con la música del riachuelo y luego ser devueltas por el eco desde las lejanas montañas, era una experiencia inolvidable para cualquier hombre. Así fue para Wu aquella noche. Era tan bella que casi le producía dolor; se sintió atenazado por una gran angustia.

—¿Por qué estás tan triste? —le preguntó Li-hwa.

—Tu música me hace sentirme así —respondió, admirando su blanca

belleza fantasmal en la noche estrellada.

—Entonces dejaré de tocar —dijo Li-hwa, riéndose.

—Por favor, sigue.

—No, si te entristece.

—¿Eres feliz aquí?

—Sí. ¿Hay en el mundo un lugar más hermoso que éste? Los árboles, el riachuelo, las estrellas, la luna...

—¿No te sientes sola aquí?

—¿Sola? —repitió ella, como si no conociese el significado de la palabra—. Tengo a mi madre y las dos nos queremos mucho.

—No deseas un hombre..., quiero decir...

Li-hwa se rió.

—¿Para qué quiero a un hombre? Además, los hombres buenos son difíciles de encontrar. Mi madre me habló de ti. Le agradas mucho. Si me hubiese casado con alguien como tú, habría sido muy feliz y tendría niños con quienes jugar.

Suspiró tenuemente.

—Li-hwa, te amo —murmuró Wu, con voz ronca por la emoción—. Me fascinaste desde el primer momento en que te vi.

—No seas absurdo. Estás casado con esa diablesa y tienes que moderarte. Ven, entremos. Te apuesto a que me matará si descubre que has pasado aquí la noche conmigo.

Wu se sintió como en trance, tan grande era sobre él la influencia mágica del lugar, la música y la voz de la muchacha. Entonces, era cierto que las dos mujeres habían sido enemigas.

Cuando regresaban por la orilla hacia la casa, la luna asomó entre las nubes, para dibujar el bello óvalo de su cara contra la negra superficie de la noche. Justo sobre su cabeza había una flor blanca. Wu la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. La muchacha se sometió y después rompió a llorar.

—¡Me matará! —gimió con súbito horror.

—¡Qué tontería! ¿Quién va a matarte?

—¡Yonia! ¡Me matará! —le tembló la voz.

—No lo sabrá nunca. No seré tan loco como para contárselo.

—Lo sabrá.

—¿Cómo?

—Pues... ¿Puedes guardar un secreto? —Al acercarse ella, Wu sintió su aliento ardiente sobre el rostro—. Tu esposa es un fantasma; se colgó al marcharse de la casa de su amo, porque esperaba un hijo. Persigue a los seres humanos. Mi madre no podía decirte la verdad, va contra las reglas. Te previno, pero tú ya estabas bajo su encanto.

Al oírla, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Wu.

—¿Quieres decir que estoy casado con un fantasma?

—Sí, lo estás. Su fantasma me persiguió cuando fui a la ciudad.

—¿Te persiguió?

—Sí, tuve una pelea con ella porque estaba celosa de mí. ¿Por qué crees que mi madre y yo hemos escogido este lugar tan apartado para vivir? Sólo para permanecer lejos de ella —la muchacha hizo una pausa y añadió—: Ahora ya estoy bien y aquí somos felices. Ella no lo sabe. Siempre pasan turistas por aquí y mi madre está ahorrando mucho dinero. No necesitamos volver a la ciudad. Espero que algún día mi madre encontrará para mí algún joven guapo como tú.

La muchacha le había contado su historia como si se tratara de una experiencia diaria común y corriente.

—Una muchacha tan bonita como tú lo encontrará. Pero, ¿qué voy a hacer yo?

—¿Cómo puedo saberlo? No debes mencionarle a Yonia que me has encontrado aquí ni en cualquier otro sitio. No le digas a mi madre que te lo he contado. Si me amas, guarda el secreto de esta visita. No dejes que Yonia sepa dónde vivo. —Su voz tembló al decir esto.

Todos sus instintos masculinos hicieron que Wu desease proteger a aquella dulce muchacha. Lo prometió y trató de besarla de nuevo, pero ella volvió la cabeza y dijo:

—Entremos, mi madre nos estará esperando.

Wu entró y halló roncando a su amigo. La muchacha, con una vela en la mano, le deseó un buen descanso. Se estaba metiendo en la cama cuando Li-hwa apareció otra vez en lo alto de la escalera y le preguntó, dulcemente:

—¿Estás bien?

—Sí, muchas gracias.

La muchacha subió. Wu pudo oír sus pasos sobre su cabeza. Después se hizo el silencio y él se agitó toda la noche en la cama. A la mañana siguiente, los dos amigos volvieron a la ciudad. Antes de marcharse, la

viuda Chuang les dijo:

—Tienen que volver otro día.

Li-hwa le despidió con una larga mirada.

Wu se dirigió con su amigo hacia la Puerta Chientang, sin atreverse a contarle lo que había sucedido entre él y Li-hwa. Pensó en ella durante todo el camino. Estaba confuso, pero sabía que quería verla de nuevo. Dijo que tenía algo que hacer en la Puerta y le Pidió a su amigo que no le esperase. Lo que Li-hwa le había contado acerca de que su esposa era un fantasma, era increíble, pero estaba preocupado y dudaba en volver a su casa.

Recordaba ahora el don misterioso que tenía Yonia de leerle el pensamiento. Una vez estaba escribiendo una carta y no hallando sobre en su escritorio, iba a llamar a Chin-erh cuando vio a su esposa a su lado con un sobre en la mano. Recordó también que un día pensaba dar una vuelta después de la clase, cosa que hacía raramente. Llovía. Exactamente a las cuatro y cuarto, su esposa trajo un paraguas y lo dejó contra la pared. El la miró sorprendido.

—¿Vas a salir, verdad? —le preguntó y entró de nuevo en la casa.

Aquello podían ser coincidencias, pero cuanto más pensaba en ellas, más se asustaba. Recordó que no le permitía decir las palabras «diablo» o «fantasma» en la casa. Además, no sólo ella, sino también Chin-erh, tenían un extraño poder para localizar cosas en la oscuridad.

Decidió visitar a Wongpo y descubrir la historia de Yonia. Cuando llegó a su casa, la encontró sellada por orden oficial con las palabras: «El corazón humano es como el hierro, la ley del emperador como el fuego». Hizo averiguaciones entre los vecinos y le informaron que Wongpo había sido colgada hacía seis meses por seducir jovencitas con fines ilícitos.

Entonces se asustó terriblemente. Lo que Li-hwa le había dicho era cierto. Su corazón se serenó con su recuerdo, era una muchacha tan dulce... Pensaba en su cara blanca, su sencillez, alegría y sentido del humor. Habría sido mucho mejor casarse con ella.

Tenía que ver a Li-hwa y resolver el misterio de una vez para siempre. Pero también recordaba lo buena esposa que Yonia había sido para él y temía cometer un error. Cuanto más tiempo permaneciese fuera de su hogar, más difícil le sería explicar su ausencia. Su mente estaba tan confusa que, tras pasar la noche en la Puerta Chientang, no salió hacia la Tuohsienling hasta las tres de la tarde. Cuando alquiló uno de los botes, el pensamiento de ver a Li-hwa, le hizo sentirse más seguro y mejor; y la espera en llegar hasta ella se le hizo casi insoportable. El

bote avanzaba lentamente, con el viento de cara. Nubes lóbregas se iban formando en el noroeste y parecía acercarse una tormenta de junio. Al mirar las colinas del Oeste, vio que las nubes cubrían sus cimas. No había traído paraguas, pero estaba decidido. Casi agradecía la tormenta, pensaba que le aliviaría de su opresión mental.

Conocía bien el camino y no tuvo dificultad en encontrarlo a través de la Tuchsienling. Cuando llegó a la cima y bajó la vista, su pulso se aceleró al recordar el hogar de Li-hwa cerca del riachuelo. El cielo se había oscurecido y no pudo juzgar la hora exacta, pero debían ser entre las cinco y las seis. El viento silbaba a través del bosque inclinado. En la mitad del declive, bajo las grandes rocas había una serie de cementerios públicos y privados, viejos y nuevos. Se apresuró por las escarpadas escaleras cortadas en la roca que conducían hacia la orilla del riachuelo, empujado, en parte, por la impaciencia y en parte con la esperanza de resguardarse en la taberna antes de que estallara la tormenta.

Al llegar al llano, empezó a correr. A unos cien metros de la taberna, la tormenta le alcanzó. Los truenos restallaban y los rayos daban una luz espectral. Grandes gotas de lluvia, del tamaño de guisantes, llegaron veloces al suelo. Muy cerca descubrió un pequeño y solitario pabellón cuadrado; estaba en la entrada de un cementerio y corrió a resguardarse allí. Un sexto sentido le hizo correr el cerrojo y tiró de la aldaba hasta el fondo. Es difícil comprender cómo se presienten estas cosas, pero tuvo la sensación de que era el único ser humano en el valle. Las tormentas de junio no eran largas y estaba contento de mantenerse a cubierto mientras aquélla durase. Había recobrado un poco el aliento, cuando notó que alguien empujaba la puerta. Contuvo la respiración.

—Está cerrada —dijo una voz de muchacha que le pareció la de Chin-erh—. ¿Nos deslizamos por la hendidura?

—De todas maneras, no puede salir. —Era la voz de su esposa—. Venir a ver a ese pequeño diablo con el día que hace... Es igual, primero le ajustaré las cuentas a esa desgraciada. Si escapa, ya tendré tiempo de ajustárselas también a él cuando llegue a casa.

Pudo oír cómo se alejaban sus pasos.

Wu estaba temblando. La primera furia de la tormenta había pasado, pero los reflejos intermitentes de los rayos centelleaban en el recinto para aumentar su misterio. Fue hacia el fondo y descubrió que se hallaba en un viejo cementerio público y que la mayoría de las tumbas eran antiguas. Las cubiertas de algunos montículos habían caído, dejando al descubierto boquiabiertos agujeros en el suelo. De pronto, oyó un terrible grito de mujer que venía de la taberna.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesina!

Todos los poros de la piel de Wu se abrieron y los pelos se le pusieron de punta. Se oían reniegos, juramentos y gritos como si tres o cuatro mujeres estuviesen peleando. Eran claramente voces femeninas, pero inhumanas, varias octavas más altas que la voz humana.

Wu vio la enorme sombra musculosa de un hombre saltar sobre la valla de la casa del guarda y correr hacia el patio del cementerio, gritando:

—¡Chu Pequeño Cuatro! ¿Has oído el grito?

Una sucia figura con el cabello largo y descuidado salió arrastrándose de una de las tumbas. Su espalda estaba encorvada y tosía muy fuerte, «Este espectro parece haber muerto de asma», se dijo Wu.

—Se ha cometido un crimen, vayamos —gritó la enorme figura en la oscuridad.

Los dos fantasmas se lanzaron al exterior como una ráfaga de viento. En la llovizna pudo oír la voz del hombre que gritaba:

—¡Silencio! ¡Silencio todas! ¿Cómo puedo entenderos si las cuatro habláis a la vez?

Una y otra vez pudo oír con claridad, estaba seguro de ello, los gritos y lamentos de Li-hwa. Pronto las voces enmudecieron y oyó el ruido de golpes y cadenas arrastrándose por el puente de madera. Los ruidos se iban acercando lentamente. Wu estaba muy asustado, se sentía las manos pegajosas. Se acercaban a la puerta. Alrededor del cementerio había un muro de un metro y medio y no podía ver lo que pasaba, pero oía rechinar de cadenas y golpes en el exterior.

—¡Ai-yo! —gritó una mujer.

Era la voz de su esposa.

—Tu cara no me es familiar —contestó la voz de hombre—. ¿Por qué vienes aquí a alterar la paz? ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a mi territorio?

—¡Venganza! ¡Venganza! —gritó el fantasma de Yonia—. He venido a buscar a mi esposo —dijo—. Lo he rastreado hasta aquí, está por los alrededores. —Wu se estremeció en su escondite—. Oficial, estamos legalmente casados. Lo ha embrujado esta chica. Fue a la Fiesta del Barco del Dragón y no ha vuelto a casa. He venido con mi criada para encontrarlo.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no he hecho nada! —protestó Li-hwa aún llorando.

Wu sintió rompérsele el corazón; aunque fuese un fantasma, la amaba

más que nunca.

—¡Claro que sí! —contestó airada su esposa—. Deberías ser desgarrada por cien cuchillos hasta morir.

Debió coger a Li-hwa por el pelo, porque ésta volvió a gritar.

—¡Basta ya! —exclamó el fantasma guardián del cementerio.

—Tanto mi hija como yo hemos estado viviendo en paz. —Era la voz de la viuda Chuang—. No hemos hecho daño a nadie. Esta mujer mató a mi hija y de no haber intervenido tú, la habría matado otra vez.

—Ya lo sé, ya lo sé —repuso el fantasma—. Li-hwa es una buena chica y una hija dócil. Aunque te haya robado el amor de tu marido, debías haber acudido a mí y no tomarte el desquite por tu mano, tratando de estrangularla. Sabías que no estaba permitido. Tendré que castigarte por ello. ¿Dónde tienes tu residencia?

—En la pagoda Paosu.

—Dices que estás debidamente esposada. ¿Quién fue la casamentera?

—Wongpo, de la puerta Chientang —replicó la mujer.

—¡No me mientas! ¡Sufrirás las consecuencias!

—Te estoy diciendo la verdad —se quejó Yonia, lastimosamente.

De pronto, comprendió Wu que en cualquier momento podían descubrirle. Corrió silenciosamente el cerrojo, se deslizó fuera del templo y empezó a correr como si en ello le fuese la vida. Afortunadamente, con los golpes y gritos de las mujeres nadie le oyó. Cruzó corriendo el puente, llegó a la higuera de Bengala y miró a su alrededor. La taberna había desaparecido y en su lugar vio dos tumbas, pero estaba demasiado asustado para detenerse a leer las inscripciones.

Un sudor frío le corría por el cuerpo. Cuanto más corría, más asustado estaba. Todo a su alrededor eran sombras en un valle de fantasmas. Recordó vagamente que la última vez que él y su amigo estuvieron allí, habían salido del valle siguiendo la corriente. El camino estaba oscuro y resbaladizo. En una revuelta de la vereda vio a dos mujeres paradas cerca de un claro en el bosque. El pañuelo rojo en el cuello de la más anciana era claramente reconocible y habría sido extraño que el cabello de la otra mujer no hubiese estado húmedo aquella noche.

—¿Dónde vas corriendo de este modo? —preguntaron Wongpo y Chen, la madre adoptiva—. Te hemos estado esperando.

Asustado y fuera de sí, corrió de nuevo y oyó las risas de las mujeres a su espalda.

Debía haber recorrido ochocientos metros, cuando vio una luz en la

distancia cerca de la entrada del valle. Nunca una luz le pareció más acogedora que en aquel momento. Al acercarse, vio que era una pequeña taberna casi desamueblada. Una pareja de delgadez casi esquelética, estaba sentada ante una mesa bajo una lámpara de aceite. El marido, un hombre de más de cincuenta años, llevaba un delantal cubierto de sangre como el de un carnicero.

Wu pidió vino.

—Cuatro onzas y que sea caliente.

El hombre le miró sin levantarse de su silla.

—Aquí sólo servimos bebidas frías —contestó ceñudamente.

Wu se dio cuenta que había tropezado con otro par de fantasmas. Sin añadir nada más, se levantó y empezó a correr. Eran casi las once cuando llegó a la Puerta Chientang. Fue a una posada y se apretujó en una sala de té del sótano, lo más cerca posible de una mesa en la que departían seis o siete hombres.

—Parece que haya visto un fantasma —comentó un individuo a su lado.

—Lo he visto. A decir verdad una multitud de fantasmas.

Fue a su casa y halló la puerta cerrada. Tuvo miedo de entrar y se dirigió al estanque Grulla Blanca. Cuando llegó a la casa de la madre adoptiva de su esposa, se encontró con la puerta entornada. Entró. La apariencia del lugar había cambiado. Donde antes colgaban las cortinas verdes no había nada y las ventanas estaban vacías y batían lánguidamente contra la pared. La pintura verde de las paredes ya había desaparecido, pero ahora ya nada le sorprendía.

No teniendo donde ir, entró en la taberna más cercana. Se tragó un tazón de vino. Cuando se recobró un poco, preguntó al camarero si sabía algo de la casa abandonada.

—Hace cosa de un año que nadie vive en ella. Está tan encantada que nadie se atreve ni tan sólo a robar los muebles, y esto que son de buena calidad.

—¿Encantada? —preguntó Wu en tono de afectada incredulidad.

—Sí, por la noche se oían en ella ruidos terribles, pasos que subían y bajaban la escalera como si varias mujeres se persiguiesen mutuamente, las sillas parecían volar y las cazuelas chocaban entre sí. Hay quien dice haber oído gritos de mujeres fantasmas. Los ruidos empezaban a medianoche, duraban un cuarto de hora y se detenían.

—¿Quién vivía ahí? —preguntó Wu, realmente contento al oír la historia como si todo fuese nuevo para él.

—La propietaria era una mujer llamada Chen —dijo el camarero—. Tenía una bonita hija adoptiva, a quien la gente llamaba Yonia. Les iba bastante bien. Yonia era una magnífica flautista y el tercer hijo del preceptor imperial Chin oyó hablar de ella, le ofreció una gran suma de dinero a la madre adoptiva y se la llevó a su casa. Después supimos que la habían echado a la calle, porque en una pelea mató a una muchacha. Estaba esperando un hijo y vino a casa y se colgó. Parecía que los dos fantasmas se peleaban cada noche. Yonia debería estar satisfecha, pues la enterraron en la pagoda Paosu con un equipo completo de instrumentos de música. Después de su muerte, la mujer Chen estaba un día lavando en el estanque, cayó al agua y se ahogó. Fue una vergüenza, pues su cuerpo quedó oculto por las hojas de los lotos y no la descubrimos hasta dos días después. Cuando la sacaron, estaba hinchada y cubierta de algas. Su hijita propia, llamada Chin-erh, quedó sola, llorando día y noche, hasta que vino Chen y se la llevó con ella.

—¿Qué quiere decir?

—Fue la primera noche en que los vecinos oyeron a las fantasmas peleando en aquella casa. Al día siguiente encontraron a Chin-erh muerta en la cama. Debió morir de miedo. No lo cree, ¿verdad? Pero es cierto.

—¿Por qué no voy a creerlo? —replicó Wu enigmáticamente.

Wu decidió que la capital no era lugar adecuado para un soltero sin familia y al día siguiente regresó a su hogar.

El Armario Thomas Mann

Der Kleiderschrank, Thomas Mann

Traducción de
Irene Peypoch

Estaba nublado, hacía frío y todo quedaba en una semioscuridad, cuando el expreso Berlín-Roma penetró en una de las estaciones intermedias de su ruta. En un compartimiento de primera clase, con cubiertas de pasamanería sobre la tapicería de felpa, Albrecht van der Qualen, viajero solitario, se despertó, incorporándose. Sentía la boca seca y en el cuerpo la no demasiado agradable sensación producida cuando el tren se detiene después de un largo viaje y nos damos cuenta del cese de un movimiento rítmico, tomando conciencia de las llamadas y señales del exterior. Es como volver en sí después de una borrachera o del letargo. Nuestros nervios, de pronto privados del ritmo protector, se sienten perdidos y desamparados. Pero aun es peor si acabamos de despertar del pesado sueño en el que se cae durante los viajes en ferrocarril.

Albrecht van der Qualen se desperezó un poco, se acercó a la ventanilla y bajó el cristal. Miró a lo largo de los vagones. Algunos hombres estaban ocupados en el furgón de correos, descargando y cargando paquetes. La máquina emitía una serie de sonidos, resoplaba y rugía un poco, esperando quieta, pero sólo como lo hace un caballo, que alza los cascos, mueve las orejas y aguarda impaciente la señal de partida. Una mujer alta y robusta, con un largo impermeable, de cara inexpresiva pero preocupada, recorría el tren llevando una maleta de unos cuarenta kilos, la empujaba frente a ella con una rodilla. No decía nada, pero se le notaba acalorada y angustiada. Su labio superior estaba tenso y bañado en pequeñas gotas de sudor. Era, en conjunto, una figura patética.

«Pobrecilla —pensó Van der Qualen—, si pudiese ayudarte, aliviarte, hacerte subir..., sólo para la tranquilidad de ese labio superior. Pero a cada quién lo suyo. Así están dispuestas las cosas de la vida; yo me quedo aquí, perfectamente despreocupado, mirándote como miraría a un escarabajo panza arriba.»

El cobertizo de la estación estaba casi sumido en la oscuridad. Madrugada o anochecer..., no lo sabía. Había dormido. ¿Quién podía

decir si habían sido dos, cinco o doce horas? En alguna ocasión había dormido durante veinticuatro o quizá más, de un tirón, con un sueño extraordinariamente profundo.

Llevaba un grueso abrigo corto con cuello de terciopelo. Por su complexión era difícil decir su edad: se podía dudar entre los veinticinco y el final de los treinta. Su piel era amarillenta, pero los ojos eran negros como ascuas y estaban rodeados de profundas sombras oscuras. Aquellos ojos no presagiaban nada bueno. Varios doctores, hablando francamente, de hombre a hombre, le habían dado pocos meses de vida. Su cabello negro estaba lisamente partido a un lado.

En Berlín —aunque Berlín no había sido el principio de su viaje—, había subido al tren cuando éste empezaba a moverse, llevando como por casualidad un maletín de piel rojiza. Se había dormido y ahora, al despertar, se encontraba tan completamente desligado del tiempo que le invadió una sensación de alivio. Se regocijó con la idea de que al final de la fina cadena que llevaba alrededor del cuello, había únicamente una pequeña medalla metida en el bolsillo superior de su chaqueta. No le gustaba enterarse de la hora o del día de la semana, y lo que es más, no tenía tratos con el calendario. Hacía algún tiempo que había perdido la costumbre de saber el día del mes y hasta el mes del año. «Todo tenía que estar en el aire...», pensó y la frase, aunque bastante vaga, era comprensible. Este programa nunca o muy raramente, había sido alterado, pues se tomaba el trabajo de mantener todo conocimiento molesto a distancia. Después de todo, ¿no era suficiente con saber más o menos la estación del año?

«Debemos estar más o menos en otoño —pensó, mirando el húmedo y sombrío tren—. Es lo único que sé. Ni tan sólo sé dónde estoy.»

Su satisfacción ante este pensamiento, le hizo estremecerse de placer. No, ¡no sabía dónde estaba! ¿En Alemania? Con seguridad. ¿En el norte de Alemania? Habría que verlo. Mientras sus ojos continuaban pesados por el sueño, la ventanilla de su compartimiento se había deslizado ante un letrero luminoso; quizá llevaba escrito el nombre de la estación, pero ni la imagen de una sola letra había sido transmitida a su cerebro. Aun aturdido, había oído cómo el revisor gritaba el nombre dos o tres veces, pero no había captado ni una sola sílaba. Pero afuera, en la semipenumbra de la que no se sabía si del día o de la noche, se extendía un lugar extraño, un pueblo desconocido.

Albrecht van der Qualen cogió su sombrero de fieltro de la red, su maletín de piel rojiza, la correa que aseguraba la manta escocesa de seda y lana, roja y blanca, enrollada alrededor de un paraguas con empuñadura de plata —y aunque su billete marcaba Florencia—, dejó el compartimiento y el tren, caminó a lo largo del cobertizo, depositó su

equipaje en la consigna, encendió un cigarrillo, metió las manos —no llevaba ni bastón ni paraguas—, en los bolsillos de su abrigo y salió de la estación.

Afuera, en la húmeda, tenebrosa y casi vacía plaza, cinco o seis cocheros de punto hacían chasquear sus látigos. Un hombre, con gorra galoneada y larga capa en la que se arrebujaba tembloroso, preguntó educadamente:

—*Hotel zum braven Mann?*

Van der Qualen le dio las gracias cortésmente y siguió su camino. La gente con quien se cruzó llevaba el cuello del abrigo subido; el subió el suyo, escondió la barbilla en el terciopelo, fumó y continuó caminando, ni lentamente ni demasiado aprisa.

Pasó a lo largo de una pared baja y una vieja puerta flanqueada por dos pesadas torres; cruzó un puente con estatuas en los barandales y vio el agua deslizarse lenta y turbia bajo él. Un largo bote de madera, viejo y carcomido se acercó, conducido por un hombre con una larga pértiga en la popa. Van der Qualen se quedó un momento reclinado sobre el barandal del puente.

«Aquí —se dijo—, hay un río; éste es *el río.* Es agradable pensar que lo llamo así porque no sé su nombre», y siguió caminando.

Continuó hacia adelante un rato, por el adoquinado de una calle que no era ni muy estrecha ni muy ancha, después dio la vuelta a la izquierda. Anochecía. Empezaban a encenderse los fanales, vacilaban, brillaban chisporroteando y después iluminaban la penumbra. Las tiendas estaban cerrando.

«Entonces hay que concluir que estamos, no cabe duda, en otoño», pensó Van der Qualen, siguiendo por el camino negro y húmedo. No llevaba chanclos, pero la suela de sus botas era muy gruesa, duradera y firme, aunque no eran por ello menos elegantes.

Se mantuvo a la izquierda. Los hombres pasaban por su lado, se apresuraban hacia sus negocios o volvían de los mismos.

«Y yo camino con ellos —pensó—, y estoy tan solo y soy tan extraño a ellos como jamás lo ha sido hombre alguno. No tengo negocios ni metas. No tengo ni un bastón en que apoyarme. Nadie puede ser más retraído, libre y desligado. No le debo nada a nadie y nadie me debe nada a mí. Dios nunca ha tendido Su mano sobre mí. El no me conoce. La desdicha honesta sin caridad es una buena cosa; un hombre puede decirse a sí mismo: no le debo nada a Dios.»

Pronto llegó al final de la población. Probablemente la había cruzado en diagonal. Se encontró en una ancha calle de los suburbios flanqueada de

árboles y villas, dio vuelta a la derecha, pasó tres o cuatro travesías casi como callejuelas de pueblo, iluminadas tan sólo por faroles, y se detuvo en una que era ligeramente más amplia, ante una puerta de madera, vecina de una casa común y corriente y pintada de amarillo deslucido, que tenía, sin embargo, el sorprendente detalle de unas ventanas de vidrio cilindrado, convexas y bastante opacas. En la puerta había un letrero:

En el tercer piso de esta casa se alquilan habitaciones.

—Ah... —murmuró.

Tiró la punta de su cigarrillo, siguió a lo largo de un entarimado que formaba la línea divisoria entre dos propiedades, giró a la izquierda y entró en la casa. Una grasienta alfombra gris corría a lo largo de la entrada. La cruzó en dos pasos y empezó a subir por la escalera de madera.

Las puertas de los apartamentos eran muy modestas; tenían paneles de vidrio blanco con refuerzo de alambre y en algunas de ellas había placas con los nombres. Los rellanos se iluminaban con lámparas de aceite. En el tercer piso, el último, pues ya le seguía el ático, había puertas a la derecha y a la izquierda, simples puertas de madera marrón, sin placas de ninguna clase. Van der Qualen hizo sonar la campanilla del centro. Llamó, pero no le llegó ningún ruido del interior. Llamó a la de la izquierda, no obtuvo respuesta. Llamó a la derecha y oyó pasos ligeros, largos como zancadas, y la puerta se abrió.

Salió una mujer, una dama; alta, delgada y vieja. Llevaba un sombrero con un gran lazo lila pálido y un anticuado y deslucido vestido. Tenía la cara hundida y semejante a la de un pájaro, y en su frente le había salido una erupción, una especie de tumor fungoso. Era más bien repulsivo.

—Buenas noches —dijo Van der Qualen—. ¿Las habitaciones?

La anciana asintió; asintió y sonrió lentamente, sin una palabra, de modo comprensivo. Con su bella y larga mano blanca, hizo un gesto pausado, lánguido y elegante en dirección a la puerta próxima, la de la izquierda. Después se retiró y apareció de nuevo con la llave.

«Vaya —pensó él cuando, detrás de la mujer, esperaba que abriera la puerta—. Eres como una especie de ave de mal agüero, una figura salida de la mente de Hoffman, señora.»

Ella descolgó la lámpara de aceite de su gancho y le enseñó el camino.

Era una habitación pequeña, de techo bajo y suelo oscuro. Sus paredes estaban cubiertas con esteras de color pajizo. Había una ventana en el fondo de la pared de la derecha, oculta tras largos y delgados pliegues

de muselina blanca. Una puerta blanca, también a la derecha, conducía al otro cuarto. Este se hallaba patéticamente desmantelado, con llamativas paredes blancas, contra las que se apoyaban tres sillas pintadas de rojo, que parecían fresas en nata batida. Un armario, un lavabo con espejo... La cama, una impresionante pieza de caoba, reposaba libremente en el centro de la habitación.

—¿Tiene alguna objeción? —preguntó la anciana, pasándose ligeramente la bella y larga mano blanca sobre el tumor fungoso de la frente. Era como si lo hubiese dicho por casualidad, porque en aquel momento no podía decir una frase más ordinaria.

Añadió en seguida:

—Por decirlo así...

—No, no la tengo —respondió Van der Qualen—. Las habitaciones están bastante bien amuebladas. Me las quedo. Quisiera que alguien fuese a recoger mi equipaje a la estación, aquí está la contraseña. ¿Sería usted tan amable de hacer la cama y traerme un poco de agua? Me dará la llave de la calle y la del piso. Quisiera un par de toallas. Me lavaré e iré al centro a cenar. Volveré más tarde.

Sacó un poco de jabón de una caja niquelada que traía en el bolsillo y empezó a lavarse la cara y las manos. Mientras lo hacía, miraba por las ventanas convexas a lo lejos, más allá de las calles suburbanas, cenagosas e iluminadas con gas, más allá aun de las luces de arco y las villas. Mientras se secaba las manos, rué hacia el armario. Era cuadrado, barnizado de color marrón, y con algunas grietas, que culminaba en una sencilla moldura curva. Estaba en el centro de la pared de la derecha, exactamente en el nicho formado por una segunda puerta blanca que, como es natural, comunicaba con las habitaciones a las cuales la puerta principal y la del medio del rellano daban acceso.

«Algo hay en el mundo que está bien dispuesto —pensó Van der Qualen—, este armario se adapta al nicho de la puerta como si lo hubiesen hecho a medida.»

Lo abrió. Estaba completamente vacío, con varias hileras de ganchos en el techo; pero no tenía fondo, y en su lugar había un trozo de arpillera, gris y arrugada, sostenida en las cuatro esquinas por clavos a tachuelas.

Van der Qualen cerró la puerta del armario, cogió su sombrero, se levantó de nuevo el cuello del abrigo, apagó la vela y salió. Al llegar a la puerta de entrada, le pareció oír mezclado con el ruido de sus propios pasos una especie de tintineo en la otra habitación: un sonido metálico claro y suave. Pero quizá se equivocaba. Era como si un anillo de oro hubiese caído en una jofaina de plata, pensó mientras cerraba la puerta exterior. Bajó la escalera, salió a la calle y se dirigió hacia el centro del

pueblo.

Entró en un restaurante de una calle animada y se sentó en una de las mesas delanteras, dándole la espalda a todo el mundo. Comió *soupe aux fines herbes,* un filete con un huevo escalfado, compota y vino, un pequeño pedazo de Gorgonzola verde y media pera. Mientras pagaba y se poma el abrigo, le dio algunas chupadas a un cigarrillo ruso, después encendió un puro y salió. Vagó un poco, encontró el camino de su pensión en los suburbios y fue hacia allí sin prisas.

La casa con las ventanas de vidrio cilindrado, aparecía apagada y silenciosa cuando Van der Qualen abrió la puerta de la calle y subió por la oscura escalera. Fue iluminándose con cerillas y abrió la puerta marrón a mano izquierda, en el tercer piso. Dejó su sombrero y abrigo sobre un diván, encendió la luz de su inmenso escritorio y encontró allí su maleta y su manta de viaje con el paraguas. Desenrolló la manta y sacó una botella de coñac y un vasito. Fue bebiendo a pequeños sorbos, sentado en un profundo sillón, mientras terminaba de fumarse el puro.

«Es una suerte después de todo —pensó—, que haya coñac en el mundo.»

Fue al dormitorio, encendió la vela de la mesita de noche, apagó la luz de la otra habitación y empezó a desnudarse. Pieza a pieza fue dejando su traje gris, discreto y de buena calidad, sobre la silla roja al lado de la cama; pero al soltarse los tirantes, recordó que su sombrero y abrigo aun estaban sobre el diván. Los trajo al dormitorio, abrió el armario... Pegó un salto hacia atrás y buscó apoyo a su espalda hasta asir una de las grandes bolas rojas de caoba que adornaban los postes de la cama. La habitación, con sus cuatro paredes blancas, en las que las tres sillas rojas resaltaban como fresas en un plato de nata, se recortaba en la inestable luz de la vela. Pero el armario estaba abierto y no estaba vacío. Había alguien dentro, una criatura tan encantadora que el corazón de Albrecht van der Qualen se detuvo un momento y después volvió a funcionar en largos, profundos y plácidos latidos. Ella estaba totalmente desnuda y uno de sus brazos esbeltos se levantaba para engarzar un dedo en uno de los ganchos del techo del armario. Largas oleadas de cabello castaño caían sobre sus hombros infantiles, respirando ese encanto al que no cabe otra respuesta que un sollozo. La luz de la vela se reflejaba en sus ojos rasgados. Su boca era un poco grande, pero tenía una expresión tan dulce como la de los labios del sueño cuando, tras varios días de dolor, nos besan la frente. Sus caderas formaban nido y sus esbeltas piernas se pegaban la una a la otra.

Albrecht van der Qualen se restregó los ojos con una mano y volvió a mirar... y advirtió que en el rincón de la derecha, la arpillera se había

soltado del fondo del armario.

—Qué... —murmuró—. ¿Quiere usted entrar? ¿Quiere que cierre? ¿No desea un vasito de coñac? ¿Medio vasito?

Pero no esperaba respuesta, y no obtuvo ninguna. Los ojos brillantes y rasgados, tan negros que parecían sin fondo e inexpresivos, le miraban fijamente, pero sin intención y en cierta manera, empañados, como si no le viesen.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —dijo de pronto con una voz baja y profunda.

—Cuéntamelo —contestó él. Se había dejado caer sobre el borde de la cama, con el abrigo sobre las rodillas y con las manos apretadas encima de él. Su boca estaba ligeramente abierta y tenía los ojos medio cerrados. Pero la sangre latía tibia y suavemente por todo su cuerpo y sentía un suave zumbido en los oídos.

Ella se había dejado caer sentada en el armario y con sus delgados brazos, se rodeaba una rodilla doblada; tenía la otra pierna extendida ante sí. Sus pequeños senos se unían bajo la presión de sus brazos, y la luz resplandecía en la piel de su rodilla doblada. Hablaba..., hablaba con voz suave, mientras la llama de la vela continuaba su danza silenciosa.

Dos caminaban entre los brezales, la cabeza de ella reposando en el hombro de él. Cundía el aroma de todas las cosas nacidas, pero la niebla nocturna empezaba a levantarse de la tierra. Entonces empezó. Y a menudo era en verso, rimando en el modo incomparablemente dulce y fluido que viene hacia nosotros, una y otra vez, en el semiletargo de la fiebre. Pero terminaba mal, era un final triste: los dos quedan en un abrazo indisoluble, con los labios unidos. Entonces uno apuñala al otro en el pecho, con un cuchillo inmenso..., y no sin razón. Así termina. Entonces se levantó con un gesto infinitamente dulce y modesto, levantó la arpillera gris por el rincón de la derecha..., y desapareció.

Desde entonces la encontró cada noche en el armario y escuchó sus cuentos... ¿Durante cuántas veladas? ¿Cuántos días, semanas o meses permaneció en aquella casa y en aquella ciudad? ¿Qué ganaríamos con saberlo? ¿A quién preocupa una miserable estadística? Sabemos, además, que varios médicos le habían dicho a Albrecht van der Qualen que le quedaban pocos meses de vida. Ella le contaba historias. Eran tristes y sin interés, pero flotaban como un suave estribillo sobre su corazón y lo hacían latir más tiempo y con mayor dicha. A veces perdía el control..., su sangre se inflamaba. Tendía las manos hacia ella y ella no se le resistía. Pero entonces, durante varias veladas, no la encontraba en el armario y, al regresar, permanecía callada durante vanas noches. Después, poco a poco, empezaba a hablar hasta que él

perdía nuevamente el control.

¿Cuánto duró? ¿Quién lo sabe? ¿Cómo saber si Albrecht van der Qualen se despertó en aquella tarde gris y bajó del tren en aquella desconocida ciudad? Quizá permaneció despierto en su vagón de primera clase y dejó que el expreso Berlín-Roma le llevase velozmente más allá de las montañas. ¿Cargaría cualquiera de nosotros con la responsabilidad de contestarlo de modo definitivo? Todo es incierto.

«Todo puede estar en el aire...»

Insolación   Ivan Bunin

Sunstroke, Ivan Bunin
Reprinted by permission of Mrs. W. A. Bradley.

Traducción de
Rosa Moreno Roger

Habían ya cenado, y abandonando el comedor brillantemente iluminado, salieron a cubierta donde se detuvieron, apoyándose en la barandilla. Ella cerró los ojos y se puso la palma de la mano sobre la mejilla, echándose a reír con espontáneo encanto.

En aquella mujercita todo era delicioso.

—Estoy casi bebida..., o debo estar enteramente enajenada. ¿De dónde dijiste que procedías? Hace tres horas que ni siquiera sospechaba tu existencia. Ni sé tampoco dónde subiste a bordo. ¿Fue en Samara? Bien..., no importa, querido. ¿Me da vueltas la cabeza, o está girando el barco?

Ante ellos se extendía una oscuridad llena de puntos luminosos. Una brisa fuerte y ligera acarició sus rostros, mientras las luces se deslizaban a lo largo del vapor, que efectuó un brusco viraje sobre la corriente del Volga, para acercarse al pequeño desembarcadero.

El teniente tomó la mano de la mujer y se la llevó a los labios. Era fuerte y pequeña y su bronceado le daba un peculiar perfume. La alegría y la angustia agitaron simultáneamente su corazón, trémulo ante el pensamiento de que bajo el ligero vestido de seda se escondía un cuerpo firme y tostado por el sol a lo largo de un mes entero sobre la ardiente arena del Sur (ella le había dicho que procedía de Anapu). El teniente murmuró:

—Bajemos aquí...

—¿Dónde? —preguntó ella asombrada.

—Aquí, en este desembarcadero.

—¿Por qué?

El guardó silencio. La mujer apoyó de nuevo su mejilla en la palma de la mano.

—Estás loco...

—Bajemos —repitió torpemente—. Te lo ruego...

—*Akh,* como gustes —respondió ella.

Y uniendo la acción a la palabra se alejó.

El vapor continuó su marcha hasta chocar con un ruido sordo con el muelle débilmente iluminado, por lo que ambos casi cayeron uno encima del otro. El extremo de un cable pasó volando sobre sus cabezas, el vapor se bamboleó en el agua bulliciosa, la pasarela crujió...

El teniente corrió en busca de los equipajes.

Recorrieron el soñoliento muelle hasta que, fuera de sus límites, se encontraron hundidos en la arena hasta los tobillos. En silencio, tomaron un polvoriento coche de alquiler. La ascensión por la empinada calle cubierta de polvo, puntuada por unas pocas lámparas colocadas oblicuamente, se les hizo inacabable. Al llegar a la cima, el carruaje traqueteó sobre la calle adoquinada; una plaza, algunos edificios administrativos, un campanario, el calor y los aromas de una noche de verano en una ciudad de provincia... El coche se detuvo ante una entrada iluminada, cuyas puertas entornadas dejaban vislumbrar los peldaños de una desvencijada escalera de madera.

Un viejo criado sin afeitar, vestido con una camisa roja y levita, tomó de mala gana sus equipajes, y emprendió la marcha con aire cansino. Entraron en una habitación grande pero terriblemente mal ventilada, todavía ardiente por el sol diurno, de ventanas cubiertas por blancas cortinas, y en la que un espejo presidía la repisa de la chimenea, provisto de dos velas que nunca habían sido encendidas.

Una vez entraron y el criado hubo cerrado la puerta, el teniente se arrojó impetuoso sobre ella, y ambos se fundieron en un beso de agonizante éxtasis, de tal duración que perdieron la noción del tiempo; jamás les había sucedido una cosa parecida a ninguno de los dos.

A las diez en punto de la mañana siguiente, una mañana cálida y soleada, a la que daba alegría el tañido de las campanas de la iglesia, la agitación de la plaza del mercado frente al hotel, el olor de heno y alquitrán, y toda esa mezcla de aromas que caracteriza a cada ciudad rusa de provincias, aquella mujercita sin nombre, el cual se había negado repetidamente a revelar, llamándose burlonamente «la bella desconocida», le abandonó, para reanudar su viaje. Habían dormido poco, pero cuando ella salió al cabo de cinco minutos, de detrás del biombo cercano a la cama, vestida y arreglada, parecía tan lozana como una muchacha de diecisiete años. ¿Mostraba confusión?... Apenas. Como horas antes, era alegre, sencilla, y... bastante razonable.

—No, no, querido mío —exclamó.

Insistió en la negativa, que obedecía a la sugerencia del hombre de proseguir juntos, añadiendo:

—Debes permanecer aquí y tomar el próximo vapor. Si continuamos juntos, se estropearía todo, y no me gustaría. Por favor, créeme, no soy la clase de mujer que te conviene. Todo lo que ha pasado aquí, nunca ocurrió antes, ni sucederá de nuevo. Imagina que me he eclipsado..., o para ser más exactos, que ambos hemos sufrido una especie de insolación.

El teniente, casi aliviado, se mostró de acuerdo con ella. Con espíritu alegre, la escoltó en un carruaje hasta el desembarcadero, al que llegaron en el preciso instante en que el vapor pintado de rosa se disponía a zarpar. En el muelle, en presencia de otros pasajeros, la besó, con el tiempo justo de saltar sobre la pasarela que ya retrocedía.

Con la misma ligereza de espíritu volvió al hotel. Algo había cambiado. La habitación parecía diferente sin ella. Estaba llena de su presencia... y vacía. ¡Qué extraño! Olía aún a su excelente agua de colonia inglesa, su taza sin terminar se hallaba todavía sobre la bandeja, pero ella ya no estaba allí... De pronto, el corazón del teniente sintió tal arrebato de ternura, que se apresuró a encender un cigarrillo y, golpeando con el látigo sus piernas calzadas de largas botas, empezó a medir a grandes pasos la habitación.

—¡Qué ocurrencia tan extraña! —exclamó en voz alta.

Y echándose a reír, consciente de las lágrimas que asomaban a sus ojos, añadió:

—«Por favor, créeme..., no soy la clase de mujer que te conviene...» Y ahora se ha ido... ¡Una mujer absurda!

El biombo estaba corrido a un lado; y la cama permanecía deshecha. Al comprender que no tenía coraje para mirar otra vez al lecho, lo tapó con el biombo, cerró la ventana a fin de no oír el ruido de la plaza y los crujidos de las ruedas de los carruajes, y corriendo las blancas cortinas, se sentó en el diván.

Aquello era el fin de un «encuentro afortunado». Ella había partido. Estaría ya lejos, sentada sin duda en el blanco salón de espejos, o en cubierta, contemplando el inmenso río cuyas aguas centelleaban al sol, las veloces falúas, los amarillos bancos de arena, el resplandor del agua y el cielo, y toda la inmensa extensión del Volga... Adiós para siempre, para toda la eternidad— ¿Se encontrarían alguna vez de nuevo?

—Después de todo —murmuró—, me es imposible bajo ningún concepto visitar la ciudad donde vive su marido, su hija de tres años de edad, el resto de su familia, donde ella está siempre.

Aquella ciudad le pareció de repente excepcional, un lugar prohibido... Y con el pensamiento de que ella proseguiría su vida solitaria, que quizá le

recordaría a menudo, rememorando el azar de su encuentro, de que él nunca volvería a verla, se sintió confundido y acobardado.

¡No podía ser! ¡Era completamente absurdo, extraño, increíble! Experimentó tal angustia ante la futilidad de la existencia en los años futuros, que se vio invadido por el terror y la desesperación.

«¡Qué diablos! —pensó, levantándose y paseando de nuevo arriba y abajo por la habitación, sin mirar el lecho de detrás del biombo—. ¿Qué es lo que me ocurre? ¿Quién hubiera creído posible que por primera vez... y allí...? ¿Qué hay en ella, qué ha sucedido exactamente? ¡Parece como si de verdad hayamos sufrido una insolación!... Tendré que hallar la forma de pasar el día entero sin ella en este rincón dejado de la mano de Dios.»

La recordó vividamente en todos sus detalles más íntimos: el perfume de su piel bronceada, el olor de su vestido de seda, el aroma de su cuerpo firme, el sonido vivaz, alegre y sencillo de su voz... La impresión de las delicias de su encantadora feminidad recientemente experimentadas, estaba todavía fuertemente grabada en él. Sin embargo, predominaba otra sensación enteramente nueva..., extraña e incomprensible, inexistente mientras estuvieron juntos, y que nunca hubiera podido imaginar el día anterior, cuando trabó conocimiento con ella, por el simple deseo de divertirse, una sensación de la que nunca le sería posible hablar con nadie, nadie en absoluto.

«Sí —prosiguió pensando—, nunca seré capaz de hablar de ello. No sé qué hacer, cómo pasar este día infinito, con mis recuerdos y mi angustia intolerable, en esta pequeña ciudad dejada de la mano de Dios, regada por el Volga radiante, sobre cuyas aguas navega el vapor pintado de rosa que se la llevó...»

Para liberarse le era absolutamente preciso hallar distracción en algo, divertirse, ir a alguna parte. Se puso el gorro resueltamente, y con vigorosas zancadas que hicieron resonar sus espuelas, salió al vacío corredor, y bajó con rapidez la empinada escalera hacia la entrada... ¿En qué dirección?

En la entrada había un joven cochero, elegantemente vestido con una chaqueta de aldeano, que fumaba calmosamente un delgado cigarro en aparente espera. El teniente le echó una mirada de confusa interrogación. ¿Era posible que alguien estuviese sentado en un pescante con tanta tranquilidad, y fumase con un aspecto tan despreocupado e indiferente?

«Evidentemente, soy la persona más desgraciada de toda la ciudad», pensó, girando en dirección a la plaza del mercado.

Los puestos se hallaban dispersos. De modo inconsciente, se puso a

caminar entre el estiércol fresco, los carros, las cargas de pepinos, los cazos y cazuelas nuevos, mientras las mujeres, sentadas en el suelo, rivalizaban unas con otras en el intento de llamar su atención hacia sus cacharros, haciéndolos sonar con las puntas de los dedos para demostrar su calidad, y las campesinas lo ensordecían con sus gritos:

—¡Pepinos de primera clase, Señoría!

Aquello era tan absurdo y estúpido que salió corriendo de la plaza, para entrar en la iglesia donde, en aquel momento, comenzaban los cantos, sonoros y estridentes, como si sus intérpretes se hallaran convencidos de que cumplían un trascendental deber. Saliendo, echó a andar por las calles, y bajo el calor del sol deambuló por los senderos de un pequeño jardín abandonado en la falda de una colina, contemplando el ancho río que destellaba con un brillo de acero. Las hombreras y botones de su traje blanco de verano se calentaron hasta tal extremo, que resultaba imposible tocarlos. La banda interior de su gorro estaba húmeda por el sudor, y su rostro ardía...

Al volver al hotel sintió un indescriptible alivio al refugiarse en el enorme comedor fresco y vacío. Quitándose el gorro, se sentó en una mesita colocada ante una ventana abierta, por donde entraba un vientecillo que si bien cálido, era brisa al fin y al cabo. Pidió una sopa de hortalizas frías.

Todo era bueno. Cada cosa resultaba una fuente de ventura inconmensurable e intensa alegría, incluso el bochorno y los olores del mercado. La felicidad llenaba aquella pequeña ciudad desconocida, aquel viejo hotel provinciano, y sin embargo su corazón se desgarraba.

Tomó varios vasitos de vodka y un bocado de pepinos en escabeche, pensando que no le importaría morir sin vacilación al día siguiente, si por un milagro ella volviera a su lado para pasar la jornada con él..., o si pudiera hablarle, persuadirla de algún modo, de su conmovedor y maravilloso amor... Pero, ¿por qué? ¿Por qué persuadirla? No le era posible responder a estos interrogantes, pero hacerlo resultaba más importante que la vida misma.

«Los nervios me están jugando una mala pasada», pensó mientras se escanciaba el quinto vaso de vodka.

Consumió una garrafita entera, esperando que la embriaguez le hiciera olvidar, y terminara con su exultante agonía. Pero, no logró otra cosa que acrecentarla.

Apartó a un lado la sopa, pidió un café muy cargado y empezó a fumar, reflexionando intensamente acerca de los medios para liberarse de aquel repentino e inesperado amor. No obstante, se dio cuenta, con aguda intuición, de que le sería imposible, y de súbito, con un

movimiento brusco, se levantó, cogió el gorro y el látigo y, tras preguntar dónde se hallaba la oficina de correos, se dirigió con presteza a la dirección indicada, con las palabras de un telegrama bailándole en la cabeza: «De ahora en adelante, mi vida es enteramente tuya, hasta la muerte. Haz con ella lo que quieras».

Pero al llegar al edificio de gruesos muros, que albergaba las oficinas de correos y telégrafos, se detuvo lleno de horror: sabía la ciudad donde ella vivía, y que tenía un marido y una hija de tres años, pero no su apellido ni su nombre de pila. Varias veces, en el transcurso de la velada se lo preguntó, pero en cada ocasión ella se había echado a reír, diciendo:

¿Para qué quieres saber mi nombre? Soy María Green, la Reina del País de los Duendes..., o simplemente la «hermosa desconocida»... ¿No te basta?

En la esquina, cerca de la oficina de correos, divisó la vitrina de un fotógrafo. Contempló fijamente el enorme retrato de un militar de recargadas hombreras, ojos saltones y frente estrecha, propietario de unas patillas sorprendentemente magníficas y pecho abombado, condecorado con infinidad de medallas. En aquellos instantes en que sus sentimientos habían sido derrotados por la terrible «insolación», y por aquel amor y felicidad tan intensos, comprendía lo absurdo, ridículo, y horriblemente ordinario de cuanto le rodeaba. Fijó la mirada en una pareja nupcial compuesta por un hombre joven vestido con una larga levita y corbata blanca, y el pelo cortado como un erizo, en cuyo brazo se apoyaba un velo de desposada..., pero apartó la vista para posarla en la fotografía de una muchacha de aspecto atractivo y vivaz, tocada con un ladeado gorro estudiantil...

Atormentado por una angustiosa envidia hacia todos aquellos extraños, aquellos seres humanos que no sufrían, clavó su mirada calle abajo.

«¿Adonde voy? ¿Qué hago?»

En su cerebro y en su alma persistía la insoluble y opresiva cuestión.

La calle estaba desierta, y las casas, pertenecientes a la clase media, todas parecidas, blancas con dos pisos y extensos jardines, parecían deshabitadas. Un espeso polvo blanco cubría el pavimento; todo deslumbraba y cada objeto se hallaba inundado por los tórridos, flameantes, alegres, y aparentemente inofensivos rayos del sol. A lo lejos, la calle ascendía en cuesta, pareciendo unirse con el horizonte gris, puro y sin nubes de reflejos violeta.

El ambiente tenía algo de meridional. Le recordaba Sebastopol Kertch..., Anapu. El recuerdo de esta última ciudad se le hizo particularmente insoportable. Con la cabeza baja, los ojos entrecerrados por el sol, y la

mirada fija en el pavimento, vacilante y torpe, apretó la marcha, retrocediendo sobre sus pasos.

Volvió al hotel deshecho por la fatiga, como si hubiera transitado toda una larga jornada por el Turquestán o el Sahara. Reuniendo sus últimas fuerzas, entró en la enorme y desolada habitación.

Estaba ya arreglada y los últimos rastros de ella habían desaparecido, a excepción de un alfiler del pelo olvidado que se hallaba sobre la mesita de noche.

Quitándose la casaca, se miró al espejo. Su rostro —el semblante normal de un oficial atezado, cuyos bigotes quemados por el sol y el azul claro de sus ojos parecían más claros en contraste con el rostro— mostraba disgusto y extravío, y la ligera camisa blanca de cuello almidonado, le otorgaba un aire joven e infinitamente patético.

Se tendió de espaldas sobre la cama, apoyando sus pies calzados con las botas cubiertas de polvo sobre una banqueta. Las ventanas estaban abiertas, y las cortinas corridas, las cuales, de vez en cuando se hinchaban a impulsos de una ligera brisa, introduciendo en la habitación el bochorno y el olor de los tejados calientes, y de todo aquel mundo, luminoso, mudo, casi desolado y desierto, característico del Volga.

Yaciendo con los brazos bajo la nuca y mirando al vacío, se forjaba una débil y fabulosa pintura del remoto Sur, del sol, del mar y de Anapu, como si la ciudad a la que ella había vuelto, y a la que, sin duda, había llegado, fuera única. Este pensamiento obsesivo provocó la aparición de cálidas y punzantes lágrimas, y al fin cayó dormido. Al abrir de nuevo los ojos, se percibía a través de las cortinas el resplandor rojizo de) sol crepuscular. La brisa había cesado y la habitación mal ventilada y seca, parecía un horno... Recordó la mañana del día anterior, a la que recordaba como si hubiera sucedido diez años antes.

Casi de mala gana se levantó, se lavó y descorriendo las cortinas, llamó a un criado para pedir un samovar y la cuenta. Durante un largo rato estuvo bebiendo té con limón, luego ordenó que llamaran un coche y metiesen en él su equipaje. Al sentarse en el asiento rojizo y quemado por el sol, dio al criado una moneda de cinco rublos como propina.

—¡Parece como si fuera ayer, cuando traje aquí a Su Señoría! —exclamó alegremente el cochero, cogiendo las riendas.

Cuando alcanzaron el desembarcadero, el resplandor azul de la noche de verano ya había oscurecido la superficie del Volga, y en sus aguas flotaba el reflejo de las luces multicolores y las llamas colgaban del mástil del vapor, ya próximo.

—¡Llega a tiempo! —exclamó el cochero en tono obsequioso.

El teniente le dio también cinco rublos, y con el billete en la mano se dirigió al desembarcadero... Al igual que el día anterior, resonaba el silbido de los cables, el ligero temblor de la plataforma bajo sus pies, el extremo del cable que llegó volando, y el burbujear de las aguas espumosas bajo las ruedas del vapor al retroceder tras el impacto... El espectáculo del barco abarrotado inundado de luz, y los olores procedentes de las cocinas, parecieron tributarle una cálida bienvenida.

Un minuto más tarde, el vapor ya había zarpado y remontaba el río en la misma dirección que tomó aquella misma mañana.

Ante el barco, la oscura puesta de sol veraniega se estaba desvaneciendo rápidamente, reflejándose sobre el río en tonos oscuros, fantásticos e iridiscentes, provocando a lo lejos, bajo el sol poniente, tenues manchas sobre las olas temblorosas, mientras los destellos de luz que brillaban en torno al vapor iban retrocediendo sin cesar.

El teniente se sentó bajo el toldo de cubierta, consciente de haber envejecido diez años.

DR. A. CULA & FRANK N. STEIN Walter Beckers

Traducción de
Aurora Martí

Con el mismo derecho que la piedra, el queso y las medias de nylon, la angustia, la fría angustia, la estremecedora angustia, la consciente e insinuante angustia, pertenece a este mundo. Un mundo en el cual los hombres se aman, se embriagan, se matan. Un mundo en el cual los hombres sufren en la angustia, mientras que otros se liberan gracias a esa misma angustia.

Conocí una vez a un fanático —con todas las exageraciones que ello representa— de todo cuanto tuviera relación más o menos directa con el horror, y que no habría querido trocar un cuento de miedo, por las más fantásticas alucinaciones debidas a la LSD. Conocía todas las novelas de ciencia ficción, incluso podía recitar de memoria, de improviso, cualquier pasaje tomado al azar de la literatura fantástica.

No era posible proyectar una película con seres espantosos y atroces, sin que Jonathan Steller fuese a verla, de la misma forma que las gallinas van en busca de grano. En semejantes circunstancias, creo que nadie se sorprenderá si le digo que, por culpa de un abuso exagerado de las sensaciones terroríficas, nuestro hombre se había vuelto un poco hastiado. Sean cuales fueren las posibilidades que podían ofrecer aún las películas en color, estimaba que era de todo punto imposible lograr algo que sobrepasase en poder evocador a la primera versión alemana de *El gabinete del doctor Caligari.* Así pues, casi no se sorprendió un día en que fue a ver una película de terror anglosajona, bastante mediocre, de que los bienhechores estremecimientos debidos a la angustia —que cada vez iban siendo más raros— estuvieran ausentes por completo. Evidentemente había franqueado el punto límite de las reacciones normales ante el horror.

Mortalmente disgustado, abandonó la sala antes de que finalizase la proyección.

Regresó a casa lo más rápidamente posible, y se precipitó como un autómata hacia su bien provista biblioteca, y dividido entre la duda y la esperanza, empezó a registrar su colección de obras especializadas. Tras largas horas hojeándolas e intentando encontrar un medio de salvación, tuvo que concluir amargamente que todas sus tentativas resultaban del todo inútiles. Las obras cumbre de la literatura de terror

se hallaban grabadas de un modo tan preciso en su memoria, que podía recitarlas palabra por palabra. Lo desagradable era que ahora lo hacía sin la menor emoción, sin la menor turbación, sin la más pequeña sensación.

Se habían acabado para él los estremecimientos voluptuosos. Se hallaba en la situación de uno de esos sibaritas que, por el exceso de asados, de salsas y de buenos cigarros, no perciben en los manjares más que un gusto soso y común.

Durante años había vivido en un laberinto de buen humor. Se había paseado por las avenidas del estremecimiento, como si hubiera creado, con su fina percepción, un solo ser que, dando vueltas por doquier, subiendo y bajando, hallase goces extraordinarios en el menor acontecimiento. Había sido deslumbrado, enamorado, conquistado. Había llegado a un acuerdo perfecto con las historias de horror. Ahora, de todo aquello sólo le quedaba una llama parsimoniosa y humeante.

Se sentía como un árbol desnudo por el viento de otoño. Relentes de una tarde agradablemente tibia, algunas pocas llamitas lamían las escorias moribundas en el hogar, sin esperanza de un alimento vigorizador. Herido de muerte, se dejó caer en un sillón, tuvo la fuerza de servirse un vaso de whisky, y cogió el periódico, como si quisiera encontrar en él alguna válvula de escape para su dolor.

¿Podía dar crédito a sus ojos?

Releyó por tercera vez el pequeño texto, situado cuidadosamente en una columna de cinco centímetros, y rodeado por un recuadro atrayente. Sí, las letras bailaban allí en sus oscuros caracteres:

¿QUIERE USTED ESTREMECERSE?
No como en el cine.
No como en las novelas de ciencia ficción.
No como en sus sueños
¡SINO ESTREMECERSE DE VERDAD!
Diríjase a DR. A. CULA & FRANK N. STEIN, LTD.
Las solicitudes por escrito no tendrán respuesta.

Seguía la dirección y no había número de teléfono.

¡Qué extraño! Fue la única frase que Jonathan pudo proferir. Sí, ¡qué extraño!, repetía una y otra vez en voz baja. Como encadenado a su sillón, permaneció con la mirada fija, ajeno a todo cuanto le rodeaba y que tan bien conocía. Lo concreto apenas nunca había logrado interesarle. Ahora, su falta de interés se reforzaba. Se sintió bruscamente ausente, flotando en un universo teñido pesadamente de purpura y de rojo.

Una voz le habló, llena del orgullo que le confería un poder consciente:

—Durante nuestra entrevista, deseo para cada una de mis preguntas una respuesta clara y concisa. Quiero también que me llame míster Press. Inmediatamente le haré saber mis relaciones con el señor Frank N. Stein y el Dr. A. Cula. Soy su agregado de Prensa y, al mismo tiempo, su hombre de confianza. Poseemos ya un dossier que le concierne, señor Steller, pero debido a mis ocupaciones extremadamente numerosas, no he podido proporcionarle nuestro periódico hasta hoy.

La voz guardó silencio durante algunos segundos, sin duda con objeto de dar más importancia a lo que acababa de pronunciar.

—No he hablado de *nuestro* periódico por error, ni sin razón. Debe usted saber, perfectamente, que cuando esta conversación toque a su fin, en otros términos, cuando se haya reintegrado usted a la situación que todo el mundo se empeña en llamar normal, no volverá a ver este pequeño anuncio. Estaba destinado a usted únicamente y por un solo momento.

Jonathan Steller sintió crecer su atención por momentos. Estaba seguro ahora de disponer de todas sus fuerzas habituales, por lo que se mostró particularmente relajado. No tenía conciencia del lugar donde se hallaba, ni de la hora en que se desarrollaba aquella extraña entrevista. Por otra parte, todo esto no tenía la menor importancia. No advertía más que aquella otra presencia, sin llegar, no obstante, a identificarla en sus sentidos despiertos.

—¿Es usted sirviente?

—En efecto, mister Press.

—Si lo es de forma consciente, no puede ignorar la seriedad y responsabilidad de un contrato.

—No lo ignoro.

—Bien. ¿Está usted de acuerdo, como pago del horror absoluto e infalible que le prodigaremos, en ceder diez años de su vida?

—Ciertamente, mister Press.

—¡Magnífico! Lo ha dicho en un tono firme y sin el menor segundo de vacilación. En la primera ocasión de que disponga, vaya a la dirección que ya conoce. Le deseo mucha angustia, Jonathan.

—Gracias..., muchas gracias, mister Press.

Los vapores rojos y púrpuras le envolvieron. Se sentía más ligero que la atmósfera, y flotaba sin cesar entre aquella envoltura caliente que adquiría toda suerte de formas caprichosas y turbulentas, deslizándose

de infinitas maneras unas contra otras. Progresivamente, las nubes opacas se fueron haciendo transparentes y pronto ya no le quedó a Jonathan Steller más que el vago recuerdo de una región misteriosa y encantada. Hubiérase dicho que regresaba de un largo viaje, cuyas consecuencias y conclusiones no podían ser estimadas en su justo valor hasta mucho después.

El periódico desplegado continuaba sobre sus rodillas. Miró, sin dar crédito a los anuncios por palabras. Pasó desde la venta de un «Ford 65», nuevo, hasta una viuda seria que deseaba ponerse en contacto con joven también serio, sin olvidar las ofertas de trabajos suplementarios. Todo aquello no le interesaba. Echando una mirada a su reloj, observó que era cerca de medianoche. Ya era hora de acostarse. Mañana se levantaría temprano. ¿No había prometido hacer una visita al doctor A. Cula y a Frank N. Stein?

A la mañana siguiente Jonathan Steller se levantó muy temprano. Se afeitó, se lavó y se vistió en menos tiempo del que se necesita para decirlo. Apenas si se preocupó de prepararse café. Para él, un buen café era siempre el índice de un buen principio de jornada. ¿Qué decir entonces de hoy, que sería ciertamente un día maravilloso, tal vez «el» gran día de su vida?

Se sentía un poco nervioso cuando cerró la puerta de la calle. Una vez fuera, su excitación y su curiosidad ya no tuvieron límites. Deseaba llegar lo antes posible. Como un enamorado que teme llegar tarde a su primera cita, se precipitó hasta la parada de taxis más próxima. Después de media hora entre una intensa circulación y durante la cual demasiadas luces rojas fueron obstáculo a la prisa de Jonathan, el taxi llegó a la calle tan deseada. Pagó al chofer, y esperó a que desapareciera por la esquina de la calle, ansioso de encontrarse a sí mismo, dirigiéndose hacia la casa en cuestión. Era una calle sombría, fría, irritante. Una calle sin ningún niño que pusiera un poco de vida, sin una flor en las ventanas. La mayor parte de las casas parecían sucias y abandonadas. Casas sin personalidad, sin carácter. Sólo indiferencia, frialdad. El número 16 era semejante a los demás números. Un pesado martillo de bronce era el único elemento, a la vez útil y decorativo, que se encontraba en la puerta. Dos golpes sobre la placa de metal, como un mazo sobre un tonel de hierro vacío. La puerta se abrió con excesiva rapidez, y mostró en el umbral a un joven vestido con jersey y pantalones téjanos.

—¡Entre, y sígame! —indicó.

En el rellano, el joven le señaló la puerta entreabierta de una pequeña y estrecha habitación, cuyas paredes estaban pintadas de negro. En ella una madera de roble negro hacía las veces de mesa de despacho. La

única iluminación del lugar era una lámpara de globo, colgada del techo, cuya luz iluminaba la mesa y el rostro del joven que, tras sentarse, rogó a Jonathan Steller que tuviera la bondad de hacer otro tanto.

El joven inició de inmediato la conversación, sin que aquello conmoviera exageradamente al visitante.

—Nuestro colaborador, míster Press, me ha confiado su dossier. Desde entonces he tenido ocasión de examinarlo a fondo, y me complace decirle que la respuesta que espera usted se revela positiva. No obstante siento anunciarle que mis jefes, el señor Frank N. Stein, y el doctor A. Cula, me piden que les excuse por no poder venir ellos mismos a saludarle, pero la sobrecarga de trabajo que les ocupa es implacable, y les impide obrar a su gusto. Estos últimos tiempos nos encontramos en dificultades relativamente serias con algunas compañías de seguros que se hallan sobre la pista de nuestras actividades, y no se muestran satisfechas de lo que exigimos como compensación del terror absoluto, es decir, diez años arrancados a la existencia terrestre de nuestros clientes que han suscrito un seguro de vida...

¡Jonathan sintió una mano fría oprimiéndole el corazón! ¿Iba a caer un grano de arena en aquel mecanismo perfecto? Balbució algunas palabras vagas:

—¿Los aseguradores? ¿De qué modo han llegado aquí?

—Muy sencillo —dijo el joven, en un tono de voz muy seguro de sí mismo—. Comprenderá fácilmente, sin dula, que incluso un inspector de seguros puede ser un apasionado de la fantasía. Falta saber lo que prevalecerá en él: si su afición fanática a las emociones violentas, o su conciencia profesional... El problema para nosotros es que míster Press, a causa de sus contactos demasiados numerosos con los candidatos al horror absoluto, se ha olvidado con frecuencia de informarme acerca de la profesión del solicitante, antes de lanzar nuestra edición especial en el periódico.

Jonathan encontró todo esto de lo más natural. Entretanto, había vuelto a ser el mismo, y estimó que había llegado el momento de lanzar su ataque. ¡Ya había estado demasiado tiempo en tensión!

—Y ahora, caballero, en lo que concierne a mi caso... ¿Cuándo voy a empezar a sentir angustia? Me muero de deseo y de impaciencia, y estoy dispuesto a dar diez años de mi vida.

—No tiene usted necesidad de proponernos estos diez años. El pacto fue consumado ayer en presencia de míster Press; en consecuencia, ya puede desde ahora, y con motivo, empezar a estremecerse de pies a cabeza...

En el primer momento, Jonathan Steller no comprendió exactamente lo que el joven quería darle a entender. Pero de repente, el significado profundo de aquella respuesta fría, simple y cruel, le penetró por completo, como un aguacero. Comprendiendo en un segundo toda la situación, sintió que su acto le procuraba una serie de estremecimientos tales, que jamás un autor de relatos de miedo hubiera podido proporcionarle. Comprendió al fin que la necesidad de dar cumplimiento a su pasión le costaba indiscutiblemente diez años de vida.

¿Cuántos años le quedaban antes del gran salto final? ¡Ya no era tan joven! En su entusiasmo, había considerado aquella condición como un elemento sin importancia. Inconscientemente, se había imaginado que quien debía vivir noventa años, consentiría de buena gana en sacrificar diez años de su vida a condición de que aquel lapso de tiempo que le quedaba de vida, transcurriera en una voluptuosidad fascinante. ¿Pero quién le aseguraba que iba a vivir realmente tantos años?

Se dio cuenta entonces de que cada día que pasara, cada momento que transcurriera, se cargaría para él de un terror insoportable. La angustia de la muerte —la verdadera angustia, la única angustia real— no le abandonaría jamás ni un instante. ¿No era esto el miedo?

¡El miedo absoluto!

Con una risa de demente, quiso sujetar al joven por la garganta..., pero entonces descubrió que se encontraba solo en la sombría habitación.

Se sintió bruscamente más viejo, y recordó en un fabuloso segundo sus raros días de felicidad. La felicidad de su juventud, la temeridad de un joven de dieciocho años, simple soldado en un banal regimiento de Infantería. La locura de su primer uniforme. Su primer amor..., su torpeza con las muchachas más experimentadas que él.

Ya no le quedaba nada de todo aquello. Ni siquiera ilusiones, desvanecidas como humo en la noche.

Mucha gente encuentra un consuelo gracias a un amor platónico, a un cigarrillo, a una pipa, unos niños o unos libros. Jonathan no poseía ya más que una angustia sin límites... A veces, un ser débil, vencido, puede encontrar aun un poco de valor y de fuerzas para recobrar su serenidad. Jonathan no tenía siquiera este consuelo, porque jamás había sabido crearse un puerto de refugio en caso de desgracia. El desorden de su espíritu era tal, que ya no podía concentrarse fríamente. En adelante, ya no podría reaccionar más que como un autómata. No tenía ya noción de lo que era la razón, ahora que comprendía cómo su compromiso lo ataba a la angustia. Le parecía haber vivido una eternidad, antes de que pudiera recobrarse. Con rigidez, bajó las escaleras y buscó a tientas la puerta de la calle, aún entreabierta. Como

un fumador de opio, titubeó en el umbral sin observar la diferencia entre la calle y los adoquines de la acera. Atravesó sin mirar.

Gritos y clamores resonaron en sus oídos. Un camión hizo un postrer esfuerzo para frenar. El chirrido de los neumáticos que se agarraban al asfalto, era una prueba de los esfuerzos del conductor que trataba de detener su vehículo lo más rápidamente posible. El ruido fue tan horrible que Jonathan Steller se llevó instintivamente las manos a la cabeza, como si quisiera rechazar así victoriosamente el peligro. En su último instante de vida miró con fuña el radiador del camión, como si desafiara la garganta abierta de un monstruo hambriento.

Todo se hizo negro a su alrededor. La angustia absoluta dejaba paso a una oscuridad absoluta...

No había ni diez personas en la gran iglesia barroca de columnas arrogantes, que hacían aun más oscura las colgaduras de pesado terciopelo negro. El sacerdote que oficiaba dulcemente, y con voz apagada, era seguramente el único que se preocupaba del alma errante en la palidez del más allá. El féretro yacía allí, de un modo casi estúpido. Los raros presentes miraban solapadamente a su alrededor, tosiendo o bostezando. Ninguna luz suavizaba la amargura de la ceremonia, ninguna flor, ninguna música consoladora. Ningún color tampoco. No existía el menor recogimiento en la asamblea.

Debo confesar que tampoco yo estaba más recogido que los demás, porque no había logrado comprender aun cómo Jonathan Steller —¿o quizá algún otro?— había podido ponerme al corriente de los últimos momentos de su vida. En efecto, sólo le conocía superficialmente. ¿Quién me había contado aquel extraño relato?

Estaba de pie, en la parte posterior de la iglesia, vagamente inquieto. Me dispuse a relatar la historia sobre el papel. Tal vez de aquel modo podría encontrar la clave del misterio.

Mi máquina de escribir no vacila demasiado en traducir este relato. Sin embargo, yo no podía dar una explicación satisfactoria a mi problema, tanto más por cuanto mi carácter es totalmente distinto del de Jonathan Steller. *En principio,* no me gustan las películas de terror.

Me consuelo de esta explicación que no llega, pensando que el relato será un mensaje. Un mensaje de la cuarta dimensión. Una demostración luminosa para todos los escépticos...

He colocado cuidadosamente mi manuscrito en un estante. Tras lo cual me he regalado con un buen whisky sin hielo. Puro y noble goce. El licor dorado me hizo bien. Estaba contento de haber confiado al papel aquel asunto excitante.

Mis pensamientos deberían hallarse muy lejanos y ensimismados, pues al contemplar la botella de whisky que acababa de abrir, advertí que estaba medio vacía. Casi sin darme cuenta, había absorbido una dosis de alcohol bastante considerable. Esto explica tal vez el sueño extraño que tuve durante el curso de la noche.

Se comprende que aquel sueño fue provocado por los acontecimientos de Jonathan Steller, y más aún por el hecho de que me había parecido oír una voz, que podría muy bien pertenecer a un tal «míster Press». No obstante, la voz era suave esta vez, casi tan dulce como la miel, seguramente distinta de la voz pedante, suficiente, orgullosa que había resonado en los oídos de Jonathan Steller. Era tal vez otro míster Press o, tal vez, un míster Press transformado por mi espíritu. Me sentí ligero y rodeado de nubes blanquecinas. Recuerdo perfectamente que una mano delgada y blanca me tendió una tarjeta de visita. Todavía veo la tarjeta ante mis ojos. Sobre el pedazo de cartulina, había impreso en caracteres perfectos:

¿BUSCA USTED LA PAZ?
NO COMO EN LOS LIBROS
NO COMO EN LOS SUEÑOS
SINO LA VERDADERA PAZ
Diríjase a Mike & Gabriel, Unlimited Seguía la dirección.

A guisa de desayuno, me he hecho servir un copioso *breakfast* a la inglesa. Entretanto, mis pensamientos vuelan de nuevo hacia Jonathan Steller.

Fuera, está nevando. Los hombres andan apresurados por las calles. Algunos se disponen a tomar un tren, a encontrar una ocupación más agradable, un amigo, un lecho calido, una casa fría, una mujer. Tal vez haya entre ellos algunos fanáticos que buscan la angustia absoluta. En todo caso, por la manera en que mucha gente anda frente a mí, con las manos profundamente hundidas en los bolsillos, los ojos cuidadosamente bajos, y por las bocas de las que brota un humo caprichoso, no puedo por menos que presumir que sienten correr largos estremecimientos a lo largo de su espina dorsal.

Siguiendo el ritmo de sus pasos, me sorprendo a mí mismo repitiendo suavemente la dirección de Mike & Gabriel, Unlimited.

EL TATUAJE Junichiro Tanizaki

The Tattooer, Junichiro Tanizaki

Traducción de
Irene Peypoch

Hubo un tiempo en que los hombres acataban la noble virtud de la frivolidad y la vida no era una dura lucha como lo es hoy. Era una época sosegada, una época en que los profesionales del ingenio podían ganarse perfectamente el sustento manteniendo a los jóvenes ricos o bien nacidos en un inalterable buen humor, o preocupándose de que la risa de las damas de la Corte y de la *geishas* jamás se apaciguase. En las novelas románticas ilustradas de moda, en el teatro Kaburi, en donde duros héroes masculinos como Sadakuro y Jiraiya eran convertidos en mujeres, por doquier la belleza y la fuerza se confundían. La gente hacía todo lo posible para embellecerse, algunas personas llegaban a hacerse inyectar pigmentos en su piel: ostentosos prodigios de línea y color danzaban sobre los cuerpos de los hombres.

Los visitantes de los barrios del placer en Edo preferían alquilar conductores de *rick-san* que estuviesen espléndidamente tatuados; las cortesanas de Yoshiwara y de Tatsumi se enamoraban de hombres tatuados. Entre quienes así se adornaban no sólo había jugadores, aventureros o gente de su condición, sino también comerciantes y hasta *samurais.* De vez en cuando se ofrecían exhibiciones y los participantes se desnudaban para mostrar sus cuerpos afiligranados, dándose orgullosas palmadas, y se jactaban de sus nuevos modelos mientras criticaban a los demás.

Un joven especialista del tatuaje era excepcionalmente hábil, el llamado Seikichi. Se le alababa en todo el país como un maestro igual a Charibun o Yatsuhei y la piel de docenas de hombres había servido de seda para su pincel. La mayor parte del trabajo admirado en las exposiciones era obra suya. Otros eran quizá más notables por su sentido del matiz o su uso del cinabrio, pero Seikichi era famoso por la audacia sin par y el encanto sensual de su arte.

Con anterioridad, Seikichi se había ganado la vida como pintor Ukiyeye, en la escuela de Toyokuni y Kunisada. A pesar de su inclinación por el tatuaje, esta formación había determinado su conciencia y su sensibilidad artísticas. Nadie cuya piel o físico no le interesase podía adquirir sus servicios. Los clientes que aceptaban tenían que dejar el dibujo y el precio enteramente a su criterio..., y soportar por uno o

incluso dos meses el dolor inacabable de sus agujas.

El joven dibujante guardaba un secreto placer, un deseo oculto en el fondo de su corazón. Nada le proporcionaba mayor gozo que la agonía de sus clientes al introducir en ellos sus agujas, torturando su carne hinchada y sanguinolenta. Mientras con mayor fuerza gemían, más agudo se hacía el íntimo placer de Seikichi. El sombreado y la coloración, técnicas reputadas como las más dolorosas, eran las que más le agradaba emplear.

Cuando un hombre que había recibido quinientos o seiscientos pinchazos a lo largo de un día de tratamiento, para luego ser sumergido en un baño caliente que diera realce a los colores, caía medio muerto a los pies de Seikichi, éste lo miraba fríamente.

—Me imagino que duele —decía con aire satisfecho.

Cuando un hombre sin energía gritaba atormentado y apretaba los dientes o torcía la boca como si se estuviese muriendo, Seikichi le decía:

—No sea niño, repórtese..., apenas ha empezado a sentir mis agujas.

Y seguía con el tatuaje, imperturbable como siempre, con una ocasional mirada de soslayo a la cara lacrimosa del hombre.

Pero, de vez en cuando, un hombre de inmensa fortaleza cuadraba la mandíbula y resistía estoicamente, sin permitirse ni tan siquiera esbozar una mueca. Entonces Seikichi sonreía, diciendo:

—¡Ah, es usted inquebrantable! Pero aguarde, pronto su cuerpo empezará a palpitar de dolor. Dudo que sea capaz de soportarlo.

Durante mucho tiempo Seikichi había acariciado el deseo de llevar a cabo una obra maestra sobre la piel de una mujer hermosa. Tal mujer debía sobresalir por su carácter además de por su belleza. Una cara bonita y un bello cuerpo no eran atractivos suficientes para satisfacerle. Aunque pasó revista a todas las beldades que reinaban en el barrio alegre de Edo, no halló ninguna que se adaptase exactamente a sus deseos. Tras varios años sin éxito, el rostro y la figura de la mujer perfecta continuaban obsesionándole, pues se negaba a renunciar a sus esperanzas.

Una noche de verano, durante el cuarto año de su búsqueda, Seikichi pasaba ante el restaurante Hirasei, en el distrito Fukagawa de Edo, no lejos de su propia casa, cuando vio un pie femenino, blanco como la leche, bajo la cortina de un palanquín que se alejaba. Para sus ojos perspicaces, un pie humano era tan expresivo como una cara. Aquél era una pura delicia, dedos exquisitamente cincelados, uñas como conchas iridiscentes de la costa de Enoshima, un talón con redondez de perla, una piel tan lustrosa que parecía bañada en las límpidas aguas de un

manantial montañoso. Aquél era un pie para ser alimentado con la sangre de los hombres, un pie para hollar sus cuerpos. Pertenecía con toda seguridad a aquella mujer única que le había rehuido durante tanto tiempo. Con el ansia de ver su rostro, Seikichi empezó a seguir el palanquín, pero tras ir a su zaga por varias calles y avenidas, súbitamente lo perdió de vista.

El deseo tanto tiempo contenido de Seikichi se convirtió en amor apasionado. Una mañana, al término de la siguiente primavera, se hallaba en la terraza de bambú de su casa en Kukagawa, contemplando un tiesto de lilas *omoto,* cuando oyó a alguien en la puerta del jardín. Por la esquina del muro inferior apareció una joven. Había venido para una diligencia de una amiga de Seikichi, una *geisha* del cercano barrio de Tatsumi.

—Mi señora me ha pedido que le entregue esta capa y se pregunta si será usted tan amable de decorar su tela —dijo la muchacha.

Deshizo un paquete hecho con un pedazo de tela de color azafrán y sacó una capa de seda (envuelta en una hoja de papel grueso con un retrato del actor Tojaku) y una carta.

La carta repetía el ruego de su amiga y continuaba diciendo que la portadora pronto empezaría bajo su protección la carrera de *geisha.* Esperaba que, sin olvidar los antiguos lazos, concedería su favor a esa muchacha.

—Pensaba que nunca te había visto —dijo Seikichi, observándola intensamente. Parecía tener tan sólo quince o dieciséis años, pero poseía una belleza extrañamente madura, una mirada experimentada, como si ya hubiese vivido años en el barrio alegre y conquistado a gran cantidad de hombres. Su atractivo reflejaba los sueños de una generación de hombres y mujeres fascinantes que vivieron y murieron en aquella vasta capital, donde se concentraban la riqueza y los pecados del país.

Seikichi la hizo sentarse en la terraza y estudió sus delicados pies, que llevaba cubiertos con elegantes sandalias de paja.

—En el mes de julio último abandonaste en palanquín el Hirasei, ¿verdad? —le preguntó.

—Quizá sí —replicó, sonriendo ante la extraña pregunta—. Entonces mi padre aun vivía y muy a menudo me llevaba allí.

—Te he esperado cinco años. Es la primera vez que veo tu cara, pero recuerdo tu pie... Entra un momento, quiero enseñarte algo.

Ella se había levantado para marcharse, pero Seikichi la tomó de la mano y la condujo escaleras arriba hacia el estudio, que daba sobre el

ancho río. Después trajo dos pinturas enrolladas y extendió una ante ella.

Representaba a una princesa china, la favorita del cruel emperador Chou, de la dinastía Shang. Recostada con una pose lánguida contra un baldaquín, con la larga falda de su rico ropaje de brocado que se arrastraba sobre un tramo de escalera, su cuerpo esbelto era casi incapaz de soportar el peso de la corona de oro adornada con coral y lapislázuli. En la mano derecha sostenía una gran copa de vino, que llevaba a sus labios mientras su vista descendía hacia un hombre al que iban a torturar en el jardín. Llevaba las manos y pies encadenados a una columna hueca de cobre, en la que se encendería una hoguera. Ambos, la princesa y su víctima —la cabeza inclinada ante ella, los ojos cerrados, dispuesto a enfrentarse con su destino—, estaban retratados con terrorífica veracidad.

Cuando la muchacha vio aquella extraña pintura, sus labios temblaron y sus ojos empezaron a brillar. Gradualmente su rostro fue adquiriendo un curioso parecido con el de la princesa. Descubría en los rasgos del dibujo su propia personalidad.

—Tus sentimientos se muestran aquí —le dijo Seikichi con placer mientras escrutaba su rostro.

—¿Por qué me muestra esta cosa horrible? —preguntó la muchacha mirándole. Se había puesto muy pálida.

—La mujer eres tú, su sangre corre por tus venas.

Entonces extendió el otro rollo.

Era una pintura titulada «Las Víctimas». En su centro, una mujer joven se apoyaba contra el tronco de un cerezo, mirando con satisfacción un montón de cuerpos humanos tirados a sus pies. Sobre ella los pajarillos cantaban triunfantes. Sus ojos irradiaban orgullo y alegría. ¿Era un campo de batalla o un jardín en plena primavera? En aquella imagen, la muchacha sintió que había encontrado algo que había estado oculto mucho tiempo en la oscuridad de su propio corazón.

—Este cuadro muestra tu futuro —dijo Seikichi, señalando a la mujer bajo el cerezo..., la propia imagen de la muchacha—. Todos estos hombres arruinarán sus vidas por ti.

—Por favor, le suplico que lo guarde —volvió la espalda como para escapar a su atormentador reclamo y se postró ante él, temblando. Al fin volvió a hablar—. Sí, admito que tiene razón acerca de mí... Soy como esta mujer... Por favor, llévese las pinturas.

—No hables como una cobarde —repuso Seikichi con una sonrisa maliciosa—. Míralos más de cerca, no serás escrupulosa mucho tiempo.

Pero la muchacha se negó a alzar la cabeza. Aun postrada, la cara oculta entre las mangas, repetía una y otra vez que tenía miedo y quería marcharse.

—No, tienes que quedarte. Te convertiré en una belleza —contestó el hombre, acercándose a ella. Bajo su quimono llevaba un frasco de anestésico, que le proporcionó un doctor holandés hacia algún tiempo.

El sol de la mañana centelleaba sobre el río. haciendo resplandecer el estudio. Los rayos reflejados en el agua dibujaban rizadas olas doradas sobre los biombos corredizos de papel y sobre el rostro de la muchacha, que se había dormido. Seikichi había cerrado las puertas y recogido sus instrumentos de tatuaje, pero por un momento permaneció allí, solo, extasiado, saboreando plenamente su belleza misteriosa. Pensó que jamás se cansaría de contemplar aquella máscara serena. Del mismo modo que los antiguos egipcios adornaron su magnífica tierra con pirámides y esfinges, él estaba a punto de embellecer la piel pura de aquella muchacha.

Levantó el pincel que tenía asido entre el pulgar y los dos últimos dedos de la mano izquierda, y aplicó su extremo a la espalda de la muchacha; con la aguja que sostenía con la mano derecha, empezó a trazar la incisión de un dibujo. Su espíritu se disolvía en la tinta negra que teñía la piel de la joven. Cada gota de cinablio Ryukyo mezclada con alcohol que introducía en ella, era una gota de su sangre vital. Veía en sus colores los matices de sus propias pasiones.

Pronto llegó la tarde y el tranquilo día de primavera tocó a su fin. Pero ni Seikichi detuvo su labor, ni la muchacha salió de su sueño. Cuando un sirviente de la casa de las *geishas* fue a preguntar por ella, Seikichi le despidió diciendo que ya se había marchado. Horas más tarde, cuando la luna colgaba sobre las casas del otro lado del río, bañándolas con una claridad irreal, el tatuaje no había llegado a la mitad y Seikichi trabajaba a la luz de una vela.

Ni siquiera insertar una simple gota de color era tarea fácil. A cada movimiento de la aguja, Seikichi daba un profundo suspiro como si un puñal se clavase en su corazón. Poco a poco, las marcas del tatuaje empezaron a tomar la forma de una enorme araña negra y cuando el cielo de la noche empezó a iluminarse con la claridad de la aurora, aquella criatura sobrenatural y malévola había extendido sus ocho patas para abrazar la espalda entera de la muchacha.

Los barcos subían y bajaban por el río con un rumor de remos en la quietud de la aurora primaveral, las tejas resplandecían a la luz del sol y la niebla empezaba a desvanecerse sobre las velas blancas que se hinchaban con la brisa. Seikichi dejó su pincel por fin y contempló la araña tatuada. Aquella obra de arte había sido el esfuerzo supremo de

su vida. Al darle término, su corazón ya no sentía las emociones.

Las dos siluetas permanecieron inmóviles algún tiempo. Luego, la voz baja y ronca de Seikichi resonó trémula en las paredes de la habitación:

—Para hacerte realmente bella he puesto mi alma en este tatuaje. Hoy no existe ninguna mujer en el Japón que pueda compararse contigo. Tus viejos temores han desaparecido. Todos los hombres serán tus víctimas.

Como respuesta a estas palabras un débil quejido salió de labios de la muchacha. Lentamente empezó a recuperar el sentido. Con cada suspiro tembloroso, las patas de la araña se estiraban como si estuviesen vivas.

—Debes estar sufriendo. La araña te tiene entre sus garras.

Al oír esto, ella abrió los ojos ligeramente, con una mirada apagada que, poco a poco, fue adquiriendo brillo, como la luna mientras anochece, hasta que relució deslumbrante en su rostro.

—Déjame ver el tatuaje —rogó hablando como en sueños, pero con un deje de autoridad en la voz—. Al darme tu alma debes haberme hecho muy bella.

—Primero tienes que bañarte para que destaquen los colores —murmuró Seikichi con piedad—. Me temo que será doloroso, pero tienes que ser valiente.

—Por la belleza puedo resistirlo todo. —Y a pesar del dolor que le recorría todo el cuerpo, sonrió.

—¡Cómo apesta el agua...! ¡Déjame sola, aguarda en el otro, cuarto! ¡No quiero que un hombre me vea sufrir así!

Al salir del baño, demasiado débil para secarse por sí misma, la muchacha despreció la mano compasiva que Seikichi le tendía, y se dejó caer al suelo, dolorida, gimiendo como en una pesadilla. Su cabello despeinado caía sobre su cara en salvaje confusión, las blancas plantas de sus pies se reflejaban en un espejo a su espalda.

Seikichi estaba admirado del cambio sufrido por la tímida y blanda muchachita del día anterior, pero hizo lo que se le pedía y fue a esperarla en su estudio. Una hora más tarde volvió, cuidadosamente vestida, con el cabello húmedo colgando ligeramente ondulado sobre su espalda. Inclinándose sobre el barandal de la terraza, miró hacia el cielo ligeramente brumoso. Sus ojos brillaban; no quedaba en ellos ni el menor rastro de dolor.

—Quisiera regalarte también estas pinturas — dijo Seikichi, colocando los rollos ante ella—. Cógelos y márchate.

—Todos mis antiguos temores se han esfumado... ¡Tú eres mi primera víctima! —le dirigió una mirada brillante como una daga. Un canto de

triunfo resonaba en sus oídos.

—Déjame mirar el tatuaje por última vez —le pidió Seikichi.

Silenciosamente, la muchacha asintió e hizo que el quimono se deslizase sobre sus hombros. En aquel momento su espalda maravillosamente tatuada captó un rayo de sol y la araña se enroscó envuelta en llamas.

EL BARRIL MÁGICO Bernard Malamud

The Magic Barrel, Bernard Malamud

Traducción de
José M.a Claramunda

Leo Finkle, estudiante rabínico en la Universidad Yeshivah, vivía no hace mucho en la parte alta de la ciudad de Nueva York, en un cuartito modesto pero lleno de libros. Tras seis años de estudios, Finkle iba a ser ordenado en junio, y un conocido suyo le había aconsejado que si se casaba, le sería más fácil obtener una congregación. Como nunca había pensado contraer nupcias, después de dos días atormentadores en que dio vueltas a la idea en su cabeza, llamó a Pinye Salzman, agente matrimonial, al leer el anuncio de dos líneas puesto por éste en *Forward.*

El agente surgió una noche del oscuro pasillo del piso cuarto de la casa de huéspedes, llevando en la mano una cartera negra gastada por el uso. Llevaba largo tiempo dedicándose a este negocio, era de figura delgada, rostro grave, cubríase la cabeza con un sombrero viejo y vestía un sobretodo demasiado corto y estrecho para él. Salzman olía a pescado, su plato favorito, y pese a que le faltaban algunos dientes, su presencia no era desagradable a causa de sus modales afables, que contrastaban curiosamente con la mirada triste de sus ojos. Su voz, sus labios, el pelo de la barba, sus dedos huesudos, tenían vida; pero en el más simple momento de reposo el dulce mirar de sus ojos azules revelaba en seguida un fondo de tristeza, característica que tranquilizó un poco a Leo, aun cuando para él la situación era tensa de por sí.

Explicó a Salzman el motivo de haberle rogado que viniese, que era de Cleveland y que se encontraría solo en el mundo a no ser por sus padres, que se habían casado relativamente tarde. Leo se había consagrado enteramente a sus estudios durante seis años, por lo cual era comprensible que no hubiese tenido tiempo para llevar una vida social y buscar la compañía de chicas jóvenes. Estaba convencido de que, para evitar tanteos innecesarios, lo mejor era consultar con una persona de experiencia que le aconsejase en la materia. Observó de pasada que la función del agente matrimonial era antigua y honorable, muy estimada en la comunidad judía porque hacía posible lo necesario sin impedir el placer. Además, sus padres se habían unido por mediación de un agente matrimonial. Habían hecho, si no un casamiento monetariamente provechoso —ya que ninguno de los dos poseía bienes

dignos de mención—, sí, al menos, feliz en el sentido del perdurable afecto que se profesaban el uno al otro. Salzman escuchaba con turbada sorpresa, con la sensación de que le hacían una especie de apología. Después, sin embargo, se sintió orgulloso de su profesión, emoción que hacía años no experimentaba, y aprobó sincera y cordialmente la conducta de Finkle.

Los dos hombres se pusieron a tratar de su asunto. Leo había llevado a Salzman al único sitio claro del cuarto, una mesa junto a una ventana que miraba a la ciudad alumbrada por los faroles. Estaba sentado junto al agente, pero de cara a éste, intentando reprimir, con un acto de voluntad, el desagradable cosquilleo que notaba en su garganta. Salzman abrió impaciente su cartera y quitó una floja cinta de goma de un paquetito de tarjetas muy manoseadas. Al separarlas y examinarlas, ademán y ruido que molestaron físicamente a Leo, el estudiante aparentaba no mirar, absorto en lo que se veía a través de la ventana. Pese a estar todavía en febrero, el invierno iba a concluir, hecho que advertía por primera vez en muchos años. Veía ahora, con la boca medio abierta, que la pálida y redonda luna atravesaba, en lo alto del cielo, una nube parecida a un corral, donde una gallina gigantesca la engullía para devolverla luego como el ave que pone un huevo. Aunque fingía estar ocupado en leer tarjetas a través de los cristales de sus gafas, que se había calado un momento antes, Salzman lanzaba miradas de cuando en cuando, con disimulo, al noble rostro del joven, contemplando con agrado la nariz larga y severa del estudiante, los ojos pardos cargados de saber, los labios a la vez ascéticos y sensuales, las hundidas y morenas mejillas. Paseó la vista por las estanterías llenas de libros y soltó un suave suspiro de contento.

Cuando Leo posó los ojos en las tarjetas, contó seis, extendidas en la mano de Salzman.

—¿Tan pocas? —preguntó, desilusionado.

—No se puede imaginar cuántas tengo en mi despacho —respondió Salzman—. Los cajones están llenos hasta arriba, por lo que ahora las guardo en un barril. Pero, ¿le conviene una mujer cualquiera a un rabino?

Leo enrojeció al oír esto, lamentando lo que se había revelado de sí mismo en un *curriculum vitae* que envió a Salzman. Había creído que lo mejor era darle toda suerte de detalles, pero ahora juzgaba que dijo al agente matrimonial más de lo necesario.

Inquirió, titubeante:

—¿Conserva en su archivo fotografías de sus clientes?

—El dato más importante es la familia y la cuantía de la dote —repuso

Salzman. desabrochándose su ajustado sobretodo y arrellanándose bien en la silla—. Las fotografías vienen después, rabino.

—Llámeme Finkle. No soy rabino todavía.

Salzman prometió hacerlo, pero luego le llamaba doctor, y rabino cuando Leo no escuchaba con mucha atención. Se colocó bien los lentes con montura de cuerno, carraspeó silenciosamente y leyó con vehemencia el contenido de la primera tarjeta.

—Sophie P. Veinticuatro años. Viuda desde hace un año. Educada en una escuela superior y dos años de estudios universitarios. Sin hijos. El padre ofrece una dote de ocho mil dólares. Un buen comercio al por mayor. Y fincas. Por parte de madre, familia de profesores y también un actor. Muy conocido en la Segunda Avenida.

Leo le miró con sorpresa.

—¿Ha dicho que es viuda?

—Viuda no quiere decir maleada, rabino. Vivió con su marido unos cuatro meses. Estaba enfermo. Cometió un error casándose con él.

—No pienso casarme con una viuda.

—Porque no tiene usted experiencia. Una viuda, sobre todo si es joven y sana, como esta mujer, es lo mejor que puede hallar para casarse. Le estará agradecida todo el resto de su vida. Créame, si yo hubiese de casarme ahora, lo haría con una viuda.

Leo reflexionó y luego meneó la cabeza.

Salzman se encogió de hombros con ademán casi imperceptible de desilusión. Dejo la tarjeta sobre la mesa y se puso a leer en otra.

—Lily H. Maestra de escuela superior. En plantilla. Sin sustituto. Tiene ahorros y un coche «Dodge» nuevo. Residió en París un año. El padre es un artista afamado desde hace treinta y cinco años. Le interesa un hombre que tenga carrera. Familia americanizada. Magnífica oportunidad.

Y Salzman añadió:

—Le conozco en persona. Me gustaría que la viese. Es un encanto. Y muy inteligente. Podría hablar con ella todo el día de libros, de teatro, de lo que quiera. También conoce los sucesos de actualidad.

—Me parece que no ha dicho su edad.

—¿Su edad? —repitió Salzman, sorprendido, enarcando las cejas— Treinta y dos años.

Leo dijo al cabo de un rato:

—Un poco vieja.

Salzman soltó la risa.

—¿Cuántos años tiene usted, rabino?

—Veintisiete.

—No es mucha la diferencia entre veintisiete y treinta y dos. Mi esposa me lleva siete. ¿He sufrido algo? En absoluto. Si una hija de Rothschild quisiera casarse con usted, ¿le contestaría que no a causa de la edad?

—Sí —replicó secamente Leo.

Salzman pasó por alto la negativa que implicaba aquel sí.

—Cinco años no tienen importancia. Le doy mi palabra de honor que si viviese con ella una semana, se olvidaría de la edad. ¿Qué importancia tienen cinco años? Ha vivido y sabe más que otra persona más joven. Con esta mujer, Dios la bendiga; nada se pierde con los años. Con cada año que pasa, mejora.

—¿Qué enseña en la escuela superior?

—Idiomas. Si la oyese leer en francés, le parecería música. Llevo treinta y cinco años ejerciendo mi oficio y se la recomiendo de todo corazón. Créame, rabino, sé lo que me digo.

—¿Qué dice en esa otra tarjeta? —preguntó de pronto Leo.

Salzman leyó de mala gana:

—Ruth K. Diecinueve años. Estudiante con matrícula de honor. El padre ofrece trece mil dólares en efectivo. Es doctor en Medicina, especialista en enfermedades del estómago, con buena y numerosa clientela. El cuñado es dueño de un negocio de prendas de vestir. Gente distinguida.

Salzman le miró con expresión de triunfo.

—¿Ha dicho diecinueve? —preguntó Leo con interés.

—Sí.

—¿Es atractiva? —Leo se ruborizó mientras preguntaba—. ¿Bonita?

Salzman se besó las yemas de los dedos.

—Una maravilla, le doy mi palabra de honor. Permítame que telefonee a su padre esta noche, y verá lo que es una mujer bonita.

Pero Leo estaba turbado.

—¿Está seguro de que es tan joven?

—Segurísimo. Su padre le enseñará la partida de nacimiento.

—¿Está seguro de que no tiene algún defecto? —insistió Leo.

—¿Quién habla de defectos?

—No alcanzo a comprender por qué una joven americana de su edad recurre a un agente matrimonial.

Una sonrisa se extendió por la cara de Salzman.

—Por la misma razón que usted.

Leo se puso como una amapola.

—A mí me apremia el tiempo.

Salzman, dándose cuenta de su falta de tacto, se apresuró a explicar:

—Vino el padre, no ella. El quiere para su hija lo mejor, y por eso busca. Cuando hayamos encontrado al joven digno de ella, él se lo presentará y alentará las relaciones. Resulta una boda más conveniente que cuando escoge por sí misma una joven sin experiencia. No es menester que se lo diga a usted.

—Pero, ¿piensa usted que esa joven cree en el amor? —quiso saber el inquieto Leo.

Salzman iba a soltar una carcajada, pero se contuvo y respondió juiciosamente:

—El amor viene con la persona que lo merece, no antes.

Leo despegó sus secos labios, pero nada dijo. Al observar que Salzman había lanzado una rápida mirada a otra tarjeta, tuvo la habilidad de preguntar:

—Y, ¿su salud?

—Perfecta —repuso Salzman, respirando con dificultad—. Aunque cojea un poco del pie derecho a causa de un accidente de automóvil que sufrió cuando tenía doce años; pero nadie lo nota, por ser ella tan inteligente y bonita.

Leo se puso en pie pesadamente y se acercó a la ventana. Sentía una extraña amargura, convencido de que había cometido un error al llamar al agente matrimonial. Finalmente, negó con la cabeza.

—¿Por qué no? —insistió Salzman, alzando más la voz.

—Porque me cargan los especialistas en enfermedades del estómago.

—¿Qué le importa a usted su profesión? Una vez se haya casado con su hija, ¿para qué le necesitará? ¿Quién le dice que vendrá todos los viernes por la noche a su casa?

Avergonzado del giro que iba tomando la conversación, Leo despidió a Salzman, quien se marchó con mirada triste.

Aunque Leo se quedó más tranquilo luego de haberse retirado el agente matrimonial, estaba abatido al día siguiente. Intentó explicarse que su estado de ánimo era debido al fracaso de Salzman en proporcionarle una novia conveniente. No le interesaba el género de clientela del agente. Pero al dudar de si debía o no buscar otro agente, uno más culto que Pinye, se preguntó si no sería —pese a sus protestas en contra y a honrar a sus padres— que, en el fondo, le era indiferente el matrimonio. Apartó en seguida este pensamiento de su mente, pero no por ello se sintió menos contrariado. Estuvo perplejo el día entero: faltó a una cita importante, se olvidó de llevar la ropa sucia a la lavandería, salió sin pagar de una cafetería de Broadway y hubo de volver a ella con el ticket en la mano; ni siquiera reconoció en la calle, a su patrona cuando ésta, acompañada de una amiga, pasó por su lado y le saludó cortésmente diciendo: «Tenga muy buenas tardes, doctor Finkle». Sin embargo, al anochecer, había recuperado la serenidad suficiente como para ponerse a leer un libro y liberarse así de sus pensamientos.

Casi en seguida llamaron a la puerta. Antes de que Leo pudiese decir «pase», Salzman, cupido comercial, entró en el cuarto. Su rostro estaba pálido y más flaco, tenía una expresión hambrienta y parecía que fuese a morir de un momento a otro. Empero, el agente matrimonial logró con algún esfuerzo de los músculos mostrar una ancha sonrisa.

—Buenas noches. ¿Puedo quedarme a charlar un rato con usted?

Leo hizo una seña afirmativa con la cabeza, molesto de volverle a ver, aunque sin osar decirle que se fuera.

Salzman, radiante aun, dejó su cartera sobre la mesa.

—Rabino, esta noche le traigo buenas noticias.

—Le ruego otra vez que no me llame rabino. Estoy estudiando todavía.

—Se acabaron las preocupaciones. Tengo una novia de primera clase para usted.

—Déjeme en paz de una vez.

Leo aparentó falta de interés.

—El mundo bailará en su boda.

—Por favor, señor Salzman, no siga.

—Pero déjeme que primero restaure mis fuerzas —dijo Salzman débilmente.

Abrió la cartera y extrajo una bolsa de papel, pringada de aceite, de la que sacó un panecillo y un pez minúsculo parecido al salmón ahumado. Con la mano le quitó la piel y se puso a comer vorazmente.

—Todo el día he corrido por ahí —murmuró.

Leo le miraba comer.

—¿Tiene, por casualidad, una lonja de tomate? —preguntó, titubeando, Salzman.

—No.

El agente matrimonial cerró los ojos y siguió comiendo. Cuando hubo acabado, recogió cuidadosamente las migas de pan y metió los restos del pescado en la bolsa. Sus ojos ocultos por las gafas se pasearon por el cuarto hasta que descubrieron, entre los montones de libros, un hornillo de gas. Quitándose el sombrero, preguntó humildemente:

—¿Y una taza de té, rabino?

Leo, lleno de remordimientos, se levantó e hizo té. Lo sirvió con un pedazo de limón y dos terrones de azúcar, lo que hizo las delicias de Salzman.

Este, después de haberse bebido el té y restaurado sus fuerzas, recobró su buen humor.

—Dígame, rabino —dijo amablemente—, ¿ha reflexionado sobre las tres clientes de que le hablé ayer?

—No había motivo para ello.

—¿Por qué no?

—Porque ninguna de ellas me conviene.

—¿Qué le conviene a usted, entonces?

Leo calló porque sólo podía dar una respuesta vaga.

Sin esperar contestación, Salzman demandó:

—¿Se acuerda de la mujer de que le hablé..., de la maestra de escuela superior?

—¿La que tiene treinta y dos años?

Inesperadamente, una sonrisa iluminó el rostro de Salzman.

—Veintinueve.

Leo le lanzó una mirada.

—¿Se quita años?

—Fue un error —confesó Salzman—. He hablado hoy con el dentista, que me ha llevado a la caja de caudales y enseñado la partida de nacimiento. Tenía veintinueve años en agosto pasado. Le dieron una fiesta en las montañas, donde pasó las vacaciones. Cuando su padre

habló conmigo la primera vez, me olvidé de anotar su edad, y por eso le dije a usted que treinta y dos; pero ahora me acuerdo que se trata de otra cliente, una viuda.

—¿La misma que me propuso? Creo recordar que me dijo veinticuatro.

—Otra. ¿Tengo yo la culpa de que el mundo esté lleno de viudas?

—No; pero no me interesan las viudas, y menos aun si son maestras de escuela.

Salzman se llevó con vehemencia las manos al pecho. Mirando al techo, exclamó:

—¡Hijos de Israel! ¿Qué puedo decir a un hombre a quien no le interesan las maestras de escuela? ¿Qué le interesa a usted, pues?

Leo se puso colorado, pero se dominó.

—¿Qué mujer le conviene, si no le interesa una que habla cuatro idiomas y tiene diez mil dólares en el Banco? —prosiguió Salzman—. Además, su padre asegura doce mil más. Tiene también un coche nuevo, buena ropa, habla de todo lo divino y lo humano y le dará a usted hijos y un hogar de primera clase. ¿Se puede estar más cerca del paraíso en nuestra vida?

—Si tan extraordinaria es, ¿por qué no se casó diez años atrás?

—¿Por qué? —repitió Salzman, riéndose fuertemente—. ¿Por qué? Porque elige, por eso es. Quiere lo mejor.

Leo calló; le divertía ver cómo se había metido él mismo en la trampa. Pero Salzman había despertado su curiosidad hacia Lily H, y empezó a pensar seriamente en hacerle una visita. El agente matrimonial, viendo lo intensamente que trabajaba el cerebro de Leo, dio por seguro de que llegarían pronto a un acuerdo.

El sábado, a la caída de la tarde, Leo Pinkle salió con Lily Hirschorn a dar un paseo a lo largo de la Riverside Drive. Caminaba aprisa y erguido, vistiendo con distinción la chaqueta negra que se ponía los sábados, esmeradamente cepillada, y el sombrero del mismo color, de fieltro flexible con ala vuelta, que, por la mañana, había sacado con nerviosismo de la polvorienta sombrerera que estaba en el estante del armario. Leo poseía también un bastón, regalo de un pariente lejano; pero había decidido no llevarlo. Lily, diminuta y nada fea, lucía galas que anunciaban la próxima llegada de la primavera. Lily se hallaba al corriente de todos los temas, y él pesaba sus palabras y la encontraba sorprendentemente juiciosa, otro tanto que se apuntaba Salzman, pues el inquieto Leo tenía la impresión de que el agente no andaba muy lejos de allí, escondido quizá, en la copa de un árbol a lo largo de la calle; o tal vez en forma de un patihendido Pan, tocando con el caramillo

marchas nupciales mientras seguía su invisible camino delante de ellos, derramando capullos silvestres por la acera y purpureas uvas de verano, que simbolizaban el fruto de una unión, de la cual ninguno había hablado aún.

Leo se estremeció cuando Lily dijo:

—Estaba pensando en el señor Salzman. Es un hombre raro, ¿no le parece?

Leo, no sabiendo qué contestar, asintió con la cabeza.

Lily, valerosamente, se sonrojó al añadir:

—Yo le estoy agradecida por habernos presentado. ¿Y usted?

—Yo también —respondió cortésmente Leo.

—Quiero decir —dijo Lily con una risita— que todo ha sido de buen gusto, o por lo menos, que no lo ha sido malo. ¿Le pesa que nos hayamos conocido de este modo?

Leo no temía la sinceridad de Lily; reconocía que ella se proponía establecer buenas relaciones y comprendía que se necesitaba alguna experiencia de la vida y valor para hacerlo en aquella forma. Había que tener algún género de pasado para empezar de ese modo. Dijo que no le pesaba. La profesión de Salzman era tradicional y honorable, valiosa por lo que podría lograr, aunque, a veces, resultaba estéril.

Lily asintió con un suspiro. Siguieron paseando un rato *y,* tras un largo silencio, Lily preguntó otra vez con risa nerviosa:

¿Se molestaría si le preguntase algo un poco personal? Con franqueza, el tema me parece fascinante. —Aunque Leo se encogió de hombros, ella prosiguió medio turbada—: ¿Cómo empezó su vocación? ¿Fue inspiración súbita y vehemente?

Leo tardó algo en responder y lo hizo con lentitud.

—Siempre me he sentido interesado por la ley.

—¿Vio revelada en ella la presencia del Altísimo?

Finkle dijo que sí con la cabeza y cambió de conversación.

—Tengo entendido, señorita Hirschorn, que residió usted algún tiempo en París.

—¿Se lo ha contado el señor Salzman, rabino Finkle? —Leo se sobresaltó, pero ella continuó—: Hace ya muchos años, y casi lo he olvidado. Pero ahora recuerdo que hube de volver para asistir a la boda de mi hermana.

Pero Lily no quería desistir, y preguntó con voz trémula:

—¿Cuándo se enamoró usted de Dios?

Leo la miró. Luego, se le ocurrió pensar que ella no hablaba de Leo Finkle, sino de un extraño, un ser místico, acaso de un ardiente profeta que Salzman había evocado para ella, sin parentesco con los vivos ni los muertos. Leo temblaba de rabia y debilidad. El trapacero la había engañado, como le había engañado a él, a él que había esperado trabar conocimiento con una joven de veintinueve años, y que sólo veía, en el momento en que miró su rostro crispado e inquieto, una mujer de más de treinta y cinco años que estaba envejeciendo con rapidez. Pensó que únicamente su dominio de sí mismo le había permitido soportar tanto tiempo la presencia de Lily.

—No soy una persona religiosa —dijo gravemente, y, al buscar palabras para continuar, se halló lleno de miedo y vergüenza, por lo que hubo de hacer un esfuerzo para añadir—: Creo que llegué a Dios no porque le amase, sino porque no le amaba.

Esta contestación hecha tan ásperamente le hizo temblar por lo inesperada.

Lily perdió el ánimo. Leo veía una profusión de copos meciéndose como patos en el aire, en lo alto, sobre su cabeza. Por fortuna, nevaba, y esto no podía atribuirlo a las maquinaciones de Salzman.

Estaba furioso contra el agente matrimonial y juraba que lo arrojaría del cuarto en el momento en que reapareciese. Pero Salzman no vino aquella noche, y, una vez se le hubo pasado el enojo a Leo dejó paso a una desesperación inexplicable. Al principio creyó que su causa era la desilusión que había tenido con Lily, pero pronto se hizo evidente que se había comprometido con Salzman sin conocer lo que verdaderamente deseaba. Fue comprendiendo poco a poco su futilidad, que había llamado al agente para que le buscase una novia porque era incapaz de hacerlo por sí mismo. Esta aterradora conclusión fue consecuencia de su encuentro con Lily Hirschorn. Las sondeantes preguntas de Lily le habían irritado hasta el extremo de hacerle revelar —a sí mismo más que a ella— la verdadera naturaleza de sus relaciones con Dios, y de esto había deducido, con fuerza terrible, que, aparte de sus padres, nunca había amado a nadie. O acaso fuese lo contrario, que no amaba a Dios tanto como debiera porque nunca había amado a los hombres. Leo sintió que su vida entera había perdido su misterio, y veíase, por primera vez, tal como era realmente..., sin amor ni amado. Esta cruel revelación, aunque no enteramente inesperada, le llevó a un momento de pánico dominado tan sólo con esfuerzo extraordinario. Se tapó la cara con las manos y lloró.

La semana siguiente fue la peor de su vida. No comió y perdió peso. Su barba se puso más áspera y oscura. Dejó de asistir a los cursos de

investigación que hacían los seminarios de estudiantes y a las conferencias, y casi nunca abrió un libro. Pensaba seriamente en abandonar Yeshivah, si bien se sentía profundamente atribulado por el pensamiento de la pérdida de todos sus años de estudios —los veía como páginas de un libro esparcidas por la ciudad— y por el desolador efecto que esa decisión produciría en sus padres. Pero había vivido sin conocerse a sí mismo, y nunca en el Pentateuco, ni en todos los Comentarios —*mea culpa*—, le había sido revelada la verdad. No sabía adonde dirigirse, y, en toda aquella triste soledad, no tenía a nadie, aunque pensaba a menudo en Lily, pero ni una sola vez se decidía a ir a la planta baja para telefonear. Hacíase susceptible e irritable, especialmente con su patrona, que le hacía toda clase de preguntas; por otra parte, consciente de que se había mostrado desagradable, la detenía en la escalera y se disculpaba abyectamente hasta que ella, mortificada, se iba. Fuera de esto, sin embargo, tenía el consuelo de ser aún judío y de que otro judío sufría por él. Pero, paulatinamente, conforme aquella larga y terrible semana llegaba a su fin, recobraba su serenidad, su interés por alguna meta en la vida: continuaría como tenía proyectado. Aunque él era imperfecto, su ideal no lo era. En lo referente a su búsqueda de una novia, el pensamiento de continuar le afligía con inquietud pero, acaso, con ese nuevo conocimiento de sí mismo, sería más afortunado que en el pasado. Tal vez el amor vendría ahora a él y una novia con ese amor. Y para esa búsqueda santificada, ¿quién necesitaba a Salzman?

El agente matrimonial, esqueleto con ojos de fantasma, volvió aquella misma noche. Parecía también la imagen de la esperanza frustrada, como si hubiese estado esperando con constancia durante la semana, junto a la señorita Lily Hirschorn, una llamada telefónica que nunca llegó.

Salzman, tosiendo de tiempo en tiempo, fue inmediatamente al grano.

—¿Qué le ha parecido esta mujer?

Creció la cólera de Leo, quien no resistió al impulso de increpar al agente matrimonial.

—¿Por qué me mintió usted, Salzman?

La pálida faz de Salzman se tornó mortalmente blanca como si el mundo hubiese nevado sobre su dueño.

—¿No me dijo que tiene veintinueve años? —insistió Leo.

—Le di mi palabra...

—Tiene treinta y cinco, al menos treinta y cinco.

—No estoy muy seguro de ello. Su padre me dijo...

—No importa. Lo peor es que le ha mentido a ella.

—Dígame cómo.

—Contándole cosas que no son verdad. Le ofreció usted una imagen demasiado favorable de mí y, por consiguiente, poco beneficiosa para mí. Ella se había imaginado una persona totalmente diferente, una especie de rabino excepcional, un místico.

—Lo único que dije es que es usted un hombre religioso.

—Me lo figuro.

Salzman suspiró.

—Este es mi punto flaco—confesó—. Mi esposa me dice que no debiera ser vendedor; pero cuando tengo dos personas excelentes que sería maravilloso contrajeran matrimonio, me siento tan feliz que hablo demasiado. —Sonrió tristemente—. Por esto Salzman es un pobre hombre.

Se calmó la cólera de Leo.

—Bien, Salzman, me temo que esto es todo.

El agente matrimonial clavó sus pobres ojos en Leo.

—¿Ya no quiere buscar novia?

—Quiero tener novia —respondió Leo—; pero he decidido buscarla de otro modo. No me interesa ya un casamiento arreglado. Para ser franco, admito ahora la necesidad del amor premarital. Es decir, quiero estar enamorado de la mujer con quien me case.

—¡El amor! —exclamó Salzman, consternado—. El amor es vida para nosotros, y para las mujeres, no. En el *ghetto...*

—Lo sé, lo sé —repuso Leo—. Lo he pensado muchas veces. El amor, me he dicho, debiera ser un producto accesorio de vida y dignidad más que su propio fin. Sin embargo, a mi entender, creo necesario determinar el nivel de mi necesidad y cubrirlo.

Salzman se encogió de hombros y respondió:

—Escuche, rabino, si quiere amor, también se lo puedo buscar. Tengo clientes bellas, que usted las amará sólo con verlas.

Leo sonrió tristemente.

—Me temo que no lo ha entendido.

Pero Salzman se apresuró a abrir su cartera y de ella sacó un sobre de papel manila.

—Fotografías —dijo, dejando el sobre encima de la mesa.

Leo le llamó para que se llevase las fotografías; pero Salzman había desaparecido como volando en alas del viento.

Llegó marzo. Leo había vuelto a sus ocupaciones habituales. Aunque no se sentía aún del todo él mismo —le faltaba energía—, estaba trazando planes para una vida social más activa. Eso costaría algo, por supuesto; pero él era maestro en salir de apuros, y una vez superados, podría lograr que todo saliese a pedir de boca. Entretanto, las fotografías que había dejado Salzman seguían sobre la mesa, llenándose de polvo. A veces, cuando Leo se sentaba a estudiar o a saborear una taza de té, sus ojos se fijaban en el sobre de papel manila, pero no lo abría.

Pasaban los días sin que desarrollase vida social digna de mención con individuo del sexo opuesto, cosa difícil dadas las circunstancias de su situación. Una mañana Leo subió la escalera para ir a su cuarto y miró la ciudad por la ventana. El día era claro, pero él lo veía oscuro. Estuvo un rato viendo pasar a la gente por la calle y, luego, con tristeza en el alma, se metió en su cuartito. El sobre estaba sobre la mesa. Lo abrió con súbito e implacable ademán. Durante media hora permaneció en estado de excitación, examinando las fotografías de las mujeres a las que representaba Salzman. Finalmente, con un hondo suspiro, las dejó sobre la mesa. Eran seis, de diversos grados de donaire y atractivo; pero, al mirarlas largo rato, todas se volvían Lily Hirschorn: todas habían pasado la primavera de la vida, todas corrían hambrientas detrás de sonrisas luminosas, ninguna mostraba verdadera personalidad entre ellas. La vida, a despecho de las luchas angustiosas que ellas habían reñido y de los furiosos gritos que habían lanzado, las dejó atrás; eran fotografías conservadas en una cartera que apestaba a pescado. Al cabo de un rato, sin embargo, al ir a meterlas de nuevo en el sobre, Leo halló en éste otra, una instantánea pequeña del tipo de las que toma una máquina por veinticinco centavos. Leo la miró un momento y dio un grito. Le conmovía profundamente aquel rostro. No sabía explicar el motivo. Dábale una impresión de juventud, y, a la vez, de edad; la sensación de haberse consumido; todo esto venía de los ojos, obsesionantemente familiares aunque muy extraños. Leo pensó que la había visto antes; pero, por más que lo intentó, no pudo precisar dónde, aunque casi recordaba su nombre como si lo leyese escrito de puño y letra de su propia dueña. No, no podía ser, porque la hubiera recordado. No podía afirmarse que su belleza fuese extraordinaria, pero su cara era bastante graciosa; le conmovía un algo que había en ella. Rasgo por rasgo, algunas de las mujeres de las fotografías la superaban; pero ella se metía en el corazón. Había vivido o quería vivir —más de lo deseado, y acaso lo lamentase— pero, sea como fuese, había sufrido mucho: hecho claramente perceptible en las profundidades de aquellos ojos tímidos, en la luz interior que emanaba de ella para abrir reinos enteros

de posibilidad. Era la deseada de Leo. Sintió que le dolía la cabeza y se le contraían las pupilas de mirar tan intensamente; luego, como si su mente estuviese envuelta en negra niebla, ella le infundió miedo, y comprendió que había recibido de algún modo una impresión de impureza. Se estremeció al murmurar «es lo que nos pasa a todos». Se hizo té en un pote pequeño y se lo bebió sin azúcar, con el fin de sosegarse. Antes de terminar, examinó el rostro otra vez con excitación y le pareció hermoso: hermoso para él. Sólo una mujer semejante podría comprender a Leo Finkle y ayudarle a buscar lo que deseaba. Pero no lograba adivinar por qué se hallaba entre las descartadas del barril de Salzman. Comprendió que debía ir a buscarla con toda urgencia.

Leo bajó corriendo la escalera, tomó la guía telefónica de Bronx y buscó en ella el domicilio de Salzman. No figuraban en el listín el nombre de éste ni su despacho. Tampoco en la guía de Manhattan. Leo recordó haber apuntado las señas en una tira de papel tras haber leído el anuncio de *Forward.* Volvió a su cuarto y buscó entre sus papeles, sin suerte. Era como para desesperarse. Justamente cuando necesitaba al agente matrimonial, no lo podía encontrar por ninguna parte. Por fortuna, Leo se acordó de mirar en su cartera. En ella halló una tarjeta donde constaba el nombre del agente y un domicilio en Bronx. No figuraba el número del teléfono, lo que hizo recordar a Leo la razón de haberse comunicado por carta, al principio, con Salzman. Se puso la chaqueta y el sombrero y corrió a la estación del metro. Durante todo el trayecto hasta el extremo de Bronx estuvo sentado en el borde del asiento. Sintió más de una vez la tentación de sacar la fotografía para ver si el rostro de la joven era tal como él lo recordaba; pero se abstuvo de hacerlo y dejó que la instantánea siguiese en el bolsillo interior de su chaqueta, contento de tenerla tan cerca. Cuando el tren llegó a la estación, estaba esperando a la puerta, y salió de un salto. Encontró en seguida la calle que Salzman le había indicado.

El edificio que buscaba se hallaba a menos de una manzana de casas del metro, pero no era un edificio de despachos, ni tenía espacio para almacenes, ni siquiera un piso que pudiera alquilarse para oficinas. Era una vieja y sucia casa de vecindad. Leo vio el nombre de Salzman en un rótulo debajo del timbre, y hubo de subir tres tramos de escalera para llegar al apartamento. Llamó a la puerta, y la abrió una mujer delgada, de cabellera cana, asmática, calzada con zapatillas de fieltro.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer, que no esperaba nada y escuchaba sin oír.

Leo hubiese jurado que la había visto antes, aun sabiendo que no era posible.

—¿Vive aquí Pinye Salzman, agente matrimonial?

La mujer le miró largo rato.

—Sí.

Leo estaba turbado.

—¿Está en casa?

—No.

La mujer se quedó con la boca abierta, pero no dijo Dada más.

—Es urgente. ¿Dónde está su despacho?

—En el aire —respondió ella, señalando hacia arriba.

—¿Es que no tiene despacho?

—Lo tiene en sus calcetines.

Leo miró hacia el interior del apartamento. Era oscuro, una espaciosa habitación dividida por una cortina medio corrida, detrás de la cual se veía una cama metálica. El extremo más próximo estaba atestado de sillas muy desvencijadas, cómodas viejas, una mesa de tres patas, batería de cocina. Pero no se veían señales de Salzman ni de su barril mágico, que debía de ser también un producto de la imaginación del agente matrimonial. Y molestaba el olor a pescado frito.

—¿Dónde está? Tengo que hablar con su marido.

La mujer respondió al fin:

—¡Quién sabe dónde está! Cada vez que se le ocurre una idea, se va a un sitio diferente. Ya pasará por su casa.

—Dígale que ha estado Leo Finkle.

La mujer no dio muestras de haber oído.

Leo bajó la escalera, profundamente deprimido.

Salzman, sin aliento, le estaba esperando a la puerta de su cuarto.

Leo estaba asombrado, enajenado de alegría.

—¿Cómo es que ha llegado antes que yo?

—He venido corriendo.

—Pase.

Entraron. Leo hizo té y un bocadillo de sardinas para Salzman.

Mientras bebían, Leo tomó el sobre de fotografías y se lo entregó al agente matrimonial.

Salzman dejó la taza sobre la mesa y dijo, esperanzado:

—¿Ha encontrado alguna que le guste?

—Entre éstas, no.

El agente matrimonial volvió los ojos tristes a otra parte.

—Esta es la que me gusta.

Leo le mostró la instantánea.

Salzman se puso las gafas y tomó la fotografía con mano temblorosa. Se puso mortalmente pálido y emitió un gemido lastimero.

—¿Qué le ocurre?

—Perdóneme. Esta fotografía la puse en el sobre por error. Esta mujer no le conviene a usted.

Salzman metió frenéticamente en su cartera el sobre de papel manila. Se guardó la instantánea en uno de sus bolsillos y echó a correr escaleras abajo.

Tras una momentánea indecisión, Leo le siguió y le dio alcance en el vestíbulo. La patrona daba gritos histéricos, pero ninguno de ellos la escuchaba.

—Devuélvame esa fotografía, Salzman.

—No puede ser.

Los ojos del agente tenían una terrible expresión de dolor moral.

—Dígame, pues, quién es.

—No se lo puedo decir. Perdóneme.

El agente quiso irse, pero Leo, olvidándose de quién era, le asió de las solapas de la chaqueta y le zarandeó.

—¡Suélteme! —gritó Salzman—. ¡Haga el favor de soltarme!

Leo, avergonzado, le soltó.

—Dígame quién es —suplicó—. Me importa mucho saberlo.

—No es para usted. Es una loca..., desvergonzada. No es la mujer que conviene a un rabino.

—¿Qué quiere decir con eso de loca?

—Que es como un animal, como un perro. Para ella es un pecado ser pobre. ¡Más le valiera no haber nacido!

—¡Por amor de Dios! ¿Qué quiere usted decir?

—Que no se la puedo presentar.

—¿Por qué está tan agitado?

—¡Y me lo pregunta! —exclamó Salzman, deshaciéndose en lágrimas—. Porque es mi hija, Stella... ¡Ojalá se quemase en el infierno!

Leo se acostó, escondiéndose bajo las sábanas. Bajo las sábanas, recordó toda su vida. Aunque se durmió al punto, no pudo apartarla de su pensamiento. Se despertó dándose golpes en el pecho. Pese a rezar para olvidarla, sus ruegos no eran oídos. Durante días de tormento, luchó sin descanso por no quererla, y, temiendo el triunfo, huía de él. Llegó a la conclusión de que debía convertir a la joven a la virtud y él entregarse a Dios. La idea, alternativamente, le exaltaba y le daba náuseas.

No supo que había tomado una decisión definitiva quizá hasta que encontró a Salzman en una cafetería de Broadway. Este estaba solo, sentado a una mesa al fondo del local, chupando las espinas de un pescado. El agente matrimonial estaba macilento y transparente hasta el extremo de desvanecerse.

Salzman miró al principio sin reconocer a Leo. Este se había dejado la barba, y sus ojos estaban cargados de sabiduría.

—Salzman, el amor ha venido a mi corazón.

—¿Quién puede amar por una fotografía? —se burló el agente matrimonial.

—No es imposible.

—Si la ama, puede amar entonces a cualquier otra. Déjeme que le enseñe nuevas clientes que me han mandado sus fotografías. Una de ellas es un encanto.

—La que quiero es ella —musitó Leo.

—Sea juicioso, doctor. No piense en ella.

—Preséntemela, Salzman —rogó Leo humildemente. —Acaso pueda hacerle un favor.

Salzman había acabado de comer. Y Leo comprendió con emoción que todo estaba arreglado ya.

Sin embargo, al salir de la cafetería le atormentaba la duda de que Salzman había tramado las cosas para que salieran así.

Leo fue informado por escrito de que ella se vería con él en cierta esquina, y allí estaba ella una noche de primavera, esperando bajo un farol. El se presentó con un ramito de capullos de rosa y de violeta. Stella permanecía junto al farol, fumando. La joven vestía de blanco con zapatos rojos, aunque, en un momento de aflicción, él había imaginado que el vestido sería encamado y solamente los zapatos blancos. Stella, inquieta y tímida, esperaba. Leo vio de lejos que sus ojos —que eran

como los de su padre— estaban llenos de temeraria inocencia. Vio en ella pintada su propia redención. Giraban en el cielo candelas encendidas y violines. Leo corrió hacia adelante con las flores.

Cerca de la esquina, Salzman, apoyado en la pared, oraba por los difuntos.

LA MAQUINA DEL SONIDO   Roald Dahl

The Sound Machine, Roald Dahl

Traducción de
Irene Peypoch

Al atardecer de un tibio día de verano, Klausner salió rápidamente de su casa y, por el pasillo lateral que la circundaba, fue hacia el jardín del fondo, dirigiéndose a un cobertizo de madera. Entró y cerró la puerta tras sí.

La cabaña estaba formada por una sola habitación sin pintar. Contra una de las paredes, a la izquierda, había una larga mesa de trabajo y sobre la misma, entre un amasijo de cables, baterías y pequeñas herramientas de precisión, se hallaba una caja negra, de casi un metro de largo, parecida al ataúd de un niño.

Klausner se acercó a la caja, que tenía la cubierta levantada, e inclinándose empezó a estudiarla, hurgando entre una masa de cables de colores diferentes y tubos plateados. Levantó una hoja de papel que tenía a su lado y la revisó cuidadosamente; miró de nuevo el interior de la caja y deslizó los dedos por encima de los cables, tirando suavemente de ellos para probar las conexiones. Miraba de vez en cuando el papel y volvía de nuevo a la caja para comprobar cada cable. Así transcurrió una hora.

Hizo girar entonces tres botones que había en la parte delantera de la caja, observando al mismo tiempo el mecanismo del interior. Mientras lo hacía, hablaba en voz baja consigo mismo, moviendo !a cabeza, sonriendo a veces, agitando las manos; los dedos, en continuo movimiento, recorrían ágiles el interior de la caja. Cuando algo era delicado o difícil, su boca adquiría las más curiosas y retorcidas formas, y murmuraba:

—Sí..., sí... Ahora la otra... Sí, sí... Pero, ¿está bien puesto? Es... ¿Dónde está mi diagrama? Ah..., sí... Claro que sí... Sí, sí, correcto... Ahora...„ bien..., bien... Sí..., sí, sí, sí...

Su concentración era intensa, sus movimientos rápidos. Trabajaba con un cierto deje de urgencia, de intensidad y excitación contenidas.

De pronto oyó ruido de pasos sobre la grava del sendero, se enderezó y se volvió velozmente hacia la puerta que se abría en aquel momento para dar paso a un hombre alto. Era Scott. Simplemente Scott, su médico.

—Bien, bien —comentó al entrar—, Con que es aquí donde pasa oculto las veladas.

—Hola, Scott —saludó Klausner.

—Pasaba por aquí y he decidido entrar para ver cómo sigue. No encontré a nadie en la casa, y he llegado hasta aquí. ¿Cómo está su garganta?

—Bien, muy bien.

—Ya que estoy aquí, le echaré un vistazo.

—No se moleste, yo estoy bien, estoy perfectamente.

El doctor empezó a percibir cierta tensión en el lugar. Miró la caja negra y después observó al hombre.

—Lleva puesto el sombrero.

—Oh..., es verdad —Klausner se lo quitó y lo dejó sobre la mesa.

El doctor se acercó más, inclinándose para mirar el interior de la caja.

—¿Qué es? —dijo—. ¿Una radio?

—No, un pequeño experimento.

—Parece muy complicado.

—Lo es —Klausner parecía tenso y distraído.

—¿De qué se trata? —preguntó el doctor—. Es un artefacto bastante impresionante, ¿no le parece?

—Es tan sólo una idea.

—¿Sí?

—Tiene que ver con el sonido, esto es todo.

—¡En el nombre del cielo! ¿No tiene ya suficiente durante todo el día con su trabajo?

—Me gusta el sonido.

—No lo dudo.

El doctor fue hacia la puerta, se volvió y dijo?

—Bien, no lo entretendré más. Me alegro de que su garganta ya no le cause molestias.

No salió, se quedó allí mirando la caja, intrigado por la complejidad de su interior, curioso por descubrir lo que se proponía su extraño paciente.

—¿Para qué sirve? —preguntó—. Me ha intrigado usted.

Klausner miró la caja y después al doctor. Se enderezó y empezó a

rascarse el lóbulo de la oreja derecha. Hubo una pausa. El doctor, de pie junto a la puerta, aguardaba sonriente.

—Bien, si le interesa se lo diré.

Se produjo una nueva pausa y el doctor se dio cuenta de que Klausner no sabía cómo empezar.

Empezó a mover los pies, a estirarse el lóbulo de la oreja mirando al suelo. Lentamente, explicó:

—Bueno, el caso es..., en realidad se trata de una teoría muy simple. El oído humano..., usted sabe que no puede oírlo todo., hay sonidos que son tan bajos o tan altos que no pueden ser captados por nosotros.

—Sí —asintió el doctor—, lo sé.

—Bueno, hablando en términos generales, no podemos oír ninguna nota que tenga más de quince mil vibraciones por segundo. Los perros tienen mejor oído que nosotros y, como sabrá, hay a la venta unos silbatos cuya nota es tan aguda que no podemos oírla, pero un perro, sí.

—Sí, he visto uno —dijo el doctor.

—Por supuesto que sí. Subiendo en la escala, hay otra nota más alta que la de este silbato..., una vibración si lo prefiere, pero yo la considero como una nota. Tampoco podemos oírla, Sobre ella hay otra, y otra más, elevándose en la escala para siempre, una sucesión sin fin de notas..., una infinidad de notas… Por ejemplo, existe una, ojalá pudiésemos oírla, tan aguda que vibra un millón de veces por segundo, y otra un millón de veces más alta que ésta..., y así sucesivamente hasta el límite de los números, es decir hasta el infinito, eternamente..., más allá de la estrellas.

Klausner se iba animando paulatinamente. Era un hombrecillo frágil, nervioso y siempre en movimiento. Su inmensa cabeza se inclinaba sobre el hombro izquierdo como si el cuello no fuese lo suficientemente fuerte para soportarla. Su cara era suave y pálida, casi blanca; los ojos, de un gris muy claro, lo observaban todo, parpadeando tras unas gafas con montura de acero. Eran desconcertantes, descentrados y remotos. Era un hombrecillo frágil, nervioso, siempre en movimiento, minúsculo, soñador y distraído. Y ahora, el doctor, mirando aquella extraña cara pálida y aquellos ojos grises, pensó que, en cierto modo, en aquella diminuta persona había una calidad de lejanía, de inmensidad, de distancia inconmensurable, como si la mente estuviese muy lejos del cuerpo.

El doctor esperó a que continuase, Klausner suspiró y unió las manos con fuerza.

—Creo —prosiguió ya más calmadamente—, que a nuestro alrededor

existe un mundo de sonidos que no podemos oír. Es posible que allí arriba, en las elevadas regiones inaudibles, se esté creando una excitante música nueva, con armonías sutiles y violentas, y agudas discordancias. Una música tan poderosa que nos volvería locos si nuestros oídos estuviesen sintonizados para captar su sonido... Allí puede haber algo..., por 1° que sabemos, puede haberlo.

—Sí —admitió el doctor—, pero no es muy probable.

—¿Por qué no? ¿Por qué no? —Klausner señaló una mosca posada sobre un pequeño rollo de alambre de cobre que había sobre la mesa—. ¿Ve aquella mosca?

¿Qué clase de ruido produce ahora? Ninguno... que podamos oír. Pero tal vez esté silbando en una nota muy aguda, ladrando, graznando o bien cantando una canción. Tiene boca, ¿verdad? ¡Tiene garganta!

El doctor miró al insecto y sonrió. Aun estaba junto a la puerta, con la mano en la manija.

—Vaya —dijo—. ¿Así que esto es lo que pretende averiguar?

—Hace algún tiempo creé un sencillo instrumento que me probó la existencia de una serie de sonidos inaudibles. Muchas veces me he sentado y he observado la aguja de mi aparato grabando la presencia de vibraciones sonoras en el aire sin que yo pueda oírlas. Quiero oír esos sonidos, quiero saber de dónde proceden o qué los produce.

—¿Y esa máquina sobre la mesa se lo permitirá?

—Puede que sí, pero, ¿cómo saberlo? Hasta ahora no he tenido suerte, pero hice algunos cambios y esta noche pienso probarla de nuevo. Esta máquina —exclamó Klausner tocándola con ambas manos—, tiene la misión de captar vibraciones sonoras demasiado agudas para poder ser oídas por los humanos, y llevarlas a la escala de tonos audibles. La he sintonizado casi como una radio.

—¿Qué quiere decir?

—No es complicado. Digamos que deseo oír el chillido de un murciélago. Es un sonido muy agudo, unas treinta mil vibraciones por segundo. La mayoría de nosotros no podemos captarlo. Pero, si hubiese un murciélago revoloteando alrededor de este cuarto y yo sintonizase mi máquina a treinta mil, oiría el chillido con claridad. Podría oír la nota correcta, fa sostenido mayor, si bemol, la que fuese. Pero en un tono mucho más bajo, ¿comprende?

El doctor miró la larga caja negra en forma de ataúd.

—¿Y la probará esta noche?

—Sí.

—Bien, le deseo suerte —miró su reloj—. ¡Dios mío! Debo irme volando. Adiós y gracias por contármelo. Ya volveré en otro momento para que me diga el resultado.

El doctor salió cerrando la puerta tras sí, Klausner siguió trabajando durante un rato con los cables de la caja negra, después levantó la cabeza y con un susurro bajo y excitado, dijo:

—Ahora a probarlo de nuevo, esta vez hay que sacarla al jardín..., después, quizá..., quizá..., la recepción será más clara..., si la levanto un poco ahora..,, cuidadosamente... ¡Dios mío, cómo pesa!

Llevó la caja hasta la puerta y se dio cuenta de que no podría abrir sin dejarla. La depositó de nuevo sobre la mesa, abrió la puerta y después, trabajosamente, la llevó al jardín, colocándola con sumo cuidado en una pequeña mesa de madera que había sobre el césped. Volvió al cobertizo para tomar unos auriculares, los conectó a la máquina y se los puso sobre los oídos. Los movimientos de sus manos eran veloces y precisos. Estaba excitado y respiraba rápida y pesadamente por la boca. Siguió hablando consigo mismo con pequeñas palabras reconfortantes y animosas, como si tuviese algún temor... de que la máquina no funcionase o de lo que podía suceder en caso de hacerlo. Permaneció en el jardín, junto a la mesa de madera, tan pálido, diminuto y delgado que parecía un niño prematuramente envejecido, tísico y con gafas. El sol se había puesto, no hacía viento y el silencio era absoluto. Desde su posición podía ver, al otro lado del muro que separaba su jardín del de la casa vecina, una mujer que caminaba con una cesta llena de flores colgada del brazo. La miró un rato sin pensar en ella en absoluto. Después se volvió hacia la caja que reposaba sobre la mesa y presionó un botón de la parte delantera. Puso la mano izquierda sobre el control de volumen y la derecha sobre el botón que hacía correr la aguja por el disco central, parecido al de longitudes de onda de una radio. El disco estaba graduado con muchos números en series de bandas, empezando con el 15.000 y subiendo hasta 1.000.000.

Se inclinó sobre la máquina, la cabeza torcida hacia un lado en una tensa actitud de escucha. Su mano derecha empezó a hacer girar el botón, la aguja recorría lentamente el disco, tan lentamente que casi no la veía moverse. A través de los auriculares pudo oír un débil y espasmódico chasquido. Bajo este sonido, oyó un zumbido distante producido por la misma máquina, pero esto era todo. Mientras escuchaba, tuvo conciencia de una curiosa sensación, sintió como si sus orejas se fuesen alejando de la cabeza y que cada apéndice estaba conectado a la misma por un delgado cable, rígido como un tentáculo, que se iba alargando y elevándose hacia una zona secreta y prohibida, una peligrosa región ultrasónica donde los oídos jamás habían

penetrado y no tenían derecho a entrar.

La pequeña aguja se deslizaba lentamente por el disco y de pronto oyó un grito, un impresionante grito agudo; se sobresaltó y se agarró con fuerza a la mesa. Miró a su alrededor como si esperase ver a la persona que había gritado. No había nadie a la vista excepto la vecina en el jardín y ella no lo había hecho. Estaba inclinada cortando rosas amarillas y poniéndolas en su cesta.

Lo oyó de nuevo, un grito sin voz, inhumano, agudo y corto, claro y helado. La nota poseía en sí una calidad metálica menor como nunca había escuchado. Klausner miró a su alrededor buscando instintivamente la causa de aquel ruido. La vecina era el único ser vivo a la vista. La vio inclinarse, apoderarse del tallo de una rosa con los dedos de una mano y cortarlo con unas tijeras. Oyó nuevamente el grito.

Llegó en el preciso instante en que el tallo de la rosa era cortado.

La mujer se enderezó, guardó la tijera podadora en la canasta, al lado de las rosas y dio la vuelta para marcharse.

—¡Señora Saunders! — gritó Klausner, la voz temblorosa por la excitación—. ¡Señora Saunders!

Mirando a su alrededor, la mujer vio a su vecino parado sobre el césped; una persona pequeña y fantástica con un par de auriculares en la cabeza, haciéndole señas con el brazo y llamándola con voz tan aguda y potente que la alarmó.

—¡Corte otra! ¡Por favor, corte otra en seguida!

Ella se le quedó mirando.

—Pero, señor Klausner —preguntó—, ¿qué le ocurre?

—Por favor, haga lo que le pido. ¡Corte otra rosa!

La señora Saunders siempre había pensado que su vecino era un personaje un tanto especial. Pero ahora, al parecer, se había vuelto completamente loco. Se preguntó si no sería mejor echar a correr hacia la casa y llamar a su esposo, pero decidió que Klausner no era peligroso y le siguió la corriente.

—Con mucho gusto, señor Klausner.

Sacó las tijeras de la cesta, se inclinó y cortó otra rosa.

De nuevo Klausner oyó aquel terrible grito sin voz; le llegó otra vez en el momento exacto en que el tallo de la rosa era cortado. Se quitó los auriculares y corrió hacia el muro que separaba los dos jardines.

—Muy bien —dijo—. Es suficiente, no corte más, por favor, no corte más.

La mujer se le quedó mirando con una rosa amarilla en una mano y las tijeras en la otra.

—Le diré algo, señora Saunders, algo que usted no creerá —puso las manos sobre el muro y la miró fijamente a través del grueso cristal de sus gafas—. Acaba de cortar un ramo de flores, con unas afiladas tijeras ha cortado los tallos de cosas vivas y cada rosa que usted ha cortado ha gritado de un modo terrible. ¿Lo sabía, señora Saunders?

—No —respondió ella—, la verdad es que no lo sabía.

—Pues es cierto —dijo—, las oí gritar. Cada vez que usted cortó una, oí su grito de dolor. Un sonido muy fuerte, aproximadamente unas ciento treinta mil vibraciones por segundo. Usted no puede oírlas, pero yo sí.

—¿De veras, señor Klausner? —murmuró la mujer, dispuesta a huir en los cinco próximos segundos.

—Quizá objete usted que un rosal no tiene sistema nervioso con el que sentir, ni garganta con la que gritar, y tendrá toda la razón. No dispone de ellos, por lo menos semejantes a los nuestros. Pero —-se inclinó más sobre el muro y habló en un fiero susurro—, *¿cómo sabe, señora Saunders* que un rosal no siente el mismo dolor cuando alguien corta su tallo en dos que usted sentiría si alguien le cortase la muñeca con una tijera de podar? *¿Cómo lo sabe?* Es un ser vivo, ¿verdad?

—Sí, señor Klausner, sí... Buenas noches.

Dio media vuelta y corrió velozmente hacia el interior de su casa.

Klausner volvió a la mesa, se puso los auriculares y se quedó un rato escuchando. Aun se oía el suave chasquido y el zumbido de la máquina, pero nada más. Se inclinó y arrancó una pequeña margarita. La cogió entre el pulgar y el índice y suavemente la fue doblando en todas las direcciones hasta que el tallo se partió.

Desde el momento en que empezó a tirar de ella hasta la rotura del tallo, pudo oír —muy claramente a través de los auriculares—, un suave y agudo quejido, curiosamente inanimado. Repitió el mismo proceso con otra margarita. Escuchó nuevamente el grito, pero ahora ya no estaba seguro de que expresase dolor. No, no era dolor, era sorpresa. ¿0 no lo era? No expresaba en realidad ninguno de los sentimientos o emociones conocidos por los seres humanos. Era un grito neutro, sin emoción, que no expresaba nada. Con las rosas había sido lo mismo, se equivocó al llamarlo un grito de dolor. Probablemente una flor no lo sentía. Sus impresiones eran un completo misterio. Se levantó y se quitó los auriculares. Estaba ya muy oscuro y podía ver puntos de luz brillando en las ventanas de las casas que le rodeaban. Levantó la caja negra con cuidado y la llevó al cobertizo, dejándola sobre la mesa. Después salió,

cerrando la puerta y fue hacia la casa.

A la mañana siguiente, Klausner se levantó al amanecer, se vistió y fue directamente al cobertizo. Cogió la máquina y la sacó al exterior, llevándola con ambas manos y caminando inseguro bajo su peso. Cruzó el jardín, la verja de entrada y la calle en dirección al parque. Allí se detuvo, miró a su alrededor y dejó la máquina en el suelo, cerca del tronco de un árbol. Rápidamente regresó a su casa, sacó el hacha de la carbonera y volviendo al parque, la dejó en el suelo junto al árbol.

Miró de nuevo a su alrededor, escrutando nerviosamente a través de los gruesos cristales. No había nadie. Eran las seis de la mañana.

Se colocó los auriculares y conectó la máquina. Escuchó un momento el débil y familiar zumbido, después levantó el hacha, tomó impulso con las piernas abiertas y la clavó con tanta fuerza como le fue posible en la base del tronco del árbol. La hoja penetró profundamente en la madera y se quedó allí. En el momento del impacto oyó un sonido extraordinario. Era algo nuevo, distinto —un acerbo, oscuro y enorme ruido, un sonido sordo, profundo, quejumbroso; no corto y rápido como el de las rosas, sino alargado durante casi un minuto fuerte en el instante en que el hacha se clavó, debilitándose gradualmente hasta desaparecer.

Al hundirse el hacha en la carne del tronco, Klausner se quedó horrorizado; después, suavemente, asió el mango del hacha, la desprendió y la dejó caer al suelo. Pasó los dedos por la herida y trató de cerrarla diciendo:

—Árbol..., amigo árbol... Lo siento, lo siento mucho..., pero cicatrizará, cicatrizará perfectamente…

Por un momento se quedó allí con las manos sobre el inmenso tronco; de pronto dio la vuelta y salió corriendo del parque, cruzó la calle y entró en su casa. Fue al teléfono, consultó la guía, marcó un número y esperó. Oprimía con fuerza el auricular con la mano izquierda y daba con la derecha golpes impacientes sobre la mesa. Oyó el zumbido del teléfono y después su chasquido al ser alzado el auricular en el otro extremo del hilo. La voz soñolienta de un hombre dijo:

—Diga.

—¿El doctor Scott?

—El mismo.

—Doctor, tiene que venir inmediatamente, aprisa por favor.

—¿Quién llama?

—Klausner. ¿Recuerda lo que le conté ayer por la tarde acerca de mis

experimentos con el sonido y cómo esperé que podría...?

—Sí, sí, claro, pero ¿qué ocurre? ¿Está usted enfermo?

—No, no lo estoy, pero...

—Son las seis y media de la mañana y me llama sin estar enfermo.

—Por favor venga, venga en seguida, quiero que alguien más lo oiga. ¡Me estoy volviendo loco! No puedo creerlo...

El doctor captó en la voz del hombre la nota frenética y casi histérica que acostumbraba a oír en las voces de la gente que le llamaba para decir: «Ha ocurrido un accidente, venga en seguida». Dijo lentamente:

—¿Quiere que me levante y venga inmediatamente?

—Sí, en seguida, por favor.

—Está bien, ahora vengo.

Klausner se sentó junto al teléfono y esperó. Trató de recordar el grito del árbol, pero no lo logró. Pudo recordar únicamente que había sido enorme y espantable y que le había hecho sentirse enfermo de horror. Trató de imaginar el sonido que produciría un humano anclado en tierra si alguien le enterraba deliberadamente una pequeña hoja puntiaguda en una pierna, de tal modo que cortase profundamente y quedara clavada, ¿El mismo ruido quizá? No, muy distinto. El ruido del árbol era peor que cualquiera de los sonidos humanos conocidos debido a su terrorífica y oscura calidad atonal. Empezó a pensar en otras cosas vivas y se imaginó un campo de trigo, un campo de trigo de semillas" erguidas, amarillo y vivo, y una segadora que lo cruzaba, cortando los tallos, quinientos por segundo, cada segundo. ¡Oh, Dios! ¿Cómo sería aquel sonido? Quinientas plantas de trigo gritando a la vez y un segundo después otras quinientas cortadas y gritando y... «No—pensó—, no iré con mi máquina a un campo de trigo, no volvería a probar el pan». Pero, ¿y las patatas, las coles, las zanahorias, las cebollas? ¿Y las manzanas? No, con las manzanas no hay problema; cuando están maduras caen solas. Si a las manzanas se las deja caer en vez de arrancarlas de la rama no ocurre nada. Pero con las verduras es distinto. Las patatas, por ejemplo, deben gritar, lo mismo que las zanahorias, las cebollas o las coles...

Oyó el pestillo de la puerta del jardín, se levantó de un salto, salió y vio al doctor acercarse por el sendero, con el pequeño maletín negro en la mano.

—Bien —dijo—, ¿qué ocurre?

—Venga conmigo, doctor, quiero que lo oiga. Le llamé a usted por ser el único a quien se lo he contado. Está al otro lado de la calle, en el

parque. ¿Quiere venir?

El doctor lo miró, parecía más calmado. No había signo de locura o de histeria, estaba únicamente excitado.

Cruzaron la calle, penetraron en el parque y Klausner le acompañó hasta el pie de la gran haya donde había dejado la caja negra de la máquina y el hacha.

—¿Para qué la ha traído aquí? —preguntó el doctor.

—Necesitaba un árbol y en el jardín no los hay.

—¿Y el hacha?

—Ya lo verá usted. Ahora, por favor, póngase los auriculares y escuche con atención. Luego explíqueme claramente lo que haya oído. Quiero estar seguro…

El doctor sonrió y se puso los auriculares.

Klausner se inclinó y encendió con un gesto el interruptor del tablero de la máquina, después asió el hacha y tomó impulso con las piernas abiertas, dispuesto a golpear. Se detuvo y le dijo al doctor:

—¿Puede oír algo?

—¿Si puedo qué?

—Oír algo.

—Un zumbido.

Klausner permaneció inmóvil con el hacha en la mano, esforzándose en golpear, pero el pensamiento del sonido que emitiría el árbol le hizo detenerse de nuevo.

—¿Qué espera? —dijo el doctor.

—Nada —contestó Klausner. Levantó el hacha y la clavó en el árbol. Antes de hacerlo, le pareció sentir, podría jurar haber notado un movimiento en el suelo, justo donde se hallaba. Sintió un ligero temblor en la tierra bajo sus pies como si las raíces del árbol estuviesen en movimiento bajo la superficie, pero era demasiado tarde para corregir el impulso y la hoja golpeó al árbol y se hundió profundamente en la madera. En aquel momento, en lo alto, sobre sus cabezas, el chasquido de la madera al astillarse y el sonido susurrante de las hojas al rozar entre sí les hizo mirar hacia arriba.

—¡Cuidado! ¡Corra, hombre, corra! ¡Aprisa! —gritó el doctor.

Se había arrancado los auriculares y se alejaba velozmente, pero Klausner se quedó allí fascinado, mirando la gran rama, de casi dos metros de largo, que se inclinaba lentamente, partiéndose por su punto

más grueso, donde se unía al tronco del árbol.

La rama se vino abajo con un crujido y Klausner saltó hacia un lado en el momento preciso en que aquélla llegaba al suelo, cayendo sobre la máquina, haciéndola pedazos.

— ¡Cielos! —gritó el doctor—. ¡Esta vez si que la tuvo cerca, creí que le caía encima!

Klausner miraba el árbol. Su gran cabeza inclinada hacia un lado y una expresión tensa y horrorizada en su cara pálida. Lentamente fue hacia el tronco y arrancó el hacha con suavidad.

—¿Lo oyó? —dijo con voz casi inaudible volviéndose hacia el doctor.

Este, que aún estaba sin aliento por la carrera y el sobresalto, preguntó:

—¿Qué cosa?

—Por los auriculares. ¿Oyó usted algo cuando el hacha golpeó?

El doctor empezó a rascarse la nuca.

—Pues —dijo—, de hecho... —se calló y frunció ligeramente el labio superior—. No, no estoy seguro, no puedo estar seguro. No creo que llevase puestos los auriculares más de un segundo después que usted clavó el hacha.

—Sí, ¿pero qué oyó usted?

—No lo sé —contestó el doctor—. No sé lo que oí, probablemente el sonido de la rama al partirse —añadió rápidamente, casi con irritación.

—¿Qué le pareció que era? —Klausner se inclinó ligeramente y miró con fijeza a su interlocutor—. *Exactamente,* ¿qué le pareció que era?

—Al demonio —repuso el doctor—, no lo sé. Estaba más interesado en quitarme de en medio. Dejémoslo, ¿quiere?

—Doctor Scott, *¿qué-le-pareció-que-era?*

—Por el amor de Dios, ¿cómo puedo saberlo, con medio árbol viniéndoseme encima y teniendo que correr para salvarme? —el doctor parecía nervioso y Klausner se daba cuenta de ello. Se quedó muy quieto mirándolo fijamente y durante casi medio minuto no dijo nada.

El otro movió los pies e hizo un gesto como para irse.

__Bueno —dijo—, es mejor que nos marchemos.

—Mire —dijo el hombrecillo y su cara pálida se cubrió de rubor—. Mire —repitió—, hágale una sutura —señaló la última herida que el hacha había abierto en el tronco—, hágasela en seguida.

—No sea absurdo —dijo el doctor.

—Haga lo que le digo. Una sutura —Klausner sostenía apretadamente el hacha y hablaba en una voz baja, de tono extraño, casi amenazador.

—No sea absurdo —cortó el doctor—, no puedo hacer suturas en la madera. Vamos, será mejor que nos vayamos.

—¿No se pueden hacer suturas en la madera?

—No, claro que no.

—¿Trae yodo en el maletín?

—Sí, ¿por qué?

—Pinte el corte con yodo. Escocerá, pero no puede evitarse.

—Vamos —dijo el doctor y de nuevo trató de marcharse—, no seamos ridículos. Volvamos a su casa y...

—Pinte-el-corte-con-yodo.

El doctor dudó. Vio que las manos de Klausner sostenían tensas el mango del hacha. Pensó que su única alternativa era irse a todo correr, pero no iba a hacer una cosa semejante.

—Está bien —dijo—, lo pintaré con yodo.

Fue a recoger su maletín negro que estaba en el suelo a unos diez metros, lo abrió y sacó la botella de yodo y un poco de algodón. Fue hacia el tronco, destapó la botella y empapó el algodón con el líquido. Se inclinó y empezó a pintar la herida. Miraba de reojo a Klausner que estaba quieto, con el hacha en la mano, observándole.

—Asegúrese de que penetre bien.

—Sí —asintió el doctor.

—Ahora pinte la otra herida, la que esta encima.

El doctor hizo lo que se le decía.

—Bueno —dijo—, ya está —se levantó y examinó gravemente su obra—. Esto le irá bien.

Klausner se acercó y examinó detenidamente las dos heridas.

—Sí —dijo asintiendo despacio con la enorme cabeza—, sí, quedará bien —dio un paso atrás—. ¿Vendrá mañana a darle una ojeada?

—Oh, sí —dijo el doctor—, claro.

—¿Y les pondrá más yodo?

—Si es necesario, sí—

—Gracias, doctor —dijo Klausner.

Bajó de nuevo la cabeza, dejó caer el hacha y de pronto, sonrió. Era

una sonrisa extraña y excitada. Con rapidez el doctor fue hacia él y le tomó gentilmente por el brazo diciendo:

—Vamos, marchémonos ya.

Y se encontraron los dos caminando en silencio, apresurándose por el parque, cruzando la calle de regreso a casa.

EL EXPERTO Nakajima Ton

The Expert, Nakajima Ton

Translated from the Japanese by Ivan Morris. Reprinted by permission of Ivan Morris, New York.

Traducción de
Irene Peypoch

En la ciudad de Hantan, capital del antiguo Estado chino de Chao, vivía un hombre llamado Chi Ch'ang que aspiraba ser el mejor arquero del mundo. Después de muchas averiguaciones, supo que el más importante maestro del país era un hombre llamado Wei Fei, cuya puntería era tan perfecta que tenía la reputación de ser capaz de hacer blanco con todas las flechas de una aljaba en una misma hoja de sauce a una distancia de cien pasos. Chi Ch'ang se dirigió hacia la lejana provincia donde vivía Wei Fei y fue su alumno.

Lo primero que Wei Fei le ordenó fue que aprendiese a no parpadear. Chi Ch'ang regresó a su hogar y, tan pronto como hubo entrado, se deslizó bajo el telar de su esposa y se quedó allí acostado sobre la espalda, con la intención de mirar sin pestañear el pedal que subía y bajaba directamente ante sus ojos. A la mujer le sorprendió verle en aquella postura y dijo que no podía hilar con un hombre mirándola desde aquel extraño ángulo, aunque fuese su propio marido. Pero sus quejas no le sirvieron de nada y tuvo que seguir tejiendo.

Día tras día, Chi Ch'ang ocupó su puesto bajo el telar, tratando de no parpadear. A los dos años lo había conseguido, aunque una de sus pestañas fuese atrapada por el pedal. Cuando salió de debajo la máquina por última vez, advirtió que su larga disciplina había dado sus frutos. Nada podía hacerle parpadear, ni un golpe sobre el parpado, ni una chispa de fuego, ni una nube de polvo levantada de pronto ante sus ojos. Tan a fondo había entrenado los músculos de sus ojos a la inactividad que, aun mientras dormía, permanecían abiertos. Un día en que estaba sentado con la mirada fija ante, sí, una minúscula araña tejió su tela entre sus pestañas. En aquel momento se sintió suficientemente preparado para presentarse ante su maestro.

—No parpadear es el primer paso —observó Wei Fei cuando Chi Ch'ang le hubo contado afanosamente la historia de su progreso—. Ahora tienes que aprender a mirar. Practica mirando las cosas y si llega el momento en que lo diminuto te parece llamativo y lo que es pequeño se te haga descomunal, vuelve a visitarme.

De nuevo Chi Ch'ang volvió a su casa. Esta vez fue al jardín y buscó un insecto diminuto. Cuando halló uno apenas visible a simple vista, lo

colocó sobre una brizna de hierba que colgó de la ventana de su estudio. Se situó en el otro extremo de la habitación y se sentó allí, día tras día, mirando al insecto. Al principio casi no lo discernía, pero después de diez días empezó a verlo ligeramente mayor; al final del tercer mes parecía haber crecido hasta llegar a ser del tamaño de un gusano de seda y podía vislumbrar con claridad los detalles de su cuerpo.

Mientras Chi Ch'ang se sentaba a mirar el insecto, no notaba el paso de las estaciones, no veía cómo el resplandeciente sol de primavera se convertía en el fulgor deslumbrante del verano; ni cómo, al poco tiempo, los gansos cruzaban el límpido cielo azul del otoño y cómo éste, a su vez, dejaba paso al aguanieve invernal. Nada parecía existir ahora para él, excepto el pequeño animal sobre la brizna de hierba. Cada vez que un insecto moría o desaparecía, su sirviente le traía otro igualmente diminuto que, a sus ojos, se hacía cada vez mayor.

Durante tres años, casi no abandonó su estudio; pero un día advirtió que el insecto de la ventana le parecía tan grande como un caballo.

—¡Lo he logrado! —exclamó golpeándose una rodilla. Salió corriendo de su casa. Se le hacía imposible creer lo que veía: los caballos eran tan altos como montañas, los puercos eran como elevadas colinas y las gallinas como torres de castillo. Saltando de alegría entró de nuevo en su hogar e inmediatamente puso una delgada flecha Shuo P'éng en un arco hueco. Tomó puntería y la clavó directamente en el corazón del insecto, sin tocar la brizna de hierba sobre la cual reposaba.

No perdió tiempo y fue a explicar su éxito a Wei Fei. Esta vez el maestro quedó suficientemente impresionado y dijo:

—¡Muy bien!

Habían transcurrido cinco años desde que Chi Ch'ang se interesó en los misterios del tiro con arco y pensó que su duro entrenamiento había logrado su objetivo. Ninguna hazaña de la especialidad parecía ahora fuera de su alcance. Para confirmarlo, decidió hacer una serie de pruebas antes de regresar a casa.

Ante todo decidió emular los triunfos del propio Wei Fei y, a la distancia de cien metros, acertó a hacer pasar cada flecha a través de una misma hoja de sauce. Unos días más tarde volvió a efectuar la proeza valiéndose de un arco más pesado y sosteniendo sobre su codo derecho una copa llena de agua hasta el borde; no se perdió ni una sola gota y de nuevo cada flecha dio en el blanco.

A la semana siguiente, adquirió cien flechas ligeras y las disparó en rápida sucesión contra un blanco distante. La primera hizo diana, la segunda se clavó en la ranura de la primera, la tercera se insertó en la ranura de la segunda y así sucesivamente hasta que, en un abrir y

cerrar de ojos las cien flechas se unieron en una línea recta que iba desde el blanco hasta el mismo arco. Había tenido tan buena puntería que, aun después de haber terminado, la larga línea de flechas no cayó al suelo sino que permaneció vibrante en el aire. Al ver esto, hasta el maestro Wei Fei que le había estado observando desde un rincón, no pudo evitar aplaudir y gritar:

—¡Bravo!

Cuando, después de dos meses, Chi Ch'ang regresó finalmente a su hogar, su esposa, furiosa por su larga ausencia, empezó a injuriarle. Pensando en corregir su mal genio, Chi Ch'ang puso rápidamente una flecha Ch'i Wei en un arco Cuervo, tensó la cuerda hasta el máximo y apuntó justo encima del ojo. La saeta le arrancó tres pestañas, pero fue tan grande su velocidad y tan seguro su pulso que la mujer no se dio cuenta de nada y, sin ni siquiera parpadear, continuó insultando a su marido.

El profesor Wei Fei ya no podía enseñarle nada más a Chi Ch'ang, cerca ya del logro de su ambición. Pero éste comprendió con desagrado, que había aún otros obstáculos a vencer. Uno de ellos era el propio Wei Fei. Mientras el maestro viviese, Chi Ch'ang no podría ser llamado el mejor arquero del mundo. Aunque ahora igualaba a Wei Fei en el arte del tiro con arco, estaba seguro de que jamás llegaría a mejorarlo. La vida de aquel hombre era un constante entorpecimiento para su propósito.

Un día en que paseaba por los prados, Chi Ch'ang vio a lo lejos a Wei Fei. Sin dudarlo un instante, levantó su arco, puso una flecha y afinó la puntería. Pero el viejo maestro había presentido lo que iba a ocurrir y había colocado al punto una flecha en su arco. Los dos hombres dispararon simultáneamente, sus flechas chocaron en el aire y cayeron al suelo. Chi Ch'ang disparó de nuevo otra flecha, pero ésta fue detenida en el aire por una segunda flecha del arco de Wei Fei. Tan extraño duelo continuó hasta que la aljaba del maestro estuvo vacía, mientras que en la del alumno quedaba una flecha.

—¡Ha llegado mi oportunidad! — murmuró Chi Ch'ang y al momento preparó la flecha final. Al ver esto, Wei Fei rompió una ramita de un arbusto espinoso que había a su lado. Cuando la flecha silbaba hacia su corazón, golpeó velozmente su punta con la de la espina y la hizo caer al suelo a sus pies.

Al darse cuenta de que su malévolo propósito había sido frustrado, Chi Ch'ang se sintió lleno de remordimiento, que a buen seguro no habría experimentado si una de sus flechas llegase a cumplir su cometido. Wei Fei, por su parte, había sentido tal alivio al escapar de la muerte y estaba tan satisfecho con aquella última muestra de su virtuosismo, que no podía sentir rencor contra su pretendido asesino. Los dos hombres

corrieron el uno hacia el otro y se abrazaron con lágrimas de devoción. (¡Extrañas eran en verdad las reacciones de aquellos tiempos!). ¿No se consideraría absurda esta conducta en nuestros días? Los corazones de los antiguos deben haber sido totalmente diferentes de los nuestros. ¿Cómo explicar, si no, que al pedir una noche el duque Huan una nueva golosina al jefe de la cocina imperial, llamado I Ya, éste le cocinase a su propio hijo y rogó al duque su opinión acerca del sabor? ¿O que el joven de quince años que sería el primer emperador de la dinastía Shin, no sintiese ningún escrúpulo, la noche en que murió su padre, en hacer tres veces el amor con la concubina preferida del anciano?

Aunque abrazó a su obstinado alumno perdonándole, Wei Fei era consciente de que su vida podía ser amenazada de nuevo cualquier día. El único medio de desembarazarse de aquel peligro era dirigir la mente de Chi Ch'ang hacia una nueva meta.

—Amigo mío —le dijo haciéndose a un lado—, como habrás observado, te he transmitido todos mis conocimientos. Si quieres profundizar aún más en los misterios del arco y la flecha, cruza el elevado paso Ta Hsing por el oeste y sube a la cumbre del monte Ho. Allí podrás encontrar al anciano Kan Ying, quien no tiene rival en conocimientos acerca del arte del tiro con arco, en esta o en cualquier otra época. Comparada con la suya, tu experiencia es como el insignificante titubeo de un niño. El maestro Kan Ying es el único hombre del mundo al que puedes acudir para que te enseñe. Búscalo y si aún vive, sé su discípulo.

Inmediatamente, Chi Ch'ang partió hacia el oeste. Oír que sus conocimientos podían compararse con los de un niño, había espoleado su orgullo, haciéndole temer que quizá se hallaba lejos aún de conseguir lo que ambicionaba. No debía perder tiempo. Subiría al monte Ho para aumentar sus propios conocimientos con los del viejo maestro.

Cruzó el paso Ta Hsing y empezó a trepar por la escarpada montaña. Pronto se le gastaron los zapatos y sus pies y piernas sangraban cubiertos de rasguños. Intrépidamente escaló peligrosos precipicios y atravesó estrechos puentes colocados sobre tremendas grietas. Al cabo de un mes llegó a la cima del monte y penetró impetuoso en la cueva donde moraba Kan Ying Era un anciano con ojos tan gentiles como los de un cordero. Era, en verdad, terriblemente viejo, el hombre más viejo que Chi Ch'ang había visto jamás. Su espalda estaba encorvada y al caminar su cabello blanco le llegaba a los pies.

Pensando que quien llega a tal edad tiene que estar necesariamente sordo, Chi Ch'ang gritó:

—He venido para averiguar si soy tan buen arquero como creo.

Sin esperar la respuesta de Kan Ying, asió el gran arco de álamo que

llevaba a la espalda, colocó en él una flecha Tsu Chieh y tiró hacia una bandada de pájaros migratorios que volaban muy alto sobre sus cabezas, Al punto cinco aves cayeron con fuerza cruzando el claro cielo azul.

El anciano sonrió tolerante y dijo:

—Pero, mi querido señor, se ha limitado usted a disparar con arco y flecha. ¿No sabe aún dar en el blanco sin disparar? Venga conmigo.

Molesto por su fracaso en impresionar al viejo ermitaño, Chi Ch'ang le siguió hasta el borde de un gran precipicio, que se hallaba a unos doscientos pasos de la cueva. Al bajar la vista, pensó que ciertamente había llegado al «gran escenario de tres mil codos de alto» descrito de antiguo por Chang Tsai. Mucho más abajo vio una corriente montañosa abriéndose paso como un hilo brillante entre las rocas. Se le nublaron los ojos y la cabeza empezó a darle vueltas. Mientras tanto, el maestro Kan Ying se deslizó rápidamente sobre un estrecho saliente que sobresalía directamente sobre el precipicio y, volviéndose, exclamó:

—Ahora, déme una muestra de su verdadera experiencia. Venga aquí donde estoy yo y déjeme juzgar su puntería.

Chi Ch'ang era demasiado orgulloso para declinar el reto y, sin dudarlo un momento, cambió su puesto por el del anciano. Tan pronto hubo puesto los pies en el saliente, se sintió casi suspendido en el aire. Simulando una audacia que no sentía, Chi Ch'ang asió su arco y con dedos temblorosos trató de colocar una flecha. En aquel momento un guijarro saltó del saliente y empezó a caer a miles de pies a través del espacio. Al seguirlo con la mirada, Chi Ch'ang notó que perdía el equilibrio. Se tendió sobre la roca, aferrándose a los salientes con los dedos. Sus piernas temblaban y el sudor le cubría todo el cuerpo.

El anciano se echó a reír, extendió una mano y ayudó a Chi Ch'ang a abandonar su reducto. Saltando otra vez a la roca, anunció:

—Permítame, señor, que le muestre lo que es en realidad el tiro con arco.

Aunque el corazón de Chi Ch'ang le saltaba en el pecho y su cara tenía la palidez de la muerte, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para advertir que el maestro no llevaba nada en las manos.

—¿Dónde lleva el arco? —preguntó, con voz sepulcral.

—¿El arco? —sonrió el anciano—. ¿Qué arco? —repitió, riendo—. Mientras necesite un arco y una flecha continuará en la infancia de este arte. ¡El verdadero tiro con arco no los precisa!

Un solitario milano daba vueltas en el cielo justamente sobre sus cabezas. El ermitaño levantó la vista y Chi Ch'ang siguió su mirada. Tan

alto volaba el pájaro que aun a sus agudos ojos parecía una diminuta semilla de sésamo. Kan Ying puso una flecha invisible en un arco incorpóreo, dio a la cuerda toda su tensión y la soltó. A Chi Ch'ang le pareció oír un silbido, y al instante el milano dejó de batir sus alas y cayó al suelo.

Chi Ch'ang quedó estupefacto. Descubrió que, por vez primera, acababa de vislumbrar el límite del arte en el que había decidido ser maestro.

Permaneció nueve años en la montaña con el viejo ermitaño. Durante aquel tiempo tuvo que soportar una dura disciplina, de la que nadie supo jamás nada. Cuando al final del décimo año bajó de las montañas para regresar a su hogar, todos quedaron sorprendidos ante su cambio. Su antigua pose resuelta y arrogante había desaparecido, para dejar paso a una expresión embotada de bobo. Su viejo maestro, Wei Fei, fue a visitarle, y tras una simple ojeada, exclamó:

—¡Ahora sí que puedes decir que eres un experto! Hasta tal punto de que ya no soy capaz de llegar ni a la planta de tus pies.

Los habitantes de Hantan vitorearon a Chi Ch'ang como al arquero más grande de la tierra, esperando con impaciencia las hazañas que, sin duda, pronto llevaría a cabo. Pero Chi Ch'ang no hizo nada que satisficiera su expectación. Ni una sola vez puso las manos sobre un arco o una flecha. El gran arco de álamo que había llevado consigo en el viaje no fue visto nunca más. Cuando alguien le pedía que se explicase, respondía en tono lánguido:

—La fase culminante de la actividad es la inactividad, la fase culminante de la oratoria es refrenar la lengua, la fase culminante de disparar es abstenerse de hacerlo.

Los ciudadanos más perspicaces de Hantan comprendieron inmediatamente su significado y quedaron sobrecogidos ante aquel gran experto en el tiro con arco que declinaba hacer uso de su arma. Al negarse a disparar, su reputación fue en aumento.

Circulaban toda clase de rumores e historias acerca de Chi Ch'ang. Se dijo que después de la medianoche se podía oír continuamente el sonido producido por alguien que tensaba la cuerda de un arco sobre el tejado de su casa. Alguien dijo que se trataba del dios de los arqueros, que se aposentaba a diario en el alma del maestro y durante la noche huía para protegerse de los espíritus malignos. Un comerciante que habitaba en la vecindad hizo correr el rumor que una noche había visto claramente a Chi Ch'ang montado en una nube situada sobre su casa; en aquella ocasión llevaba su arco y oponía sus conocimientos a los de Hou I y Yang Vu-chi, los famosos arqueros de los tiempos legendarios. Según la historia propalada por el comerciante, las flechas disparadas por los tres

maestros desaparecían en la distancia entre Orion y Sirio arrastrando brillantes luces azules en el oscuro cielo.

Hubo también un ladrón que confesó que cuando estaba a punto de penetrar en la casa de Chi Ch'ang, salió por una ventana un súbito golpe de aire que le golpeó, con tal fuerza que salió disparado contra la pared. A partir de aquel momento todos los malintencionados evitaron los alrededores de la casa de Chi Ch'ang y se decía que incluso las bandadas de pájaros migratorios daban un rodeo para no pasar sobre su tejado. Chi Chan'g envejeció y su renombre se extendió por toda la tierra. Parecía entrar cada vez más en ese estado en el que la mente y el cuerpo ya no consideran las cosas exteriores, sino que existen por sí mismos en una agradable y sosegada simplicidad. Su cara estólida estaba despojada de todo vestigio de expresión; ninguna fuerza exterior podía turbar su completa impasibilidad. Era raro oírle hablar y era difícil afirmar que aún respiraba. Sus extremidades parecían a menudo rígidas y sin vida, como un árbol marchito. Estaba tan compenetrado con las leyes ocultas de la naturaleza, tan alejadas de las inseguridades y contradicciones de las cosas aparentes, que en el ocaso de la vida ya no conocía la diferencia entre «yo» y «él», entre «esto» y «aquello». El calidoscopio de impresiones sensoriales ya no le interesaba; por lo que a él se refería, su ojo podía haber sido una oreja, su oreja una nariz, y su nariz una boca.

Cuarenta años después de su regreso de la montaña, Chi Ch'ang abandonó pacíficamente este mundo, como humo que desaparece en el cielo. Durante aquellos cuarenta años no había mencionado el tema del tiro con arco ni había tocado un arco y una flecha.

Dice la historia que durante su último año de vida visitó la casa de un amigo y vio, encima de una mesa, un utensilio que le era vagamente familiar y cuyo nombre y empleo no podía recordar. Tras bucear sin resultado en su memoria, se volvió hacia su amigo y dijo:

—Por favor, dime para qué sirve y cómo se llama el objeto que está sobre la mesa.

Su anfitrión se echó a reír como si Chi Ch'ang estuviese bromeando. El anciano repitió su pregunta, pero el amigo rió de nuevo, aunque esta vez con cierta in-certidumbre. Cuando se le repitió seriamente la pregunta por tercera vez, una mirada de consternación apareció en su cara. Observó con fijeza a Chi Ch'ang y habiéndose asegurado de que había oído bien y de que el anciano no se había vuelto loco ni hablaba en tono de burla, balbuceó asombrado:

—Oh, maestro, debes ser en realidad el arquero más grande de todos los tiempos. Sólo así se comprende que hayas olvidado el arco... itanto su nombre como su empleo!

Se dijo que después de esto, en la ciudad de Han-tan, los pintores tiraron sus pinceles, los músicos rompieron las cuerdas de sus instrumentos y los carpinteros se avergonzaban al ser vistos con sus reglas.

EL JOVEN DEL CLAVEL Isak Dinesen

The Young Man north the Carnation, Isak Dinesen

Traducción de
Juan M. Díaz

Hace tres cuartos de siglo se hallaba situado en Amberes, cerca del puerto, un pequeño hotel llamado el hotel de la Reina. Era un limpio y respetable lugar, donde los capitanes de barco se hospedaban con sus esposas.

A este hotel se aproximaba, en una noche de marzo, un hombre joven sumido en la tristeza. Mientras ascendía desde el puerto, al que llegó en un buque procedente de Inglaterra, era y se sentía el ser más solitario del mundo. Y no existía nadie a quien pudiese hablar de su aflicción, porque todos le consideraban libre y afortunado, un joven que envidiaría todo el mundo.

Era escritor y había logrado un gran éxito con su primer libro. Al público le había gustado, los críticos habían sido unánimes en el elogio, y él había ganado dinero, después de haber sido pobre toda su vida. El libro, basado en sus propias experiencias, trataba acerca del cruel destino de los niños pobres, y le puso en contacto con los reformadores sociales. Fue entusiásticamente recibido en un círculo de hombres y mujeres altamente cultivados y nobles. Incluso halló esposa en este medio: la hija de un famoso científico, una bella joven que lo idolatraba.

En aquel momento se dirigía a Italia con su esposa, para terminar allí su próximo libro, cuyo manuscrito llevaba en una ligera maleta. Su esposa le precedió unos días antes, pues deseaba visitar su antigua escuela en Bruselas.

—Me hará bien pensar y hablar de otros temas que no sean tú —había dicho, sonriendo.

Ahora le estaba esperando en el hotel de la Reina, y no desearía pensar y hablar acerca de nada más.

Todas esas cosas parecían agradables, pero no era así. Difícilmente lo eran alguna vez, pensó, pero en su caso eran precisamente lo contrario. Su mundo había sufrido un terrible vuelco; no era de extrañar que se sintiese enfermo, cerca de la muerte. Había caído en una trampa, y lo descubrió demasiado tarde.

Su corazón le decía que jamás volvería a escribir un gran libro. No tenía nada más que decir, y el manuscrito en su maleta no era sino un pesado montón de papel. En su mente citó la Biblia, porque había estado en una escuela dominical de muchacho, y pensó:

«No sirvo para nada sino para caer y ser pisoteado por los hombres.»

¿Cómo iba a hacer frente a las personas que lo querían, que tenían fe en él: su público, sus amigos y su esposa? Nunca dudó de que estaban obligados a quererle más que a sí mismos, a considerar su interés por encima del suyo propio, porque poseía genio y era un gran artista. Sin embargo, al desaparecer su genio, únicamente le quedaban dos posibilidades. Sería despreciado y abandonado por el mundo, o bien continuaría siendo amado independientemente de su valor como artista. Aunque sus pensamientos raramente le asustaban de esta última posibilidad, pasó a una especie de *horror vaccui;* el mundo parecía reducirse a un vacío, una caricatura, una casa de orates. Podía soportar cualquier cosa menos eso.

El recuerdo de su fama aumentó su desesperación. Aunque en el pasado conoció la infelicidad y pensó a veces en arrojarse al río, al menos sólo a él le concernía. Ahora el brillante reflector del renombre caía sobre él; cien ojos lo observaban, y su fracaso, o suicidio, sería el fracaso y el suicidio de un escritor mundialmente famoso.

Pero estos sólo eran factores secundarios de su infortunio. Si las cosas iban de mal en peor, podía prescindir de todos cuantos le rodeaban. No tenía buena opinión de ellos, y los vería desaparecer —público, amigos y esposa— con pesar infinitamente menor de lo que ellos jamás hubiesen sospechado, con tal de mantenerse frente a frente, y en amigables términos, con Dios.

El amor de Dios y la certeza de que, en recíproca correspondencia, Dios lo amaba sobre otros seres humanos, le dio aliento en tiempos de pobreza y adversidad. También tenía talento para la gratitud; su reciente buena suerte había confirmado y sellado la comprensión entre Dios y él. No obstante, ahora se daba cuenta de que Dios se le había escapado. ¿Si no fuese un gran artista, qué debía amar Dios en él? Sin sus poderes visionarios, sin su séquito de fantasías, risas y tragedias, ¿cómo podía aproximarse al Señor e implorar su ayuda? La verdad es que por aquel entonces él no era mejor que otras personas. Podía decepcionar al mundo, pero nunca en la vida se decepcionó a sí mismo. Se había alejado de Dios, ¿cómo iba a vivir ahora?

Su mente erró para hallar por sí misma nuevos motivos de sufrimiento. Recordó el veredicto de su suegro sobre la literatura moderna.

—La superficialidad —había gritado el anciano— es su distintivo. La

época carece de peso; su grandeza está vacía. En lo que se refiere a tu noble labor, mi querido muchacho...

Generalmente las opiniones de su suegro no tenían para él el menor significado, sean las que fueren, pero en aquel momento se hallaba tan abatido, que le hicieron mella. Superficialidad, pensó; esa era la palabra que el público y los críticos emplearían acerca de él, cuando llegasen a conocer la verdad, o insustancialidad, vaciedad. Dijeron que su obra era noble, porque había conmovido sus corazones al describir los sufrimientos del pobre. Pero también podía haber escrito acerca de los sufrimientos de los reyes. Y los describió porque había llegado a conocerlos. Ahora que había hecho fortuna, no tenía nada más que decir acerca del pobre, preferiría no oír hablar más de ellos. La palabra «superficialidad» acompañaba sus pasos en la larga calle.

Mientras reflexionaba sobre estas cuestiones, continuó caminando. La noche era fría, un tenue y penetrante viento soplaba contra él. Alzó la vista y pensó que iba a llover.

El nombre del joven era Charlie Despard. Era pequeño y delgado, una figura menuda en la solitaria calle. No tenía aún treinta años y resultaba demasiado joven para su edad; podía haber sido un muchacho de diecisiete años. Su cabello y piel eran morenos, tenía ojos azules, cara alargada y una nariz con una débil curvatura hacia un lado. Era extremadamente rápido en sus movimientos, y se mantenía muy erguido, pese a su presente estado de depresión, y a la pesada maleta que llevaba en la mano. Iba bien vestido, todas sus ropas parecían nuevas en él, y eran realmente estrenadas.

Volvió su pensamiento hacia el hotel, preguntándose si no sería algo mejor estar bajo techado que en la calle. Decidió tomar un vaso de coñac cuando llegase. En los últimos tiempos había recurrido al coñac en busca de consuelo; a veces lo encontraba, otras na También pensó en su esposa, que le estaba esperando. Podía estar dormida en ese momento. Si no había cerrado la puerta con llave, podría despertarla y hablar, y su proximidad sería un consuelo para él. Pensó en su belleza y en su bondad para con él. Era una joven alta, de cabello rubio y ojos azules, y una piel tan blanca como el mármol. Su rostro habría sido clásico si su parte superior no fuera un poco corta y estrecha en proporción a la mandíbula y a la barbilla. La misma peculiaridad se daba en su cuerpo; la parte superior era demasiado corta y delgada para las caderas y piernas. Su nombre era Laura. Tenía una limpia, grave y dulce mirada, y sus azules ojos se llenaban fácilmente de lágrimas por la emoción; su admiración las hacía correr en abundancia cuando ella le miraba. ¿Qué había en esto de bueno para él? Laura no era realmente su esposa; se había casado con un fantasma de su propia imaginación, y

él quedó abandonado en el frío y la oscuridad.

Llegó al hotel, y descubrió que ni siquiera deseaba el coñac. Se paró en el vestíbulo, que le pareció semejante a una tumba, y preguntó al portero si su esposa había llegado. El viejo le informó que la señora llegó felizmente, y que el señor lo haría más tarde. Se ofreció a subirle la maleta, pero Charlie prefirió hacerlo por sí mismo. Tras obtener el número de su habitación, subió solo la escalera y recorrió el corredor solo. Ante su sorpresa, halló que la doble puerta de la habitación no estaba cerrada con llave, y entró sin otro trámite. Pensó que este era el primer pequeño favor que el destino le había dispensado en mucho tiempo.

Al entrar, la estancia estaba casi a oscuras; únicamente un débil mechero de gas lucía junto al tocador. Había un perfume a violetas en el aire. Su esposa las habría traído, tal vez quería ofrecérselas con un verso. Pero dormía profundamente hundida en las almohadas. Charlie se dejaba ahora influir tan fácilmente por los pequeños detalles, que su corazón se inflamó ante su buena suerte.

Mientras se quitaba los zapatos, miró en derredor y pensó:

«Esta habitación, con su empapelado azul celeste y sus cortinas carmesí, ha sido benéfica para mí; no la olvidaré.»

No obstante, cuando se metió en la cama no pudo dormir. Oyó la campana de un reloj cercano que daba los cuartos de hora una, dos y tres veces. Pensó que había olvidado el arte de dormir y que se vería obligado a yacer despierto para siempre.

«Eso es —decidió—, estoy realmente muerto. Ya no existe ninguna diferencia para mí entre la vida y la muerte.»

Súbitamente, sin previo aviso, pues no había escuchado pasos, oyó que alguien giraba suavemente el tirador de la puerta. La había cerrado con llave al entras. En cuanto el visitante del corredor lo descubrió, hizo una pausa para volver a intentarlo. Pareció desistir y, tras un instante, tamborileó suavemente una tonadilla sobre la puerta. Luego la repitió. De nuevo hubo un silencio, y el desconocido silbó débilmente una melodía. Charlie empezó a temer que todo aquello despertase su esposa. Saltó del lecho, se puso su batín verde y salió a abrir la puerta haciendo el menor ruido posible.

El corredor estaba más claramente iluminado que la habitación y había una lámpara en la pared sobre la puerta. Bajo ella, estaba un joven. Era alto y hermoso, y tan elegantemente vestido que Charlie se sorprendió de hallarle en el hotel de la Reina. Llevaba un traje de etiqueta, con una capa echada sobre los hombros, y en el ojal un clavel reventón de color rosa, que lucía fresco y romántico contra el blanco y el negro de un

atavío. Sin embargo, lo que chocó a Charlie tan pronto como lo vio fue la expresión del rostro del joven. Parecía tan radiante de felicidad, mostraba un éxtasis tan dulce, humilde, libre y risueño como Charlie nunca había visto. Un mensajero angelical llegado del cielo no se hubiera aparecido más exuberante y glorioso. El poeta le miró fijamente durante un minuto. Luego habló en francés —ya que dedujo que el distinguido joven de Amberes debía ser francés, y Charlie conocía dicha lengua, pues en tiempos fue aprendiz de un peluquero francés.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó—. Mi esposa está dormida y yo desearía dormir también.

El joven del clavel mostró tanta profunda sorpresa ante la aparición de Charlie, como éste anteriormente. Su extraña beatitud era tal que precisó algún tiempo para cambiar su expresión según las circunstancias. Pero la luz aún persistía en su rostro, mezclada con aturdimiento, cuando habló y dijo:

—Dispense. Lamento infinitamente haberle molestado. He cometido un error.

Charlie cerró la puerta y se volvió. Por el rabillo del ojo vio que su esposa estaba sentada en su cama.

—Era un caballero. Creo que estaba ebrio —explicó brevemente por si ella estuviera únicamente medio despierta.

Ante sus palabras, ella se recostó de nuevo y él volvió a la cama.

En el momento de acostarse se sintió sobrecogido por una tremenda agitación, intuyó que algo irreparable había sucedido. Durante una pausa, no supo lo que era, si bueno o malo. Pensó que una gigantesca y resplandeciente luz pasó sobre él para dejarle ciego. La sensación se formó lentamente, se cristalizó y se manifestó con un dolor tan irresistible que su cuerpo se contrajo como un espasmo.

Comprendió que allí estaba la gloria, el significado y la clave de la vida. El joven del clavel la tenía. Aquella infinita felicidad que fulguraba en su rostro debía hallarse en alguna parte del mundo. El joven del clavel conocía el camino, pero Charlie lo había perdido. En otro tiempo lo supo también, pero dejó escapar su presa, y allí estaba, condenado para siempre. ¡Santo Dios! ¿En qué momento su propia ruta se había separado de la del joven del clavel?

Comprendió con claridad que la tristeza de las últimas semanas no era otra cosa que el presagio de su total perdición. En su agonía, pues se hallaba realmente en las garras de la muerte, se asía a cualquier medio de salvación, buscaba a tientas en la oscuridad, hasta dar con algunas de las más entusiásticas críticas de su libro. Pero su mente se apartó de

ellas, como si quemasen. Allí se escondían en realidad su ruina y su condenación: en los críticos, los editores, los lectores, en su esposa. Todos deseaban libros, y para obtenerlos transformarían a un ser humano en letra impresa. Se había dejado cegar por los seres menos seductores del mundo; le habían hecho vender su alma a un precio que era en sí mismo un castigo.

«Crearé enemistad —pensó— entre el autor y los lectores, y entre tu generación y su generación; tú golpearás su talón, pero ellos golpearán tu cabeza.»

No era ningún milagro que Dios hubiera cesado de amarle, pues por su propia y libre voluntad, había cambiado las cosas del Señor —la luna, el mar, la amistad, la lucha— por las palabras que las describían. Ahora podía sentarse en una habitación y anotar esas palabras, y ser elogiado por los críticos, mientras fuera, en el corredor, corría la ruta del joven del clavel hacia el interior de aquella luz en la que resplandecía su rostro.

No sabía cuánto tiempo permaneció de ese modo; creía haber llorado, pero sus ojos estaban secos. Al fin cayó súbitamente dormido y reposó durante un minuto. Al despertar se hallaba perfectamente tranquilo y decidido. Decidió marcharse. Se salvaría e iría en busca de aquella felicidad que existía en alguna parte. Si debía llegar al fin del mundo para hallarla, no importaba; nada sería mejor para él que ir directamente al fin del mundo. Volvería al puerto y encontraría un barco que le llevase. La idea del barco le tranquilizó.

Estuvo en la cama durante una hora más; luego se levantó y se vistió. Mientras, se preguntó qué habría pensado de él el joven del clavel. Habría pensado, se dijo a sí mismo:

«Ah, le pauvre petit bonhomme á la robe de chambre verte.»

Muy silenciosamente arregló su maleta; pensó en abandonar el manuscrito, después lo tomó con el deseo de arrojarlo al mar y presenciar su destrucción. Cuando se disponía a salir de la habitación, pensó en su esposa. No era justo abandonar para siempre a una mujer que duerme sin alguna palabra de despedida. Recordó que Teseo había hecho tal cosa. No obstante, era difícil encontrar palabras de despedida. Al fin, en el tocador escribió sobre una hoja de su manuscrito:

«Me he marchado. Perdóname, si puedes.»

Luego se marchó. Tras el mostrador, el portero cabeceaba sobre un periódico.

Charlie pensó:

«Jamás lo volveré a ver. Nunca abriré de nuevo esta puerta.»

Al salir el viento había disminuido y llovía. La lluvia lanzaba susurros y murmullos a su alrededor. Se quitó el sombrero; en un momento su cabello quedó empapado y el agua descendió por su rostro. Aquel fresco e inesperado contacto tenía un significado. Siguió calle abajo por donde había llegado, la única que conocía en Amberes. Mientras caminaba, pensó que el mundo ya no era por completo indiferente para él, ni estaba ya solo. Los dispersos y disipados fenómenos del universo tomaban forma, tal vez era el diablo mismo quien le tenía asido por la mano o por el cabello.

Antes de lo que esperaba, llegó al puerto. En el muelle, con la maleta en la mano, bajó la vista hacia el mar. Era profundo y oscuro; las luces de las lámparas del embarcadero jugaban con él igual que jóvenes serpientes. La sal determinó su primera y más fuerte sensación. El agua de lluvia caía sobre él desde arriba; el agua salada encontrábase con él abajo. Es así como debía ser. Permaneció allí durante mucho tiempo, mirando a los barcos. Se iría en uno de ellos.

Los cascos de los buques parecían negros gigantes en la húmeda noche. Sus vientres estaban repletos, preñados de posibilidades; eran portadores de destinos, islas rodeadas de agua por sus cuatro costados. El mar salado les prestaba apoyo por dondequiera que fuesen. Le pareció que una especie de simpatía emanaba hacia él desde los grandes cascos; le dirigían un mensaje, pero al principio no supo comprenderlo. Luego encontró la palabra: superficialidad. Los barcos eran superficiales, y se mantenían en la superficie. Ese era su poder; para los barcos el peligro reside en alcanzar el fondo de las cosas, en encallar. Incluso eran huecos, y el vacío constituía el secreto de su ser; las grandes profundidades quedaban esclavizadas por ellos mientras permanecían vacíos. Una ola de felicidad alegró el corazón de Charlie; tras una pausa, rió en la oscuridad.

«Hermanos míos —pensó—, debería haber venido a vosotros hace mucho tiempo. ¡Bellos y superficiales, errantes y gallardos, veloces conquistadores de la profundidad! Angeles del océano, os lo agradeceré toda mi vida. Dios os mantenga a flote, hermanos mayores, a vosotros y a mí. Dios preserve nuestra superficialidad.»

Estaba muy mojado para entonces; su cabello brillaba suavemente, como los costados de los barcos bajo la lluvia.

«Y ahora —pensó—, refrenaré mi boca. Ha habido demasiadas palabras en mi vida; no puedo recordar ahora por qué he hablado tanto. Pero cuando he llegado aquí he permanecido silencioso tras la lluvia, me ha sido revelada la verdad de las cosas. De ahora en adelante no hablaré más, escucharé lo que los marinos digan, familiarizados con los barcos flotantes, y alejado del fondo de las cosas. Iré hasta el fin del mundo y

refrenaré mi boca.»

Apenas había tomado esta resolución, cuando apareció un hombre en el muelle.

—¿Está usted buscando un barco? —preguntó.

Parecía un marino, pensó Charlie, algo así como un mono amistoso. Era un hombre de escasa estatura, de rostro curtido por el tiempo, cubierto por una barba rala.

—Sí, lo estoy buscando —respondió. —¿Qué barco? —continuó el marino. Charlie estuvo a punto de contestar:

«El arca de Noé, la del diluvio», pero se dio cuenta a tiempo de que parecería tonto.

—Deseo embarcar en un buque, y emprender un viaje —dijo.

El marino escupió, y rió.

—¿Un viaje? —replicó—. De acuerdo. Como miraba tanto al agua, acabé pensando que iba a tirarse.

—¡Ah, comprendo! —asintió Charlie—. ¿Y me hubiera salvado? Creo que llega usted demasiado tarde. Debería haber venido anoche, entonces habría sido el momento justo. Si no me ahogué la noche pasada —prosiguió—, fue porque estaba lejos del agua. ¡Si el agua hubiese venido a mí! Bueno, el caso es que aquí está el agua, y aquí está el hombre. Todo demuestre que incluso el más grande de los poetas comete errores, y que uno no debería jamás hacerse poeta.

El marino para entonces, había decidido que el extranjero estaba ebrio:

—Está bien, muchacho —dijo—, si lo ha pensado mejor acerca de ahogarse, puede proseguir su camino. Buenas noches tenga usted.

Esa fue una gran decepción para Charlie, esperaba otra cosa de la conversación.

—¿Pero no puedo ir con usted? —preguntó al marino.

—Voy a la posada de la Croix du Midi —contestó éste—, a tomar un vaso de ron.

—Excelente idea —exclamó Charlie—, estoy de suerte al encontrar a un hombre como usted.

Se dirigieron a la posada de la Croix du Midi, que se hallaba próxima, donde encontraron a otros dos marinos, conocidos del primero, que los presentó a Charlie como un piloto y un sobrecargo. El mismo era capitán de un pequeño barco anclado fuera del puerto. Charlie metió la mano en el bolsillo y halló el dinero que había tomado para el viaje.

—Tráigame una botella del mejor ron para estos caballeros —ordenó al mozo de la posada—, y un jarro de café para mí.

No deseaba beber alcohol en aquel momento. Se sentía intimidado por sus compañeros, le resultaba difícil explicarles su caso.

—Bebo café —explicó—, porque he hecho —iba a decir un voto, sin embargo lo pensó mejor— una apuesta. Un viejo propietario de un barco —tío mío por cierto—, apostó conmigo que no podría abstenerme de beber durante un año, pero si yo ganaba, el barco sería mío.

—¿Y lo ha cumplido? —preguntó el capitán.

—Sí, como existe Dios —afirmó Charlie—. He despreciado un vaso de brandy no hace doce horas; y si algo en mí les puede parecer embriaguez, no es sino el erecto del olor del mar.

El piloto preguntó:

—¿El hombre con el que concertó la apuesta era pequeño, con una gran barriga y un solo ojo?

—¡Sí, ése es mi tío! —gritó Charlie.

—Ya le conozco, lo encontré en mi viaje a Río de Janeiro —explicó el piloto—. Me ofreció las mismas condiciones, pero no quise aceptarlas.

En aquel instante llegaron las bebidas y Charlie llenó los vasos. Lió un cigarrillo, e inhaló gozosamente el aroma del ron y de la calurosa estancia. A la luz de la empañada lámpara los tres rostros de sus nuevos conocidos resplandecían. Se sintió honrado y feliz en su compañía. Estaba muy pálido, como siempre que su agitación era grande.

—Ojalá le siente bien el café —manifestó el capitán—. Parece como si tuviera fiebre.

—No, pero acabo de sufrir una gran pena —repuso Charlie.

Los otros pusieron caras de condolencia, y le preguntaron de qué se trataba.

—Se lo contaré —decidió Charlie—. Será mejor que hable de ello, aunque hace un rato pensaba lo contrario. Yo tenía un mono domesticado y me había encariñado mucho con él; su nombre era «Charlie». Se lo compré a una vieja mujer que regentaba un burdel en Hon-Kong.

Ella y yo tuvimos que sacarlo a escondidas un mediodía, de lo contrario las chicas jamás lo habrían dejado ir, era como un hermano para ellas. Y también lo era para mí. Conocía todos mis pensamientos, y estaba siempre a mi lado. Conocía ya muchas habilidades cuando lo adquirí, y aprendió más mientras estuvo conmigo. Pero el alimento inglés no le

sentó bien, no pudo asimilarlo. Se puso enfermo, empeoró, y una noche de domingo murió junto a mí.

—¡Qué lástima! —comentó el capitán, compasivamente.

—Sí —convino Charlie—. Cuando sólo hay una persona en el mundo por la que se siente interés, y esa persona es un mono, y ese mono se muere, es una gran lástima.

El sobrecargo había estado contando al piloto una historia antes de que los otros entrasen. Entonces, en beneficio de los recién llegados, volvió a relatarla de nuevo. En una ocasión zarpó desde Buenos Aires con un cargamento de lana. Tras cinco días en la zona de las calmas ecuatoriales el barco se incendió, y la tripulación, que combatió contra el fuego toda la noche, al amanecer echó los botes al agua y se hizo a la mar. El sobrecargo se había quemado las manos, pero remó durante tres días y noches. Cuando fueron recogidos por un vapor de Rotterdam, su mano había quedado adherida al remo, y nunca más pudo extender los dos dedos.

—Entonces —dijo—, miré mi mano, e hice el juramento de que si alguna vez volvía a tierra firme, el demonio me llevase si me embarcaba de nuevo.

Los otros inclinaron gravemente sus cabezas ante el relato, y le preguntaron adonde pensaba dirigirse.

—¿Yo? —replicó el sobrecargo—. Voy a zarpar para Sidney.

El piloto describió una tempestad en la bahía, y el capitán narró una de sus experiencias como grumete, una ventisca en el Mar del Norte. Le habían puesto en las bombas y le olvidaron allí; como no se atrevió a marcharse, bombeó durante once horas seguidas.

—En aquella ocasión —dijo—, yo también juré permanecer en tierra, y jamás volver al mar.

Charlie escuchaba, pensando que aquellos hombres eran sensatos y sabían de lo que hablaban. Quienes viajaban por placer cuando el mar está tranquilo y sonriente, y declaran que lo aman, no saben lo que significa el amor. Son los marinos, golpeados y heridos por el mar, que lo han maldecido e insultado, sus verdaderos amantes. Es muy probable que la misma ley sea aplicable a los esposos y a las esposas.

«Aprenderé más de los marinos. Soy un niño y un tonto, comparado con ellos.»

Por su silencio y atenta actitud, los marinos comprendieron la reverencia y admiración del joven. Le tomaron por un estudiante, y se sintieron contentos de hacerle partícipe de sus experiencias. Le consideraron también un buen anfitrión, porque constantemente llenaba sus vasos, y

pidió una nueva botella cuando la primera estuvo vacía. Charlie, en recíproca correspondencia por sus historias, les ofreció un par de canciones. Tenía una dulce voz y aquella noche estuvo especialmente inspirado. Todos ellos se hicieron amigos. El capitán le golpeó en la espalda y le dijo que era un joven brillante y que aún podía convertirse en marino.

Sin embargo, un poco más tarde, el capitán empezó a hablar con ternura de su esposa y su familia, a quienes acababa de dejar; el sobrecargo, con orgullo y emoción, informó a los presentes que, en el transcurso de los tres últimos meses, dos camareras de Amberes habían tenido gemelos, cuatro niñas de cabello rojo como el de su padre. Charlie recordó a su propia esposa y se intranquilizó. Esos marinos, pensó, parecían saber cómo había que tratar a sus mujeres. Ninguno de ellos debía temer a su esposa como para huir de ella en plena noche. Si descubrían lo que acababa de hacer, decidió, pensarían menos bien de él.

Los marinos le habían creído mucho más joven de lo que era; en su compañía había llegado a sentirse realmente muy joven, y ahora su esposa le parecía más una madre que una compañera. Su verdadera madre, aunque tendera respetable, tenía unas gotas de sangre gitana en sus venas, y ninguna de sus precipitadas resoluciones la habrían sorprendido. Se mantenía sobre la superficie con toda facilidad, donde nadaba majestuosamente, como un ganso orgulloso, oscuro y fuerte. Si aquella noche hubiese ido a verla para explicarle su decisión de hacerse a la mar, la idea podía muy bien haberla emocionado y complacido. El orgullo y gratitud que siempre había experimentado por la anciana, mientras bebía una última taza de café, fueron transferidos ahora a la joven. Laura le comprendería, y estaría de acuerdo.

Estuve sentado durante algún tiempo, considerando la cuestión. La experiencia le había enseñado a ser prudente en este punto. Era una extraña ilusión óptica que ya le había engañado antes. Lejos de ella, su esposa adquiría la apariencia de un ángel guardián, infalible, lleno de simpatía y apoyo. Pero, cuando la tenía otra vez ante él, era una extraña, y no encontraba más que dificultades.

Sin embargo, todo eso parecía pertenecer al pasado aquella noche. Pues ahora tenía poder; el mar y los barcos estaban con él, y ante sí el joven del clavel. Grandes imágenes le rodeaban. Había vivido ya mucho en la posada de la Croix du Midi. Había visto quemarse un barco, una ventisca en el Mar del Norte, y la llegada al hogar del marino junto a su esposa y sus hijos. Se sentía tan fuerte, que su esposa empezó a parecer patética. La recordó cómo la había visto por última vez, dormida, pasiva y tranquila; su blancura y su ignorancia del mundo le llegaron al

corazón. Se sonrojó profundamente al recordar la carta que le había escrito. Se iría, con el corazón más desahogado, pensó, si pudiera haberse explicado con ella.

—Hogar, ¿dónde está tu estímulo? Vida matrimonial, ¿dónde está tu victoria? —murmuró.

Miró a la mesa, donde se había derramado un poco de café. Mientras, la conversación de los marinos decayó, porque vieron que ya no estaba escuchando; al fin cesó. Al advertir el silencio a su alrededor, Charlie despertó. Les sonrió.

—Les contaré una historia antes de regresar a casa. Una historia triste —dijo—. Había una vez —empezó—, un viejo inglés inmensamente rico, que fue cortesano y consejero de la reina y que ahora, a avanzada edad, nada le interesaba, excepto coleccionar porcelana azul antigua. Con este objeto viajó por Persia, Japón y China, siempre acompañado por su hija, lady Helena. Mientras navegaban por el Mar de la China, sucedió que el barco se incendió en una tranquila noche, y todos sus tripulantes lo abandonaron para embarcar en los botes salvavidas. En la oscuridad y la confusión, el viejo par se vio separado de su hija. Lady Helen subió tarde a la cubierta, y encontró el barco completamente desierto. En el último momento, un joven marino inglés la salvó en una lancha que había sido olvidada. Para los dos fugitivos era como si el fuego les rodease por todas partes, pues la fosforescencia jugaba en el oscuro mar. Mientras miraban al cielo, una estrella fugaz centelleó, casi amenazando caer dentro de la lancha. Navegaron durante nueve días, hasta que recogidos por un mercante holandés, llegaron a su hogar en Inglaterra.

»El viejo lord había creído que su hija estaba muerta. Ahora lloró de alegría, y en seguida la condujo a un balneario de moda, a fin de que pudiese recobrarse de las penalidades sufridas... Al pensar que le resultaría desagradable que un joven que se ganaba el pan en la marina mercante, contase a todos que navegó durante nueve días solo con la hija de un par, pagó una espléndida suma al muchacho, y le hizo prometer que se embarcaría en otro para jamás volver.

»Cuando lady Helena se recuperó y le dieron noticias de la Corte y de su familia, incluso cómo el joven marino fue alejado, su mente había sufrido tanto que ya no se interesaba por nada. No quiso volver al castillo de su padre, a su parque, ni ir a la Corte, ni viajar a cualquier alegre ciudad del continente. Lo único que ahora deseaba era, como antes su padre, coleccionar porcelana azul rara. Y empezó a navegar de un país al otro, y su padre fue con ella.

»En su búsqueda explicó a todos con quienes trató que quería un color azul particular, y que pagaría cualquier precio por él. Compró muchos

cientos de jarrones azules, pero siempre los dejaba de lado después y decía: "¡Ay! ¡No es el azul exacto!" Tras navegar durante muchos años, su padre sugirió que quizá el color que ella buscaba no existía. "¡Oh, papá! —exclamó—, ¿cómo puedes hablar así? Tiene que quedar algo de cuando en el mundo todo era azul".

»Sus dos ancianas tías de Inglaterra le imploraron que volviese, para hacer todavía un gran casamiento. Pero les respondió: "No, tengo que navegar. Debéis saber, queridas tías, que todo cuanto afirmen los doctos acerca de que los mares tienen fondo, carece de sentido. Al contrario; el agua, el más noble de los elementos, atraviesa en realidad la tierra entera, de modo que nuestro planeta flota en el éter, como si fuera una pompa de jabón. Y en el hemisferio opuesto navega un barco, a cuya marcha tengo que ajustarme. En el profundo, ambos somos como el reflejo de uno al otro; ese barco del que os hablo se halla siempre exactamente debajo del mío, en el lado opuesto del globo. ¿Nunca habéis visto a un gran pez nadando debajo de una lancha, siguiéndola como una oscura sombra azul en el agua? Pues de ese modo marcha ese barco, igual que la sombra del mío, y lo arrastro de un lado a otro por dondequiera que voy, como la luna arrastra las mareas, a través de toda la masa de la tierra. Si dejase de navegar, ¿qué harían esos pobres marinos para ganarse el pan? Os confesaré un secreto: mi barco descenderá finalmente, al centro del globo, y exactamente a la misma hora que el otro se hunda también —lo llaman hundimiento, aunque os puedo asegurar que no existe ningún arriba ni abajo en el mar— y allí, en el centro del mundo, nos encontraremos".

«Pasaron muchos años, el viejo lord murió y lady Helena se hizo vieja y sorda, pero continuó navegando. Hasta que, tras el saqueo del palacio de verano del emperador de China, un mercader le llevó un jarrón azul muy antiguo. En el momento en que ella puso los ojos en él, dio un terrible grito. "¡Ahí está! —exclamó—. Por fin lo he encontrado. Este es el verdadero azul. ¡Qué felicidad! Es tan fresco como una brisa, tan profundo como el más insondable secreto, tan pleno como no encuentro palabras con qué expresarlo". Con manos temblorosas sostuvo el jarrón contra su pecho, y pasó seis horas sumida en su contemplación. Después dijo a su doctor y a su dama de compañía: "Ahora ya puedo morir. Cuando esté muerta, sacarán ustedes mi corazón y lo echarán en el interior del jarrón azul. Pues entonces todo volverá a ser como fue en otro tiempo. Todo será azul a mi alrededor, y en medio del mundo azul mi corazón será inocente y libre, y latirá dulcemente, igual a una estela que murmura, como las gotas que caen desde la pala de un remo". Un poco más tarde les preguntó: "¿No es reconfortante pensar que, con sólo tener paciencia, todo lo que alguna vez hemos poseído volverá a nosotros?'. Poco después, la anciana señora, murió.

La reunión se disolvió, los marinos dieron la mano a Charlie, agradeciéndole el ron y la historia. Charlie les deseó a todos buena suerte.

—Olvida su maleta —indicó el capitán, y la tomó con el manuscrito en su interior.

—No —repuso Charlie—, pienso dejársela a usted, hasta que naveguemos juntos.

El capitán miró las iniciales grabadas en la maleta.

—Es pesada —observó—. ¿Conserva algo de valor en ella?

—Sí, ya lo creo que es pesada —respondió Charlie—, pero no volverá a suceder. La próxima vez estará vacía.

Se informó del nombre del barco del capitán, y le dijo adiós.

Al salir, quedó sorprendido de ver que ya había amanecido. La larga y mezquina hilera de los faroles de la calle alzaba sus melancólicas cabezas en el aire gris.

Una muchacha delgada de grandes ojos negros, que se había estado paseando arriba y abajo frente a la posada, se le acercó para hablarle. El no contestó, y repitió su invitación en inglés. Charlie la miró.

«Ella también pertenece a los barcos —se dijo—, igual que los mejillones y las algas que crecen en sus fondos. Muchos buenos marinos que escaparon a la profundidad, se han ahogado en ella. Pero si de todas formas voy con ella, estaré aún a salvo.»

Metió la mano en el bolsillo, pero únicamente encontró un chelín.

—¿Me permite, a cambio de un chelín? —preguntó a la muchacha. Ella lo miró fijamente. Su rostro no cambió mientras él tomaba su mano, hacía bajar el viejo guante y besaba la palma, áspera y viscosa como la piel de un pescado. Soltó su mano, puso un chelín en ella, y se alejó.

Por tercera vez efectuó el trayecto entre el puerto y el Hotel de la Reina. La ciudad despertaba ahora, y en su camino se cruzó unas cuantas personas y algunos carruajes. Las ventanas del hotel estaban iluminadas. Al penetrar en el vestíbulo, no había nadie. Estaba a punto de subir a su habitación, cuando, a través de una puerta de cristales, vio a su esposa sentada en un pequeño e iluminado comedor próximo al vestíbulo. Se dirigió hacia allí.

Al verle, el rostro de su esposa se iluminó:

—¡Por fin has llegado! —exclamó.

Charlie inclinó la cabeza. Estaba a punto de tomar su mano y besarla cuando ella le preguntó:

—¿Por qué llegas tan tarde?

—¿Llego tarde? —preguntó, sumamente sorprendido, porque había perdido toda noción del tiempo. Miró a un reloj sobre el manto de la chimenea—. Son únicamente las siete y diez.

—¡Sí, pero te esperaba antes! —exclamó ella—. Me levanté para estar lista cuando llegases.

Charlie tomó asiento junto a la mesa. No contestó, pues no sabía qué decir.

«¿Es posible —pensó—, que tenga la fortaleza de espíritu como para aceptarme así otra vez?»

—¿Quieres tomar algo de café? —preguntó su esposa.

—No, gracias —respondió él—, he tomado ya.

Dio una ojeada a la estancia. Aunque ya era casi de día y las persianas estaban levantadas, las lámparas de gas ardían aún, lo que desde niño le había parecido siempre un gran lujo. El fuego del hogar jugaba sobre una alfombra de Bruselas algo raída y sobre sillas de felpa roja. Su esposa comía un huevo. Durante su infancia, Charlie había tomado un huevo todos los domingos por la mañana. Toda la estancia, que olía a café y a pan tierno, con el blanco mantel y la brillante cafetera tomó un aspecto de mañana de domingo. Miró fijamente a su esposa. Llevaba una capa de viaje gris; no se había puesto aún su sombrero y su cabello rubio, recogido con una redecilla, brillaba a la luz de la lámpara. Laura era brillante a su manera, una luz pura emanaba de ella, y parecía permanentemente unida al sofá, el único objeto firme en un mundo turbulento.

Una idea vino a él: «Ella es como un faro—pensó—, el firme y majestuoso faro que envía su amable luz. Les dice a todos los barcos: "Manténgase a distancia".»

El faro denuncia aguas poco profundas, o rocas. Aproximarse significa la muerte para todos los objetos flotantes. En aquel momento ella alzó la vista, y encontró los ojos de Charlie.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó.

El pensó: «Se lo diré. Es mejor ser sincero con ella desde ahora y contárselo todo.» Por lo tanto, dijo lentamente :

—Estoy pensando que para mí, en la vida, eres como un faro. Una luz constante que me instruye sobre cómo debo gobernar mi rumbo.

Laura le miró, volvió la vista y sus ojos se llenaron de lágrimas. Temió que fuese a llorar, aunque hasta ahora había sido tan valiente.

—Subamos a nuestra propia habitación —pidió, pues sería más fácil explicarse una vez solos.

Subieron juntos. La escalera que la noche pasada se le había hecho tan larga, era ahora tan fácil, que Laura le advirtió:

—No, subes demasiado. Estamos allí.

Caminó delante de él por el corredor, y abrió la puerta de su habitación.

La primera cosa que advirtió fue que ya no existía ningún olor a violetas en el ambiente. ¿Las había arrojado con ira? ¿O se habían marchitado del todo cuando se marchó? Su esposa se le aproximó, le puso una mano en el hombro y apoyó el rostro sobre ella. Por encima de su rubio cabello, Charlie miró en torno suyo y quedó petrificado. El tocador, donde, la noche pasada dejó la carta, se hallaba en un nuevo lugar, y al igual que la cama en que estuvo acostado. En un rincón se veía ahora un gran espejo que antes no estaba allí. Aquella no era su habitación. Rápidamente percibió más detalles. Ya no había un pabellón en la cama, sino sobre ella un grabado en acero de la familia real belga, que basta entonces Charlie jamás había visto.

—¿Dormiste aquí anoche? —preguntó.

—Sí —respondió su esposa—. Pero mal. Estuve preocupada porque no llegabas; temí que tuvieras una mala travesía.

—¿Nadie te molestó? —preguntó de nuevo.

—No —contestó ella—. La puerta estaba cerrada con llave. Y creo que éste es un hotel tranquilo.

Según reflexionaba Charlie, con la experimentada calma del novelista, los acontecimientos de la noche pasada le conmovieron con la misma fuerza que si hubieran sido sacados de uno de sus propios libros. Respiró profundamente.

—Dios todopoderoso —exclamó desde el fondo de su corazón—, del mismo modo que el cielo es superior a la tierra, tus novelas son infinitamente superiores a las nuestras.

Verificó todos los detalles lenta y seguramente, como un matemático que plantea y resuelve una ecuación. Paladeó primero con placer, el triunfo del joven del clavel. Luego, como una mano fuertemente cerrada alrededor de su garganta, pero con apenas menos goce artístico, experimentó el terror de la señora en la cama. Permaneció completamente inmóvil, ensimismado en sus pensamientos, pero su rostro tomó tal expresión de éxtasis, hilaridad y deleite que su esposa, que había levantado la cabeza de su hombro, le preguntó sorprendida:

—¿En qué estás pensando?

Charlie tomó su mano con el rostro todavía radiante.

—Estoy pensando —murmuró muy lentamente—, en el Jardín del Edén, y en los querubines de flamígera espada. No —prosiguió del mismo modo—, estoy pensando en Hero y Leandro. En Romeo y Julieta. En Teseo y Ariadna, y también en el Minotauro. ¿Has intentado alguna vez, querida mía, imaginar lo que sentía el Minotauro?

—¿Con que vas a escribir una historia de amor, poeta? —repuso ella, sonriéndole a su vez. Charlie no contestó en seguida, sino que dejó ir la mano de ella, y tras una pausa preguntó:

—¿Qué decías?

—Te pregunté si ibas a escribir una historia de amor —repitió ella tímidamente.

Se apartó de Laura para dirigirse hacia la mesa, sobre la que apoyó la mano.

La luz que descendió sobre él la noche pasada volvía, y ahora desde todas partes, como si viniera también de su propio faro, pensó confusamente. Pero entonces había brillado difusa sobre el mundo infinito, mientras que ahora era directa, e iluminaba la habitación del Hotel de la Reina. Era muy brillante; parecía como si pudiera verse a sí mismo, en su interior, como Dios le veía, y para superar esa prueba debía apoyarse en la mesa.

El momento culminó en un diálogo entre Charlie y el Señor.

El Señor dijo:

—Tu esposa te ha preguntado dos veces si vas a escribir una historia de amor. ¿Crees que es esto, en efecto, lo que vas a hacer?

—Sí, es muy probable —respondió Charlie.

—¿Será un cuento hermoso y dulce —preguntó el Señor—, que vivirá en los corazones de los jóvenes amantes?

—Sí, yo diría eso —asintió Charlie.

—¿Y estás contento? —preguntó el Señor.

—Señor, ¿qué me estás preguntando? —exclamó Charlie—. ¿Cómo puedo contestar sí? ¿No soy un ser humano? ¿Puedo escribir una historia de amor sin desear vehementemente ese amor, el éxtasis de la unión, la suavidad y el ardor del cuerpo de una mujer en mis brazos?

—Te di todo eso la noche pasada —dijo el Señor—. Fuiste tú quien saltó fuera del lecho, y de allí marchaste al fin del mundo.

—Sí, hice eso —admitió Charlie—. ¿Lo consideraste tan bueno que vas a repetirlo en mí? ¿Tengo que estar Para siempre en la cama con la

amante del joven del clavel? ¿Qué ha sido de ella? ¿Cómo se explicará con el? Y quién se fue, y escribió: «Me he marchado. Perdóname, si puedes».

—Sí —dijo el Señor.

—¡No quiero saberlo ahora! —gritó Charlie—. Mientras escribo sobre la belleza de las mujeres, ¿no obtendré de ellas más que el valor de un chelín?

—Sí —afirmó el Señor—. Y deberás contentarte con eso.

Charlie dibujaba con el dedo sobre la mesa; no dijo nada. Cuando parecía que la discusión había terminado, habló el Señor de nuevo.

—¿Quién hizo los barcos, Charlie? —preguntó.

—No lo sé —contestó Charlie—, ¿los hiciste tú?

—Sí —respondió el Señor—, yo hice los barcos sobre sus quillas, y todas las cosas flotantes. La luna que navega en el cielo, los astros que giran en el Universo, las mareas, las generaciones, las modas. Me haces reír, pues te he dado todo el mundo para navegar, y tú has encallado aquí, en una habitación del Hotel de la Reina. Ven —ordenó luego el Señor—, quiero establecer un convenio entre tú y yo. No pienso causarte ninguna pena más para que escribas tus libros.

—¡Oh, excelente! —exclamó Charlie.

—¿Qué dices? —preguntó el Señor—. ¿Deseas algo menos que eso?

—No dije nada —admitió Charlie.

—Pero vas a escribir libros —manifestó el Señor—. ¡ Soy yo quien desea que sean escritos, no los lectores, ni menos aún los críticos, sino Yo!

—¿Estás seguro? —preguntó Charlie.

—No siempre —dijo el Señor—. No se puede tener seguridad completa en todas las ocasiones. Pero ahora afirmo que es así. Tendrás que conformarte con eso.

—¡Dios mío! —murmuró Charlie.

—¿Vas a darme las gracias —preguntó el Señor—, por lo que he hecho por ti esta noche?

—Creo que lo mejor será dejarlo como está —contestó Charlie—, no hablemos más sobre ello.

En aquel momento Laura abrió la ventana. El frío y crudo aire de la mañana penetró por ella, con el ruido de los carruajes de la calle, voces humanas y un gran coro de gorriones, y un olor a humo y estiércol.

Al terminar su conversación con Dios, tan vivida aún para él que podría

haberla puesto por escrito, Charlie fue a la ventana y miró al exterior. Los colores de la mañana de la ciudad gris eran frescos y delicados, y había una débil promesa de luz del sol en el cielo. Las gentes se hallaban ya despiertas; una muchacha con un chal azul y zapatillas se alejaba rápidamente; y el ómnibus del hotel, tirado por un caballo blanco, estaba deteniéndose abajo, mientras el portero ayudaba a salir a los viajeros y bajaba su equipaje. Charlie miró fijamente la calle, que bullía a mucha distancia por debajo de él.

«Daré gracias al Señor por una razón —pensó—. Que no puse la mano sobre nada que perteneciese a mi hermano, el joven del clavel. Estaba a mi alcance, pero no lo hice.»

Permaneció por algún tiempo en la ventana y vio alejarse el ómnibus. ¿Dónde, se preguntó, entre las casas de aquella mañana pálida, se hallaría el joven de la noche pasada?

«¡Ah, *le pauvre jeune homme á l'oeillet!»,* pensó.

EL DESEO   James Stephens

I

Estaba excitado y al inclinarse hacia adelante en su sillón para contar esta historia a su esposa, reveló un extremo de credulidad del que ella nunca le hubiera creído capaz.

Era un hombre juicioso y habitualmente dirigía sus asuntos con perspicacia. Tanto el noviazgo, como su vida matrimonial y doméstica habían seguido una línea que ella no habría llamado atrevida o romántica. Por este motivo, aquella extraña historia y aquel estado de excitación la dejaron desconcertada.

Decidió transigir con él, no porque se mostrara razonable, sino simplemente a causa de su excitación, y porque toda mujer verá con agrado cualquier cosa que varíe la insulsa rutina cotidiana.

Esta es la historia que él contó.

Cuando se dirigía a comer, un automóvil surgió a velocidad excesivamente peligrosa para la estrecha y congestionada calle. Justamente al llegar el coche, un hombre que le precedía se dispuso a cruzar la calzada. Ni siquiera miro a su espalda al salir de la acera. Extendió un brazo veloz que arrastró al hombre de nuevo a la acera un segundo antes de que el coche, tocando la bocina y a todo gas, pasase ante ellos.

—De no haber estado ahí —observó el marido, que gustaba de las expresiones castizas—, buena la habría hecho.

Los dos hombres se sonrieron mutuamente; el marido de ella con bonhomía, el otro con alegría y gratitud.

Descendieron la calle y, en atención a esa aventura, comieron juntos.

Permanecieron sentados largo tiempo después de la comida, trabando conocimiento el uno con el otro, fumando innumerables cigarrillos, empeñados en una conversación que ella nunca habría creído posible en su marido más allá de diez minutos. Al separarse, el marido de ella expresó el deseo de que se encontraran de nuevo al día siguiente, a lo que el hombre respondió con una muda sonrisa.

No había ratificado ni negado el convenio.

—Espero que se dejará ver —dijo el marido de ella.

Aquella conversación había excitado a su marido, arrastrado a una atmósfera extraña, en la que se había encontrado tan a gusto, que

deseaba repetir la experiencia lo más pronto posible.

Según explicó, la conversación tuvo un tono casi religioso. Fue completamente intelectual pero resultaba más impetuosa y estimulante que la religión emocional en la cual había sido educado, y de la que se apartó silenciosamente.

Intentó describir a su compañero, pero con tan escaso éxito en la descripción que ella no pudo recordar después si era alto o bajo, grueso o delgado, rubio o moreno.

Fueron únicamente los ojos del hombre lo que consiguió poner de relieve, tales que, al parecer, nunca vio otros semejantes en un rostro humano.

Rectificó también esta descripción, pues aquellos ojos eran exactamente iguales a los de cualquiera. El modo de mirar era lo que resultaba diferente. Revelaban una visión muy firme, muy vehemente, muy plácida y poderosa. Nunca había conocido a nadie que le mirase de forma tan..., comprensiva, tan agradable.

—Estás enamorado —comentó ella riendo.

A partir de este instante, las aclaraciones se hicieron más explicativas, pero no menos confusas, hasta que ella comprendió que ambos, con curiosa inconsciencia, habían entrado en un cuento de hadas.

—Me preguntó qué era lo que yo deseaba sobre todas las cosas —explicó el marido de ella—. Esa fue la pregunta más difícil que jamás me habían planteado —prosiguió—, y durante una media hora estuvimos dándole vueltas y discutiendo su alcance.

»Pensé en las respuestas usuales; por supuesto, la primera de ellas fue la riqueza. Nos hallamos condicionados de tal modo por las frases hechas que, si se nos hace esa pregunta, las palabras «salud, riqueza y sabiduría» surgirán espontáneamente para contestarla. Como que estar vivo es ser adquisitivo, mencioné la riqueza, a modo de tanteo, como una posibilidad; y convino en que era digna de consideración. No obstante, al cabo de algún tiempo supe que yo no necesitaba dinero.

—Siempre se necesita dinero —dijo su esposa.

—Hasta cierto punto es cierto —contestó él—, pero no absolutamente. Al reflexionar, recordé que no tenemos hijos; nuestros deseos o caprichos son relativamente pocos y pueden ser prontamente satisfechos con el dinero que ya tenemos. Disponemos de valores suficientes para vivir el resto de nuestros días, suponiendo que abandonase los negocios, cosa que no pienso hacer. En una palabra, descubrí que el dinero o su poder adquisitivo no tenía ninguna ventaja particular que ofrecer.

—¡Lo mismo da! —murmuró ella; y se detuvo con los ojos fijos en

compras distantes en el tiempo y el espacio.

—¡Lo mismo da! —asintió él con una sonrisa.

»No logré determinar nada que valiese la pena desear —continuó—. Pasamos a considerar la salud y la sabiduría; a juzgar por las normas del mundo en que nos movemos, me pareció que tanto mi salud como mi conocimiento eran tan buenos como los de cualquiera. Además, pensé que si elegía ser más sabio que mis contemporáneos, corría el riesgo de convertirme en una persona muy solitaria para el resto de mis días.

—Sí —admitió ella pensativamente—, me alegro que no pidieses sabiduría, a menos que pudieras hacerlo para ambos.

—Por fin, decidí pedirle consejo sobre el particular, pero contestó que no le era posible de ningún modo. «Detrás de todo se halla el deseo —dijo—, y usted debe descubrir su deseo».

»Le pregunté entonces, si las condiciones estuviesen invertidas y la oportunidad se le hubiese presentado a él en vez de a mí, qué habría pedido. Quise aclarar que no era con el objeto de copiar su deseo, sino por pura curiosidad. Contestó que no pediría nada. Esta respuesta me asombró, casi me alarmó al principio. Pero, cosa curiosa, me satisfizo al considerarla, y estaba a punto de adoptarla...

—¡Oh! —exclamó su esposa.

—... cuando se me ocurrió una idea. Me dije: tengo cuarenta y ocho años de edad, bienes suficientes, salud de cuerpo y alma, sabiduría. ¿Qué más hay que me pertenezca, absolutamente mío, pero de lo cual deba desprenderme, y que me agradaría conservar? Al fin descubrí algo que me estaba abandonando día a día, segundo a segundo, tan irreparable como inevitablemente; era mi cuadragésimo octavo año. Pensé que me gustaría seguir teniendo cuarenta y ocho años, hasta que expirase mi plazo.

»No quise pedir inmortalidad, ni ninguna de esas tonterías: vivir siempre significa ser condenado a un aburrimiento tan espantoso como no pueda concebir mente humana. Pero mientras tenga que vivir, vale la pena hacerlo como es debido. Pedí pues, que se me permitiera permanecer en los cuarenta y ocho años con todo mi bagaje presente.

—No deberías haber pedido eso —replicó su esposa con reproche—. No es justo para mí. Tienes ahora más edad que yo, pero en unos pocos años seré inútilmente mayor que tú. Creo que no fue un deseo leal.

—Pensé en esa objeción —argüyó él—. Ya he pasado la edad en que ciertas cosas importan; tanto física como temperamentalmente he superado la atracción sensual y otras por el estilo. Me pareció tener

razón y especifiqué exactamente mi deseo.

—¿Qué dijo él? —preguntó ella.

—Nada; se limitó a inclinar la cabeza y se refirió de nuevo a otras cuestiones: la religión, la vida, la muerte, el pensamiento..., una multitud de cosas que, a pesar de su aparente diversidad, se integran, sin embargo, en una sola materia.

Continuó luego:

—Esta noche me siento más contento que nunca, en cierto modo, diferente del hombre que era ayer.

En aquel momento su esposa se echó a reír, cortando la conversación.

—Eres tonto, y yo seré tan desgraciada como tú. Si alguien nos oyera decir tan solemnes tonterías, con razón se mofaría de nosotros.

El hombre rió sinceramente con ella, y después de una cena ligera se fueron a dormir.

II

Durante la noche la esposa de él tuvo un sueño.

Soñó que un barco zarpaba hacia el Polo, en una expedición que no le interesaba lo bastante como para saber su propósito. El buque partía con ella a bordo. Lo único que comprendía o le importaba era el equipaje, así como contar y revisar los varios artículos que había traído contra el clima ártico.

Disponía de gruesas medias de lana; botas de cuero completamente peludas en el interior, enteramente flexibles y plegables por el exterior; un gran gorro de piel, dispuesto como un casco y ajustado a una capa corta sobre sus hombros; unos pantalones de piel muy holgados; un saco de dormir.

Tenía una enorme cantidad de cosas; los restantes miembros de la expedición estaban equipados de forma si no tan completa, al menos similar.

Su equipaje era un continuo tema de conversación a bordo, y, aunque los días y las semanas pasaban, los diálogos del barco versaban una y otra vez acerca de las ropas de abrigo.

Un día el tiempo se hizo perceptiblemente más frío, hasta el punto que estuvo tentada de ponerse sus maravillosos calzones, de acomodar su cabeza dentro del confortable gorro. Pero todos los tripulantes le explicaron que era necesario que se acostumbrase a la sensación, a la experiencia del frío. Le aseguraron, además, que el frío del que ahora se resentía no era nada al lado del clima glacial que tendría dentro de poco

que soportar.

Parecía un buen consejo por lo que decidió, mientras pudiese soportar el frío, que no se pondría ninguna ropa protectora; así, cuando el frío llegara a ser realmente intenso, estaría en cierta medida habituada a él, y no le afectaría tanto.

Pero invariablemente, día a día, el tiempo se hizo más frío.

Navegaban ahora por turbulentos y arremolinados mares, surcados por grandes *icebergs* verdes y blancos; en torno al barco pequeñas colinas de hielo se movían espasmódicamente y rompían las olas, se hundían para surgir de nuevo; y el agua gris atravesaba aquellas pequeñas lomas y silbaba sobre su cima.

Sus manos estaban tan frías, que debía ponerlas debajo de sus axilas para conservar algún calor. Sus pies habían empezado a dolerle y estaban en peores condiciones. Decidió que al día siguiente se pondría el equipo de invierno, sin hacer caso de cuanto le dijeran para convencerla de lo contrario.

«Hace el suficiente frío —se decía—, para llevar mis pantalones árticos, para mis cálidas y suaves botas, y mis grandes guantes adornados con pieles. Me los pondré por la mañana.»

Se fue a la cama, donde durmió entre grandes estremecimientos de frío.

Al día siguiente hacía aún más frío, por lo que inmediatamente, al levantarse, buscó la ropa de invierno, que había dejado preparada al lado de su litera la noche anterior; sin embargo no logró encontrarla. Se vio obligada a vestirse con la de costumbre, que era más bien delgada. Luego, subió a cubierta.

Cuando llegó arriba, descubrió que el mundo que la rodeaba había cambiado.

El mar había desaparecido. A lo lejos se extendía una llanura uniforme de hielo, no blanca sino gris oscura, sobre la que se cernía un cielo también gris y desagradable.

A través de aquella extensión soplaba un frío y penetrante viento que golpeaba sus ojos y le hacían sentir hormigueos y punzadas en los oídos.

Ni un alma se veía por el barco, y el silencio absoluto que se cobijaba en el hielo tomaba casi un cuerpo sólido sobre la embarcación.

No tardó en descubrir que todos los miembros de la tripulación habían desembarcado, y la miraban fijamente desde corta distancia fuera del buque. Y aquellas personas eran tan silenciosas como el helado aire, como el helado barco. La contemplaban con fijeza sin hacer ningún

movimiento, sin producir el menor ruido.

Advirtió que todos ellos llevaban sus equipos de invierno. Mientras ella permanecía de pie, el hielo empezó a deslizarse por sus venas.

Uno de los tripulantes se adelantó a grandes zancadas para levantar un bulto con sus manos cubiertas por los mitones. Ella se asombró al comprobar que el paquete contenía sus ropas, los amplios pantalones adornados con pieles, el agradable gorro, los guantes.

Descender del barco hasta el hielo era difícil, pero no imposible. Una escala de cuerdas constituía el único medio para ello. Los peldaños, tiesos y helados, estaban duros como el hierro, y su contacto quemaba sus manos suaves como si fuera fuego. No obstante, alcanzó el hielo y se dirigió hacia sus compañeros.

Desfallecida y aterrorizada, vio que todos ellos, como en tácito acuerdo, le volvían súbitamente la espalda y echaban a correr, alejándose de ella. Con el corazón casi incapaz de latir, siguió su ejemplo.

No podía dar más que unos pocos pasos sin caer, pues sus zapatos eran inadecuados para andar sobre el hielo. Cada vez que caía, aquellos monstruos se detenían y se volvían para observarla. El hombre que se apoderó de sus ropas le mostraba el paquete, danzando grotesca y silenciosamente.

Ella continuó corriendo, resbalando, cayendo, alzándose, hasta quedar sin respiración. Acabó por detenerse, incapaz de mover sus piernas. Esta vez los hombres se detuvieron para mirarla.

Continuaron corriendo, pero con velocidad cada vez mayor, como si fueran dementes. Les vio convertirse en negros puntos a lo lejos, sobre la blanca distancia. Desaparecieron y ya no existía ante su mirada más que la enorme y blanca llanura, el terrible silencio y el frío.

¡Qué frío hacía!

Y con él se levantó un silencioso viento, penetrante como una navaja.

Le pinchó el rostro, se arremolinó alrededor de sus tobillos igual que un látigo, apuñaló sus costados como una daga.

—Tengo frío —murmuró.

Volvió la vista a su espalda, pero el barco ya no se divisaba. No logró recordar en qué dirección vino.

Entonces empezó a correr al azar.

Corrió en todas direcciones para encontrar el barco; pero apenas había dado un centenar de pasos, pensaba frenéticamente que aquel no era el camino, y en seguida echaba a correr en dirección opuesta. Pero su

carrera tampoco la hacía entrar en calor, sentía aún más frío. Y entonces resbaló sobre una superficie plana de color gris acerado, continuó resbalando, se deslizó por una cavidad cada vez mayor; llegó al borde de una grieta, cortó el aire sobre ella y cayó en su interior, donde permaneció inmóvil.

«¡ Voy a dormir! —pensó—. Me quedaré dormida aquí y moriré...»

En aquel momento se despertó.

La ventana fue lo primero que se ofreció a su vista, donde el espectro del amanecer luchaba con el vampiro de las tinieblas. Un grisáceo fulgor enmarcaba la ventana, pero no podía intimidar a la oscuridad del interior. Permaneció durante un momento aterrada por aquella grotesca aventura, y dio gracias a Dios que hubiese sido únicamente un sueño.

Un segundo después sintió frío. Se arrebujó en las mantas y dijo a su esposo:

—¡Qué frío más espantoso!

Se volvió en la cama y se arrimó a él en busca de calor, pero era de su cuerpo de donde venía el frío; estaba helado.

Saltó del lecho con un grito. Encendió la luz y se inclinó sobre su esposo.

Estaba como una piedra, muerto. Frío como la piedra. Y quedó junto a él, temblorosa y sollozante.

LA AMANTE DEL DEMONIO   Elizabeth Bowen

Traducción de
Aurora Martí

Hacia el ocaso del día que había pasado en Londres, la señora Drover se dirigió hacia su casa, que tenía cerrada, para recoger algunas cosas que deseaba llevarse. Unas eran de su propiedad, otras de su familia, que ahora vivía en el campo. Era un día de finales de agosto, pesado y nuboso; en aquel momento, los árboles del paseo relucían iluminados por un amarillento sol de atardecer húmedo. Por entre las nubes bajas, cargadas de tormenta, asomaban retazos de chimeneas y parapetos. En su calle familiar reinaba una atmósfera irreal. Un gato jugueteaba por aquellos lugares, pero ninguna mirada humana observaba el regreso de la señora Drover. Colocándose algunos paquetes bajo el brazo, introdujo con lentitud la llave en una cerradura poco dispuesta a recibirla y, tras darle una vuelta, empujó la puerta con un golpe de rodilla. Un hálito muerto salió a su encuentro, mientras la mujer penetraba en el interior.

La ventana de la escalera estaba cerrada, por lo que el vestíbulo se hallaba a oscuras. Pero una puerta permanecía entreabierta. La señora Drover la cruzó y penetró en ella, abriendo la ventana. Era una mujer prosaica, pero entonces, al mirar a su alrededor, quedó más perpleja de lo que estimaba ser capaz tras las huellas de su larga experiencia de la vida, viendo la mancha amarillenta sobre la repisa de mármol de la chimenea, el anillo olvidado dentro de un vaso encima del escritorio, la rasgadura en el papel que cubría la pared donde siempre golpeaba el pomo cada vez que la puerta se abría bruscamente. El piano, trasladado a un almacén, dejó unas señales parecidas a arañazos sobre el parquet. Aunque no había mucho polvo, cada objeto estaba cubierto por una ligera película. Y como que la única ventilación procedía de la chimenea, el salón entero había adquirido un olor peculiar. La señora Drover dejó sus paquetes encima del escritorio y salió de la habitación para dirigirse al piso alto. Los objetos que había ido a buscar se guardaban en un arcón del dormitorio.

Estaba ansiosa por ver en qué estado se encontraba la casa, pues el portero que se cuidaba de ella, junto con otras de la vecindad, estaba de vacaciones, y sabía que ella no iba a volver. Aun en el mejor de los casos no vigilaría mucho, y la mujer no estaba muy segura de fiarse de él. Había algunas resquebrajaduras en las paredes, producidas por el

último bombardeo, y deseaba echarles un vistazo, aunque no pudiera hacer nada.

Un rayo de luz se filtraba por una rendija y cruzaba el vestíbulo. Se detuvo sorprendida ante la mesa del vestíbulo: había una carta para ella.

Pensó primero que el vigilante habría regresado. Pero aun así, ¿a quién se le ocurriría echar una carta en el buzón, viendo que la casa estaba cerrada? No era un circular, ni una factura. Y en la oficina de Correos no enviaban al campo las cartas que se recibían destinadas a ella. El vigilante (aun cuando estuviera de regreso), no podía saber que ella pasaría en Londres aquel día —su visita tenía el propósito de la sorpresa—, por lo que su negligencia en lo referente a aquella carta, abandonada nada allí, en medio del polvo, la anonadaba. Sorprendida, tomó la carta, que no tenía sello. Tal vez no era importante, o si no... Tomó la carta y subió rápidamente escaleras arriba sin echarle siquiera una mirada, hasta que llegó a la que había sido su habitación, donde encendió la luz. Daba a los jardines, donde el sol se había ocultado. Las nubes se arremolinaban alrededor de los árboles y el césped, sumidos casi en la oscuridad. Su aversión a mirar otra vez la carta, nacía del hecho de que la atemorizaba el que alguien desdeñara sus costumbres. No obstante, en la tensión que precede a la lluvia, la leyó; contenía unas pocas líneas:

> «Querida Kathleen:
>
> »No habrás olvidado que hoy es nuestro aniversario, y el día que acordamos. Los años han pasado lenta y rápidamente. En vista de que nada ha cambiado, tengo confianza en que habrás mantenido tu promesa. Me apenó el hecho de que dejaras Londres, pero me satisfacía saber que estarás de vuelta a tiempo. Debes esperarme, por tanto, a la hora convenida.
>
> «Hasta entonces,
>
> *"K."*

La señora Drover miró la fecha: era de aquel día. Dejó la carta sobre la cama, y luego la volvió a coger para leerla nuevamente. Sus labios, bajo las huellas del lápiz labial, empezaron a ponerse blancos. Se dio cuenta del cambio que experimentaba su propio rostro, y acudió al espejo, le pasó la mano para quitarle el polvo que lo cubría, y se miró furtivamente. El espejo le devolvió la imagen de una mujer de cuarenta y cuatro años, de mirada sorprendida bajo el borde del sombrero caído hacia adelante. No se había empolvado desde que salió de la tienda donde tomó sola el té. Las perlas que su marido le regaló el día de su

boda, colgaban alrededor de su flaco cuello, ocultándose dentro del escote en forma de V de su jersey de lana rosa, tejido por su hermana mientras todos se reunían alrededor del fuego. La opresión normal de la señora Drover era de impaciencia controlada, pero de asentimiento. Desde el nacimiento del tercero de sus hijos, atacada por una enfermedad grave, tenía un tic muscular intermitente en la comisura izquierda de su boca, pero a pesar de ello, podía sostener una expresión que era, a la vez, enérgica y tranquila.

Volviéndose de espaldas a su propia imagen, de un modo tan precipitado como el empleado para buscarla, se dirigió al arcón donde se hallaban sus cosas, abrió la cerradura, levantó la tapa y se puso de rodillas para revolverlo. Cuando empezó a descargar el aguacero, no pudo contener una fugaz mirada por encima de su hombro hacia la cama, donde estaba la carta. Tras la cortina de agua, la campana de la iglesia, que todavía se mantenía en pie, desgranó seis campanadas, mientras la mujer, con temor creciente, contaba cada uno de los lento» toques.

«La hora convenida... ¡Dios mío! —dijo para sí—. ¿Qué hora? ¿Cómo iba a pensar...? Después de veinticinco años...»

La jovencita que hablaba con el soldado en el jardín no había visto su rostro por entero. La oscuridad era absoluta, y ellos se despedían bajo un árbol. Ahora y entonces —le parecía como si al no verle en aquellos momentos intensos jamás le hubiera visto— se daba cuenta de su presencia, por los breves instantes en los que él le apretaba la mano con fuerza, contra los botones de su uniforme hasta hacerle daño. El corte del botón en la palma de su mano sería su único recuerdo. Estaba tan cerca el fin de su licencia, en que vino de Francia, que ella sólo deseaba que se hubiera ido. Fue en agosto de 1916. Kathleen se apartó un poco y miró intimidada a los ojos del soldado, creyendo ver resplandores espectrales en sus ojos. Volviéndose, y mirando por encima del césped, vio a través de las ramas de los árboles, la ventana del salón iluminada: contuvo el aliento, al pensar que podría volver corriendo a los brazos cariñosos de su madre y su hermana, y llorar.

«¿Qué será de mí? ¿Qué será de mí? Se ha marchado.»

Dándose cuenta de que contenía el aliento, el soldado le dijo:

—¿Tienes frío?

—Te marchas tan lejos...

—No tan lejos como crees.

—No te comprendo.

—No tienes por qué hacerlo —dijo—. Ya comprenderás cuando sea el

momento. Acuérdate de lo que convinimos.

—Pero aquello fueron suposiciones.

—Estaré contigo —insistió el soldado—. Más tarde o más temprano. No lo olvides. Lo único que tienes que hacer es esperar.

Sólo un minuto más y sería libre de correr por el prado silencioso. Mirando a través de la ventana a su madre y a su hermana, para las que era invisible, comprendió de repente que aquella extraña promesa la apartaba del resto de la especie humana. Ninguna otra cosa hubiera podido hacerla sentirse tan desamparada, tan perdida. No podía haber empeñado un pacto más siniestro.

Kathleen lo resistió muy bien cuando algunos meses más tarde dieron por muerto a su prometido. Su familia no sólo la apoyó sino que incluso fue capaz de alabar su valor sin límites. No podían lamentar la pérdida de alguien de quien tan poco sabían. Esperaban que, al cabo de uno o dos años, ella misma se consolaría; si únicamente se hubiera tratado de consuelo, las cosas habrían marchado mucho mejor. Pero no fue un simple disgusto; su pena era algo completamente anormal. No tuvo que rechazar a nuevos pretendientes, porque éstos no aparecieron. Durante años no tuvo ningún atractivo para los hombres hasta que, al aproximarse a la treintena, sus reacciones se hicieron más naturales, hasta el punto de tranquilizar la ansiedad de su familia. Empezó a sobreponerse, y a los treinta y dos años se sintió gratamente aliviada, al verse cortejada por William Drover. Se casó con él y ambos se establecieron en una parte tranquila de Kensington. En aquella casa pasaron los años, nacieron sus hijos y vivieron hasta llegar los bombardeos de la siguiente guerra. Sus movimientos como esposa de Drover eran limitados y desechó la idea de que alguien la estaba espiando.

Tal como estaban las cosas, vivo o muerto, el autor de la carta sólo pretendía amenazarla. Cansada de permanecer de rodillas y con la espalda expuesta a la habitación vacía, la señora Drover se apartó del arcón para sentarse a una silla, cuyo respaldo estaba firmemente apoyado en la pared. La placidez de su antigua habitación, la atmósfera tranquilizadora de su hogar de casada en Londres, todo se había evaporado; el encanto había sido roto por el autor de aquella carta. La casa vacía sellaba aquella noche, años y años de voces, costumbres y pasos. A través de las cerradas ventanas oía solamente el rumor de la lluvia sobre los tejados de los alrededores. Para tranquilizarse, se dijo que había sufrido una alucinación. Durante algunos segundos cerró los ojos, pensando que la carta era una broma de su imaginación. Pero al abrirlos, la carta seguía encima de la cama.

Su mente no lograba desentrañar el sentido de la aparición sobrenatural

de la carta. ¿Quién sabía en Londres que iba a ir a la casa precisamente hoy? El caso era, evidentemente, que alguien se había enterado. Aun cuando el vigilante estuviera de vuelta, no tenía razón alguna para esperarla; al contrario, se hubiera guardado la carta en el bolsillo para llevarla luego al correo. Por otra parte, no existía ninguna señal de que el vigilante hubiera vuelto. Y las cartas que se echan por debajo de las puertas de las casas desiertas, no vuelan solas hacia las mesas de los vestíbulos. No se quedan encima del polvo de las mesas vacías, como si estuvieran seguras de que alguien las va a encontrar. Era precisa una mano humana para ello, y nadie, excepto el vigilante, poseía la llave. Tal vez era posible que ya no estuviese sola. Alguien debía estarle esperando al pie de las escaleras. Esperando, ¿hasta cuándo? Hasta la «hora convenida». Al menos no era las seis la hora convenida, pues habían sonado ya.

Se levantó de la silla y fue a cerrar la puerta.

El problema era marcharse. ¿Volando? No, eso no: tenía que tomar el tren. Como mujer, cuya total responsabilidad constituía la clave de su vida familiar, no podía regresar al campo junto a su marido, sus hijos y su hermana, sin los objetos que había ido a buscar. Hizo rápidamente algunos paquetes con las cosas que deseaba llevarse. Pero todos ellos, junto con los de sus compras, abultaban mucho, lo que significaba que debería tomar un taxi. La idea del taxi la tranquilizó un poco, y su respiración se hizo normal.

«Llamaré ahora a un taxi, no tardará en llegar. Le esperaré, oiré el ruido del motor y bajaré tranquilamente hasta el vestíbulo. Voy a llamar. Pero no, la línea telefónica está cortada...»

Tiró de un nudo que había atado mal.

Volar...

«Jamás fue cariñoso conmigo en realidad. No le recuerdo así. Mamá decía que no me consideraba. Amar es considerar a la persona amada. ¿Y qué hizo él? ¿Sólo hacerme prometer aquello? No puedo recordar qué.»

Pero se dio cuenta de que sí podía recordar.

Recordaba con tan terrible agudeza, que los veinticinco años trascurridos parecían disolverse como humo. Instintivamente miró la señal que quedó marcada en la palma de su mano. No recordaba únicamente todo lo que dijo e hizo, sino la completa suspensión de su existencia durante aquella semana de agosto.

«No era yo misma, me decían todos entonces.»

Recordaba, pero en sus recuerdos había un espacio en blanco, como si

sobre una fotografía hubiese caído una gota de ácido: le resultaba imposible recordar el rostro de él.

«Dondequiera que esté esperándome, no le reconoceré. ¿Y quién puede echar a correr, frente a un rostro que no conoce?»

Tenía que coger el taxi antes de que sonara cualquier hora. Iría calle abajo, hacia la plaza en la que desembocaba la calle principal. Volvería a salvo con el taxi a su propia casa y pediría al chófer que la acompañara a recoger los paquetes. La idea del chófer la hizo tomar una decisión audaz. Dejó abierta la puerta, y desde el rellano de la escalera, escuchó atentamente.

No oyó nada, pero mientras estaba allí, una ligera corriente de aire atravesó el rellano y le acarició el rostro. Procedía de la planta baja; allá abajo alguien había abierto una puerta o una ventana, alguien que había elegido aquel instante para abandonar la casa.

La lluvia cesó. El empedrado estaba reluciente cuando la señora Drover atravesó la puerta principal de su casa y salía a la calle desierta. Las casas vacías de enfrente seguían mirándola con sus ojos resquebrajados. Se apresuró calle abajo, intentando no mirar hacia atrás. Pero el silencio era tan intenso —un silencio profundo en el Londres herido por la guerra—, que otros pasos, en pos de los suyos, serían claramente perceptibles. Al desembocar la calle en la plaza, donde la gente seguía vivienda empezó a tener conciencia de sí misma, y reprimió su paso forzado. En el extremo de la plaza, dos autobuses se cruzaron impasibles, mujeres, un viajante, ciclistas, un hombre empujando un carro: otra vez el fluir ordinario de la vida. En el rincón más populoso de la plaza debía estar —y estaba— la parada de taxis. Aquella noche había sólo un taxi, pero parecía esperarla. Sin mirar a su espalda, el chófer puso en marcha el motor, mientras ella se disponía a abrir la portezuela. Cuando la señora Drover entró en el taxi, dieron las siete en algún reloj. El taxi se encaminó a la calle principal; para dirigirse hacia su casa tenía que haber dado la vuelta. La mujer buscó apoyo en el respaldo del asiento, y el taxi *había dado la vuelta* antes de que ella, sorprendida por aquel movimiento, se hubiera dado cuenta de que no había dicho «adonde iba». Se inclinó hacia adelante, para golpear el panel de vidrio que separaba la cabeza del chófer de la suya propia.

El chofer frenó, hasta que detuvo casi el coche, se volvió e hizo bajar el panel de separación: la sacudida hizo que la señora Drover cayera hacia adelante, hasta casi tocar el cristal con el rostro. A través de la abertura, conductor y pasajero, separados solamente por unos centímetros de distancia, permanecieron durante una eternidad, con los ojos clavados el uno en el otro. La boca de la señora Drover quedó

abierta unos segundos, antes de que pudiera articular el primer grito. Después siguió gritando desesperadamente, golpeando el cristal con sus manos enguantadas mientras el taxi, que aceleró su marcha sin contemplaciones, se internaba con ella por las desiertas calles.

EL CAZADOR   John Collier

The Chaser, John Collier

Traducción de
Juan M. Díaz

Alan Austen, nervioso como un gato, subió cierta oscura y crujiente escalera en las inmediaciones de Pell Street, y escudriñó un tiempo en el sombrío rellano, antes de hallar el nombre que buscaba escrito confusamente en una de las puertas.

Empujó esa puerta, como se le había indicado, y se encontró en una pequeña estancia, que no contenía ningún mobiliario salvo una sencilla mesa de cocina, una mecedora, y una silla corriente. En una de las sucias paredes de color de ante había un par de anaqueles, conteniendo en total quizá una docena de botellas y tarros.

Un hombre viejo estaba sentado en la mecedora, leyendo un periódico. Alan, sin palabras, le entregó la tarjeta que le habían dado.

—Siéntese, señor Austen —indicó el viejo, con gran cortesía—. Tengo mucho gusto en conocerle.

—¿Es verdad que posee usted cierta mixtura de... hum... unos efectos muy extraordinarios?

—Mi querido señor —contestó el anciano—. Mis existencias de género no son muy amplias, no trabajo laxantes ni líquidos dentales, pero no dejan de ser variadas... Creo que nada de lo que vendo tiene efectos que pueden ser descritos precisamente como corrientes.

—Bien, el hecho es... —empezó Alan.

—Por ejemplo —le interrumpió el viejo, tomando una botella del anaquel—, aquí está un líquido incoloro como el agua, casi insípido, completamente imperceptible en el café, vino o cualquier otra bebida. Pasa también totalmente inadvertido en cualquier método usual de autopsia.

—¿Quiere decir que se trata de un veneno? —exclamó Alan, horrorizado.

—Llámelo detergente, si le place —continuó el viejo con indiferencia—. Quizá sirva para limpiar guantes. Jamás lo he intentado. Se le podría llamar detergente de vidas. Las vidas necesitan limpieza a veces.

—No deseo nada de esa clase —dijo Alan.

—Probablemente algo parecido —manifestó el anciano—. ¿Sabe el precio? Por una cucharadita de té, que es suficiente, pido cinco mil

dólares. Nunca menos. Ni un penique menos.

—Espero que no todos sus productos sean tan caros —dijo Alan, aprensivamente.

—¡Oh, no! —exclamó el viejo—. No sería justo poner ese precio a una poción de amor, por ejemplo. Los jóvenes que necesitan una poción de amor, muy raramente tienen cinco mil dólares. De otro modo no necesitarían una poción de amor.

—Me complace oír eso —dijo Alan.

—Mi opinión es esta —explicó el viejo—. Complazca a un cliente con un artículo y volverá cada vez que necesite otro. Aunque *sea* más costoso. Ahorrará para ello, si es preciso.

—¿De forma que vende realmente pociones de amor? —preguntó Alan.

—Si no vendiese pociones de amor —afirmó el anciano, tomando otro frasco—, no le habría mencionado el otro asunto. Únicamente cuando se tiene oportunidad de prestar un servicio se puede ser tan confidencial.

—Y esas pociones —continuó— no son precisamente... hum...

—En absoluto —exclamó el viejo—. Sus efectos son permanentes y se prolongan mucho más allá del mero impulso casual. Pero lo incluyen. ¡Ya lo creo que lo incluyen! Generosa, insistentemente. Eternamente.

—¡Dios mío! —murmuró Alan, que intentó dar un matiz a sus palabras— ¡Qué interesante!

—Además, considere el aspecto espiritual —prosiguió el viejo.

—No dejo de hacerlo —aseguró Alan.

—A la indiferencia —explicó el anciano— sustituye la devoción. Al desdén, la adoración. Dé una pequeña cantidad de esto a una muchacha. El sabor es imperceptible en zumo de naranja, sopa o cócteles. Y por alegre e inconstante que sea, cambiará por completo. No deseará nada más que la soledad y a usted.

—Apenas puedo creerlo —admitió Alan—. Es tan aficionada a las reuniones...

—Ya no le agradarán más —aseguró el viejo—. Sentirá temor de las muchachas bonitas que pueda conocer.

—¿Tendrá verdaderos celos? —saltó Alan en un rapto—. ¿De mí?

—Sí, deseará ser todo para usted.

—Ya lo es. Pero eso no le preocupa.

—Lo hará cuando tome esto. Se preocupará intensamente. Usted será su único interés en la vida.

—¡Maravilloso! —gritó Alan.

—Deseará saber todo lo que haga —continuó el viejo—. Todo cuanto le ha sucedido durante el día. Cada palabra. Querrá conocer lo que está pensando, por qué sonríe súbitamente, por qué parece triste.

—¡Eso es el amor! —gritó Alan.

—Sí —asintió el anciano—. ¡Con qué cariño le cuidará! Nunca permitirá que se fatigue, que se siente en una corriente de aire, que descuide su alimentación. Si se retrasa usted una hora, estará aterrada. Pensará que le han matado o que alguna sirena le ha atrapado.

—¡Apenas puedo imaginar a Diana así! —exclamó Alan, abrumado de alegría.

—No tendrá usted que emplear su imaginación —aseguró el anciano—. Y, a propósito, ya que siempre existen sirenas, si por cualquier casualidad usted necesitara más tarde una pequeña escapada, no necesita preocuparse... Ella terminará por perdonarle. Por supuesto, quedará terriblemente afectada, pero al final le perdonará.

—Eso no sucederá —afirmó Alan, fervientemente.

—Desde luego que no —dijo el viejo—. No obstante, si sucediese, no necesita preocuparse. Jamás se divorciará de usted. Y, naturalmente, nunca le dará el menor, el más pequeño motivo de... disgusto.

—¿Y cuánto vale esa maravillosa mixtura? —preguntó Alan.

—No es tan cara —informó el viejo— como el detergente de vidas, como a veces lo llamo. No. Ese vale cinco mil dólares, ni un penique menos. Hay que ser más viejo que usted para permitirse ese lujo. Hace falta ahorrar para ello.

—Pero, ¿y la poción de amor? —imploró Alan.

—¡Oh! —exclamó el viejo, abriendo un cajón de la mesa de la cocina para sacar un frasquito, de aspecto más bien sucio—. Esa vale sólo un dólar.

—No puedo expresarle mi reconocimiento —afirmó Alan, observando como lo llenaba.

—Me agrada prestar un servicio —explicó el anciano. —Los clientes vuelven más tarde cuando están mejor situados en la vida y desean cosas más caras. Aquí lo tiene. Lo encontrará muy efectivo.

—Gracias de nuevo —dijo Alan—. Adiós.

—Hasta la vista —respondió el viejo.

EL FINAL DE LA FIESTA   Graham Greene

Traducción de
Irene Peypoch

Peter Morton se despertó sobresaltado al enfrentarse con la primera luz del día. A través de la ventana, podía ver una rama desnuda inclinándose en un marco de plata. La lluvia golpeaba contra el cristal. Era el 5 de enero.

Miró hacia la otra cama, al otro lado de la mesita de noche en la que la lamparilla había acumulado pequeñas gotas de agua. Francis Morton aún dormía y Peter volvió a tenderse sin dejar de mirar a su hermano. Le divertía imaginar que se miraba a sí mismo, el mismo pelo, los mismos ojos, los mismos labios y la misma línea de la mejilla. Pero aquella idea pronto fue desvaneciéndose y la mente se centró de nuevo en el hecho que le daba importancia al día. Era el 5 de enero. Casi no podía creer que había transcurrido un año desde que la señora Henne-Falcon había dado su última fiesta infantil.

De pronto, Francis se revolvió y quedó boca arriba. Se cubría la cara con un brazo, tapándose la boca. El corazón de Peter empezó a latir más aprisa, no con Placer, sino con intranquilidad. Se sentó e inclinándose sobre la mesita de noche, dijo:

—¡Despierta!

Los hombros de Francis temblaban y dio un golpe en el aire con el puño, pero sus ojos permanecieron cerrados. A Peter Morton le pareció que la habitación se oscurecía de pronto y un pájaro enorme se cernía sobre ellos. Volvió a gritar:

—¡Despierta!

De nuevo había la luz plateada y el golpeteo de la lluvia en la ventana. Francis se frotó los ojos.

—¿Me has llamado? —preguntó.

—Tenías una pesadilla —afirmó Peter, con superioridad.

Experiencias semejantes le habían demostrado el modo que tenían sus mentes de reflejarse la una en la otra. Pero, por cuestión de minutos, él era el mayor y aquel breve intervalo de luz mientras su hermano se debatía entre el dolor y la oscuridad, le había inspirado confianza en sí mismo y un instinto de protección hacia el otro, que tenía miedo a

tantas cosas.

—Soñé que estaba muerto —explicó Francis.

—¿Cómo fue? —preguntó Peter, con curiosidad

—No lo recuerdo —repuso Francis y sus ojos se volvieron con alivio hacia la luz plateada, mientras permitía que los recuerdos fragmentados se fuesen perdiendo.

—Soñabas con un pájaro muy grande.

—¿Sí?

Francis aceptó sin dudar las palabras de su hermano y durante un rato ambos se quedaron silenciosos en la cama, mirándose los mismos ojos grises, la misma nariz respingona, los mismos labios finos y partidos y el mismo dibujo prematuro de la barbilla. 5 de enero, pensó de nuevo Peter, mientras su mente fluctuaba perezosamente de la imagen de los pasteles a los premios que podían ser ganados. Carreras de huevo y cuchara, huidizas manzanas en palanganas llenas de agua, la gallina ciega...

—No quiero ir —exclamó Francis, de pronto—. Supongo que Joyce estará allí... y Mabel Warren.

La idea de una fiesta compartida con las dos le resultaba odiosa. Eran mayores que ellos; Joyce tenía once años y Mabel trece. Sus largas trenzas colgaban desdeñosas sobre unos andares masculinos. Cuando lo miraban correr con el huevo, ocultas tras unas pestañas entornadas, su sexo le humillaba. Y el año pasado... volvió la cara, con las mejillas como la grana.

—¿Qué te pasa? —dijo Peter.

—Nada, me parece que no me encuentro bien, estoy resfriado. Será mejor que no vaya a la fiesta.

Peter le miró sorprendido.

—Pero, Francis, ¿es un resfriado fuerte?

—Lo será si voy a la fiesta. A lo mejor me moriré.

—Entonces no vayas —cortó Peter con decisión, acostumbrado a resolver con una simple frase todas sus dificultades.

Francis dejó sus nervios en reposo con una agradable sensación de alivio al ceder la responsabilidad, como siempre, a Peter. Pero aunque estaba agradecido, no se volvió hacia su hermano. Sus mejillas aún conservaban la marca de un recuerdo vergonzoso: el del juego al escondite del año anterior, en una casa a oscuras, y de cómo gritó cuando Mabel Warren le puso de pronto la mano sobre el brazo. No la

había oído venir; las chicas eran así, sus zapatos nunca rechinaban, el suelo no gemía bajo sus pasos. Andaban como los gatos, sobre garras acolchadas.

Cuando entró el aya con el agua caliente, Francis reposaba tranquilo, confiando en Peter. Este dijo:

—Nana, Francis está resfriado.

La alta y tiesa mujer dejó las toallas sobre las jofainas, y sin volverse, dijo:

—La lavandera no vendrá hasta mañana, así que tendrás que prestarle algunos de tus pañuelos.

—Pero, nana —dijo Peter—, ¿no sería mejor que se quedase en la cama?

—Esta mañana lo llevaremos a dar un buen paseo —dijo el aya—. Y el viento se llevará todos los gérmenes. Levantaos ahora los dos. —Y salió cerrando la puerta tras sí.

—Lo siento —dijo Peter, preocupado a la vista de una cara marcada de nuevo por la angustia y el presentimiento—. ¿Por qué no te quedas en cama? Le diré a mamá que te sientes demasiado mal para levantarte.

Pero aquella rebelión contra el destino no entraba en las fuerzas de Francis. Además, si no se levantaba, subirían y le darían golpecitos sobre el pecho, le pondrían un termómetro en la boca y le mirarían la lengua, y entonces se descubriría que su enfermedad era fingida. Se sentía realmente mal, con una sensación de vacío en el estómago y el corazón le latía muy aprisa; pero sabía que la causa era el miedo, miedo a la fiesta, miedo a que le hicieran esconderse en la oscuridad sin la compañía de Peter, sin lamparillas que abriesen una bendita brecha de luz.

—No, me levantaré —dijo, y añadió con súbita desesperación—: Pero no iré a la fiesta de la señora Henne-Falcon, juro sobre la Biblia que no iré.

Ahora todo marcharía bien, pensó. Dios no le permitiría romper un juramento tan solemne, le mostraría alguna salida. Tenía toda la mañana por delante y parte de la tarde hasta las cuatro. No tenía por qué preocuparse ahora, cuando el pasto aún crujía bajo la helada de la mañana. No pasaría nada, quizá se cortaría o se rompería una pierna o se resfriaría. Dios lo arreglaría de algún modo.

Tenía tal confianza en Dios que al decir su madre durante el desayuno:

—Francis, me han dicho que estás resfriado. El minimizó el asunto.

—Seguramente se insistiría más sobre el particular si no hubiese una fiesta por la tarde —comentó ella.

Francis sonrió incómodo, extrañado y triste por el desconocimiento de su persona que mostraba su madre. Su felicidad habría sido más duradera si al salir aquella mañana no hubiese encontrado a Joyce. Estaba solo con el aya, pues Peter fue a la leñera para terminar una conejera. Si éste hubiese estado allí, no le habría importado tanto, pues el aya también estaba a su servicio; pero de aquel modo era como si la hubiesen empleado únicamente en favor de Francis, porque no confiara en que pudiera dar un paseo solo. Joyce, en cambio, apenas dos años mayor que él, parecía no necesitarla.

Se acercó a ellos andando a trancos, con las trenzas balanceándose. Miró con desdén hacia Francis y se dirigió ostensiblemente al aya:

—Hola, señorita, ¿llevará a Francis a la fiesta esta tarde? Mabel y yo iremos.

Y se alejó, calle abajo, hacia la casa de Mabel Warren, concienzudamente sola, por la larga avenida vacía.

—¡Qué niña tan simpática! —exclamó el aya.

Francis no contestó, sintiendo de nuevo los latidos de su corazón, al comprender la inminencia de la hora de la fiesta. Dios no había hecho nada en su favor y los minutos volaban.

Volaron demasiado aprisa para planear cualquier evasión, o tan siquiera poner a punto su corazón para la futura prueba. El pánico casi hizo presa en él cuando, sin estar preparado, se encontró de pie en el rellano de la puerta, con el cuello del abrigo alzado contra el viento y la linterna del aya produciendo una corta línea luminosa a través de la oscuridad. Detrás de él estaban las luces del vestíbulo y el rumor de un criado poniendo la mesa para la cena, que sus padres efectuarían solos. Se vio casi vencido por el deseo de correr hacia la casa y gritarle a su madre que no iría a la fiesta, que prefería no ir. No podían obligarle a ello. Casi le pareció oír su voz pronunciando esas palabras finales que romperían para siempre, como sabía instintivamente, la barrera de ignorancia que separaba su mente del conocimiento de sus padres.

«Me da miedo tener que ir, prefiero no hacerlo... Me obligarán a esconderme en la oscuridad y me da miedo. Gritaré, gritaré y gritaré.»

Podía ver la expresión de extrañeza de su madre y luego la fría confianza en la respuesta de un adulto.

«No seas tonto, tienes que ir; ya hemos aceptado la invitación de la señora Henne-Falcon.»

Pero no podían obligarlo. Estaba indeciso en el quicio de la puerta, mientras los pies del aya crujían sobre el césped cubierto de escarcha, camino de la reja. El lo sabía; contestaría:

«Podéis decir que estoy enfermo... No iré, me da miedo la oscuridad.»

Su madre diría:

«No seas absurdo, ya sabes que no hay motivo en temer a la oscuridad.»

Pero sabía que tal razonamiento era falso; le decían también que no debía temer a la muerte y, sin embargo, les asustaba pensar en ella. No podían obligarle a ir a la fiesta.

«Gritaré, gritaré...»

—Vamos, Francis —oyó la voz del aya desde el otro extremo del jardín vagamente fosforescente y vio al pequeño círculo amarillo de su linterna desplazarse del árbol al arbusto y luego otra vez al árbol.

—Ya vengo —gritó con desesperación, abandonando la iluminada puerta de la casa, vacilando aún en descubrir sus últimos secretos y vencer la reserva final entre su madre y él.

Pero le quedaba todavía la oportunidad de apelar a la señora Henne-Falcon; reconfortado con esta idea, avanzó con cautela por el vestíbulo, acercándose, pequeño, hasta su enorme cuerpo. Su corazón latía desigualmente, pero pudo controlar su voz y decir, con acento meticuloso:

—Buenas tardes, señora Henne-Falcon; fue muy amable invitándome a su fiesta.

Con el rostro tenso alzado hacia la curva de tos senos de la mujer y su educado acento, parecía un viejo marchito. Francis se mezclaba muy poco con los demás niños. Hablar con Peter significaba un diálogo con su propia imagen en el espejo, una imagen algo alterada por una tara del cristal, que devolvía menos el parecido de lo que era que el de lo que habría querido ser, de lo que sería sin su irracional miedo a la oscuridad, a los pasos de los desconocidos, al vuelo de los murciélagos en los jardines tenebrosos.

—Niño bueno —murmuró la señora Henne-Falcon distraídamente, abriendo los brazos como si los niños fuesen polluelos arremolinados a su alrededor para oír el programa de diversiones: carreras de huevo y cuchara, carreras de tres pies, pesca de manzanas; juegos que guardaban para Francis la más terrible humillación. Durante los frecuentes intervalos en los que no se le pedía nada y podía quedarse solo en rincones lo mas alejado posible de la mirada despreciativa de Mabel Warren, era capaz de trazar un plan para evitar el terror a la oscuridad que se avecinaba. Sabía que no tenía nada que temer hasta después del té, pero al sentarse ante la isla de radiaciones amarillas formada por las diez velas del pastel de cumpleaños de Colin Henne-

Falcon, comprendió plenamente la inminencia de lo que temía. A través de la confusión de su mente, ahora asaltada por una docena de planes contradictorios, oyó la voz de Joyce:

—Después del té jugaremos al escondite a oscuras.

—Oh, no —rogó Peter, con piedad y sin comprenderlo del todo, al notar la expresión perturbada de Francis—. No lo hagamos, cada año es lo mismo.

—Pero está en el programa —gritó Mabel Warren—. Yo lo vi, miré sobre el hombro de la señora Henne-Falcon. Té a las cinco, de las seis menos cuarto a las seis y media, escondite. Está puesto en el programa.

Peter se calló; si el juego estaba anotado en el programa de la señora Henne-Falcon, no había más que decir. Pidió otro pedazo de pastel y sorbió lentamente su té. Quizá fuera posible retrasar el juego un cuarto de hora y darle a Francis unos minutos más para planear algo; pero hasta en esto falló Peter, pues a los pocos minutos los niños empezaron a abandonar la mesa. Era su tercer fracaso, y de nuevo, reflejo de una imagen en la mente del otro, vio un enorme pájaro que oscurecía con sus alas el rostro de su hermano.

Se reprendió en silencio por su locura y terminó el pastel, animado por el recuerdo de las palabras adultas:

—No hay por qué temerle a la oscuridad.

Los últimos en dejar la mesa, los dos hermanos se dirigieron hacia el vestíbulo para encontrarse con los ojos impacientes de la señora Henne-Falcon.

—Ahora jugaremos al escondite a oscuras —anunció ella.

Peter miró a su hermano y vio, como suponía, que sus labios se endurecían. Francis, lo sabía, temió este momento desde el principio de la fiesta, trató de enfrentarse a la idea con valentía, pero había abandonado el intento. Debía haber rezado desesperadamente para hallar cualquier excusa en la que eludir el juego, al que ahora los demás niños daban la bienvenida con gritos excitados.

—Oh, sí, juguemos. Hay que escoger los dos equipos. ¿Hay alguna parte de la casa que esté prohibida? ¿Dónde estará la base?

—Creo —dijo Francis Morton, acercándose a los enormes senos de la señora Henne-Falcon— que será mejor que no juegue; el aya llegará de un momento a otro.

—Pero el aya puede esperar, Francis —supuso la señora Henne-Falcon, distraídamente, mientras daba un par de palmadas para hacer volver a su lado a un grupo de niños que ya se iban escaleras arriba—. A tu

madre no le importará.

Aquello fue el límite al que llegaron los esfuerzos de Francis. Se había negado a creer que una excusa tan bien preparada podía fallar. Lo único que pudo decir, y aun en un tono que los demás niños odiaban, pues lo consideraban como símbolo de engreimiento, fue:

—Pensé que era mejor no jugar.

Se mantuvo inmóvil, a pesar de su miedo; pero el conocimiento de su terror o el reflejo de este terror en sí mismo, llegó a la mente de su hermano, y en aquel momento, Peter Morton hubiese podido gritar ante el temor de que las luces pudiesen apagarse dejándolo solo en una isla de oscuridad rodeada por el suave deslizamiento de pasos desconocidos. Después recordó que el miedo no era suyo, sino de su hermano, y dijo impulsivamente a la señora Henne-Falcon:

—Por favor, es mejor que Francis no juegue; la oscuridad le pone muy nervioso.

Fueron palabras equivocadas, pues seis niños empezaron a cantar:

—¡Cobarde, miren cómo tiembla, cobarde! —volviendo caras torturantes con el vacío de grandes girasoles hacia Francis Morton.

Sin mirar a su hermano, éste dijo:

—Claro que jugaré, no tengo miedo; es sólo que...

Pero sus atormentadores humanos ya le habían olvidado y pudo, con la soledad, contemplar la proximidad de la tortura más ilimitada, la tortura espiritual. La chiquillería se agrupó en torno a la señora Henne-Falcon, ametrallándola a preguntas y sugerencias con sus voces chillonas.

—Sí, por toda la casa. Apagaremos todas las luces. Sí, podéis meteros en los armarios. Permaneced escondidos todo el tiempo posible. No habrá base.

Peter también se hizo a un lado, avergonzado por el modo torpe con que había tratado de ayudar a su hermano. Ahora podía sentir, batiendo en los rincones de su cerebro, todo el resentimiento de Francis por su defensa. Varios niños fueron hacia arriba y las luces del piso superior fueron apagándose. Después la oscuridad empezó a bajar como alas de un murciélago y fue posesionándose de la planta baja. Otros empezaron a apagar las luces laterales del vestíbulo, mientras los niños se agrupaban bajo el reflejo central de una araña; y los murciélagos se acurrucaban a su alrededor encapuchados en sus alas, esperando que aquélla también se apagase.

—Tú y Francis tenéis que esconderos —indicó una muchacha alta.

Después se apagó la luz y la alfombra onduló bajo sus pies con el

susurro de las pisadas, como pequeñas corrientes de aire frío, perdiéndose trepidantes por los rincones.

«¿Dónde estará Francis? —se preguntó—. Si me reúno con él, estos ruidos no le darán tanto miedo.»

Los «ruidos» formaban la envoltura del silencio. El chasquido de una tabla, el cuidadoso cerrarse de la puerta de un armario, el susurro de un dedo sobre la madera pulida.

Peter se quedó en el centro de la desierta habitación sin escuchar nada, esperando que la idea de los movimientos de su hermano penetrase en su cerebro. Pero Francis estaba agazapado, con las manos sobre los oídos, los ojos apretadamente cerrados y la mente cerrada a toda sensación. Sin embargo, una especial tensión cruzó la oscuridad.

En aquel momento se oyó una voz que decía:

—Voy.

Al pensar que la sangre fría de su hermano acababa de ser destruida con aquel súbito grito, Peter Morton saltó con su miedo. Pero no era terror en sí; lo que en su hermano era pánico ardiente, que no admitía ideas si no eran para añadirle fuerza a la llama, en él era una emoción altruista que dejaba la mente intacta.

«Si yo fuese Francis, ¿dónde me escondería?»

Aquel era más o menos su pensamiento, y por ser, si no el mismo Francis, por lo menos un espejo para él, la respuesta le llegó de inmediato:

«Entre la librería de roble a la izquierda de la puerta del estudio y el sillón de piel.»

Peter Morton no se sorprendió por la rapidez de la respuesta. Entre gemelos, la telepatía no es una simple palabra. Habían estado juntos en el seno de su madre y no podían ser separados.

Fue de puntillas hacia el escondite de Francis. Ocasionalmente una tabla crujía y como temía ser encontrado por uno de los silenciosos buscadores en la oscuridad, se agachó y se desabrochó los zapatos. La punta metálica de uno de los cordones dio contra el suelo y este sonido atrajo hacia él el ruido de pies cautos. Pero ya iba en calcetines y se habría reído interiormente de la persecución si al tropezar alguien con sus zapatos abandonados su corazón no hubiese latido más de prisa con el reflejo de la sorpresa de otro. Las tablas del suelo ya no reflejaron el paso de Peter Morton. Descalzo pudo moverse silenciosamente y con seguridad hacia su meta. El instinto le dijo que estaba cerca de la pared y extendiendo una mano, puso los dedos sobre la cara de su hermano.

Francis no gritó, pero el salto de su propio corazón le reveló a Peter la medida del terror del. otro.

—Está bien —murmuró recorriendo la figura agazapada hasta que capturó una mano apretadamente cerrada—. Soy yo, me quedaré contigo.

Y se aferró a él con fuerza mientras oía la cascada de susurros que sus palabras habían producido. Una mano tocó la librería cerca de la cabeza de Peter y se dio cuenta de que el miedo de Francis continuaba, a pesar de su presencia. Era menos intenso, más soportable, pero continuaba. Sabía que el miedo que experimentaba era el de su hermano y no el suyo. Para él la oscuridad era tan sólo la ausencia de luz y la mano que andaba a tientas era infantil y conocida. Pacientemente esperó a que les encontrasen.

No dijo nada más, pues para Francis y él, el contacto era la comunión más íntima. Con las manos unidas, el pensamiento podía fluir con más rapidez que lo que tardaban las palabras en formarse. Pudo notar el proceso de la emoción de su hermano, desde el salto de pánico al recibir el contacto inesperado, hasta el calmado pulso del terror, que ahora latía y latía con la regularidad de un corazón.

Peter Morton pensó con intensidad:

«Estoy aquí, no tengas miedo, pronto encenderán las luces. Los susurros y movimientos no son de temer; es Joyce, es Mabel Warren.»

Bombardeaba a la forma agazapada con pensamientos de segundad, pero tenia conciencia de que el terror continuaba.

«Empiezan a murmurar, »e están cansando de buscarnos. Pronto encenderán las luces y habremos ganado. No tengas miedo, era alguien en la escalera. Creo que es la señora Henne-Falcon. Escucha, están buscando los interruptores.»

Pies que se movían sobre la alfombra, manos que se deslizaban por la pared, una cortina separada, el chasquido de una puerta, un armario que se abre... En la librería que se alzaba sobre sus cabezas, un libro cayó al ser tocado.

«Sólo Joyce, sólo Mabel Warren, sólo la señora Henne-Falcon» —un crescendo de pensamientos tranquilizadores antes de que la lámpara se encendiese como un frutal al florecer.

Los gritos de los niños aumentaron penetrantes a su alrededor.

—¿Dónde está Peter? ¿Habéis mirado arriba? ¿Dónde está Francis? —Pero quedaron de nuevo en silencio al oír el grito de la señora Henne-Falcon.

Pero ella no había sido la primera en notar la inmovilidad de Francis Morton, tal como quedó pegado a la pared después de sentir el contacto de la mano de su hermano. Peter continuaba sosteniendo los dedos apretados en un árido y admirado dolor. No era únicamente que su hermano estaba muerto; su cerebro, demasiado joven para comprender la gran paradoja, no dejaba de preguntarse con una oscura compasión hacia sí mismo, a qué se debía que el pulso del terror de su hermano siguiese latiendo, cuando Francis estaba ahora donde siempre se le había dicho que no existían ni el temor ni la oscuridad.

EL ASCENSOR QUE BAJO AL INFIERNO   Par Lagerkvist

The Lift that went down into Hell, Par Lagerkvist

Traducción de
Aurora Marti

El señor Smith, un próspero hombre de negocios, abrió el elegante ascensor del hotel y, amorosamente, tomó del brazo a una grácil criatura que olía a pieles y a poder. Se acurrucaron juntos en el blando asiento, y el ascensor empezó a bajar. La mujercita le ofreció su boca entreabierta, húmeda de vino, y se besaron. Habían cenado en la terraza, bajo las estrellas. Ahora salían a divertirse.

—Cariño, qué divinamente lo pasamos arriba —susurró ella—. Qué poético fue estar allí contigo, sentados bajo las estrellas. Así tiene que ser el verdadero amor. Porque tú me quieres, ¿no es cierto?

El señor Smith le respondió con un beso aún más largo. El ascensor seguía bajando.

—Me alegro de que hayas venido, cariño —dijo el hombre—. De lo contrario, me hubiera sentido muy decepcionado.

—Pues no puedes imaginar lo insoportable que estaba él. Cuando iba a vestirme, me preguntó que adonde iba. Voy adonde me place, contesté, no estoy prisionera. Entonces, deliberadamente, se sentó y estuvo contemplándome mientras me cambiaba, y me ponía mi nuevo vestido color crema. ¿Crees que me sienta bien? Por cierto, ¿te gusta éste, o prefieres el rosa?

—Todo te sienta bien, querida — aseguró el hombre. —Pero jamás te había visto tan encantadora como esta noche.

Ella entreabrió el abrigo, sonriendo agradecida, y se besaron largamente. El ascensor seguía bajando.

—Entonces, cuando estaba a punto de marcharme me cogió la mano y la apretó de tal forma que todavía me duele, y no pronunció ni una sola palabra. ¡Es un bruto, no tienes ni idea! Bien, adiós, dije yo. Pero él no contestó. Es un exaltado, me asusta; no puedo remediarlo.

—Pobrecilla —se compadeció el señor Smith.

—Como si no pudiera salir un rato y divertirme. Es tan terriblemente serio, no tienes idea... No puede tomarse las cosas con sencillez y naturalidad. Es como si se tratara siempre de un asunto de vida o

muerte.

—Pobre pequeña, cuánto habrás tenido que sufrir.

—Oh, he sufrido de verdad. Terriblemente. Nadie ha sufrido tanto como yo. Hasta que te conocí no supe lo que era el amor.

—Querida —murmuró Smith, acariciándola.

El ascensor seguía bajando.

—Cariño —correspondió la mujer, al recobrar el aliento después del largo beso—. Nunca olvidaré ese rato que estuvimos sentados allá arriba, contemplando las estrellas y soñando. Sabes, el caso es que Arvid es inaguantable, se pone siempre tan solemne, no tiene ni una pizca de poesía.

—Querida, tu situación es intolerable.

—Sí, así es: intolerable. Pero —prosiguió ella, tomándole la mano con una sonrisa—, no pensemos más en ello. Vamos a divertirnos. ¿Me quieres de verdad?

—¡Claro! —afirmó el hombre, inclinándose sobre ella, mientras suspiraba.

El ascensor seguía bajando. Acurrucado sobre ella, la acarició. La mujer se ruborizó.

—Esta noche haremos el amor... como nunca, ¿eh? —susurró Smith.

Ella se apretó contra él y cerró los ojos. El ascensor seguía bajando.

Al fin, el señor Smith se puso en pie, con el rostro enrojecido.

—Pero, ¿qué le sucede a este ascensor? —exclamó—. ¿Por qué no se para? Hace una eternidad que estamos aquí charlando, ¿no es cierto?

—Sí, cariño, supongo que sí. El tiempo pasa tan de prisa...

—¡Dios del cielo! ¡Hace siglos que estamos sentados aquí! ¿Qué es lo que pasa?

Miró a través de la reja. No se veía otra cosa que una profunda oscuridad. Y el ascensor seguía bajando y bajando cada vez más profundamente.

—¡No lo comprendo! Es como si cayéramos en un profundo pozo. ¡Y Dios sabe cuánto tiempo llevamos así!

Intentaron asomarse al abismo. Estaba en tinieblas. Y ellos iban hundiéndose cada vez más.

—Vamos directos al infierno —musitó Smith.

—Oh, querido —gimió la mujer, cogiéndole del brazo—. Estoy muy

nerviosa. Tendrías que apretar el botón de alarma, o el del freno de emergencia.

Smith tiró con todas sus fuerzas, sin resultado alguno. El ascensor seguía hundiéndose en la interminable oscuridad.

—¡Es espantoso! —chilló ella—. ¿Qué haremos?

—Sí, ¿qué pensará hacer el diablo? —contestó Smith. —Todo esto es absurdo.

La mujer estaba desesperada, y estalló en sollozos.

—Vamos, vamos, amor mío, no llores; debemos ser razonables. No podemos hacer nada. Siéntate. Será lo mejor. Vamos a quedarnos sentados, muy juntos, y ya veremos lo que sucede. Tendrá que pararse en algún momento...

Entonces se sentaron y esperaron.

—Mira lo que nos está pasando —se quejó la mujer—. Y pensar que salíamos a divertirnos...

—Sí, parece obra del mismo diablo —admitió Smith.

—Pero tú me quieres, ¿no es cierto?

—Querida —murmuró Smith, rodeándole los hombros con el brazo.

El ascensor seguía bajando.

Por fin se detuvo en seco. Algo parecido a una luz brillantísima les rodeaba, dañándoles los ojos. Estaban en el infierno. El diablo abrió la portezuela cortes-mente.

—Buenas noches —saludó con una profunda inclinación.

Iba vestido con los rabos que le colgaban de la vértebra cervical, como de un clavo.

Smith y la mujer salieron del ascensor, deslumbre-dos.

—¿Dónde estamos, en nombre de Dios? —exclamaron aterrados por la sorprendente aparición.

El diablo, un poco confuso, les explicó:

—No está tan malo como parece —se apresuró a añadir—. Espero que se hallarán complacidos. ¿Pasarán únicamente la noche, no es así?

—¡Sí, sí! —asintió Smith al punto—. Únicamente la noche. No tenemos intención de quedarnos, por supuesto que no.

La mujercita temblaba, agarrándose a su brazo. La luz era tan corrosiva, y verde amarillenta, que apenas podían ver. Además, olía a quemado. Cuando lograron habituarse un poco, descubrieron que se hallaban en

una especie de plazuela rodeada de casas, cuyas puertas resplandecían en la oscuridad. Las cortinas estaban corridas, pero a través de las rendijas podían ver su interior, donde ardía algo.

—¿Son ustedes los enamorados? —inquirió el diablo.

—Sí, locamente —repuso la mujer, mirando al diablo con ojos maravillados.

—Entonces, por aquí —dijo, rogando a la pareja que le siguieran.

Se internaron por una lóbrega callejuela que desembocaba en la plazuela. Un viejo y sucio farol colgaba junto a una puerta desvencijada.

—Aquí es —abrió la puerta y se retiró discretamente.

Entraron. Un nuevo diablo, gordo, servil, de ancho pecho, con un bigote teñido de color púrpura alrededor de la boca, les recibió. Sonrió en un jadeo, con una expresión sabia en sus ojos saltones. Alrededor de los cuernos, en la frente, llevaba sujetos unos mechones de pelo por medio de pequeños lazos de seda azul.

—¡Oh, el señor Smith y la joven dama! —observó—. El número ocho, entonces.

Y les entregó una enorme llave.

Subieron por las oscuras y grasientas escaleras. Los peldaños eran resbaladizos. Llegaron hasta el segundo piso. Smith buscó el número ocho y entró. Era una habitación bastante amplia y mohosa. En el centro había una mesa con un mantel puesto, y junto a la pared, una cama con suaves sábanas. Les pareció todo encantador. Se quitaron los abrigos y se besaron largamente.

Un hombre entró inopinadamente desde otra habitación. Iba vestido como un camarero, pero la chaqueta era de buen corte, y su camisa tan limpia que brillaba con un resplandor fosforescente en la semioscuridad. Andaba silenciosamente, sus pisadas no producían ruido alguno, y sus movimientos eran mecánicos, casi inconscientes. Sus facciones se mostraban severas, y sus ojos tenían una expresión fija. Estaba mortalmente pálido, y en la sien tenía un agujero de bala. Arregló la habitación, limpió el tocador, dejó un orinal y una brocha.

La pareja no le prestó demasiada atención, pero cuando iba a marcharse, Smith pidió:

—Desearíamos tomar un poco de vino. Tráiganos media botella de Madeira.

El hombre asintió y desapareció.

Smith empezó a desnudarse. La mujer vacilaba aún.

—Va a volver —dijo.

—En un lugar como éste, no hay que prestar atención. Quítate la ropa.

Ella se quito el vestido con coquetería, luego la ropa interior y se sentó, por fin, en las rodillas del hombre. Era encantador.

—Fíjate —susurró la mujer—, estamos aquí juntos, en un lugar tan romántico y singular. Qué poético... Jamás podré olvidarlo.

—Querida —suspiró Smith.

Se besaron largamente.

El hombre volvió a entrar, sin hacer ruido alguno. Suave, mecánicamente, puso los vasos encima de la mesa, y sirvió el vino. La luz de la lamparilla de cabecera le iluminó la cara. No había nada especial en su rostro, excepto la mortal palidez y el agujero de bala de su sien.

La mujer se incorporó, dando un grito.

—¡Oh, Dios mío! ¡Arvid! ¿Eres tú? ¿Eres tú? ¡Oh, Dios del Cielo, está muerto! ¡Se ha suicidado!

El hombre seguía en pie, quieto, con la mirada fija. Su rostro no aparentaba señales de sufrimiento; se mostraba solamente grave y estático.

—¡Pero, Arvid, qué has hecho, qué has hecho!... ¡Cómo has podido! Amor mío, si llego a sospecharlo, me hubiera quedado en casa contigo. Pero nunca me dices nada. ¡Nunca dices nada de nada, ni una sola palabra! ¡Cómo iba a saberlo, si nunca me dices una palabra! Oh, Dios mío...

Su cuerpo entero se estremecía. El hombre la miró como si fuera una extraña, su expresión era helada y gris. Su mirada parecía atravesarlo todo. El pálido rostro centelleó. No salía sangre de la herida; era sólo un agujero.

—¡Oh, es un fantasma, un fantasma! —chilló—. ¡No quiero quedarme aquí! Vamonos... No puedo resistirlo.

Se puso la ropa, el sombrero y el abrigo y salió apresuradamente, seguida de Smith. Resbalaron al bajar por las escaleras. Cayó sentada y se manchó el abrigo de saliva y de ceniza de cigarrillo. Abajo, el diablo de los bigotes estaba de pie, sonriendo con toda naturalidad y agitando los cuernos.

Ya en la calle se tranquilizaron un poco. La mujer se arregló las ropas y se empolvó la nariz. Smith la rodeó protectoramente con los brazos y besó sus ojos, impidiendo que cayeran las lágrimas; era tan bueno... Se

encaminaron hacia la plazuela.

El jefe de los diablos se paseaba por allí cerca, y se dirigieron hacia él rápidamente.

—Han ido muy de prisa —observó—. Espero que habrán gozado de comodidad.

—Oh, ha sido terrible —gimió la mujer.

—No, no diga esto, no puede pensar así. Si hubiera visto en otros tiempos, todo era distinto. El infierno de ahora no es para quejarse. Hacemos todo lo que podemos para que no sea desagradable, al contrario, para que resulte divertido.

—Sí —asintió el señor Smith—, debo confesar que resulta un poco más humano, es cierto.

—Oh —exclamó el diablo—, lo hemos modernizado, lo hemos reformado todo.

—Sí, por supuesto, hay que estar a tono con los tiempos.

—Exacto, ahora únicamente es el alma la que sufre.

—Demos gracias a Dios por ello —dijo la mujer.

El diablo les acompañó cortésmente hasta el ascensor.

—Buenas noches —saludó con una profunda inclinación—, vuelvan cuando gusten.

Cerró la puerta del ascensor tras ellos. El ascensor empezó a subir.

—Gracias a Dios, ya ha pasado todo —suspiraron ambos, ya tranquilizados, y se sentaron muy juntos en el banquillo.

—No lo hubiera resistido de no estar tú —susurró la mujer.

El la atrajo hacia sí, y se besaron largamente.

—Cariño —prosiguió la mujer al recobrar el aliento tras el largo beso—, ¡qué cosa se le ha ocurrido hacer! siempre ha tenido ideas raras. Nunca ha sido capaz de tomarse las cosas con sencillez y naturalidad, tal como son. Es como si siempre se tratara de un asunto de vida o muerte.

—Es absurdo —admitió Smith.

—¡Debía habérmelo dicho! Entonces me hubiera quedado con él. Habríamos salido cualquier otra noche.

—Sí, claro —continuó admitiendo Smith—, naturalmente que hubiéramos salido.

—Pero no pensemos más en ello, cariño —terminó, rodeándole el cuello con los brazos—. Ya pasó todo.

—Sí, querida, ya pasó todo.

Tomó a la mujer en sus brazos. El ascensor seguía subiendo.

LA SEGUNDA ESTHER KREINDEL Isaac Bashevis Singer

Esther Kreindel the Second, Isaac Bashevis Singer

Traducción de
Irene Peypocht

1

En la ciudad de Bilgoray vivía un profesor de Talmud llamado Meyer Zissl. Era un hombre bajo, de espalda ancha, cara redonda, barba negra, mejillas coloradas, ojos oscuros y redondos, boca de dientes salientes, una cabeza hirsuta cuyo pelo le cubría el cuello como una alfombra. A Meyer Zissl le agradaba la buena mesa; podía beberse de un solo trago media pinta de aguardiente y en las bodas le gustaba cantar y bailar hasta el amanecer. Carecía de paciencia para enseñar, pero tenía como discípulos a los hijos de los poderosos.

Cuando Meyer Zissl tenía treinta y seis años, murió su esposa dejándolo con seis hijos pequeños. Seis meses más tarde se casó con una viuda del pueblo de Kranshnik, llamada Reitze. Era una mujer silenciosa, alta y delgada, con una nariz larga y la cara cubierta de pecas. Reitze había sido lechera antes de casarse con un hombre rico de setenta años, Reb Tanchum Izhbitzer, de quien tuvo una hija a la que llamaron Simmele. Antes de su muerte, Reb Tanchum se había arruinado, y le dejó a su viuda tan poco como a su adorada hija. Simmele sabía escribir y podía leer la Biblia en *yiddish.* Su padre, al regreso de sus viajes de negocios, le traía siempre regalos —un chal, un delantal, zapatillas, un pañuelo bordado y un libro de cuentos—. La muchacha, llevando consigo sus tesoros, fue a vivir con su madre y su padrastro a Bilgoray.

La prole de Meyer Zissl, cuatro muchachas y dos chicos, formaba un grupo codicioso y harapiento. Eran díscolos, glotones, escandalosos, inventaban trampas malignas y estaban siempre a punto de mendigar o robar. Inmediatamente atacaron a Simmele, le robaron sus regalos y la tildaron de señorita orgullosa. La salud de Simmele no era muy buena. Tenía una cintura muy estrecha, piernas largas, la cara afilada, piel blanca, pelo negro y ojos grises. La aterrorizaban los perros del patio, se estremecía ante el modo que tenía su familia de quitarse mutuamente la comida de los platos y le daba vergüenza desnudarse ante sus hermanastras. Pronto dejó de hablar con los hijos de Meyer Zissl y no hizo amistad con ninguna de las muchachas del vecindario. Cuando salía a la calle, los pilletes le tiraban piedras llamándola gato esmirriado. Simmele se quedaba en casa, leía libros y lloraba.

Desde la infancia, a Simmele le habían gustado los cuentos. Su madre siempre le había consolado con ellos y cuando Reb Tanchum vivía, la madre la acostaba y le contaba cuentos de hadas. Un tema siempre presente en sus historias era Reb Zorach Lipover, un gran amigo de Reb Tanchum que vivía en Zamosc. Reb Zorach era conocido por sus riquezas en media Polonia. Su esposa Esther Kreindel también era de familia rica. A Simmele le agradaba oír hablar de esta familia, de sus riquezas y de sus hijos bien alimentados.

Un día, Meyer Zissl volvió a casa a la hora de comer con la noticia de que la esposa de Zorach Lipover había muerto. Simmele abrió mucho los ojos. El nombre le trajo el recuerdo de Krashnik, de su padre muerto, de la época en que tenía su propia habitación, una cama con dos almohadas, un cubrecama de seda y sábanas de lino bordado, y una doncella para servirla. Ahora estaba sentada en una habitación desaliñada, llevaba un vestido desgarrado y zapatos rotos; su cabello estaba cubierto de plumas de gallina; iba sucia y estaba rodeada de nauseabundos rapaces que esperaban cualquier oportunidad para hacerle daño. Al enterarse de la muerte de Esther Kreindel, Simmele se cubrió la cara con las manos y lloró. No podía decir si estaba lamentándose por el destino de Esther Kreindel o el suyo propio, por el hecho de que la regalada Esther Kreindel estaba ahora corrompiéndose en su tumba o que su propia vida, la de Simmele, había llegado a un final sombrío.

2

Cuando Simmele la dormía sola en su catre, los hijos de Meyer Zissl la atormentaban, por que Reitze muchas veces la hacía dormir en su propia cama. Aquel no era un buen arreglo, porque Meyer Zissl a menudo quería ir con su mujer y entonces Simmele, que entendía perfectamente lo que estaban haciendo los adultos, tenía que fingir que estaba dormido.

Una noche en que estaba en cama con su madre, Meyer Zissl volvió borracho de una boda. Apartó a la muchacha dormida del lado de su mujer, sólo para descubrir que Reitze había dejado un montón de ropa húmeda sobre el catre. Como su deseo era muy fuerte, Meyer Zissl dejó a su hijastra sobre el horno entre los desperdicios. Simmele dormitaba. Un poco más tarde se despertó y oyó a Meyer Zissl roncando. Se echó encima un saco de harina para estar más caliente. En aquel momento oyó un ligero chasquido como si alguien estuviese arañando un tablero. Levantando la cabeza contempló sorprendida una brillante mancha de luz en la pared que tenía más cerca. Las persianas estaban cerradas, el fuego del horno hacía horas que se había extinguido y no había ninguna lámpara encendida. ¿De dónde podía

venir? Al mirarla Simmele, la mancha luminosa empezó a temblar y sacudirse, los anillos de luz a solidificarse. Desconcertada, no se acordó de asustarse y una mujer empezó a materializarse ante ella, primero la frente, los ojos, la nariz, la barbilla, el cuello. La mujer abrió la boca y empezó a hablar, palabras que parecían salidas de la Biblia *yiddish*.

—Simmele, hija mía —dijo la voz—, tienes que saber que yo soy Esther Kreindel, la esposa de Reb Zorach Lipover. No es común que los muertos rompan su sueño, pero como mi esposo suspira por mí, día y noche, de un modo que no parece tener fin, no puedo descansar en paz. Aunque ha pasado los treinta días del luto, no cesa en sus lamentaciones y no puede apartarme de su mente. Si fuera posible liberarse de la muerte, me levantaría gustosamente y volvería a él. Pero mi cuerpo está enterrado a tres metros bajo tierra y los gusanos ya han consumido mis ojos. Pero a mí, el espíritu de Esther Kreindel, se me ha permitido buscar otro cuerpo. Por ser tu padre, Reb Tanchum, casi un hermano para mi Zorach, te he escogido a ti, Simmele. No eres extraña para mí, sino al contrario, casi un miembro de mi familia. Pronto entraré en tu cuerpo y tú te convertirás en mí. No temas, pues nada malo te sucederá. Al salir el sol, cúbrete la cabeza y anuncia tu familia y a la gente del pueblo lo que ha ocurrido. Los malévolos te contradecirán y acusarán, pero yo te protegeré. Atiende a mis palabras, Simmele, pues tienes que hacer todo lo que te diga. Ve a Zamosc, hacia mi dolido esposo y sé una buena esposa para él. Recuéstate en su regazo y sírvele fielmente como lo he hecho yo durante cuarenta años. Puede que, al principio, Zorach dude de mi regreso, pero te daré datos con los que podrás convencerle. No debes demorarte pues Zorach se consume de dolor y pronto, Dios no lo quiera, puede ser demasiado tarde. Si Dios quiere, cuando llegue el momento de su muerto, tú y yo seremos el escabel de Zorach en el Paraíso. Apoyará el pie derecho en mí y el izquierdo en ti; seremos como Raquel y Lea; mis hijos serán tuyos. Será como si hubiesen salido de tu seno.

Esther Kreindel siguió hablando, contándole a Simmele aquellas intimidades que sólo una esposa puede conocer. No calló hasta que cantó el gallo en el corral y la luna de medianoche fue visible a través de las ranuras de las persianas. Entonces Simmele notó que algo duro como un guisante se clavaba en su entrecejo y le penetraba en el cráneo. Por un momento le dolió la cabeza, pero este dolor cesó y sintió cómo se le alargaban las manos y los pies, y su vientre y sus senos maduraban. Su mente se iba formando también, los pensamientos se convertían en los de una esposa, una madre, una abuela que está acostumbrada a gobernar una casa grande con criados, sirvientas, cocineras. Era demasiado maravilloso.

—Me pongo en tus manos... —murmuró Simmele. Pronto se quedó

dormida e inmediatamente Esther Kreindel reapareció en su sueño y se quedó con ella hasta que Simmele abrió los ojos en la mañana.

3

La enfermiza Simmele generalmente se quedaba en la cama hasta muy tarde, pero aquella mañana se despertó con el resto de la familia. Sus hermanastros y hermanastras, viéndola encima del horno con un saco de comida empezaron a reír, a tirarle agua y a hacerle cosquillas con una pajita en los pies descalzos. Reitze los hizo salir y Simmele, sentándose, sonrió benignamente y recitó:

—Te doy las gracias.

Y aunque no es costumbre colocar un jarro de agua cerca de la cama de una muchacha para las abluciones matinales, Simmele le pidió a su madre agua y una palangana. Reitze se encogió de hombros. Cuando Simmele estuvo vestida, Reitze le tendió una rebanada de pan y una taza de achicoria, pero Simmele le dijo que antes quería rezar y, sacando su pañolón de los sábados, se cubrió la cabeza. Meyer Zissl miraba sorprendido la conducta de su hijastra. Simmele recitó una Parte del libro de los rezos, se inclinó, se golpeó el pecho y después de las palabras: «Da la paz en las alturas», retrocedió tres pasos. Entonces, antes de comer, se lavó las manos hasta las muñecas y recitó la Bendición. Los niños la rodearon remedándola, burlándose, pero ella únicamente sonrió maternalmente y les dijo:

—Por favor, niños, dejadme decir mis oraciones.

Estampó un beso en la cabeza de la niña más pequeña, le pellizcó la mejilla al más pequeño de los niños y con su propio delantal le limpió la nariz al mayor de los chicos. Reitze abrió la boca y Meyer Zissl se rascó la cabeza.

—¿Qué clase de trucos son éstos? —preguntó Meyer Zissl—. Casi no reconozco a esa muchacha.

—Ha madurado en una noche —dijo Reitze.

—Se estremece como Yentl, La Piadosa —se burló el mayor de los chicos.

—¿Qué te pasa, Simmele? —le preguntó Reitze.

La muchacha no contestó en seguida, continuó masticando lentamente el pan. No acostumbraba a comportarse con aquella lenta deliberación. Cuando se hubo tragado el último pedazo, dijo:

—Ya no soy Simmele.

—Entonces, ¿quién eres? —le preguntó Meyer Zissl.

—Soy Esther Kreindel, la esposa de Reb Zorach Lipover. Anoche su alma penetró en mí. Tenéis que llevarme a Zamosc con mi esposo y mis hijos. Mi casa se está quedando abandonada y Zorach me necesita.

Los hijos mayores empezaron a reír, los jóvenes la miraban con la boca abierta. Reitze se puso muy pálida.

—Esta muchacha está poseída por un demonio —afirmó Meyer Zissl, mesándose la barba.

—No, un demonio, no. El alma sagrada de Esther Kreindel que ha entrado en mí. No podía permanecer en su tumba porque su marido, Zorach Lipover, se está muriendo de pena. Sus asuntos están descuidados y su fortuna va a desaparecer. Ella me ha contado todos sus secretos. Si no me creéis os daré una prueba.

Simmele empezó a repetir algunas de las cosas que Esther Kreindel le había contado mientras estaba despierta y mientras dormía. A medida que su madre y Meyer Zissl escuchaban, quedaban más y más admirados. Sus palabras, las frases, todo su estilo, eran los de una mujer de experiencia acostumbrada a dirigir un negocio y una casa grande. Se refirió a asuntos que era imposible saber para una persona tan joven como ella. Describió la enfermedad final de Esther Kreindel, explicando cómo los doctores la habían perjudicado con sus pildoras y ungüentos, sangrándola con ventosas y sanguijuelas.

Los vecinos se percataron pronto de que algo anormal estaba sucediendo, pues en los pueblos, a la gente le gusta escuchar por detrás de las puertas y mirar a través de las cerraduras. La historia empezó a circular y una multitud de curiosos empezó a reunirse frente a la casa de Meyer Zissl. Cuando el rabino supo lo ocurrido, envió un mensaje ordenando que la muchacha fuese conducida ante su presencia. El consejo de los ancianos se había reunido con el rabino y con las matronas más distinguidas de la comunidad. Después de la llegada de Simmele, la esposa del rabino atrancó la puerta y empezó el interrogatorio. Era necesario averiguar si la muchacha trataba de burlarse de ellos, si estaba poseída por el diablo o por uno de esos demonios insolentes que tratan de hacer burla de los virtuosos y les juegan malas pasadas. Después de varias horas de interrogatorio, quedaron convencidos de que Simmele decía la verdad. Todos habían conocido a Esther Kreindel y no sólo Simmele hablaba como la difunta, sino que sus gestos, su sonrisa, el modo que tenía de agitar la cabeza y frotarse la frente con su pañuelo eran idénticos a los de la muerta. Sus modales eran también, desde luego, los de alguien que siempre ha estado acostumbrada a la riqueza. Lo que es más, si un espíritu maligno se hubiese posesionado de la muchacha, se habría portado de modo injurioso, mientras que, por el contrario, Simmele era respetuosa y

contestaba a todas las preguntas educada y juiciosamente. Pronto los hombres empezaron a tirarse de la barba, las mujeres a retorcerse las manos, a enderezar los gorros y alisar los delantales. Los miembros de la Comisión de Entierros, por lo general duros y poco emotivos, se secaban las lágrimas. Hasta un ciego habría podido ver que Esthel Kreindel había vuelto. Cuando el interrogatorio aún seguía su curso, el cochero Zeinvel enganchó su caballo a la calesa, y con varios testigos, salió hacia Zamosc para darle a Reb Zorach Lipover la noticia. Al ser informado, Reb Zoraca lloró. Le ordenó al cochero traer un carruaje tirado por cuatro caballos, al que subió acompañado por un hijo y dos de sus hijas. El cochero no escatimó el látigo. La carretera estaba seca, los caballos galopaban y al anochecer, Zorach Lipover y su familia llegaron a Bilgoray. Simmele estaba en casa del rabino y la esposa de éste la cuidaba para protegerla de los curiosos. Estaba en la cocina tejiendo, cosa que, juraba Reitze, nunca había sabido hacer. La muchacha les había estado recordando a los presentes hechos sucedidos hacía ya mucho tiempo: grandes ventiscas ocurridas hacía tres décadas, olas de calor siguiendo a la Fiesta de los Tabernáculos, nieves en verano, vientos que habían destrozado las alas de los molinos, granizadas que habían hundido las techumbres, lluvias de peces y sapos. También había charlado sobre el modo de guisar o de amasar el pan, las enfermedades a las que eran suceptibles las mujeres embarazadas, había discutido los rituales pertenecientes a la cohabitación y al período menstrual. Las mujeres, sentadas en la cocina, la escuchaban en admirado silencio. Para ellas era como oír hablar a un cadáver. De pronto, les llegó el sonido de las ruedas del carruaje de Reb Zorach, que penetraba en el patio. Cuando el hombre apareció ante Simmele, ésta, dejando de lado su tejido, se levantó y dijo:

—Zorach, he vuelto.

Las mujeres empezaron a llorar. Zorach se quedó quieto mirándola. El interrogatorio empezó de nuevo *Y* continuó hasta pasada la medianoche. Después hubo muchas declaraciones antagónicas acerca de lo que se había dicho y estos desacuerdos condujeron a prolongadas discusiones. Pero desde el primer momento, todos admitieron que la mujer que había recibido a Zorach, no era otra que Esther Kreindel. Pronto Zorach empezó a lamentarse en un tono que partía el corazón, su hijo llamó madre a Simmele. Las hijas no se rindieron tan fácilmente y trataron de descubrir si se trataba de una mentirosa que pretendía asumir las prerrogativas de su madre. Lentamente también ellas se dieron cuenta de que el asunto no era tan sencillo. Primero la más joven se quedó callada y después la mayor inclinó la cabeza. Antes de amanecer, ambas hijas habían pronunciado la palabra que habían estado evitando durante horas: ¡Madre!

De acuerdo con la ley, Zorach Lipover podría haberse casado inmediatamente con Simmele, pero Reb Zorach tenía otra hija llamada Bina Hodel, que permanecía tenaz e inconvencible. Alegaba que Simmele podía haberse enterado de todo lo referente a Esther Kreindel por sus propios padres o a través de alguna sirvienta que Esther Kreindel hubiese despedido. O que podía ser una bruja o estar confabulada con algún diablo.

Bina Hodel no era la única que sospechaba de Simmele. En Zamosc había viudas y divorciadas que consideraban a Reb Zorach como una posible presa. Ninguna de ellas tenía la intención de dejar que Simmele se apoderase de Zorach sin oposición y fueron por el pueblo diciendo que ella era una zorra astuta, una intrigante desenfrenada, una puerca tratando de meter el hocico en un jardín ajeno. Cuando el rabino de Zamosc oyó hablar de la pretensión de Simmele, ordenó que se la presentasen para examinarla. De pronto Zamosc se encontró dividido. Los poderosos, los cultos y los de lengua afilada dudaban de las pretensiones de Simmele y querían verla de cerca. Los vecinos y amigos de Esther Kreindel también deseaban interrogar a la muchacha.

Cuando Reitze se enteró de cómo estaban las cosas en Zamosc y del trato que probablemente recibiría su hija, dijo que no permitía que ésta fuese llevada de un lado a otro y se convirtiese en la comidilla del pueblo, añadiendo que a Simmele no le interesaba el dinero de Reb Zorach Lipover. Pero los planes de Meyer Zissl eran muy diferentes. Estaba cansado de enseñar y hacía mucho que quería irse a vivir a Zamosc, una ciudad mayor y más alegre que Bilgoray, llena de hombres ricos, alegre juventud, bellas mujeres, bares y tabernas. Meyer Zissl persuadió a Reitze para que le permitiese llevar a Simmele a Zamosc. Había recibido ya una suma de dinero de Zorach Lipover.

En Zamosc, una gran multitud se aglomeraba frente a la casa del rabino para ver llegar a Simmele y a Meyer Zissl. Este último y los que le apoyaban se las arreglaron para que sólo los ciudadanos más influyentes fuesen admitidos. Simmele estaba ataviada con el vestido de fiestas de Reitze y llevaba un pañuelo de seda en la cabeza. En las últimas semanas había crecido, engordado y madurado. Abrumada de preguntas por todos lados, contestaba con tal buen gusto y buenos modales que finalmente hasta los que habían acudido para burlarse guardaron silencio. Ni la propia Esther Kreindel podía haber contestado mejor. Al principio se le hacían muchas preguntas acerca del más allá; Simmele les contó la agonía de su muerte, la purificación de su cuerpo, su entierro. Describió cómo el ángel Dumah se había acercado a su tumba con la vara de fuego y le había preguntado su nombre, cómo los

espíritus del mal y los duendes habían tratado de unirse a ella y cómo había sido salvada por el Kaddish de sus piadosos hijos. Sus buenas obras y transgresiones habían sido pesadas y comparadas en la balanza de su juicio en el cielo. Satanás había conspirado en su contra, pero los ángeles sagrados la habían defendido. Habló de su encuentro con sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y otras almas que hacía mucho residían en el Paraíso. En su camino a ser juzgada se le permitió mirar el Gehena a través de una abertura. Cuando habló de los terrores de aquel lugar, las camas de tortura, los montones de nieve y lechos de carbones encendidos en donde los malvados eran lanzados, los ganchos ardientes de donde los rencorosos eran colgados por la lengua o por el pecho, toda la reunión suspiró. Hasta los desdeñosos y los impenitentes temblaron. Simmele identificó por su nombre a varios residentes de Zamosc que habían sido castigados, algunos por inmersión en barriles de alquitrán hirviendo, otros obligados a reunir madera para las piras en las que se les quemaba; había otros envenenados por mordeduras de serpiente, otros devorados por víboras y erizos. Un extraño no habría oído hablar de la mayoría de esa gente ni de sus crímenes.

Simmele describió después las columnas de diamante del Paraíso entre las cuales los justos, con las cabezas coronadas, se sientan en tronos de oro, deleitándose con el Leviatán y el Buey Salvaje, bebiendo el vino que Dios guarda para sus bienamados, mientras los ángeles divulgan para ellos los secretos del Tora. Simmele explicó que los honestos no emplean a su esposa como escabel; al contrario, las mujeres benditas se sientan cerca de sus esposos, pero en sillas cuyo respaldo queda a nivel ligeramente más bajo que el de los hombres. Las mujeres de Zamosc se alegraron con la noticia y empezaron a gritar y a reír. Reb Zorach se cubrió la cara con las manos y las lágrimas empezaron a correr por su barba.

Después del interrogatorio en la casa del rabino, Simmele fue llevada a la de Reb Zorach en donde sus hijos, parientes y vecinos se habían reunido. Allí fue nuevamente interrogada, esta vez acerca de los amigos de Esther Kreindel, proveedores y sirvientes. Simmele lo sabía todo y los recordaba a todos. Las hijas de Reb Zorach le señalaban cajones en los armarios y estanterías y Simmele mencionaba la ropa blanca y otros objetos que contenían. Señaló un tapete bordado que Zorach le había traído de regalo de Leipzig; una caja de incienso que había comprado en una feria de Praga. Habló familiarmente con todas las mujeres de edad, las contemporáneas de Esther Kreindel.

—Treina, ¿después de comer aún tienes acedía? Riva Gutah, ¿el divieso de tu seno izquierdo se ha curado?

Y hacía bromas con naturalidad con las hijas de Reb Zorach, diciéndole a

una de ellas:

—¿Aún odias los rábanos? —y a otra—, ¿recuerdas el día que te llevé con el doctor Palecki y un puerco te asustó?

Recordó las palabras que las mujeres de la Comisión de Entierros habían pronunciado durante la purificación de su cuerpo. Cuando el interrogatorio disminuyó, Simmele repitió que el dolor de su esposo Zorach no la había dejado reposar en paz y que el Dios de los vivos, apiadándose de Zorach, se la había devuelto otra vez. Explicó que cuando Zorach muriese, ella moriría también, pues sus años ya habían sido consumidos, por lo que vivía sólo en su beneficio. Nadie tomó en serio esta predicción, de tan sana y joven como la veían.

Zamosc había esperado que el interrogatorio de Simmele duraría muchos días, pero la mayoría de los que la interrogaron en la casa del rabino y después en la de Reb Zorach, se dieron pronto por satisfechos con la idea de que ella era la reencarnación de Esther Kreindel. Hasta el gato reconoció a su antigua dueña; maullando excitado fue corriendo a frotar su cabeza contra las piernas de la muchacha. Al final del día, sólo un pequeño grupo se mantenía firme. Las amigas de Esther Kreindel la cubrieron de besos, todas las hijas, excepto Bina Hodel, lloraron y abrazaron a su madre; sus hijos le hicieron honores, los nietos le besaron las manos. Todo el mundo ignoró a los detractores y Reb Zorach Lipover y Meyer Zissl, fijaron el día de la boda.

Las nupcias fueron ruidosas. Aunque el alma era la de Esther Kreindel, el cuerpo era de una virgen.

5

Esther Kreindel había vuelto, pero de todos modos era difícil para Zorach y el pueblo creer en la realidad de tal milagro. Cuando la segunda Esther Kreindel iba a la plaza del mercado, seguida por su sirvienta, las muchachas la atisbaban desde detrás de las ventanas y en la calle se detenían a mirarla. En los días semifestivos de la Pascua y en la Fiesta de los Tabernáculos llegaba gente joven de todas partes para ver a la mujer que había vuelto de la tumba. Multitudes se reunían frente al hogar de Reb Zorach y la puerta tenía que ser atrancada para mantener a raya a los intrusos. El propio Zorach Lipover quedaba extasiado; sus hijos, en presencia de su madre resucitada, se sonrojaban y tartamudeaban.

Los escépticos del pueblo volvían constantemente sobre el mismo tema, llamando viejo libertino a Zorach y asegurando que había arreglado el milagro con Reitze. Especulaban sobre la cantidad que había pagado —algunos decían que mil guldens—, por su joven hija. Una noche, dos bromistas colocaron furtivamente una escalera contra la pared de la

casa de Zorach y miraron a través de la persiana de su dormitorio. Más tarde, en la taberna, contaron que habían visto a la segunda Esther Kreindel recitar sus oraciones, traer un jarro de agua para las abluciones matinales; que la vieron quitándole las botas a Zorach y hacerle cosquillas en la planta del pie mientras él, lascivamente, le tiraba de las orejas. Hasta los gentiles, discutían el asunto en sus bates. Varios de ellos predecían que la corte tomaría cartas en el asunto e investigarían acerca de la impostora quien, probablemente, era una bruja en contubernio con Lucifer.

Durante muchos meses el matrimonio pasó las noches hablando. Zorach no se cansaba de interrogar a Esther Kreindel acerca de su marcha de este mundo y sobre lo que había visto en el más allá. Siguió buscando pruebas irrefutables de que ella era quien decía. Le contó muchas veces la angustia que había padecido mientras yacía enferma y moribunda, y la desesperación que había sentido en el período *shiva* y durante los treinta días de luto. Esther Kreindel afirmó una y otra vez que había sufrido por él en su tumba, que su agonía no la había dejado descansar, que había ido como suplicante ante el Trono de la Gloria mientras los querubines cantaban su orgullo y los demonios aullaban acusaciones. Siguió contándole particularidades sobre encuentros con parientes muertos, sus aventuras en la tumba, en Tophet y después en los Jardines del Edén. Al amanecer, marido y mujer seguían hablando.

En las noches en que Esther Kreindel iba al ritual del baño y Zorach acudía a su lecho, él proclamaba que su cuerpo era más hermoso que en las primeras semanas de su primer matrimonio. Una vez le confesó:

—Quizá yo también muera y vuelva a aparecer como un joven.

Esther Kreindel le regañó suavemente, asegurándole que le amaba más de lo que podría amar a un joven y su único deseo era que él pudiese vivir hasta los ciento veinte años.

Poco a poco todos fueron acostumbrándose a la situación. Poco después de la boda, Reitze y sus hijastros fueron a vivir a Zamosc, en una casa que Reb Zorach les había regalado. Este metió a Meyer Zissl en su negocio y le puso a cargo de los empréstitos a la clase alta local. Los hijos de Meyer Zissl que hacia poco habían abofeteado, golpeado y disputado con Simmele, ahora iban a desearle a Esther Kreindel un buen Sabbat y a comer pan de almendras y vino. El nombre de Simmele fue olvidado; ni siquiera Reitze llamaba así a su hija. Esther Kreindel había muerto cerca de los sesenta años; Simmele trataba ahora a Reitze como a una de sus hijas. Era curioso ver a una mujer más joven llamar hija a Reitze, darle consejos sobre el horneo del asado y sobre la educación de sus hijos. La segunda Esther Kreindel, al igual que la primera tenía talento para los negocios y su marido no tomaba ninguna decisión sin

consultarla antes.

En la comunidad también la segunda Esther Kreindel asumió el puesto de la primera. Se la invitaba a acompañar novias a la sinagoga, a ser la madrina de honor en las bodas, a sostener a los niños en el momento de la circuncisión. Se conducía como si durante años hubiese estado acostumbrada a aquellos honores. Al principio las mujeres jóvenes trataron de hacer amistad con ella, pero las trataba como si pertenecieran a otra generación. En la boda, la gente había predicho que la segunda Esther Kreindel, pronto concebiría, pero al pasar varios años sin hacerlo, todos comprendieron que la nueva Esther Kreindel envejecía prematuramente, su carne se encogía y su piel se secaba. Lo que es más, se vestía como una anciana, usando una manteleta de hombros alzados y un gorro de cintas para salir a la calle. Muy a menudo llevaba blusas alforzadas y faldas con pliegues y cola larga. Cada mañana entraba en la sección femenina de la sinagoga llevando un libro de oraciones de cantos dorados y un libro de súplicas. El día antes de la luna nueva hacía abstinencia y acudía a rezos a los que sólo iban las ancianas. Durante los meses de Elul y Nissan, cuando es costumbre visitar las tumbas de los familiares, la segunda Esther Kreindel acudía al cementerio y se postraba ante la tumba de la primera, llorando y pidiendo perdón. Parecía entonces, que el cuerpo allí enterrado había salido para llorar y loarse a sí mismo.

Los años pasaron y Zorach envejeció y se debilitó. Su estómago y sus pies le molestaban mucho. Habiendo dejado de encargarse de sus negocios, se pasaba el día leyendo sentado en un sillón. Esther Kreindel le llevaba la comida y los medicamentos. A veces jugaba con él a «la cabra y el lobo» o a las cartas; otras veces le leía en voz alta. Se encargó de sus negocios, ya que sus hijos eran gandules e incompetentes. Cada día le contaba lo que había ocurrido. Esposa y marido hablaban de los viejos tiempos como si los dos tuviesen en realidad la misma edad. El le recordaba sus primeras luchas cuando los niños eran pequeños, las preocupaciones familiares y las complicaciones en los negocios, con los acreedores, los nobles y los competidores. Esther Kreindel sabía y recordaba todos los detalles y, con frecuencia, le recordaba detalles que él había olvidado. Otras veces se pasaban las horas sentados en silencio, Esther Kreindel tejiendo medias, Zorach Lipover mirándola admirado. La segunda Esther Kreindel se había desarrollado más y más parecida a la primera, le había crecido el pecho, le habían salido las mismas arrugas y pliegues en la cara, tenía su misma doble papada, idénticas bolsas bajo los ojos. Al igual que la primera Esther Kreindel, la segunda llevaba gafas cabalgando en la punta de la nariz, se rascaba la oreja con una aguja de tejer, se refrescaba con vino de grosellas y compota, mientras murmuraba para

sí o le decía algo al gato. Hasta su olor a ropa limpia y lavanda era el de la primera Esther Kreindel. Cuando dejó de ir al ritual del baño, todos supusieron que estaba sufriendo la menopausia. Hasta Reitze, su madre, no podía reconocer a la antigua Simmele.

Algunos de los contemporáneos de la antigua Kreindel insinuaban que no sólo había vuelto el alma de su amiga, sino también el cuerpo. El zapatero insistía en que los pies de la mujer reencarnada eran duplicados de los de la primera. Una verruga había brotado en el cuello de la segunda en idéntico lugar donde surgió en el cuello de la primera. Había en Zamosc quien decía que si se abriese la tumba de la primera, Dios no permitiese tal sacrilegio, el cuerpo exhumado sería el de Simmele y no el de Esther Kreindel.

Debido a que una mujer no puede ocupar completamente el puesto del hombre, gran parte de la responsabilidad de dirigir el negocio de Zorach Lipover, pasó a Meyer Zissl. El antiguo maestro de Talmud empezó a gastar dinero a manos llenas. Se levantaba tarde, bebía el vino en un vaso de plata, fumaba en una pipa con cazoleta de ámbar. Reb Zorach siempre se había inclinado y quitado el sombrero ante los señores, pero Meyer Zissl trataba de ser su igual. Se vestía de señor con traje de botonadura de plata, llevaba un sombrero de marta cibelina adornado con una pluma, comía con los nobles e iba de caza con ellos. Cuando estaba ebrio les tiraba monedas a los campesinos. Envió a sus hijos a Italia para que estudiasen, sus hijas se habían casado con ricos jóvenes de Bohemia. Al cabo de un tiempo, los gentiles de Zamosc le llamaban Pan. Esther Kreindel se lo reprochaba, decía que no era bueno para un judío ser indulgente con los placeres del mundo, que los cristianos se encelarían y que el dinero estaba siendo despilfarrado, pero Meyer Zissl no le hizo caso. Llegó el día en que dejó de acudir a la habitación de Reitze. La gente empezó a murmurar acerca de su amistad con una cierta condesa zamoyska. Hubo un escándalo por una cortesana. Meyer Zissl y un noble se retaron a duelo y este último fue herido en un muslo. Finalmente Meyer Zissl dejó de acudir a la sinagoga excepto para las grandes fiestas.

Reb Zorach Lipover se había debilitado mucho. Su última enfermedad era larga y penosa. Esther Kremdel se sentó al lado de su esposo durante muchas noches, negándose a permitir que otros le cuidasen. Cuando murió, la mujer cayó sobre el cuerpo en un paroxismo de dolor y no quería que se lo llevasen. Los hombres de la Comisión de Entierros tuvieron que sacarla de allí. Después del funeral, Esther Kreindel volvió a su casa rodeada de los hijos e hijas de Zorach, que habían venido a sentarse con ella durante los siete días de luto. Como Zorach había muerto tan viejo, sus hijos se sentaban en pequeños taburetes y, descalzos, charlaban sobre los sucesos del día. Se mencionó varias

veces su testamento, todos sabían que había hecho uno, pero no conocían su contenido. Suponían que Zorach había dejado una fortuna a su viuda y se preparaban para pleitear con ella. Aquellos hombres y mujeres que habían llamado madre a la segunda Esther Kreindel durante años, ahora evitaban mirarle la cara. Ella abrió la Biblia en el Libro de Job y, llorando, leyó las palabras de Job y sus compañeros. Bina Hodel que no había llorado ni una sola vez durante la enfermedad final de su padre, murmuró lo suficientemente fuerte para ser oída:

—Ladrona de Dios.

Esther Kreindel cerró la Biblia y se levantó.

—Hijos, quiero despedirme de vosotros.

—¿Va usted a algún sitio? —preguntó Bina Hodel alzando las cejas.

—Esta noche voy a reunirme con vuestro padre —replicó Esther Kreindel.

—Vuélvanoslo a decir el año que viene —se mofó Bina Hodel.

Aquella noche, durante la cena, Esther Kreindel casi no tocó la comida. Después se colocó frente a la pared del este, se inclinó y golpeándose el pecho confesó sus pecados como si estuviese en el Yom Kippur. Reitze estaba en la cocina lavando los platos, Meyer Zissl había ido a un baile. Cuando Esther Kreindel hubo terminado, se dirigió a su dormitorio y ordenó a la criada que le preparase allí la cama. La muchacha no se atrevió, murmurando que su señora debería dormir en otro sitio. El amo había muerto en aquella habitación. En un tiesto ardía una vela y en la mesita de noche habían dejado el acostumbrado vaso de agua con el pedazo de lino en su interior, todo preparado para que el alma se limpiase a sí misma. ¿Quién pensaba en dormir en una habitación de la que recientemente había sido retirado un cadáver? Pero Esther Kreindel le dijo a la sirvienta que hiciese lo que se le había ordenado.

La viuda se desvistió, y en el momento de meterse en la cama, su rostro empezó a transfigurarse, se puso amarilla y sus mejillas se hundieron. La sirvienta corrió a avisar a la familia. Se llamó a un doctor. Quienes la vieron morir, atestiguaron más tarde que era exactamente igual a la primera Esther Kreindel en su agonía. Sus ojos permanecían abiertos, pero opacos y ciegos; se le hablaba, pero no contestaba. Una cucharada de caldo de pollo que metieron en su boca se escurrió por la comisura de los labios. De pronto suspiró y el alma dejó el cuerpo. Bina Hodel se dejó caer a los pies de la cama diciendo:

—¡Mi buena madre! ¡Mi sagrada madre!

El funeral estuvo muy concurrido. La segunda Esther Kreindel fue enterrada al lado de la primera. Las mujeres más venerables del pueblo

cosieron su mortaja. El rabino hizo el elogio. Cuando el funeral hubo terminado, Meyer Zissl le presentó al rabino dos testamentos. En uno Zorach Lipover le dejaba a su mujer los tres cuartos de su fortuna, en el otro Esther Kreindel dejaba un tercio de su herencia para caridad y dos tercios a Reitze y sus hijos. Meyer Zissl era el albacea testamentario.

Unos meses después murió Bina Hodel. Meyer Zissl, sin la influencia estabilizadora de Esther Kreindel, empezó a descuidarse. Dio crédito a mercaderes insolventes, aceptó hipotecas sin valorar la propiedad y siguió perdiendo grandes sumas de dinero. A cada momento se le abrían expedientes y con frecuencia cada vez mayor tenía que ocultarse de sus acreedores y de los cobradores de impuestos del rey. Un día, un grupo de señores, acompañados de alguaciles, intendentes y soldados, fueron al palacete de Meyer Zissl. El gobernador de Lublin había autorizado una subasta pública de todas sus propiedades. Meyer Zissl fue arrestado, encadenado y arrojado a una prisión. Reitze trató de conseguir dinero de la comunidad para que le soltasen, pero por haber ignorado a los judíos, los ancianos le negaron su ayuda. Los señores con los que había bebido e ido de juerga ni siquiera se molestaron en responder a sus cartas de súplica. Una mañana, nueve meses más tarde, cuando el carcelero entró en la celda de Meyer Zissl con un pedazo de pan y un tazón de agua caliente, encontró al prisionero colgado de la claraboya. Había hecho trizas su camisa y la había convertido en una soga. Los judíos recogieron el cuerpo y lo enterraron detrás del muro.

6

Años más tarde, los habitantes de Zamosc, Bilgoray, Krashnik e incluso Lublin, continuaban discutiendo el caso de la muchacha que se acostó siendo Simmele y despertó como Esther Kreindel. Hacía mucho que Reitze había muerto en el asilo. Sus hijos, que vivían fuera del país, habían abandonado su fe por completo. De la gran fortuna de Zorach Lipover no quedaba nada. Pero la controversia seguía su curso. Un bufón nupcial escribió una alegoría acerca de Simmele. Las costureras cantaban baladas acerca de la muchacha. En las largas noches de invierno, niñas y mujeres, desplumando gallinas, picando verduras o tejiendo chaquetas, revisaban los hechos. Hasta los muchachos *cheder* se contaban unos a otros la historia de cómo el alma de Esther Kreindel había reencarnado. Algunos decían que todo el asunto había sido un fraude. Hablaban de lo locos que habían sido Reb Zorach Lipover y su familia al dejarse engañar por una muchacha. Aseguraban que Meyer Zissl había sido la mente rectora y, tras pensarlo detenidamente, un hombre llegó a la conclusión de que el padrastro y la hijastra mantuvieron relaciones y que aquél la había persuadido de tomar parte

en el complot. Otro decía que Reitze había iniciado la conspiración y había instruido a su hija. En Zamosc había un tal doctor Ettinger que argüía que si milagroso era que una mujer se levantase de la tumba para volver con su marido, mayor milagro había sido que una muchacha de catorce años ensañase a los ancianos de Zamosc. Después de todo, Zainosc, al revés de Chelm, no era una ciudad de locos. Además, ¿cómo explicaban que Simmele no hubiese quedado embarazada y muriese la noche después del entierro de su esposo? Nadie puede firmar un contrato con el Ángel de la Muerte.

De cualquier modo, en la tumba de Zorach Lipover creció un abedul y en sus ramas anidan los pájaros. Las hojas no dejan de temblar y su perpetuo susurro produce un sonido como de campanillas. Las tumbas de las dos Esther Kreindel se hallan una al lado de la otra y el tiempo las ha convertido en una sola. El mundo está lleno de enigmas; es posible que cuando llegue el Mesías, ni Elias será capaz de contestar todas nuestras preguntas, ni Dios en el Séptimo Cielo habrá resuelto todos los misterios de su Creación. Quizá sea esta la razón por la que oculta su rostro.

EL GRITO   Robert Graves

The Shout, Robert Graves

Traducción de
Juan M. Díaz

Cuando llegamos con nuestras bolsas al campo de criquet del asilo, el oficial médico jefe, a quien conocí en la casa donde me hospedaba, se acercó para estrecharme la mano. Le expliqué que hoy me limitaba a anotar los tantos para el equipo del Lampton (me había roto un dedo la semana anterior, defendiendo un *wicket* en un lanzamiento lleno de baches).

—¡Oh!, entonces tendrá un interesante compañero —dijo.

—¿El otro anotador? —pregunté.

—Crossley es el hombre más inteligente del asilo —contestó el doctor—, un gran lector, un ajedrecista de primera clase... Parece haber viajado por todo el mundo. Ha sido enviado aquí a causa de sus desilusiones. Su desilusión más grave es que se trata de un asesino, mató a dos hombres y a una mujer en Sydney, Australia. La otra desilusión, humorística, es que su alma está desintegrada, sea lo que eso signifique. Dirige nuestra revista mensual, es director de escena de nuestras funciones teatrales de Navidad, y el otro día nos ofreció una excelente representación. Le agradará.

Me presentó. Crossley era un hombre grueso de cuarenta o cincuenta años, de rostro raro y no desagradable. Sin embargo, me sentí un poco incómodo a su lado, en la cabina de tanteo, con sus manos cubiertas de vello negro tan próximas a las mías. No tenía ningún temor de la violencia física, únicamente la sensación de estar en presencia de un hombre de inusitada fuerza, incluso, se me ocurrió pensar que de ocultos poderes.

Hacía calor en la cabina a pesar de la amplia ventana.

—Se avecina una tormenta —afirmó Crossley, que hablaba con lo que la gente del país llama una «voz de colegio», aunque no pude identificar cuál colegio—. Las tormentas hacen que nosotros, los pacientes, nos comportemos con mayor irregularidad aún de lo acostumbrado.

Pregunté si estaban jugando algunos pacientes.

—Dos de ellos, la primera pareja de *wickets.* El alto, B. C. Brown, jugó por Hants hace tres años, y el otro es un buen jugador de club. Pat

Slingsby suele alinearse también con nosotros —ya sabe, el rápido jugador australiano—, pero hoy prescindimos de él. En un tiempo como éste es capaz de tumbar al bateador, arrojándole una bola a la cabeza. No está loco en el sentido usual, simplemente tiene un genio terrible; los doctores no pueden hacer nada por él. El caso es que necesita moverse —Crossley empezó a hablar acerca del doctor—. Tiene buen corazón y, para un médico de hospital mental, se halla técnicamente muy avanzado. Estudia sicología patológica y está bastante bien informado, por lo menos hasta anteayer. Me divierto bastante con él. No sabe ni el alemán ni el francés, por lo que llevo un paso o dos de ventaja en lo que concierne a tendencia sicológica; tiene que esperar las traducciones inglesas. Invento sueños significativos para que los interprete; le gusta que incluya serpientes y pasteles de manzanas en ellos, que generalmente lo hago. Está convencido de que mi perturbación mental se debe a la consabida «fijación contra el padre». Desearía que fuese tan sencillo como eso.

Crossley me preguntó después si era capaz de anotar y escuchar una historia al mismo tiempo. Dije que sí, el juego era lento.

—Mi historia es verídica —dijo—, cada una de sus palabras. Cuando digo que mi historia es «verídica», quiero decir por lo menos que la estoy contando de una forma nueva. Se trata siempre de la misma historia, pero a veces varío el clímax e incluso cambio los personajes. La variación la mantiene fresca y por tanto verídica. Si empleara constantemente la misma fórmula, pronto decaería el interés y llegaría a ser falsa. Estoy interesado en mantenerla viva, y es una historia verídica, hasta la última palabra. Conozco personalmente a sus protagonistas. Viven en Lampton.

Acordamos que yo me cuidaría de anotar las carreras y los extraños y que él llevaría el análisis del boleo, y que en la caída de cada *wicket* nos copiaríamos el uno al otro. Esto haría posible narrar la historia.

Richard se despertó una mañana diciendo a Rachel:

—¡Qué sueño más insólito!

—Cuéntame, querido —pidió ella—, y date prisa, porque deseo explicarte el mío.

—Tenía una conversación —explicó él—, con una persona (o personas, porque su aspecto cambiaba muy frecuentemente) de gran inteligencia, y puedo recordar el tema con claridad. Sin embargo, es la primera vez que he podido recordar cada momento de lo que me sucedió en el sueño. Mis sueños acostumbran a ser tan distintos de la vida activa, que únicamente puedo describirlos si digo: «Es como si estuviera viviendo y pensando como árbol, o una campana, o media C, o un billete de cinco

libras; como si nunca hubiera sido humano». La vida allí es a veces rica para mí y a veces pobre, pero, repito, siempre tan diferente, que si dijera «tenía una conversación», o «estaba enamorado», o «escuchaba música», o «me sentía disgustado», estaría tan lejos de la realidad como si intentase explicar un problema de filosofía, haciendo muecas con los ojos y los labios, como el Panurgo de Rabelais hizo con Thaumast.

—A mí me ocurre casi lo mismo —dijo ella—. Creo que cuando estoy dormida, me convierto tal vez en una piedra, con todos los naturales deseos y convicciones de una piedra. «Insensible como una piedra», es un proverbio, pero puede existir más sentido, más sensibilidad, más delicadeza, más sentimiento en una piedra que en muchos hombres y mujeres. Y no menos sensualidad —agregó pensativa.

Era un domingo por la mañana, de modo que podían permanecer en la cama, abrazados, sin preocuparse del tiempo. No tenían hijos, por lo que el desayuno podía esperar. Richard explicó que en su sueño caminaba por unas colinas de arena con esa persona o personas, que le decía:

—Estas colinas de arena no forman parte del mar que se halla ante nosotros, ni del terreno cubierto de césped a nuestra espalda, ni tienen relación con las montañas más allá del horizonte. Se pertenecen a sí mismas. Un hombre que camina por las colinas de arena pronto lo descubre por el sabor del aire, porque aunque dejara de comer y beber, de dormir y hablar, de pensar y desear, podría continuar entre ellas para siempre sin el menor cambio. No existen ni la vida ni la muerte en las colinas de arena. Todo podría ocurrir en las colinas de arena.

Rachel afirmó que estas palabras eran absurdas y preguntó:

—¿Pero de qué trataba el sueño? ¡Dime!

Richard explicó que del paradero del alma, pero que se le acababa de ir de la cabeza al meterle prisa. Lo único que recordaba es que el hombre era primero un japonés, luego un italiano, y finalmente un canguro.

En recíproca correspondencia, ella le contó ansiosamente su sueño:

—Caminaba por las colinas de arena. Había allí conejos también; ¿cómo concuerda eso con lo que te dijeron acerca de la vida y la muerte? Luego vi al hombre y a ti caminando del brazo hacia mí, huí de vos-

otros no sin advertir que él llevaba un pañuelo de seda negro. Se puso a correr detrás de mí. Entonces se me soltó la hebilla de mi zapato y no pude detenerme a recogerla. Quedó allí en el suelo, y él se detuvo y se la metió en el bolsillo.

—¿Cómo sabes que era el mismo hombre? —preguntó él.

—Porque su rostro era oscuro y llevaba una casaca azul, como aquel retrato del capitán Cook —respondió ella, riendo—. Y porque sucedió en las colinas de arena.

Richard besó su cuello:

—No sólo vivimos, hablamos y dormimos juntos, sino que al parecer incluso soñamos juntos.

Ambos se echaron a reír.

Luego él se levantó y le trajo el desayuno.

A eso de las once y media, ella dijo:

—Ahora vete a dar un paseo, querido, y proporcióname algo en qué pensar. Vuelve a la una para comer.

En una cálida mañana de mediados de mayo atravesó el bosque para salir a la carretera de la costa, que al cabo de unos doscientos metros conduce al interior de Lampton.

—¿Conoce Lampton? —me preguntó Crossley.

—No —respondí— sólo vengo aquí durante las vacaciones, para visitar a los amigos.

Anduvo un trecho por la carretera de la costa, pero luego se desvió para cruzar los campos. Pensaba en Rachel mientras observaba las azules mariposas, las rosas silvestres, el tomillo. Pensó en su mujer de nuevo, en lo extrañamente unidos que estaban. Cogió luego una flor; mientras la olía y consideraba su aroma, pensó:

«Si Rachel muriese, ¿qué sería de mí?»

Tomó un fragmento de pizarra y lo arrojó al estanque, siempre pensativo.

—Soy demasiado vulgar para ella.

Se dirigió hacia las colinas de arena, pero luego cambió de ruta, temeroso, quizá de hallar al personaje de su sueño. Por fin describió un semicírculo en dirección a la vieja iglesia, al pie de la montaña, más allá de Lampton.

El oficio de la mañana había concluido y los fieles estaban saliendo, junto a los *cromlechs* que había detrás de la iglesia, en filas de dos y de tres sobre el suave césped, como era la costumbre. El alcalde hablaba en alta voz del rey Carlos, el mártir:

—Un gran hombre, grande verdad, pero traicionado por quienes más amaba.

El doctor discutía sobre música de órgano con el rector. Un grupo de

niños jugaba a la pelota:

—Tírala aquí, Elsie. No, a mí, Elsie, Elsie, Elsie.

Entonces llegó el rector, se metió la pelota en el bolsillo diciendo que era domingo; deberían haberlo recordado. Cuando se hubo ido hicieron muecas a su espalda.

Un individuo pidió permiso a Richard para sentarse a su lado; empezaron a hablar. El desconocido estuvo en el oficio y deseaba discutir el sermón. Su tema había sido la inmortalidad del alma: el último de una serie de sermones que empezaron en la Pascua de Resurrección. Afirmó que no podía admitir la premisa del predicador, de que *el alma reside en el cuerpo continuar mente.* ¿Por qué debía ser así? ¿Qué papel desempeñaba el alma en las diarias funciones del cuerpo? El alma no era el cerebro, ni los pulmones, ni el estómago, ni el corazón, ni la mente, ni la imaginación. ¿Era realmente una entidad aparte? ¿No era más probable que residiera fuera del cuerpo que dentro de él? No disponía de pruebas para asegurarlo pero, a su entender, el nacimiento y la muerte eran un misterio tan extraño, que el principio de la vida bien podía estar situado fuera del cuerpo, que es la evidencia visible de la vida.

—No podemos explicar aún con precisión cuáles son los momentos del nacimiento y de la muerte —explicó. —He visitado el Japón, donde consideran que un hombre al nacer tiene ya un año de edad; hace poco que en Italia un hombre muerto..., pero vayamos a las colinas de arena y déjeme detallarle mis conclusiones. Me resulta más fácil hablar mientras camino.

Richard se asustó al oír estas palabras, y al ver que el hombre se secaba la frente con un pañuelo de seda negro. Tartamudeó algo, cuando los niños, que habían trepado a los *cromlechs,* súbitamente, a una señal convenida, les gritaron fuertemente al oído y rompieron a reír. El desconocido enrojeció de ira y abrió la boca como para maldecirlos, descubriendo sus dientes hasta las encías. Tres de los niños empezaron a gritar y huyeron. La niña que llamaban Elsie cayó al suelo del susto y quedó tumbada sollozando. El doctor, que se hallaba cerca, intentó consolarla.

—Parece un demonio —oyeron que gemía la niña.

El desconocido sonrió afablemente:

—No hace tanto tiempo que fui un demonio. En el norte de Australia viví con los hombres negros durante veinte años. «Demonio» es la denominación más aproximada para el rango que me otorgaron en su tribu. También me dieron un uniforme naval británico del siglo dieciocho, para usarlo como traje de ceremonial. Venga conmigo a las

colinas de arena, y déjeme contarle toda la historia. Me apasiona caminar por las colinas de arena: ése es el motivo de haber venido a esta ciudad... Mi nombre es Charles.

Richard respondió:

—Gracias, pero voy a llegar tarde a casa para comer.

—No se preocupe —cortó Charles—, la comida puede esperar. O, si lo prefiere, puedo ir a comer con usted. Por cierto que no he comido nada desde el viernes. Estoy sin dinero.

Richard se sintió incómodo. Temía a Charles, y no deseaba llevarle a casa debido al sueño, a las colinas de arena y al pañuelo pero, por otra parte, el hombre Parecía inteligente, tranquilo, estaba decentemente vestido y no había comido nada desde el viernes. Si Rachel llegaba a enterarse que había rehusado invitarle, se enfadaría. Cuando estaba malhumorada, solía reprocharle que se preocupaba demasiado por el dinero, aunque hechas las paces, confesaba luego que era el hombre más generoso que conocía, y que no pensó lo que decía; pero si se disgustaba de nuevo volvía a echarle en cara su tacañería. Esta acusación ardía en sus oídos y le hacía desear golpearla. Por fin tomó una decisión:

—Como quiera, acompáñeme a comer. Esa niña sigue llorando todavía por su culpa, debería hacer algo para calmarla.

Charles hizo una seña a la niña y pronunció una sola y dulce palabra; era una palabra mágica australiana, le explicó después a Richard, que significaba *Leche.* Inmediatamente Elsie se tranquilizó, vino a sentarse en la rodilla de Charles y jugó con los botones de su chaleco durante un rato hasta que el hombre la despidió.

—Tiene extraños poderes, Charles —observó Richard.

—Soy amigo de los niños, pero el grito me asustó; me complace no haber hecho lo que, por un momento, estuve tentado de hacer —contestó Charles.

—¿A qué se refiere? —preguntó Richard.

—Haber gritado —replicó Charles.

—Los niños lo hubieran preferido. Lo habrían tomado como un juego. Probablemente lo esperaban de usted.

—Si llego a gritar —cortó Charles—, los habría matado en el acto, o los hubiera vuelto locos. Lo más seguro es que hubiesen muerto, porque se hallaban muy cerca.

Richard sonrió con aire un poco estúpido. Sentía un vago deseo de reír, pero Charles hablaba con tono muy grave y mesurado. Se limitó a

preguntar:

—¿De qué clase de grito se trata? Me gustaría oírlo.

—Mi grito no afectaría sólo a los niños —afirmó Charles—. Puede enloquecer también a los adultos; incluso el hombre más fuerte se vería arrojado al suelo. Es un grito mágico que aprendí del demonio jefe del territorio septentrional Necesité dieciocho años para perfeccionarlo, y sin embargo no lo he usado, en total, más que cinco veces.

Richard estaba tan confundido en su mente con el sueño, el pañuelo y la palabra dirigida a Elsie, que no sabía qué decir.

—Le daré cincuenta libras si derriba los *cromlechs* de un grito —murmuró.

—Veo que no me cree —repuso Charles—. ¿Nunca ha oído mencionar el grito del terror?

Richard quedó pensativo y dijo:

—Bueno, he leído acerca del grito heroico de los antiguos guerreros irlandeses que hacía retroceder a los ejércitos. Y, ¿no lanzaba Héctor, el troyano, un grito terrible? También se oyeron extraños gritos en los bosques de Grecia, que fueron atribuidos al dios Pan y que infundía a los hombres un loco terror; es a través de esta leyenda que la palabra «pánico» se ha introducido en el idioma inglés. Y recuerdo aún otro grito en el *Mabinogion,* en la historia de Lludd y Llevelys, un aullido feroz que se oía en cada víspera de mayo y atemorizaba todos los corazones hasta el punto, que los hombres perdían su color y su fuerza y las mujeres sus niños; los jóvenes y doncellas perdían el sentido y los animales, los árboles, la tierra y las aguas quedaban estériles. Pero su causa era un dragón.

—Debió ser un mago británico del Clan del Dragón —precisó Charles—. Yo pertenecía al de los Canguros. Sí, eso concuerda. El efecto no es ése exactamente, pero sí bastante aproximado.

A la una llegaron a la casa donde Rachel aguardaba en la puerta con la comida dispuesta.

—Rachel —indicó Richard—, este es el señor Charles, que se queda a comer. Es un hombre que viaja mucho.

Rachel se frotó un momento los ojos como para disipar una nube, aunque su gesto pudo ser debido a la súbita luz del sol. Charles tomó su mano y la besó, cosa que la sorprendió. Rachel era graciosa, pequeña, con ojos inusitadamente azules para la negrura de su cabello, delicada en sus movimientos, y con una voz de tono más bien bajo; poseía un raro sentido del humor.

—Le agradaría Rachel —dijo Crossley—, viene de visita aquí a veces.

Sería difícil establecer la descripción concreta de Charles. Era de mediana edad, y elevada estatura; cabello gris; rostro de una extraña movilidad; ojos grandes y brillantes, que pasaban del amarillo al castaño o al gris; voz que cambiaba de tono y acento con el tema; manos morenas y velludas en el dorso, de uñas bien cuidadas. En lo referente a Richard bastará decir que era músico, no importante, pero sí afortunado. La suerte constituía su principal fuerza.

Después de comer, Charles y Richard lavaron los platos juntos. Este pidió súbitamente al primero que le dejase escuchar el grito. Richard empezaba a comprender que no habría paz en su mente hasta que lo hubiera oído. Era peor pensar en él que oírlo, porque ahora creía en el grito.

Charles dejó de lavar y le miró con el estropajo en la mano.

—Como desee —declaró—, pero debo advertirle seriamente. Sólo gritaré en un lugar solitario, donde nadie más pueda oírme. Y no lo haré en el segundo grado, que provoca una muerte segura, sino en el primero, que únicamente aterroriza. Cuando desee que me detenga, póngase las manos en los oídos.

—De acuerdo —aceptó Richard.

—Hasta ahora nunca había gritado por satisfacer una fútil curiosidad— dijo Charles—, sino únicamente cuando los enemigos pusieron en peligro mi vida, así como una vez que me perdí en el desierto sin alimentos ni bebidas y me vi forzado a pedir ayuda.

Richard pensó que incluso en aquella ocasión era todavía un hombre afortunado.

—No estoy atemorizado —aseguró a Charles.

—Iremos a las colinas de arena mañana temprano. —dijo Charles—, cuando no haya nadie. Me satisface que no esté atemorizado.

Pero, Richard lo estaba y mucho. El no poder hablar con Rachel y explicarle la aventura acrecentaba sus temores: si se lo confesaba, le prohibiría ir o iría con él. En el primer caso, el temor al grito y la conciencia de su cobardía pesarían siempre sobre su ánimo; en el segundo, o bien el grito no tendría importancia y ella le criticaría otra vez por su credulidad (y Charles se reiría también), o de lo contrario Rachel podía enloquecer. Decidió no decir nada.

Charles fue invitado a pasar la noche, y permanecieron levantados hasta tarde, hablando.

Rachel manifestó a Richard, al meterse en cama, que le agradaba

Charles, según ella un hombre que había visto muchas cosas, aunque un poco tonto e infantil. La mujer dijo luego muchas tonterías, porque había tomado dos vasos de vino, cuando raramente bebía.

—Oh, querido, olvidé decírtelo. Al ponerme los zapatos de hebillas esta mañana, mientras estabas fuera, eché a faltar una hebilla. Creo haber advertido que se perdió la noche pasada, antes de dormirme, pero no me quedó fijado en la mente, de modo que el descubrimiento pasó a formar parte de mi sueño. El caso es que estoy convencida, es una intuición, Charles esconde esa hebilla en su bolsillo. Tengo la seguridad de que es el hombre que vimos en nuestro sueño. Pero no me importa —explicó.

Richard se atemorizó aún más, y no se atrevió a hablar del pañuelo de seda negro, o de la invitación de Charles para ir a las colinas de arena. Porque, hecho alarmante, Charles había usado únicamente un pañuelo blanco mientras estuvo en la casa, y no tenía seguridad, en definitiva, de haber visto el negro o no. Volviendo la cabeza, asintió débilmente:

—Sí, Charles sabe muchas cosas. Voy a dar un paseo con él, mañana temprano, si no te importa; me vendrá muy bien.

—¡Oh, yo también voy! —exclamó ella.

Richard no se atrevió a prohibírselo; comprendió que había cometido un error al tocar el tema.

—Charles estará muy contento. A las seis, pues.

A las seis se levantó, pero Rachel, tras los efectos del vino, tenía demasiado sueño para acompañarles. Le dio un beso de despedida y Richard se reunió con Charles.

Richard había tenido una mala noche. Sus sueños fueron extraños y horribles. Además, nunca se había sentido tan distante de Rachel desde su matrimonio, y continuaba obsesionado por el grito. Tenía hambre y frío. Un viento fuerte soplaba hacia el mar desde las montañas y caían gotas de lluvia. Charles guardaba silencio y mordía un tallo de hierba, mientras caminaba con paso rápido.

Richard se sentía aturdido, y dijo a Charles:

—Espere un momento, siento una punzada en el costado.

Se detuvieron, y de pronto Richard preguntó entrecortadamente :

—¿Qué clase de grito es? ¿Es fuerte, o agudo? ¿Cómo se produce? ¿Por qué puede enloquecer a un hombre?

Charles seguía silencioso, por lo que Richard insistió con una tonta sonrisa:

—Con el sonido suceden cosas muy curiosas. Cuando estudiaba en Cambridge, recuerdo que un alumno del King's College empezó a leer la lección de la tarde. No había pronunciado diez palabras cuando se oyeron golpes y crujidos, y trozos de madera y polvo cayeron desde el tejado. Su voz vibraba exactamente con el edificio, y tuvo que callarse, so pena de que el tejado cayera sobre nosotros. Sucede lo mismo cuando se rompe un vaso de vino al tocar su nota un violín.

Charles condescendió a contestar:

—Mi grito no es una cuestión de tono o de vibración, no puede explicarse. Es una manifestación de mal, y no encaja en ninguna escala. Puede adoptar cualquier nota. Pertenece al miedo. De no ser por una intención concreta, que no necesito explicar, no gritaría para usted.

Richard sentía temor, y aquella nueva descripción del grito le inquietaba cada vez más y más. Deseó estar acostado en su casa, y que Charles se hallara muy lejos de él. Pero a la vez experimentaba una extraña fascinación. En aquel momento llegaron al campo y caminaron por la hierba mojada.

Por fin se hallaban en las desnudas colinas de arena. Desde la más elevada, Charles miró a su alrededor; podía ver la playa que se extendía algo más de un kilómetro. No había nadie a la vista. Charles sacó algo del bolsillo con lo que empezó a jugar, lo lanzaba al aire desde la punta de los dedos y lo hacía girar con el índice y el pulgar para recogerlo en el dorso de la mano. Era la hebilla de Rachel.

La respiración de Richard se hizo entrecortada, el corazón le latía con violencia y casi vomitó. Se estremecía por el frío, pero a la vez sudaba. Los dos hombres se dirigieron a un lugar descubierto entre las colinas de arena, cercano al mar. Era una elevación en la que crecía el acebo y algunas hierbas enfermizas; muchas piedras se hallaban esparcidas, arrastradas al parecer por el mar años antes. Aunque el lugar estaba detrás del primer grupo de colinas, existía espacio capaz de permitir el paso de la pleamar, y los vientos que continuamente lo barrían, los mantenía despejado de arena. Richard se metió las manos en los bolsillos para mantenerlas calientes y se puso a retorcer nerviosamente un trozo de cera, un cabo de vela que llevaba en su bolsillo desde la noche anterior, cuando descendió al piso de abajo para cerrar la puerta con llave.

—¿Está dispuesto? —preguntó Charles.

Richard hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Una gaviota se inclinó hacia la cresta de las colinas y se elevó de nuevo chillando al verlos.

—Vaya junto al matorral —ordenó Richard, con una voz áspera—. Yo me quedaré aquí, entre las piedras. Cuando levante la mano, ¡grite! Si me tapo los oídos, cállese inmediatamente.

Charles dio veinte pasos hacia el matorral. Richard vio su ancha espalda y el pañuelo de seda negro que sobresalía de su bolsillo. Recordó el sueño, la hebilla del zapato y el temor de Elsie. Su resolución se esfumó. Apresuradamente partió la cera en dos pedazos, con los que se tapó los oídos. Charles no le vio.

Se volvió, y Richard hizo una señal con la mano.

Charles se inclinó extrañamente hacia adelante, con la barbilla saliente y los dientes descubiertos. Nunca hasta entonces había visto Richard tal expresión de terror en un rostro humano. Le cogió desprevenido. El rostro de Charles, de ordinario bondadoso y variable como una nube, se endureció hasta convertirse en una áspera máscara de piedra, blanca al principio, luego roja, cada vez más, hasta llegar al negro como si estuviese a punto de ahogarse. Después su boca lentamente se abrió por completo, y Richard cayó boca abajo, con las manos en los oídos, desvanecido.

Al volver en sí, yacía solo entre las piedras. Se incorporó, preguntándose cuánto tiempo habría estado allí. Se sentía muy débil y enfermo, con una sensación glacial en el corazón que era peor que el frío de su cuerpo. No podía coordinar sus ideas. Bajó su mano para buscar apoyo y levantarse y halló una piedra, más grande que las otras. La tomó, acariciando distraídamente su superficie. Su mente divagaba. Empezó a pensar acerca de la fabricación de calzado, una industria que le era por completo desconocida, pero que ahora le resultaba extrañamente familiar para él.

—Debo ser zapatero —dijo en voz alta.

Luego se corrigió a sí mismo:

—No, soy músico... ¿Me estaré volviendo loco?

Arrojó la piedra, que chocó con otra y cayó rodando. Se preguntó:

—¿Por qué habré dicho que era zapatero? Hace un momento creí conocerlo todo acerca de la fabricación de calzado y ahora no sé nada en absoluto. Debo ir a casa junto a Rachel. ¿Por qué se me ocurriría salir?

Entonces vio a Charles sobre un montículo a un centenar de metros de distancia, contemplando fijamente el mar. Recordó su temor y se aseguró de que la cera continuaba en sus oídos: dio un traspié. Notó una agitación en la arena y vio un conejo que se contraía en una convulsión. Al dirigirse hacia él, la agitación cesó: el conejo estaba

muerto. Richard se deslizó por detrás de la colina de arena fuera de la vista de Charles, para encaminarse hacia su casa, corriendo torpemente por la blanca arena. No había avanzado veinte pasos cuando se encontró con la gaviota. Permanecía estúpidamente sobre la arena y no se elevó ante su proximidad, sino que cayó muerta.

No sabía cómo llegó a su casa, pero allí estaba, abriendo la puerta trasera y arrastrándose escaleras arriba. Se destapó los oídos.

Rachel estaba sentada en la cama, pálida y temblando.

—Gracias a Dios que estás de vuelta —exclamó—; he tenido una pesadilla, la peor de toda mi vida. Fue horrible. Me había convertido en una piedra, y sabía que estabas cerca de mí. Tú continuabas siendo tú, como siempre; estabas aterrorizado y yo no podía hacer nada para ayudarte, porque era una piedra. Esperabas algo terrible que no sucedía, pero sí me sucedía a mí. No puedo explicártelo, era como si todos mis nervios gritasen de dolor al mismo tiempo, me atravesara cada vez más profundamente un rayo de alguna luz intensa y perversa. Me desperté y mi corazón latía tan rápidamente <jue casi no podía respirar. ¿Crees que fue un ataque cardíaco? Dicen que se experimenta esa sensación. ¿Dónde has estado, querido? ¿Dónde está Charles?

Richard se sentó sobre la cama y asió su mano.

—Yo también he pasado por una mala experiencia —dijo—. Estuve fuera con Charles junto al mar, y mientras él ascendía por la colina más alta, me sentí muy desfallecido y caí al suelo entre las piedras. Cuando recuperé el sentido estaba sudando de miedo y volví corriendo a casa. Hará de eso una media hora.

No le explicó más. Le preguntó si podía acostarse y preparar ella el desayuno. Eso era algo que ella nunca hizo en todos los años que llevaban casados.

—Estoy tan enferma como tú —protestó.

Estaban convencidos entre ellos que si Rachel se encontraba mala, Richard debía hallarse en perfecta salud.

—En absoluto —murmuró él, y se desmayó de nuevo.

Rachel le ayudó a meterse en la cama, se vistió y se dirigió de mal talante y con lentitud al piso de abajo. Un olor a café y a tocino salió a su encuentro y allí estaba Charles, que había encendido el fuego y dispuesto dos desayunos en una bandeja. Se sintió tan aliviada, por ello, y al mismo tiempo tan confusa por su experiencia que le dio las gracias cariñosamente, y él le besó la mano con gran seriedad y se la estrechó. El desayuno estaba preparado a la perfección, el café era fuerte y los huevos estaban fritos por ambos lados.

Rachel se enamoró de Charles. Se había enamorado antes con frecuencia; desde su matrimonio tenía la costumbre de decírselo a Richard si ello ocurriese, a lo que él correspondía de la misma manera; así la pasión experimentaba un desahogo y no había lugar para los celos. Rachel podía decir (y Richard también si quería):

—Sí, estoy *enamorada* de fulano de tal, pero únicamente te *amo* a ti.

Pero ahora todo era diferente. Ignoraba la razón, pero no podía confesar su amor hacia Charles; ya no amaba a Richard. Le odiaba por estar enfermo, y decía que era perezoso y embustero. A mediodía, Richard se levantó, pero anduvo dando quejidos por el dormitorio, hasta que ella le mandó a gemir a la cama otra vez.

Charles la ayudó en las faenas domésticas, e hizo todas las comidas. Pero no subió a ver a Richard, ya que nunca se lo pidieron. Rachel estaba avergonzada y se disculpó con Charles por la rudeza de Richard al huir de él. Charles admitió con indulgencia que no fue ningún insulto; él mismo se había sentido extraño esa mañana, era como si algo maléfico flotase en el aire al llegar a las colinas de arena. Ella confirmó aquella extraña sensación.

Más tarde todo Lampton habló de ello. El doctor mantenía que fue un temblor de tierra, pero la gente del país decía que había pasado el demonio, que vino a buscar la negra alma de Salomón Jones, el guardabosques, muerto aquella mañana en su casita junto a las colinas de arena.

Cuando Richard pudo ir al piso de abajo y andar un poco, Rachel le mandó buscar una nueva hebilla para su zapato. Le acompañó hasta el fondo del jardín. El sendero pasaba junto a un declive. Richard parecía enfermo y caminaba, dando gemidos. Un tanto irritada, Rachel le dio para divertirse un empujón y cayó por el declive hasta quedar abierto de brazos y piernas entre ortigas y chatarra. Luego volvió corriendo a casa, riendo ruidosamente.

Richard suspiró, intentando compartir la broma con Rachel, pero ella se había ido. Se incorporó, sacó los zapatos de entre las ortigas y, tras una pausa, ascendió lentamente por el declive para continuar luego por el Sendero bajo el desacostumbrado resplandor del sol.
Al llegar a su destino se sentó pesadamente. El zapatero estuvo contento de hablar con él.

—Tiene mal aspecto —observó.

—Sí, el viernes por la mañana tuve un poco de mareo; hasta ahora no empecé a recuperarme —admitió Richard.

—¡Santo Dios! —prorrumpió el zapatero—. ¡Usted se mareó, pero no

sabe lo que me ocurrió a mí! Fue como si alguien me despellejara vivo, como si toma-

ran mi propia alma para jugar con ella, como si fuera una piedra y me arrojasen lejos. Jamás olvidaré esa mañana.

De súbito le vino a Richard la descabellada idea de que fue el alma del zapatero lo que había palpado al tomar aquella piedra. Pensó que tal vez las almas de cada hombre, mujer y niño de Lampton reposaban junto a las colinas de arena. Sin embargo, guardó silencio, pidió una hebilla y regresó a casa.

Rachel le recibió con un beso y una broma. Pudo mantenerse callado porque su mutismo siempre avergonzaba a Rachel. Pero decidió que no valía la pena avergonzarla.

«De la vergüenza pasa a la justificación de sí misma, busca querella sobre otra cosa y es diez veces peor. Me mostraré alegre y aceptaré la broma.»

Se sentía muy desgraciado. Charles estaba instalado en la casa, con su voz dulce, su sentido del trabajo y su continuada actitud de defender a Richard de las burlas de Rachel. Y lo más irritante era que Rachel no se molestaba por ello.

—La parte siguiente de la historia —dijo Crossley— es el contrapunto cómico, el relato de cómo Richard volvió a las colinas de arena, al montón de piedras, para identificar las almas del doctor y del rector —la del doctor porque tenía forma de botella de whisky y la del rector porque era tan negra como el pecado original—, con lo que se probó a sí mismo que su aventura no fue imaginaria. Pero omitiré eso para llegar al punto en que Rachel, dos días más tarde, se volvió súbitamente afectuosa y declaró que amaba a Richard como nunca lo había hecho antes.

La razón era que Charles se había marchado, nadie sabía dónde, con un debilitamiento momentáneo de la magia de la hebilla, convencido tal vez de poder renovarla a su regreso. Durante un día o dos, pues, Richard se sintió otra vez a gusto, hasta que una tarde se abrió la puerta, y allí se hallaba Charles.

Entró sin una palabra de saludo y colgó su sombrero en una percha. Tras sentarse junto al fuego, preguntó:

—¿Cuándo estará lista la cena?

Richard miró a Rachel con sus cejas enmarcadas, pero la mujer parecía fascinada por Charles.

—A las ocho —contestó ella, con un hilo de voz, y se agachó para quitarle las botas llenas de barro, que sustituyó por unas zapatillas de

Richard.

—Bueno. Ahora son las siete. Dentro de una hora se sirve la cena. A las nueve, Richard traerá el periódico de la noche. A las diez, Rachel, tú y yo nos iremos a dormir.

Richard pensó que Charles debía haber enloquecido de repente. Sin embargo, Rachel contestó tranquilamente :

—Sí, por supuesto, querido. —Luego se volvió maligna hacia Richard—: ¡Y tú lárgate, hombrecillo! —gritó, abofeteándole en la mejilla con toda su fuerza.

Richard se quedó perplejo, mientras acariciaba su mejilla lastimada. No era posible que Rachel y Charles se hubieran vuelto locos a la vez; el loco debía ser él mismo. En todo caso, Rachel sabía lo que quería, y su pacto secreto para romper automáticamente la promesa de matrimonio, obligaba a Richard a no ser un obstáculo. Hicieron aquel pacto porque deseaban sentirse unidos por el amor más que por una simple ceremonia. Con tanta tranquilidad como pudo, dijo:

—Muy bien, Rachel. Os dejo juntos.

Charles le arrojó una bota, gritando:

—¡Si metes la nariz en mis cosas a partir de ahora, te arrancaré las orejas!

Richard salió. Esta vez no sentía temor sino que se hallaba con la mente fría y completamente despejada. Se alejó por el sendero. Faltaban tres horas todavía hasta la puesta del sol. Bromeó con los muchachos que jugaban al criquet en el campo de la escuela. Tiró guijarros al agua. Pensó en Rachel y las lágrimas acudie-

ron a sus ojos. Luego cantó para consolarse a si mismo.

—Estoy completamente loco —murmuró—. ¿Qué diablos le ha sucedido a mi suerte?

Finalmente llegó a las piedras.

—Ahora buscaré mi alma en este montón —exclamó— y la partiré en mil pedazos.

Había cogido un martillo en el cobertizo del carbón mientras salía.

Luego empezó a buscar su alma. Pero aunque se puede reconocer el alma de otro hombre o mujer, nunca es posible hacerlo con la propia. Richard no logró encontrar la suya. Por azar tropezó con el alma de Rachel y la reconoció (una delgada piedra verde con reflejos de cuarzo), porque ella estaba apartada de él. A su lado había otra, un feo y deformado pedernal de color pardo moteado.

—Destruiré ésta. Debe ser el alma de Charles —afirmó.

Besó el alma de Rachel; fue como besar sus labios. Cogió después el alma de Charles y balanceó su martillo.

—¡Te golpearé hasta que te rompas en mil pedazos!

Se detuvo. Richard sentía escrúpulos, porque Rachel amaba a Charles más que a él, y estaba obligado a respetar el pacto. Vio una tercera piedra (debía ser la suya propia) junto a la de Charles; era de liso granito gris, aproximadamente del tamaño de una pelota de criquet.

«Destruiré mi propia alma y así terminará todo», se dijo.

El mundo se ensombreció, su misión perdió la nitidez; se sentía casi desfallecido. Pero se recobró, y con un gran grito abatió el martillo una y otra vez sobre la piedra gris.

Se partió en cuatro trozos y emitió un olor igual al de la pólvora. Al hallarse todavía vivo y entero, Richard empezó a reír sin tregua. ¡Estaba loco, completamente loco! Arrojó lejos el martillo, se tiró al suelo exhausto y quedó dormido.

Se despertó en pleno crepúsculo. Confuso, se dirigió a su casa, mientras murmuraba:

«Esto es un mal sueño y Rachel me ayudará a salir de él.»

Al llegar a la ciudad, vio a un grupo de hombres hablando excitadamente debajo de un farol.

—Sucedió alrededor de las ocho, ¿no es cierto? —decía uno.

—Sí —respondía otro.

Un tercero explicaba:

—Sí, loco de atar. Decía: «Tóquenme y gritaré... Gritaré hasta que les dé un ataque a sus malditos policías, hasta que se vuelvan locos». Y el inspector ordenó: «Crossley, levante las manos. Al fin le hemos atrapado». «Les doy una última oportunidad —insistió él—. Vayanse y déjenme, o gritaré hasta que mueran».

Richard se había detenido para escuchar.

—¿Y entonces qué le sucedió a Crossley? —preguntó—. ¿Y qué dijo la mujer?

—«Por amor de Dios, vayanse o les matará», dijo ella al inspector —le contestaron.

—¿Y gritó?

—No. Torció el rostro por un instante y tomó aliento. Por todos los santos que nunca he visto una cara más terrible en mi vida. Tuve que

tomar después tres o cuatro coñacs. Y el inspector dejó caer el revólver; se disparó, pero sin darle a nadie. Luego, Crossley sufrió súbitamente un cambio. Empezó a golpearse los costados y el corazón, mientras su rostro se hacía suave e inexpresivo. Después se puso a reír, a bailar y a hacer cabriolas, mientras la mujer le miraba con asombro sin dar crédito a sus ojos. La policía se lo llevó de allí. Tal vez estuviese loco antes, pero ahora no era más que un imbécil inofensivo y no les causó ninguna dificultad. Lo han llevado en ambulancia al Real Asilo del Distrito Oeste.

Richard volvió entonces a casa junto a Rachel y se lo contó todo. Ella hizo también lo mismo, aunque no había mucho que contar. Confesó que se había enamorado de Charles; pretendía solamente provocar a Richard, pero nunca le había tratado, ni Charles tampoco, de aquel modo; era parte de su sueño. Le amó siempre, a pesar de sus defectos: tacañería, locuacidad, desaliño. Charles y Rachel habían cenado tranquilamente; ella se sintió molesta de que Richard saliera con tal brusquedad sin una palabra de explicación y estuviese fuera tres horas. Charles podía haberla asesinado; empezó a empujarla un poco, en broma, pretendiendo que bailase con él. Luego golpearon la puerta y el inspector gritó:

—¡Walter Charles Crossley, en nombre del rey, le arresto por el asesinato de George Grant, Harry Grant y Ada Coleman en Sydney, Australia!

Charles se había vuelto entonces completamente loco. Ordenó a una hebilla de zapato:

—Guárdala para mí.

Dijo a los policías que se marchasen o se pondría a gritar hasta matarlos. Finalmente su rostro se hizo horrible y se desintegró.

—Era un hombre agradable, me gustaba tanto su cara... Siento una gran pesadumbre por él.

—¿Le gustó mi historia? —preguntó Crossley.

—Sí —contesté, ocupado con el tanteo—. Un cuento de excelente tradición. Lucio Apuleyo, le felicito.

Crossley se volvió hacia mí con un rostro turbado y los puños cerrados y trémulos.

—Es cierta hasta la última palabra —afirmó—. El alma de Crossley se partió en cuatro pedazos y soy un loco. ¡Oh! No culpo a Richard y a Rachel. Son un agradable y afectuoso par de tontos y jamás les he deseado ningún mal; me visitan con frecuencia. En cualquier caso, como mi alma yace rota, mis poderes han desaparecido. Únicamente me queda una cosa—concluyó—. El grito.

Estuve tan absorto en las anotaciones, y a la ve" en la historia, que no advertía la gigantesca nube negra que se deslizó ante el sol hasta oscurecer todo el cielo. Cayeron cálidas gotas de lluvia: el resplandor de un relámpago nos deslumbre y con él retumbó el estrépito de un trueno.

En un momento todo fue confusión. La lluvia se hizo torrencial mientras los jugadores corrían en busca de refugio, los lunáticos empezaron a chillar y a pelear entre ellos. Un hombre joven y alto, el propio B. C. Brown que una vez había jugado por Hants, se quitó todas sus ropas y se puso a correr completamente desnudo. Junto a la cabina, un hombre viejo con barba empezó a adorar al trueno con grandes gritos.

Los ojos de Crossley se contrajeron orgullosamente.

—Si —exclamó, señalando al cielo—. Ese es el grito ese es su efecto. pero yo puedo hacerlo mejor.

Luego su rostro se contrajo súbitamente para adoptar una expresión pueril y ansiosa.

—Dios querido —rogó—. Crossley me gritará y me helará la sangre.

La lluvia repiqueteaba sobre el tejado de hojalata de modo que apenas podía oírle. Otro resplandor, otro trueno aún más fuerte que el primero.

—Pero ese no es más que el segundo grado —gritó en mi oído—. E) primero es el que mata.

Tras una pausa prosiguió:

—¿No lo comprende? —sonrió estúpidamente—. Ahora soy Richard, y Crossley quiere matarme.

El hombre desnudo continuaba corriendo, blandió un mazo de criquet en cada mano y chillaba; algo repugnante. El viejo seguía aullando su oración, mientras la lluvia le chorreaba por la espalda, cayendo desde su sombrero de alas inclinadas.

—No diga tonterías —exclamé—. Es usted Crossley.

Puede luchar por sí solo contra una docena de Richards. Jugó su partida y la perdió porque Richard tiene suerte; pero el grito aún le pertenece.

Me sentía enloquecer yo también. El doctor del asilo se precipitó entonces dentro de la cabina, con su traje de franela, empapado, sin gafas, llevando todavía utensilios del juego. Nos había oído levantar la voz. Arrancó las manos de Crossley de las mías

—¡Vaya a su dormitorio inmediatamente, Crossley! —ordenó.

—¡No iré! —gritó Crossley, ahora con orgullo—. ¡Miserable hombre serpiente, asqueroso hombre pastel de manzanas!

El doctor lo asió por la chaqueta e intentó echarle fuera.

Crossley lo apartó de sí con un fulgor de demencia en sus ojos.

—¡Salgan! —ordenó—. ¡Déjenme solo aquí o gritaré! ¿Oyen? ¡Gritaré! ¡Les mataré a todos! ¡Gritaré hasta derribar el asilo! ¡Marchitaré el césped! ¡Gritaré!

Su rostro se descompuso por el terror. Una mancha roja apareció en cada uno de sus pómulos y extendiéndose sobre su cara.

Me llevé las manos a los oídos y salí corriendo de la cabina. Había recorrido quizá veinte metros, cuando un dolor indescriptible y ardiente me arrojó al suelo y me dejó aturdido y paralizado. No sé cómo escapé a la muerte; supongo que soy afortunado, igual que el Richard de la historia. Pero el rayo fulminó a Crossley y al doctor.

El cuerpo de Crossley apareció rígido, ei del doctor estaba agachado en un rincón, con las manos en los oídos. Nadie logró comprender esta postura porque la muerte fue instantánea, y el doctor no era hombre que sintiera temor de un trueno.

Decir que Rachel y Richard eran los amigos con quienes me hospedaba —Crossley los había descrito con mucha exactitud— no constituye un final muy satisfactorio para esta historia. Pero al explicarles que un hombre llamado Charles Crossley fue fulminado al mismo tiempo que su amigo el doctor, no parecieron dar mucha importancia a su muerte. Richard no cambió de expresión, Rachel comentó simplemente:

—¿Crossley? Creo que era aquel hombre que se hacía llamar el Ilusionista Australiano y que el otro día ofreció un maravilloso espectáculo de magia. No usaba de hecho ningún accesorio a excepción de un pañuelo de seda negro. Me agradaba tanto su rostro... Pero a Richard no le gustó en absoluto.

—No, era insoportable su forma de mirarle a uno todo el tiempo —confirmó Richard.

MONTAÑA OTOÑAL   RYNOSUKE AKUTAGAWA

Autumn Mountain, Rynosuke Akutagawa
Translated from the Japanese by Ivan Morris. Reprinted by permission of Ivan Morris, New York, and courtesy of Japan Quartely, Tokyo.

Traducción de
Irene Peypoch

Una noche en que Wang Shih-ku visitaba a su amigo Yün Nan-t'ien, le dijo:

—Y hablando de Ta Ch'ih, ¿has visto alguna vez su cuadro de la Montaña Otoñal?

—No, no le he visto nunca. ¿Y tú?

Ta Ch'ih fue, junto con Meitao-jen y Huang-hao-shan-ch'iao, uno de los grandes pintores de la dinastía Mongol. Cuando Yün Nan-t'ien contestó, revivió en su memoria las imágenes de las obras más famosas del artista: el cuadro Costa Arenosa y el tapiz Alegre Primavera

—Pues aunque mal me esté decirlo —continuó Wang Shih-ku—, pero no estoy seguro de haberlo visto realmente.

—¿No sabes si lo has visto o no? —preguntó Yün Nan-t'ien, mirando con curiosidad a su huésped—. ¿Quieres decir que has visto una copia?

—No. una copia no, vi el original. Y no fui el único en verlo. Los grandes críticos Yen-k'o y Lien-chou, estuvieron relacionados con la Montaña Otoñal. —Wang Shih-ku sorbió su té y sonrió pensativamente—. ¿Te aburriría mucho oír la historia?

—Al contrario —repuso Yün Nan-t'ien.

E inclinándose educadamente, avivó la llama de la lámpara de cobre.

En la época, empezó Wang Shih-ku, en que el viejo maestro Yüan Tsai aún vivía, una noche en que discutía de pintura con Yen-k'o, le preguntó si había visto alguna vez la Montaña Otoñal de Ta Ch'ih Como sabes, Yen-k'o sentía una verdadera adoración por la pintura de la Ch'ih y estaba convencido de conocer todas sus obras Pero jamás había puesto los ojos en la Montaña Otoñal.

—No, no la he visto —contestó avergonzado—, Y es la primera vez que la oigo mencionar.

—En este caso —dijo Yüan Tsai—, por favor, no deje escapar la primera oportunidad que tenga de verla. Como obra de arte está a más alto nivel que su Montaña Estival o su Tempestad Delirante. De hecho, casi podría asegurar que es la mejor de las obras de Ta Ch'ih.

—¿Es de verdad una obra maestra? Entonces tendré que hacer lo imposible por verla. ¿Puedo preguntarle a quién pertenece el cuadro en la actualidad?

—Es propiedad de un tal señor Chang, que vive en el condado de Jun. Si alguna vez va usted al templo Chin-shan, debe visitarle y ver el cuadro. Permítame que le dé una carta de presentación.

Tan pronto Yen-k'o recibió la carta de Yüan Tsai, preparó su viaje al condado de Jun. Pensaba que una casa que contenía un cuadro tan precioso como aquel parecía ser, albergaba, con seguridad, otras grandes obras de diferentes períodos. Prematuramente excitado, emprendió la marcha.

Cuando llegó al condado de Jun se sorprendió al comprobar que la morada del señor Chang, aunque de estructura imponente se hallaba en ruinas. La hiedra trepaba por las paredes, y los abrojos y la mala hierba crecían exuberantes en el jardín. Cuando el anciano se acercó, las gallinas, patos y otras aves del corral alzaron la cabeza como sorprendidos por la presencia de aquel desconocido. Por un momento no pudo evitar un instante de duda al recordar las palabras de Yüan Tsai se preguntó cómo era posible que una obra maestra de Ta Ch'ih hubiese ido a parar a aquel lugar. Le ten dio la carta a un sirviente que acudió a su llamada, explicándole que había venido de muy lejos y esperaba contemplar la Montaña Otoñal.

Fue conducido casi inmediatamente hacia el gran vestíbulo. Aunque los asientos y mesas de sándalo rojo estaban en perfecto orden, un olor a moho flotaba por doquier y una atmósfera de desolación se había apoderado hasta de las baldosas. Apareció el propietario, un hombre de aspecto enfermizo, pero de porte agradable, la cara pálida y manos delicadas denunciaban a un miembro de la nobleza. Después de presentarse brevemente, Yen-k'o no perdió el tiempo y le dijo a su anfitrión lo reconocido que le quedaría si le mostraba el famoso cuadro de Ta Ch'ih. Había urgencia en la voz del maestro, como si temiese que, de no verlo de inmediato, se desvaneciera como la niebla.

El señor Chang asintió sin vacilar e hizo que colgasen el cuadro en la pared desnuda de la gran sala.

—Esta es la Montaña Otoñal a que se refiere usted —dijo.

A la primera mirada, Yen-k'o lanzó una exclamación admirativa. El color dominante era el verde oscuro. De un extremo al otro del cuadro corría un no serpenteante, cruzado por varios puentes. A lo largo de la orilla se veían pequeños caseríos. Dominaba el conjunto el pico principal de la cordillera sobre el que flotaban pacíficos girones de nubes otoñales. La montaña y las colinas vecinas eran de un verde fresco, como acabado

de lavar por la lluvia, y había una belleza misteriosa en las hojas rojizas de los arbustos y matorrales dispersos por las laderas. No era un cuadro ordinario, sus líneas y colores habían llegado a la cumbre de la perfección.

Era una obra de arte vivo, con un sentido clásico de la belleza.

—Bien, ¿qué le parece a usted? ¿Le agrada? —preguntó el señor Chang, con una sonrisa.

—¡Oh, es realmente una obra de dioses! —gritó Yen-k'o, mientras observaba el cuadro con reverencia—. El elogio que de él hizo Yüan Tsai resulta casi insuficiente. Comparado con esta pintura, todo lo que he visto hasta ahora parece de segunda categoría.

—¿Realmente? ¿Le parece una obra maestra?

Yen-k'o no pudo evitar una mirada de sorpresa a su anfitrión.

—¿Lo duda usted?

—No, no es que tenga dudas —explicó el señor Chang, sonrojándose como un colegial. Mirando el cuadro casi tímidamente, añadió—: El caso es que cada vez que lo miro tengo la sensación de que sueño con los ojos abiertos. No puedo evitar el pensamiento de que soy el único en apreciar su belleza, que es, en cierto modo, demasiado intensa para este mundo nuestro; pero lo que acaba de decir ha vencido mis extraños temores.

Sin embargo, Yen-k'o no se dejó impresionar por el notorio intento de reivindicación del dueño de la casa y el discurso del señor Chang le pareció un medio poco feliz de ocultar un juicio crítico deficiente.

Poco después, Yen-k'o abandonó la casa ruinosa.

Con el paso de las semanas, la vivida imagen de la Montaña Otoñal permaneció tresca en la mente de Yen-k'o, continuó Wang Shih-ku, después de aceptar otra taza de té. Ahora que había visto la obra maestra de Ta Ch'ih, se sentía capaz de dar todo lo que tenía por poseerla. Coleccionista inveterado, sabía que ninguno de sus cuadros —ni siquiera Copos de Nieve al Viento, por el que había pagado quinientos taels de plata—, podía compararse con aquella maravillosa Montaña Otoñal.

Se quedó en el condado de Jun y envió un agente

a la casa del señor Chang para negociar la adquisición de la pintura. A pesar de repetidas ofertas, no logró persuadir al señor Chang para que llegase a un acuerdo. En cada ocasión, el pálido caballero contestaba que si bien apreciaba profundamente la admiración del maestro por la Montaña Otoñal, tenía que pedir disculpas porque no deseaba separarse

de ella.

Estas negativas sólo servían para robustecer la resolución del impetuoso Yen-k'o. Se prometió que aquel cuadro colgaría algún día en el vestíbulo de su casa y confiando en este eventual resultado, terminó por resignarse y volvió a su hogar, abandonando temporalmente la Montaña Otoñal.

Al cabo de un año, durante una visita al condado de Jun, trató de visitar de nuevo la morada del señor Chang. Nada había cambiado: la hiedra seguía trepando en desorden por grietas y paredes, el jardín estaba cubierto de abrojos Pero el sirviente que contestó a su llamada te comunicó que el señor Chang no estaba en casa El anciano pidió permiso para ver otra vez la Montaña Otoñal, a pesar de no estar presente el dueño; su insistencia fue en vano, ya que el sirviente le informó que no tenía autoridad para admitir a nadie en ausencia de su amo. Yen-k'o insistió y el hombre terminó cerrándole la puerta en las narices. Lleno de pena, tuvo que abandonar la casa y la gran pintura que reposaba en algún rincón de aquellas ruinosas habitaciones.

Wang Shih-ku hizo una pausa.

—Lo que te he dicho hasta ahora —continuó—, me lo contó el propio maestro Yen-k'o.

—Pero dime —repuso Yün Nan-t'ien, mesándose la barba blanca—, ¿Yen-k'o llegó a ver realmente la Montaña Otoñal?

—Dijo que la había visto, pero no puedo asegurar que fuera así. Permíteme que te cuente el resto y podrás juzgar por ti mismo.

Wang Shih-ku siguió relatando su historia con aire ensimismado; ahora ya no sorbía su té.

Cuando Yen-k'o me contó todo esto, dijo Wang Shih-ku, habían transcurrido cincuenta años desde su visita al condado de Jun El maestro Yün Tsai había muerto hacía mucho tiempo y la gran casa del señor Chang había pasado por dos generaciones sucesivas de su familia. No se sabía el paradero de la Montaña Otoñal, ni tampoco si las mejores partes de la tela habían sufrido algún deterioro En el curso de nuestra conversación, el anciano Yen-k'o describió la pintura misteriosa con tanta realidad, que yo estaba casi convencido de tenerla ante mis ojos. No eran los detalles lo que habían impresionado al maestro, sino la indefinida belleza del cuadro en sí, y a través de sus palabras, aquella belleza había penetrado en mi corazón al igual que en el suyo.

Cerca de un mes después de mi encuentro con Yen-k'o, tuve que hacer un viaje a las provincias del Sur, incluyendo el condado de Jun. Cuando se lo mencioné, me sugirió que tratase de averiguar el paradero de la

Montaña Otoñal.

—Si este cuadro sale de nuevo a la luz —dijo—, será en verdad un gran día para el mundo del arte.

No necesito explicar que en aquel momento yo también deseaba conocer la pintura, pero mi viaje era muy denso y pronto me di cuenta de que no tendría tiempo para visitar la casa del señor Chang. Pero entonces me llegó la noticia de que la Montaña Otoñal estaba en poder de un noble llamado Wang, el cual, habiéndose enterado de la existencia del cuadro, envió un mensajero con saludos para el nieto del señor Chang. Este no sólo le mandó por el mensajero antiguos documentos y el gran caldero ceremonial que había pertenecido a la familia desde incontables generaciones, sino también un cuadro que se avenía a la descripción de la Montaña Otoñal de Ta Ch'ih. Feliz por los regalos, el señor Wang ofreció un gran banquete al nieto de Chang, le sentó en el lugar de honor y le regaló con golosinas escogidas, música alegre y muchachas muy bellas dándole, además mil piezas de oro.

Al enterarme de aquel hecho, casi salté de alegría. ¡A pesar de las vicisitudes de medio siglo, parecía que la Montaña Otoñal aún estaba a salvo! No sólo esto sino que, además, el actual propietario era persona de mi rango Tomando conmigo únicamente lo más necesario salí en busca del cuadro.

Aún recuerdo perfectamente el día; era una tarde muy clara al principio del verano y las peonías florecían orgullosas en el jardín del señor Wang. Antes de haber completado la inclinación ceremoniosa, mi cara se abrió en una sonrisa de dicha.

—¡ Pensar que la Montaña Otoñal está en esta misma casa! —exclamé—. Yen-k'o ha pasado todos estos años haciendo vanos esfuerzos por verla y yo ahora podré satisfacer rni ambición sin el menor esfuerzo.

—Llega usted en el momento propicio —replicó el señor Wang— Resulta que hoy espero la llegada de Yen-k'o al igual que la del gran crítico Lien-Chou Por favor pase usted y ya que ha sido ei primero en llegar, será el primero en ver la obra.

El señor Wang dio instrucciones inmediatas para que el cuadro fuese colgado en la pared Todo saltó ante mis ojos: los pueblecitos a la orilla del rio, las nubéculas blancas flotando sobre el valle, el verde de la elevada cordillera que se extendía en la distancia como una sucesión de biombos, un mundo creado por Ta Ch'ih, y en verdad mucho más hermoso que el nuestro Mi corazón pareció latir más aprisa mientras miraba intensamente la pintura desenrollada ante mí.

Las nubes, la niebla, las colinas y valles eran, sin error posible, obra de Ta Ch'ih. ¿Quién si no él podía llevar el arte del dibujo hasta tal

perfección, que cada matorral se convertía en una cosa viva? ¿Quién si no él podía producir colores de tal intensidad y riqueza, y al mismo tiempo esconder todo trazo mecánico de pincel y pintura? A pesar de todo... a pesar de todo, sentí inmediatamente que no era el mismo cuadro que Yea-k'o había visto tantos años atrás. ¡No, no, era un cuadro magnífico, pero no cabía duda de que no se trataba del cuadro sin igual que me fue descrito con tanta admiración!

El señor Wang y sus amigos se habían reunido cerca de mí para vigilar mi expresión por lo que me apresuré a manifestar entusiasmo... Como es natural, no quería que dudasen de la autenticidad del cuadro; sin embargo, fue evidente que mis palabras de elogio no les satisficieron En aquel momento anunciaron al propio Yen-k'o, el primero en hablarme de aquella Montaña Otoñal. Al inclinarse el anciano ante el señor Wang, pude notar la excitación que le embargaba, pero tan pronto puso los ojos en el cuadro, una nube ensombreció su rostro.

—¿Qué le parece, maestro? —preguntó el señor Wang, que le había observado cuidadosamente— Acabamos de oír el elogio entusiástico del maestro Wang Shih'ku, pero...

—Oh, es usted muy afortunado, señor, al haber podido adquirir este cuadro —contestó rápidamente Yen-k'o—, su presencia en esta casa le dará mayor brillo a sus demás tesoros.

Las palabras de Yen-k'o parecieron aumentar la desazón del señor Wang; él, como yo, tenía que haber notado en ellas una nota de insinceridad En aquel momento apareció el famoso crítico Lien-chou, y creo que al verle todos nos sentimos mejor. Después de inclinarse ante nosotros, se volvió hacia la tela y la contempló en silencio, retorciéndose los largos bigotes.

—Este es, aparentemente, el mismo cuadro que el maestro Yen-k'o vio hace medio siglo —le explicó el señor Wang—. Ahora quisiera tener su opinión de la obra. Su opinión sincera —añadió con sonrisa forzada.

Lien-chou suspiro y continuo estudiando el cuadro. Después hizo una profunda inspiración y volviéndose nacía el señor Wang dijo:

—Señor, esta es probablemente la obra maestra de Ta Ch'ih. Mire el sombreado de estas nubes. ¡Qué fuerza tenía su pincel! Observe usted el color de los árboles y este picacho distante que da vida a toda la composición.

Mientras hablaba, Lien-Chou fue señalando los varios puntos de referencia del cuadro y no hace falta decir que una expresión de alivio y alegría apareció en la cara del señor Wang.

Mientras, cambié una mirada con Yen-k'o.

—Maestro —murmuré—, ¿es la verdadera Montaña Otoñal?

Casi imperceptiblemente el hombre movió la cabera y entornó los ojos

—Parece todo un sueño —musitó—. La verdad es que no puedo dejar de preguntarme si el señor Chang no era una especie de brujo.

—Esta es la historia de la Montaña Otoñal —concluyo Wang Shih-ku, y después de una ligera pausa bebió un sorbo de té— Mas tarde según parece el señor Wang hizo toda clase de averiguaciones Visitó al señor Wang pero al mencionar la Montaña Otoñal el joven negó conocer la existencia de alguna copia de la misma. Por ello resulta imposible afirmar que aquella Montaña Otoñal que Yen-k'o vio hace tantísimos años no permanece aún oculta en algún sitio. O quizá todo se reduce a la falta de memoria de un anciano Lo que parece a todas luces inverosímil, sin embargo es que la historia de la visita de Yen-k'o al señor Chang para ver el cuadro no esté basada en los hechos.

LAPPIN Y LAPINOVA   Virginia Woolf

Lappin & Lapinova, Virginia Woolf

Traducción de
Irene Peypocb

Estaban casados. Resonaba la marcha nupcial. Las palomas revoloteaban. Niños pequeños con chaquetillas de Eton, tiraban arroz y un *fox terrier* vagaba por el sendero. Ernest Thorburn condujo a su novia hacia el coche, pasando a través de aquella pequeña e inquisitiva multitud de completos desconocidos que siempre se congrega en Londres para gozar con la felicidad o la desdicha ajenas. Era bien parecido y la novia tenía un aspecto tímido. Les tiraron más arroz y el coche se alejó.

Aquello ocurrió el martes. Ya era sábado. Rosalind tenía que habituarse aún al hecho de que era la señora Ernest Thorburn. Quizá jamás lograría hacerse a la idea de ser la mujer de alguien, pensó mientras permanecía sentada en el mirador del hotel que daba sobre el lago en las montañas, esperando que su marido bajase a desayunar. Era difícil acostumbrarse al nombre de Ernest, no era el que ella habría escogido. Habría preferido Timothy, Anthony o Peter. Además, él no tenía aspecto de Ernest. El nombre sugería el Albert Memorial, aparadores de caoba, grabados en acero del príncipe consorte y su familia... En pocas palabras, el comedor de su suegra en Porchester Terrace.

Pero ya llegaba él. Gracias a Dios, no parecía Ernest... No, pero, ¿a qué se parecía? Le observó de soslayo. El caso es que cuando comía pan tostado se asemejaba un conejo. Nadie más hubiera podido descubrir el parecido entre una criatura tan diminuta y tímida, y aquel pulcro y musculoso joven de nariz recta, ojos azules y boca muy firme. Pero así resultaba todo más divertido. Al masticar, fruncía ligeramente la nariz, igual que sus conejitos. Ella miró su nariz fruncida, y luego, cuando él captó su mirada, tuvo que explicarle el motivo de haberse echado a reír.

—Porque pareces un conejo, Ernest —dijo—. Eres igual que un conejo silvestre —añadió, mirándole—. Un conejo cazador, un rey de los conejos que dicta sus leyes a los demás miembros de su especie.

Ernest no opuso ninguna objeción al verse clasificado entre esta clase de conejos, y ya que a ella la divertía verle fruncir la nariz —nunca se dio cuenta de que lo hacía—, la frunció a sabiendas. Ella reía y reía, y él también se echó a reír. Las damas solteras, el pescador y el camarero

suizo con su grasienta chaqueta negra, pensaron con razón que ellos eran felices. Pero se preguntaban cuánto duraría esta clase de felicidad y su respuesta estuvo de acuerdo con sus propias circunstancias.

A la hora del almuerzo, sentados a la orilla del lago, sobre un montón de brezos, Rosalind le enseñó la lechuga que les habían dado para acompañar los huevos duros y dijo:

—¿Quieres lechuga, conejo? —Después añadió—: Cómela de mi mano.

El se estiró y mordisqueó la lechuga frunciendo la nariz.

—Buen conejo, simpático conejo—murmuró ella, acariciándole como acostumbraba a hacerlo con su conejo domesticado.

Pero aquello era absurdo, sea como fuere, Ernest no era un conejo domesticado. Lo tradujo al francés.

—«Lapin» —le llamó.

Pero el caso es que tampoco era un conejo francés. Era sencilla y exclusivamente inglés, nacido en Porchester Terrace, educado en Rugby y en la actualidad secretario en la Administración Civil de Su Majestad. Trató de llamarle «Bunny», pero fue peor. «Bunny» era un ser rollizo, blando y cómico. Ernest era delgado, duro y serio. Pero su nariz se fruncía.

—Lappin —exclamó de pronto, dando un pequeño grito como si hubiese encontrado la palabra que buscaba. —Lappin, Lappin, rey Lappin —repitió.

El nombre parecía sentarle a las mil maravillas; no era Ernest, era el rey Lappin. ¿Por qué? No lo sabía.

Cuando no había nada nuevo de que hablar en sus paseos solitarios, o llovía —como todos les habían prevenido que ocurriría—, o cuando se sentaban junto al fuego en la noche, porque hacía frío, y las damas solteras y el pescador se habían retirado, y el camarero sólo acudía si se le llamaba, dejaba que su imaginación jugase con la tribu Lappin. Bajo sus manos —ella estaba cosiendo, él leía—, los conejos se hacían muy reales, muy animados, muy divertidos. Ernest dejaba el periódico y la ayudaba. Los había negros y rojos; los había enemigos y amistosos. Vivían en un bosque, en extensas praderas y un pantano. Por encima de todos estaba el rey Lappin, quien lejos de tener un solo don —fruncir la nariz—, llegó a ser un animal de gran carácter; Rosalind le encontraba siempre nuevas cualidades. Pero, por encima de todo, era un gran cazador.

—¿Qué ha hecho hoy el rey? —preguntó Rosalind el último día de su luna de miel.

En realidad habían pasado el día de excursión y ella había regresado con una ampolla en el pie, pero no se refería a esto.

—Hoy he cazado una liebre —respondió Ernest, frunciendo la nariz mientras mordisqueaba la punta de su puro.

Se calló, encendió una cerilla y volvió a fruncir el ceño.

—Una liebre hembra —añadió.

—¡Una liebre blanca! —exclamó Rosalind, como si lo hubiese estado esperando—. ¿Era bastante pequeña, gris plateada y con grandes ojos brillantes?

—Sí —asintió Ernest, mirándola como ella le había mirado—. Un animalito pequeño, con los ojos saltones y dos pequeñas garras delanteras que se balanceaban.

La había descrito exactamente, sentada, con la costura balanceándose en sus manos, y sus ojos, grandes y brillantes, eran desde luego un poco prominentes.

—Ah, Lapinova —murmuró Rosalind.

—¿Es así como se llamaba? —preguntó Ernest—. La verdadera Rosalind.

La miró, estaba muy enamorado de ella.

—Sí, así se llamaba —afirmó Rosalind—. Lapinova.

Y aquella noche, antes de irse a la cama, todo quedó arreglado. El era el rey Lappin y ella la reina Lapinova. Eran los dos polos, opuestos: él, intrépido y decidido; ella, prudente e insegura. El dirigía el atareado mundo de los conejos; el mundo de ella era un lugar desolado y misterioso, que gobernaba casi siempre bajo la luz de la luna. Sin embargo, sus territorios eran colindantes, eran el rey y la reina.

De esta forma, al volver de su luna de miel, tenían un mundo privado donde, a excepción de una liebre blanca, sólo vivían conejos. Nadie imaginaba que tal lugar existiese y ello, claro está, lo hacía más divertido. Les permitía sentirse más que a la mayoría de matrimonios jóvenes, unidos contra el resto del mundo. A menudo, cuando la gente hablaba de conejos, bosques, trampas y cacerías, se miraban a hurtadillas. 0 se guiñaban los ojos a través de la mesa cuando la tía Mary decía que nunca había podido soportar la visión de una liebre en un plato, eran tan parecidas a un niño. O cuando John, el hermano deportista de Ernest, les explicaba a qué precio se pagaban los conejos aquel año en Wiltshire, con piel y todo. A veces, cuando necesitaban un guardabosques, un cazador furtivo o un terrateniente, se divertían distribuyendo los papeles entre sus amigos. Por ejemplo, la madre de Ernest, la señora de Reginald Thorburn, se adaptaba a la perfección al

papel de hacendado. Pero mantenían el secreto, era la clave de todo. Nadie, excepto ellos mismos, conocía aquel mundo.

Sin aquel mundo, se preguntaba Rosalind, ¿cómo habría podido vivir aquel invierno? Cómo hubiera resistido, por ejemplo, la fiesta de las bodas de oro, aquella en que todos los Thorburn se reunieron en Porchester Terrace para celebrar el cincuenta aniversario de aquella unión que había resultado tan afortunada—¿no había producido a Ernest Thorburn?—, y tan fructífera —¿no había producido otros nueve hijos e hijas, muchos de ellos ya casados y también dichosos?—. Temía aquella reunión, pero era ineludible. Mientras subía las escaleras, lamentó amargamente su condición de hija única y huérfana, perdida entre todos aquellos Thorburn reunidos en el gran salón con el empapelado de raso brillante y los lustrosos retratos de familia. Los Thorburn vivos se parecían mucho a los pintados; sólo que en vez de dibujados, sus labios eran reales, y de ellos salían chistes, bromas acerca del colegio y de cómo le habían quitado la silla a la institutriz; bromas referentes a ranas ocultas entre las sábanas virginales de algunas solteronas. Y ella ni tan siquiera había hecho la petaca en una cama. Con el regalo en la mano, se acercó a su suegra, suntuosa en su vestido de raso amarillo, y a su suegro, condecorado con un gran clavel también amarillo. A su alrededor, sobre mesas y sillas, había tributos de oro, algunos de ellos envueltos en algodón, otros resplandecientes —candelabros, cigarreras, cadenas—, y todos estampados con la marca del orfebre, prueba de su calidad de oro sólido, contrastado, auténtico. En cambio, su regalo consistía únicamente en una pequeña caja de imitación cubierta de agujeros; un antiguo secante de arena, reliquia del siglo XVIII, alguna vez empleado para espolvorear arena sobre la tinta fresca. Un regalo bastante absurdo en la época moderna, pensó. Mientras lo ofrecía, aparecieron ante sus ojos las gruesas letras negras con las que su suegra le había expresado, cuando se prometió la esperanza de que «Mi hijo te hará feliz». No, no era feliz. Nada feliz. Miró a Ernest, derecho como una baqueta, con una nariz como todas las narices de los retratos de la familia. Una nariz que no se fruncía.

Después bajaron a comer. Rosalind quedaba medio oculta tras los altos crisantemos que retorcían sus pótalos rojos y dorados en numerosos globos apretados. Todo era dorado. Una tarjeta con bordes dorados e iniciales doradas entrelazadas recitaba la lista de todos los platos que irían desfilando ante ellos. Hundió su cuchara en un claro líquido dorado. La niebla blanca y fría del exterior había sido convertida por las lámparas en una capa dorada que empañaba los bordes de las bandejas y daba a las pinas americanas una áspera piel dorada. Únicamente ella y su vestido blanco de novia, con sus ojos saltones, parecía insoluble como un carámbano.

A medida que transcurría la comida, iba aumentando el calor en la habitación. Gotas de sudor cubrían la frente de los hombres. Sintió que su carámbano se convertía en agua, se estaba fundiendo, dispersando, disolviendo en la nada, y que pronto se desmayaría. Entonces, a través del caos de su cabeza y del zumbido en sus oídos, oyó exclamar a una voz femenina:

—¡Pero son tan fecundos!

Los Thorburn, sí, son tan fecundos, repitió mirando a todas las caras rojas y redondas que parecían doblarse en el vértigo que la dominaba y se potenciaba en la niebla dorada que los envolvía como un halo.

—¡Son tan fecundos!

Entonces John vociferó:

—¡Pequeños diablos! ¡Matadlos! Aunque sea a patadas. ¡Es el único medio de acabar con ellos! ¡Conejos!

Al oír aquella palabra, aquella palabra mágica, revivió. Atisbando entre los crisantemos vio que la nariz de Ernest se fruncía, oscilaba y se fruncía sucesivamente. En aquel momento, una misteriosa catástrofe se abatió sobre los Thorburn. La mesa dorada se convirtió en un páramo con los brazos en plena floración; el zumbido de las voces se convirtió en risas de alondra bajando del cielo. Era un cielo azul... Las nubes lo cruzaban lentamente. Los Thorburn se habían transformado. Miró a su suegro, un hombrecillo furtivo con bigotes teñidos. Su debilidad era coleccionar sellos, cajas esmaltadas, fruslerías de tocador del siglo XVIII, que ocultaba de su esposa en los cajones de su despacho. Ahora lo veía tal como era: un cazador furtivo, escabullándose, con el abrigo abultado por los faisanes y perdices, que dejaba caer subrepticiamente en la enorme marmita de su morada humeante. Así era su suegro en realidad: un cazador furtivo. Y Celia, la hija soltera, que siempre metía la nariz en los secretos de los demás, la pequenez que querían ocultar... Era un hurón blanco con ojos rosados y una nariz llena de la tierra de sus horrendos, subterráneos y rastreros husmeos... Lanzaba alrededor de los hombres una red y lo[c] empujaba al vacío. Una vida lastimosa la de Celia, pero no era culpa suya. Así vio a Celia. Luego miró a su suegra, a quien investían de hacendado. Encendida, burda, montón de carne en conserva, era todo esto mientras les iba dando las gracias. Pero ahora que Rosalind —es decir, Lapinova— la observó, percibió en torno a ella la ruinosa mansión solariega, la pintura cayéndose de las paredes y la oyó, con su voz lacrimosa, dar las gracias a sus hijos (que la odiaban) por un mundo que había dejado de existir. Hubo un súbito silencio. Todos mantenían las copas levantadas, todos bebieron, todo había concluido.

—¡Oh, rey Lappin! —exclamó mientras volvían a su casa a través de la niebla—. ¡Si no llegas a fruncir la nariz en aquel momento, me habrían atrapado!

—Pero ahora ya estás a salvo —dijo el rey Lappin, oprimiéndole la mano.

—Completamente a salvo —le contestó.

Y fueron por el parque, rey y reina del marjal, de la niebla y del brezal perfumado.

Pasó el tiempo, un año, dos años. Y una noche de invierno, que por singular coincidencia era el aniversario de la fiesta de las bodas de oro —aunque la señora de Reginald Thorburn había muerto, la casa se ofrecía en alquiler y en ella sólo vivía el vigilante—, Ernest volvió a casa desde su oficina. Tenían un bonito hogar, medio piso sobre la tienda de un talabartero en South Kensington, no lejos de la estación del metro. Hacia frío, con niebla en el aire y Rosalind estaba cosiendo, sentada cerca del fuego.

—¿Qué creerías que me ha pasado hoy? —empezó tan pronto como él se hubo sentado con las piernas extendidas ante el fuego—. Estaba cruzando el riachuelo cuando...

—¿Qué riachuelo? —la interrumpió Ernest.

—El riachuelo que hay en el fondo, allí donde nuestro bosque se une a la selva negra —explicó.

Ernest quedó un instante perplejo por completo.

—¿De qué diantres estás hablando? —preguntó.

—¡Querido Ernest! —exclamó ella, desmayadamente—. Rey Lappin —añadió columpiando sus pequeñas extremidades delanteras ante la luz del fuego.

Pero él no frunció la nariz. Sus manos —se convirtieron en manos— se aferraron a la tela que sostenía y sus ojos casi salieron de sus órbitas. El necesitó casi cinco minutos para convertirse de Ernest Thorburn en el rey Lappin. Mientras esperaba, ella sentía un peso sobre la nuca, como si alguien tratase de retorcerle el cuello. Por fin, él se convirtió en el rey Lappin, frunció la nariz y pasaron la velada vagando, como de costumbre, por los bosques.

Pero ella durmió mal, se despertó en la mitad de la noche sintiendo que le había ocurrido algo extraño. Se notaba embotada y fría. Encendió la luz y miró a Ernest, quien, tendido a su lado, estaba completamente dormido. Roncaba, pero aun así, su nariz permanecía absolutamente inmóvil. Parecía no haberse fruncido jamás. ¿Era posible que fuese

Ernest y ella estuviera realmente casada con él? La visión del comedor de su suegra apareció ante sus ojos, y allí estaban sentados ella y Ernest, ya viejos, bajo los grabados, frente al aparador... celebrando sus bodas de oro. No pudo soportarlo.

—¡Lappin, rey Lappin, despierta! —gritó.

Ernest se despertó y al verle sentada, erguida a su lado, preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Creí que mi conejo había muerto —lloriqueó ella.

Ernest se puso furioso.

—No digas sandeces, Rosalind —dijo—. Acuéstate y duerme.

Le dio la espalda y al momento estaba profundamente dormido y roncaba.

Pero ella no pudo dormirse. Yacía agazapada como una liebre en su lado de la cama. Había apagado la luz y la iluminación de la calle se reflejaba tenuemente en el techo. Los árboles del exterior formaban una tupida red sobre su cabeza, como si le hubiese crecido una sombra al techo, por la que ella deambulaba dando vueltas, retorciéndose hacia dentro y hacia fuera, dando vueltas y más vueltas, cazando, siendo cazada, oyendo el ladrido de los sabuesos y los cuernos de caza; volando, escapando... hasta que la sirvienta alzó las persianas y les trajo su primer té.

Durante el día no hizo nada a derechas, parecía haber perdido algo. Sentía como si su cuerpo se hubiese encogido, haciéndose más pequeño, negro y duro. Sus articulaciones estaban como anquilosadas y al mirarse al espejo —cosa que hizo infinidad de veces mientras vagaba por el piso—, vio que sus ojos eran más prominentes que nunca. Las habitaciones también parecían haberse encogido. Grandes muebles se proyectaban en ángulos extraños y tropezó varias veces con ellos. Por fin se puso el sombrero y salió a la calle. Siguió a lo largo de la calle Cromwell y en cada habitación que atisbaba al pasar, veía un comedor con los comensales reunidos bajo grabados en acero, gruesas cortinas amarillas y aparadores de caoba. Llegó al Museo de Historia Natural. En su niñez gozaba visitándolo. Lo primero que percibió al entrar fue una liebre disecada, puesta sobre nieve de imitación y con los ojos de vidrio rojo. Se estremeció sin saber la causa. Quizá se sentiría mejor al anochecer. Volvió a casa y se sentó junto al fuego sin encender la luz. Trató de imaginar que estaba sola en un páramo por el que cruzaba un riachuelo y, detrás de éste, un bosque oscuro. Pero no pudo ir más allá de la corriente. Al fin se agazapó cerca de la orilla, sobre la hierba húmeda. Se sentó en cuclillas sobre el sillón, con las manos colgando,

vacías, y los ojos brillantes a la luz del fuego como cuentas de cristal. De pronto oyó el chasquido de un rifle..., se sobresaltó como si le hubiesen disparado. Era Ernest, metiendo la llave en la cerradura. Entró y encendió la luz. Se quedó en la puerta, alto, bien parecido, frotándose las manos rojas por el frío.

—¿Sentada en la oscuridad? —dijo.

—Oh, ¡Ernest, Ernest! —gritó, levantándose del sillón.

—Bueno, ¿qué te pasa ahora? —preguntó secamente, mientras se calentaba las manos ante el fuego.

—Es Lapinova... —balbució, escrutándole desatinadamente con sus grandes ojos asustados—. ¡Se ha ido, la he perdido!

Ernest frunció el ceño y unió los labios en una línea dura.

—Ah... ¿Con que se trata de esto? —repuso sonriendo ásperamente a su esposa.

La miró en silencio durante diez segundos. Ella esperaba, sintiendo manos que le oprimían la nuca.

—Sí —comentó al fin—. Pobre Lapinova... —se arregló la corbata ante el espejo que había sobre la chimenea—. Cogida en una trampa —añadió—. Asesinada.

Se sentó y empezó a leer el periódico.

Y así terminó aquel matrimonio.

EL ZAHIR   Jorge Luis Borges

El Zahir, Jorge Luis Borges

En Buenos Aires el Zahir es una moneda común, de veinte centavos; marcas de navaja o de cortaplumas rayan las letras N T y el número dos; 1929 es la fecha grabada en el anverso. (En Guzerat, a fines del siglo XVIII, un tigre fue Zahir; en Java, un ciego de la mezquita de Surakarta, a quien lapidaron los fieles; en Persia, un astrolabio que Nadir Shab hizo arrojar al fondo del mar; en las prisiones del Mahdí, hacia 1892, una pequeña brújula que Rudolf Carl von Slatin tocó, envuelta en un jirón de turbante; en la aljama de Córdoba, según Zotenberg, una veta en el mármol de uno de los mil doscientos pilares; en la judería de Tetuán, el fondo de un pozo.) Hoy es el trece de noviembre; el día siete de junio, a la madrugada, llegó a mis manos el Zahir; no soy el que era entonces pero aún me es dado recordar, y acaso referir, lo ocurrido. Aún, siquiera parcialmente, soy Borges.

El seis de junio murió Teodelina Villar. Sus retratos, hacia 1930, obstruían las revistas mundanas; esa plétora acaso contribuyó a que la juzgaran muy linda, aunque no todas las efigies apoyaran incondicionalmente esa hipótesis. Por lo demás, Teodelina Villar se preocupaba menos de la belleza que de la perfección. Los hebreos y los chinos codificaron todas las circunstancias humanas; en la Mishnah se lee que, iniciado el crepúsculo del sábado, un sastre no debe salir a la calle con una aguja; en el Libro de los Ritos que un huésped, al recibir la primera copa, debe tomar un aire grave y, al recibir la segunda, un aire respetuoso y feliz. Análogo, pero más minucioso, era el rigor que se exigía Teodelina Villar. Buscaba, como el adepto de Confucio o el talmudista, la irreprochable corrección de cada acto, pero su empeño era más admirable y más duro, porque las normas de su credo no eran eternas, sino que se plegaban a los azares de París o de Hollywood. Teodelina Villar se mostraba en lugares ortodoxos, a la hora ortodoxa, con atributos ortodoxos, con desgano ortodoxo, pero el desgano, los atributos, la hora y los lugares caducaban casi inmediatamente y servían (en boca de Teodelina Villar) para definición de lo cursi. Buscaba lo absoluto, como Flaubert, pero lo absoluto en lo momentáneo. Su vida era ejemplar y, sin embargo, la roía sin tregua una desesperación interior. Ensayaba continuas metamorfosis, como para huir de sí misma; el color de su pelo y las formas de su peinado eran famosamente inestables. También cambiaban la sonrisa, la tez, el sesgo de los ojos. Desde 1932, fue estudiosamente delgada... La guerra le dio mucho que

pensar. Ocupado París por los alemanes, ¿cómo seguir la moda? Un extranjero de quien ella siempre había desconfiado se permitió abusar de su buena fe para venderle una porción de sombreros cilíndricos; al año, se propaló que esos adefesios *nunca se habían llevado en París* y por consiguiente no eran sombreros, sino arbitrarios y desautorizados caprichos. Las desgracias no vienen solas; el doctor Villar tuvo que mudarse a la calle Aráoz y el retrato de su hija decoró anuncios de cremas y de automóviles. (¡Las cremas que harto se aplicaba, los automóviles que ya *no* poseía!) Esta sabía que el buen ejercicio de su arte exigía una gran fortuna; prefirió retirarse a claudicar. Además, le dolía competir con chicuelas insustanciales. El siniestro departamento de Aráoz resultó demasiado oneroso; el seis de junio, Teodelina Villar cometió el solecismo de morir en pleno Barrio Sur. ¿Confesaré que, movido por la más sincera de las pasiones argentinas, el esnobismo, yo estaba enamorado de ella y que su muerte me afectó hasta las lágrimas? Quizá ya lo haya sospechado el lector.

En los velorios, el progreso de la corrupción hace que el muerto recupere sus caras anteriores. En alguna etapa de la confusa noche del seis, Teodelina Villar fue mágicamente la que fue hace veinte años; sus rasgos recobraron la autoridad que dan la soberbia, el dinero, la juventud, la conciencia de coronar una jerarquía, la falta de imaginación, las limitaciones, la estolidez. Más o menos pensé: ninguna versión de esa cara que tanto me inquietó será tan memorable como ésta; conviene que sea la última, ya que pudo ser la primera. Rígida entre las flores la dejé, perfeccionando su desdén por la muerte. Serían las dos de la mañana cuando salí. Afuera, las previstas hileras de casas bajas y de casas de un piso habían tomado ese aire abstracto que suelen tomar en la noche, cuando la sombra y el silencio las simplifican. Ebrio de una piedad casi impersonal, caminé por las calles. En la esquina de Chile y de Tacuarí vi un almacén abierto. En aquel almacén, para mi desdicha, tres hombres jugaban al truco.

En la figura que se llama *oxímoron,* se aplica a una palabra un epíteto que parece contradecirla; así los gnósticos hablaron de luz oscura; los alquimistas, de un sol negro. Salir de mi última visita a Teodelina Villar y tomar una caña en un almacén era una especie de oximoron; su grosería y su facilidad me tentaron. (La circunstancia de que se jugara a los naipes aumentaba el contraste.) Pedí una caña de naranja; en el vuelto me dieron el Zahir; lo miré un instante; salí a la calle, tal vez con un principio de fiebre. Pensé que no hay moneda que no sea símbolo de las monedas que sin fin resplandecen en la historia y la fábula. Pensé en el óbolo de Caronte; en el óbolo que pidió Belisario; en los treinta dineros de Judas; en las dracmas de la cortesana Laís; en la antigua moneda que ofreció uno de los durmientes de Efeso; en las claras

monedas del hechicero de las Mil y Una Noches, que después eran círculos de papel; en el denario inagotable de Isaac Laquedem; en las sesenta mil piezas de plata, una por cada verso de una epopeya, que Firdusi devolvió a un rey porque no eran de oro; en la onza de oro que hizo clavar Ahab en el mástil; en el florín irreversible de Leopold Bloom; en el luis cuya efigie delató, cerca de Varennes, al fugitivo Luis XVI. Como en un sueño, el pensamiento de que toda moneda permite esas ilustres connotaciones me pareció de vasta, aunque inexplicable, importancia. Recorrí, con creciente velocidad, las calles y las plazas desiertas. El cansancio me dejó en una esquina. Vi una sufrida verja de hierro; detrás vi las baldosas negras y blancas del atrio de la Concepción. Había errado en círculo; ahora estaba a una cuadra del almacén donde me dieron el Zahir.

Doblé; la ochava oscura me indicó, desde lejos, que el almacén ya estaba cerrado. En la calle Belgrano tomé un taxímetro. Insomne, poseído, casi feliz, pensé que nada hay menos material que el dinero, ya que cualquier moneda (una moneda de veinte centavos, digamos) es, en rigor, un repertorio de futuros posibles. El dinero es abstracto, repetí, el dinero es tiempo futuro. Puede ser una tarde en las afueras, puede ser música de Brahams, puede ser mapas, puede ser ajedrez, puede ser café, puede ser las palabras de Epicteo, que enseñan el desprecio del oro; es un Proteo más versátil que el de la isla de Pharos. Es tiempo imprevisible, tiempo de Bergson, no duro tiempo del Islam o del Pórtico. Los deterministas niegan que haya en el mundo un solo hecho posible, *id es* un hecho que pudo acontecer; una moneda simboliza nuestro libre albedrío. (No sospechaba yo que esos «pensamientos» eran un artificio contra el Zahir y una primera forma de su demoníaco influjo.) Dormí tras de tenaces cavilaciones, pero soñé que yo era las monedas que custodiaba un grifo.

Al otro día resolví que yo había estado ebrio. También resolví librarme de la moneda que tanto me inquietaba. La miré: nada tenía de particular, salvo unas rayaduras. Enterrarla en el jardín o esconderla en un rincón de la biblioteca hubiera sido lo mejor, pero yo quería alejarme de su órbita. Preferí perderla. No fui al Pilar, esa mañana, ni al cementerio; fui, en subterráneo, a Constitución y de Constitución a San Juan y Boedo. Bajé, impensadamente, en Urquiza; me dirigí al oeste y al sur; barajé, con desorden estudioso, unas cuantas esquinas y en una calle que me pareció igual a todas, entré en un boliche cualquiera, pedí una caña y la pagué con el Zahir. Entrecerré los ojos, detrás de los cristales ahumados; logré no ver los números de las casas ni el nombre de la calle. Esa noche, tomé una pastilla de veronal y dormí tranquilo.

Hasta fines de junio me distrajo la tarea de componer un relato fantástico. Este encierra dos o tres perífrasis enigmáticas —en lugar de

sangre pone *agua de la espada;* en lugar de *oro, lecho de la serpiente*— y está escrito en primera persona. El narrador es un asceta que ha renunciado al trato de los hombres y vive en una suerte de páramo. (Gnitaheidr es el nombre de ese lugar.) Dado el candor y la sencillez de su vida, hay quienes lo juzgan un ángel; ello es una piadosa exageración, porque no hay hombre que esté libre de culpa. Sin ir más lejos, él mismo ha degollado a su padre; bien es verdad que éste era un famoso hechicero que se había apoderado, por artes mágicas, de un tesoro infinito. Resguardar el tesoro de la insana codicia de los humanos es la misión a la que ha dedicado su vida; día y noche vela sobre él. Pronto, quizá demasiado pronto, esa vigilia tendrá fin: las estrellas le han dicho que ya se ha forjado la espada que la tronchará para siempre. (Gram es el nombre de esa espada.) En un estilo cada vez más tortuoso, pondera el brillo y la flexibilidad de su cuerpo; en algún párrafo habla distraídamente de escamas; en otro dice que el tesoro que guarda es de oro fulgurante y de anillos rojos. Al final entendemos que el asceta es la serpiente Fafnir y el tesoro en que yace, el de los Nibelungos. La aparición de Sigurd corta bruscamente la historia.

He dicho que la ejecución de esa fruslería (en cuyo decurso intercalé, seudoeruditamente, según verso de la *Fáfnismál)* me permitió olvidar la moneda. Noches hubo, en que me creí tan seguro de poder olvidarla que voluntariamente la recordaba. Lo cierto es que abusé de esos ratos; darles principio resultaba más fácil que darles fin. En vano repetí que ese abominable disco de níquel no difería de los otros que pasan de una mano a otra mano, iguales, infinitos e inofensivos. Impulsado por esa reflexión, procuré pensar en otra moneda, pero no pude. También recuerdo algún experimento, frustrado, con cinco y diez centavos chilenos y con un vintén oriental. El dieciséis de julio adquirí una libra esterlina; no la miré durante el día, pero esa noche (y otras) la puse bajo un vidrio de aumento y la estudié a la luz de una poderosa lámpara eléctrica. Después la dibujé con un lápiz, a través de un papel. De nada me valieron el fulgor y el dragón y el San Jorge; no logré cambiar de idea fija.

El mes de agosto, opté por consultar a un siquiatra. No le confié toda mi ridicula historia; le dije que el insomnio me atormentaba y que la imagen de un objeto cualquiera solía perseguirme; la de una ficha o la de una moneda, digamos... Poco después, exhumé en una librería de la calle Sarmiento un ejemplar de *Urkenden zur Geschichte der Zabirsage* (Breslau, 1899) de Julius Barlach.

En aquel libro estaba declarado mi mal. Según el prólogo, el autor se propuso «reunir en un solo volumen en manuable octavo mayor todos los documentos que se refieren a la superstición del Zahir, incluso cuatro piezas pertenecientes al archivo de Habicht y el manuscrito

original del informe de Philip Meadows Taylor». La creencia en el Zahir es islámica y data, al parecer, del siglo XVIII. (Barlach impugna los pasajes que Zotenberg atribuye a Abulfeda.) *Zahir,* en árabe, quiere decir notorio, visible; en tal sentido, es uno de los noventa y nueve nombres de Dios; la plebe, en tierras musulmanas, dice de «los seres o cosas que tienen la terrible virtud de ser inolvidables y cuya imagen acaba por enloquecer a la gente». El primer testimonio incontrovertido es el del persa Lutf Alí Azur. En las puntales páginas de la enciclopedia biográfica titulada *Templo del Fuego,* ese polígrafo y derviche ha narrado que en un colegio de Shiraz hubo un astrolabio de cobre, «construido de tal suerte que quien lo miraba una vez no pensaba en otra cosa y así el rey ordenó que lo arrojaran a lo más profundo del mar, para que los hombres no se olvidaran del universo». Más dilatado es el informe de Meadows Taylor, que sirvió al nizam de Haidarabad y compuso la famosa novela *Confessions of a Thug.* Hacia 1832, Taylor oyó en los arrabales de Bhuj la desacostumbrada locución «Haber visto al Tigre» (*Verily he has looked on the Tiger)* para significar la locura o la santidad. Le dijeron que la referencia era a un tigre mágico, que fue la perdición de cuantos lo vieron, aun de muy lejos, pues todos continuaron pensando en él, hasta el fin de sus días. Alguien dijo que uno de esos desventurados había huido a Mysore, donde había pintado en un palacio la figura del tigre. Años después, Taylor visitó las cárceles de ese reino; en la de Nittur el gobernador le mostró una celda, en cuyo piso, en cuyos muros, y en cuya bóveda un faquir musulmán había diseñado (en bárbaros colores que el tiempo, antes de borrar, afinaba) una especie de tigre infinito. Ese tigre estaba hecho de muchos tigres, de vertiginosa manera; lo atravesaban tigres, estaba rayado de tigres, incluía mares e Himalayas y ejércitos que parecían otros tigres. El pintor había muerto hacía muchos años, en esa misma celda; venía de Sind o acaso de Guzerat y su propósito inicial había sido trazar un mapamundi. De ese propósito quedaban vestigios en la monstruosa imagen. Taylor narró la historia a Muhammad Al-Yemení, de Fort William; éste le dijo que no había criatura en el orbe que no propendiera a *Zaheer*[1], pero que el Todomisericordioso no deja que dos cosas lo sean a un tiempo, ya que una sola puede fascinar muchedumbres. Dijo que siempre hay un Zahir y que en la Edad de la Ignorancia fue el ídolo que se llamó Yaúq y después un profeta del Jorasán, que usaba un velo recamado de piedras o una máscara de oro[2]. También dijo que Dios es inescrutable.

Muchas veces leí la monografía de Barlach. No desentraño cuáles fueron

---

[1] Asi escribe Taylor esa palabra.

[2] Barlach observa que Yauq figura en el Corán (71, 23) y que el profeta es Al-Moqanna (El Velado) v que nadie, fuera del sorprendente corresponsal de Philip Meadows Taylor, los ha vinculado al Zahir.

mis sentimientos; recuerdo la desesperación cuando comprendí que ya nada me salvaría, el intrínseco alivio de saber que yo no era culpable de mi desdicha, la envidia que me dieron aquellos hombres cuyo Zahir no fue una moneda sino un trozo de mármol o un tigre. Qué empresa fácil no pensar en un tigre, reflexioné. También recuerdo la inquietud singular con que leí este párrafo: «Un comentador del *Gulshan i Raz* dice que quien ha visto al Zahir pronto verá la Rosa y alega un verso interpolado en el *Asrar Nama* (Libro de cosas que se ignoran) de Attar: el Zahir es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo».

La noche que velaron a Teodelina, me sorprendió no ver entre los presentes a la señora de Abascal, su hermana menor. En octubre, una amiga suya me dijo:

—Pobre Julita, se había puesto rarísima y la internaron en el Bosch. Cómo las postrará a las enfermeras que le dan de comer en la boca. Sigue dele temando con la moneda, idéntica al *chauffeur* de Morena Sackmann.

El tiempo, que atenúa los recuerdos, agrava el del Zahir. Antes, yo me figuraba el anverso y después el reverso; ahora, veo simultáneamente los dos. Ello no ocurre como si fuera de cristal el Zahir, pues una cara no se superpone a la otra; más bien ocurre como si la visión fuera esférica y el Zahir campeara en el centro. Lo que no es el Zahir me llega tamizado y como lejano: la desdeñosa imagen de Teodelina, el dolor físico. Dijo Tennyson que si pudiéramos comprender una sola flor sabríamos quiénes somos y qué es el mundo. Tal vez quiso decir que no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas. Tal vez quiso decir que el mundo visible se da entero en cada representación, de igual manera que la voluntad, según Schopenhauer, se da entera en cada sujeto. Los cabalistas entendieron que el hombre es un microcosmo, un simbólico espejo del universo; todo, según Tennyson, lo sería. Todo, hasta el intolerable Zahir.

Antes de 1948, el destino de Julia me habrá alcanzado. Tendrán que alimentarme y vestirme, no sabré si es tarde o de mañana, no sabré quién fue Borges. Calificar de terrible ese porvenir es una falacia, ya que ninguna de sus circunstancias obrará para mí. Tanto valdría mantener que es terrible el dolor de un anestesiado a quien le abren el cráneo. Ya no percibiré el universo, percibiré el Zahir. Según la doctrina idealista, los verbos *vivir* y *soñar* son rigurosamente sinónimos; de miles de apariencias pasaré a una; de un sueño muy complejo a un sueño muy simple. Otros soñarán que estoy loco y yo con el Zahir. Cuando todos los hombres de la tierra piensen, día y noche, en el Zahir, ¿cuál será un sueño y cuál una realidad, la tierra o el Zahir?

En las horas desiertas de la noche aún puedo caminar por las calles. El alba suele sorprenderme en un banco de la plaza Garay, pensando (procurando pensar) en aquel pasaje del *Asrar Nama,* donde se dice que Zahir es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo. Vinculo ese dictamen a esta noticia: Para perderse en Dios, los sufíes repiten su propio nombre o los noventa y nueve nombres divinos hasta que éstos ya nada quieren decir. Yo anhelo recorrer esa senda. Quizá yo acabe por gastar el Zahir a fuerza de pensarlo y de repensarlo; quizá detrás de la moneda este Dios.

A Wally Zenner.

PRIMAVERA EN FIALTA   Vladimir Nabokov

Spring in Fialta, Vladimir Nabokov

Traducción de
Irene Peypoch

La primavera en Fialta es brumosa y apagada. Todo está húmedo: los troncos descoloridos de los plátanos, los enebros, las vallas, la arena. A lo lejos, en un panorama acuoso sobre los bordes irregulares de las casas, ligeramente azuladas, que se han levantado temblorosas para subir la cuesta (un ciprés les indica el camino), el borroso monte San Jorge parece más alejado que nunca de su homólogo en la postal que, desde 1910, dicen (aquellos sombreros de paja, aquellos juveniles cocheros de punto), había sacado a los turistas del triste deambular de sus piernas, entre pedazos de roca de cantos amatista y sueños de chimeneas adornadas con conchas de mar. Él aire es plácido y tibio, con un ligero olor a quemado. El mar, con su sal sumergida en una solución de lluvia, es más gris que glauco y con las olas demasiado perezosas para romperse en espuma.

Fue en un día así, a principios de los años treinta, que me encontré, espíritu abierto, en una de las empinadas callejuelas de Fialta, captándolo todo a la vez: el rococó marino en el quiosco, los crucifijos de coral en un aparador, el cartel deslucido de un circo visitante, con una esquina de papel mojado despegada de la pared, y un pedazo amarillento de corteza de naranja, aún verde, sobre la vieja acera azul pizarra que conservaba, aquí y allá, el recuerdo desvaído de las líneas de un mosaico antiguo. Me gusta Fialta, me gusta porque siento en el fondo de sus sílabas violáceas la escondida dulzura húmeda de las florecillas marchitas y porque el nombre parecido de un bello pueblo de Crimea se hace eco de su sonido; y también porque hay algo en la somnolencia de su húmeda Cuaresma que hace el alma más devota. Estaba contento de estar allí otra vez, de poder caminar montaña arriba en dirección inversa a los riachuelos producidos por la lluvia, sin sombrero, la cabeza húmeda, mi piel ya cubierta de tibieza a pesar de llevar únicamente un ligero impermeable sobre la camisa.

Había llegado en el expreso de Capparabella, el cual, con aquel indiferente placer de los trenes en los países montañosos, había producido aquella noche su mejor estrépito a través de todos los túneles imaginables. Un par de días, tanto tiempo como un respiro en medio de un viaje de negocios me lo permitía, es lo que esperaba permanecer allí.

Había dejado a mi esposa y a mis hijas en casa, y aquélla era una isla de felicidad siempre presente en el despejado camino de mi vida, siempre flotando junto a mí y aun a través de mí, me atrevería a decir; pero, de todas maneras, conservándose casi siempre en mi exterior.

Una jadeante criatura del sexo masculino, con su pequeña y dura barriga cubierta de barro, bajó a sacudidas del rellano de una puerta y avanzó torpemente, patituerto, tratando de llevar tres naranjas a la vez, pero dejando caer continuamente la variable tercera, hasta que cayó también él. Entonces apareció una muchachita de unos doce años, con una cinta de pesados abalorios colgada de su sucio cuello y una falda tan larga como la de una gitana, y se las llevó rápidamente, más ágil y con mayor habilidad. Cerca de allí, en la húmeda terraza de un café, un camarero secaba las mesas y un melancólico vendedor ambulante de caramelos del país, cosas de aspecto primoroso y brillo lunar, había colocado una desesperanzada canasta llena sobre la resquebrajada balaustrada, junto a la cual conversaban los dos. O bien la llovizna se había detenido o Fialta estaba tan acostumbrada a ella que no sabía si respiraba aire húmedo o lluvia tibia. Llenando su pipa de una tabaquera de hule mientras caminaba, el inglés más marino de esta sólida clase exportable, salió de los soportales y entró en una farmacia donde grandes y pálidas esponjas, metidas en un tarro azul, morían, detrás de su cristal, de la muerte más sedienta. ¡Qué delicioso alborozo sentía correr por mis venas, cuan agradablemente todo mi ser respondía a las vibraciones y efluvios de aquel día gris saturado de una esencia primaveral, que en sí parecía lenta en percibirse! Mis nervios eran extrañamente receptivos después de una noche sin sueño, lo asimilaban todo: el silbido de un tordo en los almendros que había detrás de la capilla, la paz de las casas ruinosas, el pulso del mar distante palpitando en la niebla; todo esto junto con el celoso verde de los trozos de vidrio erizándose a lo largo de un muro y los colores sólidos de un anuncio de circo que daba realce a un indio emplumado sobre un caballo encabritado en el acto de enlazar una cebra claramente endémica, mientras unos elefantes, totalmente atontados, se sentaban cavilando sobre sus tronos cubiertos de estrellas.

En aquel momento el mismo inglés pasó frente a mí. Cuando lo estaba absorbiendo junto con los demás, me di cuenta del súbito movimiento de sus grandes ojos azules que se esforzaban en los rabillos enrojecidos y del modo con que, rápidamente, se humedecía los labios —por la sequedad de las esponjas, supuse— pero al seguir la dirección de su mirada vi a Nina.

Cada vez que la había encontrado durante los quince años de nuestra..., me resulta difícil encontrar la palabra justa para calificar nuestras relaciones, no había parecido reconocerme en seguida y, también esta

vez, se quedó quieta un momento en la otra acera, medio vuelta hacia mí en una afectuosa incertidumbre mezclada de curiosidad. Únicamente su bufanda amarilla inició un movimiento como el de aquellos perros que nos reconocen antes que lo hagan sus amos; entonces

profirió un grito, con las manos levantadas y los diez dedos bailando y, en medio de la calle, con la simple y franca impulsividad de una vieja amistad (del mismo modo que hacía rápidamente el signo de la cruz sobre mí cada vez que nos separábamos), me besó tres veces con más boca que sentimiento. Después, caminó a mi lado, colgándose de mí, ajustando su paso al mío, enredándose con su estrecha falda marrón superficialmente abierta en un lado.

—Oh, sí, Ferdie también está aquí —replicó y a su vez me preguntó rápidamente por Elena.

«Debe estar paseando por los alrededores con Segur —siguió diciendo, refiriéndose a su marido—, tengo que hacer algunas compras, nos marchamos después de comer. Espera un momento, ¿hacia dónde me llevas, querido Víctor?

De vuelta al pasado, de vuelta al pasado como lo hacía cada vez que la encontraba, repitiendo la total acumulación de la trama desde el principio hasta el último hecho, del mismo modo que en los cuentos de hadas rusos, donde lo ya dicho es relatado de nuevo en cada giro de la historia. Esta vez nos habíamos encontrado en la tibia y brumosa Fialta y no podría haber celebrado la ocasión con mayor arte; y aunque hubiese sabido que esta sería la última vez, no lograría adornar con viñetas más brillantes la lista de los servicios anteriores del destino. La última vez, lo sostengo, pues no consigo imaginarme a una firma celestial de agentes que consintiese en prepararme una cita con ella más allá de la tumba.

Mi escena introductora con Nina había sido enterrada en Rusia hacía mucho tiempo, hacia 1917 diría yo, a juzgar por cierto retumbar de las bambalinas teatrales de la orilla izquierda. Fue en alguna fiesta de aniversario celebrada en la casa de campo que mi tía tenía cerca de Luga, durante los profundos repliegues del invierno (cómo recuerdo el primer signo percibido al acercarme al lugar: un granero rojo en medio de la blanca extensión). Acababa de graduarme en el Liceo Imperial y Nina ya estaba prometida. Aunque tenía mi edad, que era la del siglo, parecía tener veinte años por lo menos, y esto a pesar o quizá a causa de su constitución esbelta, por lo que a los treinta y dos su misma levedad la hacía parecer más joven. Su prometido era un centinela con permiso del frente, un tipo robusto y guapo, increíblemente educado e imperturbable, que pesaba cada palabra en la balanza del más exacto sentido común y hablaba con un tono aterciopelado de barítono que se

hacía aun más suave al dirigirse a ella; su decencia y devoción seguramente le atacaron los nervios. Ahora él es un ingeniero próspero, aunque algo solitario, en un distante país tropical.

Las ventanas se iluminaron y alargaron su luminosa extensión sobre la oscura nieve ondulante, dejando lugar entre ellas para el reflejo de la ventanilla en forma de abanico que había sobre la puerta de entrada. Cada una de las dos columnas laterales estaba blandamente ornada de blanco, lo cual estropeaba las líneas de lo que podía haber sido un perfecto *ex-libris* para la novela de nuestras vidas. No puedo recordar porqué habíamos cambiado el sonoro recibidor por la quieta oscuridad poblada únicamente de abetos que la nieve había henchido al doble de su tamaño. ¿Nos invitó el vigilante a mirar el lúgubre reflejo rojizo del cielo, presagio de algún incendio premeditado? Quizá. ¿Fuimos a ver una estatua ecuestre esculpida en el hielo cerca del estanque y obra del preceptor suizo de mi primo? Posiblemente. Mi memoria revive tan sólo el camino de vuelta a la brillante mansión simétrica; caminábamos en fila siguiendo un estrecho surco abierto en la nieve, oyendo el típico crash-crahs-crahs-crash único comentario que las noches taciturnas de invierno hacen a los humanos Yo iba a la retaguardia, y a tres sonoros pasos ante mí, caminaba una pequeña forma inclinada; los abetos mostraban gravemente sus cargadas zarpas. Resbalé y dejé caer la lámpara con la que alguien me había cargado; fue endemoniadamente difícil de recobrar, instantáneamente atraída por mis denuestos, con una vehemente risa baja que se anticipaba a la diversión. Nina se volvió un poco hacia mí. La llamo Nina aunque en aquel momento no sabía su nombre, ella y yo aún no habíamos tenido tiempo para las formalidades.

—¿Quién es? —preguntó con interés..., y yo ya la estaba besando en el cuello suave, ardiente por el calor de la larga piel de zorro que adornaba su abrigo y que se interponía en mi camino, hasta que se aferró a mis hombros y, con el candor tan peculiar en ella, gentilmente unió sus labios generosos y sumisos a los míos.

Pero de pronto, separándonos con la explosión de su alegría, empezó en la oscuridad a desarrollarse el tema de una pelea con bolas de nieve y alguien, huyendo, cayendo, crujiendo, riendo y jadeando, trepó sobre un montículo, trató de correr y lanzó un horrible quejido: la nieve profunda había llevado a cabo la amputación de un chanclo. Poco después todos regresamos a nuestras respectivas casas sin que yo pudiese hablar con Nina, ni hacer planes acerca del futuro, acerca de aquellos quince deambulantes años que ya se habían perdido en el confuso horizonte agobiado por el peso de nuestros encuentros dispersos; y mientras la miraba entre el dédalo de gestos que formaron el resto de aquella noche (probablemente juegos de salón con Nina una y otra vez en el campo contrario), estaba asombrado, recuerdo, no

tanto por su poca atención hacia mí después de aquel ardor en la nieve, como por la inocente naturalidad de aquella poca atención, porque aún no sabía que de haber pronunciado una palabra, habría cambiado inmediatamente en un maravilloso rayo de sol de bondad, una actitud compasiva y jovial, con toda la cooperación posible, como si el amor de la mujer fuese agua de manantial conteniendo sales saludables que a la menor insinuación ella daba siempre a todos para saciar su sed.

—Déjame recordar dónde nos vimos por última vez— empecé (dirigiéndome a la versión Fialta de Nina) para poder atraer a la pequeña cara de pómulos salientes y labios rojo oscuro, una cierta expresión que yo conocía. Efectivamente, el movimiento de su cabeza y el ceño fruncido parecieron deplorar más la insulsez de un viejo chiste que implicar olvido; o, para ser más exacto, era como si todas aquellas ciudades donde el destino había fijado nuestras varias citas, sin jamás atenderlas personalmente, todos aquellos andenes y escaleras, habitaciones de tres paredes y oscuras avenidas traseras, eran deslucidos escenarios restos de alguna otra vida, todos cerrados de hace tiempo y tan poco relacionados con la acción de nuestro propio destino a la aventura que mencionarlos era casi de mal gusto.

La acompañé a una tienda bajo los arcos; allí, en la semipenumbra, detrás de una cortina de abalorios, manoseó algunos bolsos de piel roja rellenos de papel, mirando atentamente las etiquetas con el precio, como queriendo aprender sus nombres de museo. Ella quería, dijo, exactamente la misma forma pero de cervato. Cuando, tras diez minutos de frenéticos crujidos, el viejo dálmata encontró tal capricho, por un milagro que me ha preocupado desde entonces, Nina, que estaba a punto de quitarme algún dinero de la mano, cambió de parecer y salió cruzando los móviles abalorios sin comprar nada.

Afuera estaba tan caliginoso como antes; el mismo olor a quemado, poniendo en movimiento mis recuerdos tártaros, salía por las ventanas abiertas de las casas descoloridas; un pequeño enjambre de mosquitos se distraía haciendo dibujos en el aire sobre una mimosa que, con sus ramas arrastrándose hasta el mismo suelo, había florecido indiferente. Dos trabajadores con sombrero de cuáquero, comían queso y ajos, con la espalda apoyada contra una cartelera de circo, que mostraba un húsar rojo y un deslucido tigre anaranjado; cosa curiosa, en su esfuerzo de hacer muy feroz a la bestia, el artista había ido tan lejos que acabó dando la vuelta por el otro lado y la cara del tigre era positivamente humana.

—*Au fond,* lo que yo quería era un peine —dijo Nina con tardío pesar.

Qué familiares me eran sus dudas, sus cambios de idea, sus nuevos cambios reflejos de la idea original; efímeras preocupaciones entre dos

trenes. Siempre acababa de llegar o estaba a punto de marcharse, y se me hacía difícil pensar en ello sin sentirme humillado por la variedad de intrincados caminos que uno febrilmente sigue para llegar a la cita final, que el más tenaz caminante sabe que es ineludible. De tener que someter ante los jueces de nuestra terrenal existencia una muestra de su pose habitual, quizá la habría colocado ante un mostrador de la Cook, con la pantorrilla izquierda cruzada sobre la espinilla derecha, el pie izquierdo golpeando el suelo, codos puntiagudos y monedero sobre el mostrador, mientras el empleado, con el lápiz en la mano, examinaba con ella el plano de un coche cama eterno.

Después del éxodo de Rusia, la vi —y aquella fue la segunda vez— en Berlín en casa de unos amigos. Estaba a punto de casarme y ella acababa de romper con su prometido. Al entrar en aquella habitación, la vi en seguida, y después de mirar a los demás huéspedes, instintivamente determiné cuáles entre aquellos hombres sabían más acerca de ella que yo. Estaba sentada en la esquina de un canapé, con los pies levantados y su pequeño y consolador cuerpo doblado en forma de Z; un cenicero estaba inclinado contra el sofá cerca de uno de sus talones. Me miró de reojo y al oír mi nombre se quitó la boquilla de los labios y empezó a gritar, lenta y alegremente:

—De toda la gente...

Inmediatamente quedó claro para todos, empezando por ella, que habíamos estado mucho tiempo en relaciones íntimas; no había duda de que había olvidado todo lo relativo al beso, pero en cierto modo debido

a aquel encuentro trivial, tuvo una vaga idea de amistad tibia y agradable que en realidad jamás había existido entre los dos. Así el cuadro total de nuestras relaciones estaba engañosamente basado en una amistad imaginaria..., que no tenía nada que ver con su ocasional buena voluntad. Nuestro encuentro resultó ser insignificante si se consideran las palabras que pronunciamos, pero ya no había barreras entre los dos; y cuando aquella noche, a la hora de la cena, me encontré sentado a su lado, probé desvergonzadamente la amplitud de su secreta paciencia.

Después se desvaneció de nuevo y un año más tarde mi esposa y yo acompañamos a mi hermano que se marchaba de Posen. Cuando el tren hubo partido, fuimos hacia la salida y en el otro andén, cerca de un vagón del expreso de París, vi de pronto a Nina con la cara hundida en un ramo de flores y en medio de un grupo de gente con la que había hecho amistad sin yo saberlo y que formaba un círculo boquiabierto ante ella, como los desocupados abren la boca ante una riña callejera, un niño extraviado o la víctima de un accidente. Alegremente me hizo señas con sus flores. Le presenté a Elena y en la atmósfera de

excitación de una gran estación de ferrocarril donde todo es algo que tiembla sobre el borde de algo más, hasta el punto de ser apretado y acariciado, el intercambio de pocas palabras fue suficiente para permitir a dos mujeres totalmente dispares llamarse por su nombre de pila la siguiente vez que se encontraron. Aquel día, en la sombra azul del vagón de París, Ferdinand fue mencionado por vez primera: supe con una ridícula punzada de dolor que estaba a punto de casarse con él. Las puertas habían empezado a sonar; besó a sus amigos rápida y piadosamente, subió al vagón y desapareció; al punto la vi a través del cristal, acomodándose en su compartimiento, habiéndose olvidado súbitamente, o pasado a otro mundo, y nosotros, con las manos en los bolsillos, parecíamos estar espiando una absolutamente insospechada vida moviéndose en un acuario en la penumbra, hasta que se dio cuenta de nuestra presencia y tamborileó sobre el cristal, después levantó los ojos, rebuscando en el marco como si colgase un cuadro, pero no ocurrió nada. Algún pasajero la ayudó y se asomó, audible y real, sonriendo con placer. Uno de nosotros, marchando con el furtivamente deslizante vagón, le tendió una revista y un Tauchnitz (ella leía inglés sólo cuando viajaba). Todo se alejaba deslizándose con bella suavidad, y yo sostenía un billete de andén arrugado hasta ser irreconocible; mientras una canción del siglo pasado (conectada según rumores con algún drama de amor parisino) siguió resonando y resonando en mi cabeza, habiendo emergido Dios sabe por qué, de la caja de música de la memoria, una balada sollozante que a menudo cantaba una vieja tía mía soltera, a quien la naturaleza había dotado con una voz tan poderosa y extasiante que parecía absorberla en la gloria de una nube ardiente tan pronto como empezaba a cantar:

On dit que tu te maries,

tu sais que j'en vais mourir,

y esta melodía, el dolor, la ofensa, el eslabón entre el himeneo y la muerte evocada por el ritmo, y la misma voz de la cantante muerta que acompañaba el recuerdo como única propietaria de la canción, no me dejó reposar durante varias horas después de la partida de Nina y aun más tarde se elevaba a intervalos cada vez más distanciados, como las últimas débiles olas enviadas a la playa por un barco que pasa, y que llegan cada vez más soñadoramente y con menos frecuencia, o la agonía del bronce de una campana vibrando después de que el campanero se ha sentado de nuevo en el círculo familiar. Y un año o dos más tarde, había ido a París por negocios; y una mañana en el rellano del piso de un hotel, donde había estado visitando a un actor de cine, allí estaba de nuevo, ataviada con un traje sastre gris, esperando el ascensor para bajar, una llave colgando de sus dedos.

—Ferdinand ha ido a la esgrima —dijo en tono trivial.

Sus ojos fijos en la parte inferior de mi cara como si me leyese los labios, y después de un momento de reflexión (su comprensión amatoria era incomparable) dio la vuelta rápidamente y cimbreándose sobre sus esbeltas caderas, me condujo por el pasillo alfombrado de azul. Una silla en la puerta de su habitación sostenía una bandeja con los restos del desayuno —un cuchillo manchado de miel, migas de pan en un plato de porcelana gris—, pero la habitación ya había sido hecha, y debido a nuestra súbita entrada una ola de muselina bordada de dalias blancas se revolvió con un temblor y golpe seco entre las correspondientes mitades del ventanal, las cuales únicamente soltaron su presa con algo semejante a un suspiro de dicha cuando hubimos cerrado la puerta; un poco más tarde salí al diminuto balcón con barandales de hierro que ellas ocultaban, para respirar el aroma combinado de hojas de arce secas y gasolina, desperdicios de la calle en la mañana azul y brumosa; y como aún no había notado la presencia de aquel sentimiento morboso que iba en aumento y amargaría todos mis siguientes encuentros con Nina, estaba probablemente tan tranquilo y despreocupado como ella cuando desde el hotel la acompañé a una oficina o a otra para rastrear una maleta que se le había extraviado y después al café, donde su marido estaba reunido con su corte del momento. No mencionaré el apellido (y las partes de él que aquí menciono, aparecen en decoroso disfraz) de aquel nombre, aquel escritor franco húngaro; quisiera no detenerme en él para nada, pero no puedo evitarlo, surge bajo mi pluma. Hoy ya casi nadie habla de él, y esto es bueno, pues prueba que yo tenía razón al resistirme a su maligno hechizo, tenía razón al experimentar un escalofrío en la espina dorsal cada vez que una de sus nuevas obras caía bajo mi mano. La fama de sus gustos circuló vivamente, pero pronto se hizo pesada y se evaporó; y para la posteridad, la historia de su vida se limitará al guión entre dos fechas. Seco y arrogante, con el juego de palabras venenoso y siempre listo a clavarse y rebuscar en uno con una extraña mirada de expectación en sus embotados y velados ojos castaños, aquella falsa broma tenía —me atrevo a decirlo—, un efecto irresistible en los pequeños roedores. Siendo maestro en el arte de la perfecta invención verbal, estaba particularmente orgulloso de ser un tejedor de palabras, título al que le daba más valor que al de escritor; personalmente jamás comprendí qué tenía de bueno imaginar libros, escribir cosas que no hubiesen ocurrido de un modo u otro; y recuerdo haberle dicho una vez al hacer frente a la burla de sus alentadoras inclinaciones de cabeza, que de ser yo escritor sólo le permitiría tener imaginación a mi corazón y que en lo concerniente al resto me basaría en la memoria, esa sombra de ocaso largamente arrastrada por la propia verdad personal.

Había leído sus libros antes de conocerle a él; una ligera aversión estaba ya sustituyendo el placer estético que había permitido que su primera novela me proporcionase. Al principio de su carrera había sido posible captar quizá algún paisaje humano, algún viejo jardín, alguna disposición de árboles vagamente familiar, en el cristal coloreado de su prosa prodigiosa, pero con cada nuevo libro los tintes se hicieron más densos, los gules y púrpuras cada vez más amenazadores. Hoy ya no se puede ver nada a través de aquel blasonado y horriblemente rico cristal, y parece que si alguien lo rompiese, nuestra alma estremecida se enfrentaría ante un negro vacío. ¡Pero qué peligroso era en su principio, qué ponzoña emitía, con qué látigo azotaba cuando se le provocaba! El tornado de sátira mortífera dejó un yermo desolado en el que robles derribados reposaban en fila y el polvo seguía revoloteando mientras el infortunado autor de alguna revista contraria, aullando de dolor, giraba como un trompo en aquel polvo.

Cuando nos conocimos, su *Passage á Niveau* era aclamado en París; estaba, como decían, «cercado», y Nina (cuya capacidad de adaptación era un extraordinario sustitutivo de la cultura de que carecía), había ya asumido si no la parte de una musa, por lo menos la de alma compañera y sutil consejera, siguiendo las convulsiones creativas de Ferdinand y compartiendo lealmente sus gustos artísticos aun cuando sea completamente improbable que se haya nunca aventurado por uno solo de sus volúmenes, pues tenía el mágico don de espigar los mejores pasajes a través de las tertulias de sus amigos literarios.

Cuando entramos en el café, estaba tocando una orquesta de mujeres; lo primero que vi fue el muslo de avestruz de una arpisa reflejado en uno de los espejos que cubrían las columnas; después localicé la mesa compuesta (pequeñas mesas unidas para formar una larga) en la que, dando la espalda a la pared aterciopelada, reinaba Ferdinand. Por un momento su actitud, la posición de sus manos separadas y las caras de sus compañeros de mesa, convergiendo todas hacia él, me recordaron de un modo grotesco y de pesadilla algo que no podía precisar, pero cuando lo hice retrospectivamente, la comparación sugerida me sorprendió como mucho menos sacrílega que la naturaleza de su mismo arte. Llevaba un jersey blanco con cuello de tortuga bajo una americana de *tweed;* su cabello brillante estaba peinado hacia atrás y el humo de su cigarrillo flotaba sobre su cabeza como un halo; su cara huesuda y faraónica permanecía estática. Únicamente sus ojos estaban en movimiento, llenos de sombría satisfacción. Habiendo abandonado las dos o tres evidentes guaridas donde los cándidos aprendices de la vida de Montparnasse habrían esperado encontrarle, había empezado a reinar en aquel establecimiento perfectamente burgués, debido a su particular sentido del humor que le hacía obtener una diversión brutal

de la lastimosa *specialite de la maison,* aquella orquesta compuesta por media docena de mujeres afectadas y de aspecto fatigado, que entrelazaban dulces melodías sobre una plataforma atestada, sin saber, como él había dicho, que hacer con sus maternales senos, bastante superfluos en el mundo de la música Después de cada interpretación se convulsionaba en un ataque epiléptico de aplausos, a los que las señoras ya no prestaban atención v que ya estaba levantando, pensé, ciertas dudas en la mente del dueño del café y en la de sus parroquianos habituales, pero que parecía muy divertido para los amigos de Ferdinand Recuerdo entre ellos a un artista con una cabeza impecablemente calva, si bien ligeramente deslucida que, con diversos pretextos, plasmaba continuamente en sus lienzos, un poeta cuya gracia especial era la habilidad de representar, si se le pedía, la caída de Adán por medio de cinco cerillas, un pacifico hombre de negocios que financiaba aventuras surrealistas (y pagaba los *aperitifs)* si le era permitido imprimir en una esquina algunos elogios a la actriz que protegía, un pianista, presentable en lo que a cara se refería, pero con dedos de expresión horrible, un escritor soviético, elegante, pero lingüísticamente impotente, recién llegado de Moscú, con una vieja pipa y un reloj de pulsera nuevo y que era completa y ridículamente ignorante de la clase de compañía en la que se encontraba Había también varios hombres mas, que se han confundido en mi memoria y no cabía duda que dos o tres de ellos habían sostenido relaciones intimas con Nina. Era la única mujer de la mesa, se inclino chupando ávidamente una paja y el nivel de su limonada disminuyó con una especie de celeridad infantil Solo cuando la ultima gota hubo borbotado y resonado y hubo empujado la paja con la lengua, solo entonces pude captar su mirada que había estado buscando obstinadamente, aun incapaz de enfrentarme con el hecho de que ella hubiese tenido tiempo para olvidar lo que había ocurrido mas temprano, en la misma mañana haberlo olvidado tan completamente que al encontrarse con mi mirada, respondió con una blanda sonrisa de interrogación y fue únicamente después de observarme mas fijamente que recordó la clase de sonrisa de respuesta que yo esperaba Mientras tanto, Ferdinand (las mujeres habían abandonado temporalmente su plataforma después de dejar de lado sus instrumentos como se abandona un mueble), estaba divirtiéndose llamando la atención de sus cama radas hacia la figura de un anciano que comía en un rincón apartado del café y que llevaba, como usan algunos franceses por alguna u otra razón, una pequeña cinta roja o algo semejante en la solapa de su abrigo y cuya barba gris, combinada con sus bigotes, formaba un agradable nido amarillento para su húmeda y ruidosa boca De algún modo, los signos exteriores de la vejez siempre divertían a Ferdie.

No me quede mucho tiempo en París, pero aquella semana demostró ser

suficiente para engendrar entre el y yo aquella falsa intimidad para cuya imposición el tema tanto talento Subsecuentemente hasta llegue a serle útil para algo: la casa donde yo trabajaba había adquirido los derechos para filmar una de sus novelas más comprensibles (después estuvo mucho tiempo apestando me con telegramas). Al pasar los años, nos encontrábamos de vez en cuando sonriéndonos mutuamente en algún sitio, pero yo jamás me sentí a gusto en su presencia, y aquel día, en Fialta, también experimente una depresión familiar al enterarme de que vagabundeaba por los alrededores, una cosa, sin embargo, me animaba de modo considerable el fracaso de su ultima obra.

Y ahí estaba acercándosenos, ataviado con un abrigo absolutamente a prueba de agua, con cinturón y bolsillos de cartera, una cámara al hombro, zapatos con doble suela de goma y chupando con una imperturbabilidad que quería ser graciosa, un bastón de caramelo, especialidad de Fialta A su lado caminaba el atildado maniquí sonrosado que era Segur, un amante del arte y un perfecto loco, jamás pude descubrir a propósito de que lo necesitaba Ferdinand y aún me parece oír a Nina diciendo con plañidera ternura que no la obligaba a nada:

—Oh, Segur es un encanto.

Se acercaron. Ferdinand y yo nos saludamos con fuerza, tratando de poner en el apretón de manos y los golpes en la espalda el mayor fervor posible, sabiendo por experiencia que aquello sería todo, pero pretendiendo que era únicamente un preludio. Siempre había ocurrido igual, después de cada separación nos encontrábamos con un acompañamiento de cuerdas que eran excitada-mente templadas, un movimiento de genialidad en la batahola de los sentimientos ocupando sus asientos; pero los acomodadores cerrarían las puertas y después de esto ya no se admitía a nadie más.

Segur se quejó del clima y de momento no supe de lo que estaba hablando, pero que la esencia de invernáculo húmeda y gris de Fialta pudiese ser considerada «clima», estaba igualmente lejos de cualquier otra cosa que hubiese podido servirnos de tema de conversación, como lo estaba, por ejemplo, el esbelto codo de Nina que yo sostenía entre el índice y el pulgar o un pedazo de hoja de lata que alguien había tirado y que brillaba en la distancia, en medio de la calle adoquinada.

Empezamos a caminar, con vagas adquisiciones brillando ante nosotros.

—¡Dios mío, qué indio! —exclamó de pronto Ferdinand con impetuosa fruición, asiéndome violentamente por el codo y señalando un cartel. Más adelante, cerca de una fuente, le dio su bastón de caramelo a una niña nativa, una criatura morena que lucía un collar alrededor de su lindo cuello; nos detuvimos para esperarle, él se agachó para decirle algo a ella, refiriéndose a sus negrísimas pestañas abatidas y después

nos alcanzó sonriendo y haciendo una de aquellas observaciones con las que le agradaba aderezar sus discursos. En aquel momento, su atención se vio atraída por un infortunado objeto exhibido en una tienda de recuerdos: una horrible imitación en mármol del monte San Jorge con su túnel negro en la base, que resultaba ser la boca de un tintero y un compartimiento para plumas imitando las vías del ferrocarril. Con la boca abierta, tembloroso y anhelante de triunfo sardónico, le dio vueltas entre sus manos a aquel objeto polvoriento, engorroso y perfectamente inútil, pagó sin regatear y con la boca aún abierta salió llevándose consigo aquel monstruo. Como algunos autócratas se rodean de jorobados y enanos, se encantaba ante este o aquel objeto odioso; aquella infatuación podía durar de cinco minutos a varios días o incluso más si la cosa resultaba ser animada.

Nina aludió ansiosamente a la comida y aprovechando una oportunidad en que Ferdinand y Segur se detuvieron en el correo, me apresuré a llevármela de allí. Aun me pregunto lo qué significaba para mí aquella pequeña y oscura mujer de hombros estrechos y «miembros líricos» (para repetir la expresión de un afectado poeta emigrado, uno de los pocos hombres que habían suspirado platónicamente detrás de ella) y aún comprendo menos cuál era el propósito del destino al reunimos constantemente. Después de mi estancia en París, estuve bastante tiempo sin verla y un día, cuando regresaba a casa de la oficina, la encontré tomando el té con mi esposa y examinando en su mano enguantada de seda, a través de la cual brillaba su anillo de matrimonio, el tejido de unas medias compradas baratas en la Tauent-zienstrasse. Una vez me enseñaron su fotografía en una revista de modas llena de hojas secas, guantes y campos de golf barridos por el viento. En cierta Navidad me envió una tarjeta con nieve y estrellas. En una playa de la Riviera casi se escapó de mi encuentro detrás de sus gafas de sol y bronceada terracota. Otro día, habiéndome dejado caer para un intempestivo trabajo en la casa de unos extranjeros donde se celebraba una fiesta, vi, en un perchero, su bufanda y abrigo de piel entre espantajos ajenos. En una librería me saludó desde la página de una de las historias de su marido, una página que se refería a una episódica sirvienta, pero en la que se había metido Nina de contrabando, a pesar de la intención del autor.

«Su cara, escribió, era más bien de la naturaleza de una instantánea que de un retrato meticuloso. Trató de imaginársela; todo lo que pudo visualizar fueron visiones fugaces de rasgos sin relación entre sí: el contorno suave de sus pómulos en el sol, la ambarina oscuridad de sus ojos vivos, sus labios en forma de sonrisa amistosa que siempre estaban prontos a cambiarse en un beso ardiente.»

Una y otra vez aparecía raudamente al margen de mi vida, sin

influenciar en lo más mínimo su contexto básico. Una mañana de verano (viernes, porque las sirvientas estaban golpeando las alfombras en el patio soleado), mi familia había ido al campo y yo estaba tumbado en la cama fumando indolentemente cuando oí sonar la campanilla con tremenda violencia. Y allí estaba ella en el recibidor habiendo entrado para dejar (incidentalmente) una horquilla para el pelo y (principalmente) un baúl cubierto de etiquetas de hotel que, quince días más tarde, fue recuperado para ella por un simpático muchacho austríaco, quien (de acuerdo con síntomas intangibles, pero seguros) pertenecía a la misma sociedad cosmopolita que yo. Ocasionalmente, en medio de una conversación se la nombraba y ella recorría los escalones de una frase fortuita sin volver la cabeza. Cuando viajaba por los Pirineos, pasé una semana en el castillo de unos amigos que también habían invitado a Nina y a Ferdinand. Nunca olvidaré mi primera noche allí, cómo esperé, cuan seguro estaba de que sin tenérselo que decir penetraría en mi cuarto, cómo no vino y el tumulto que miles de grillos producían en la delirante profundidad del jardín rocoso y chorreante de luz de luna, los locos riachuelos burbujeantes y mi pugna entre la feliz fatiga meridional tras un largo día de caza entre las rocas y mi sed salvaje por su furtiva presencia, risas bajas, tobillos sonrosados sobre la guarnición de plumón de cisne de sus zapatillas de altos tacones; pero la noche avanzó delirante y ella no vino, y cuando al día siguiente, durante una excursión general por la montaña, le hablé de mi espera, unió las manos con desmayo y al mismo tiempo con una rápida mirada, calculó si las espaldas del gesticulante Ferdie y su amigo estaban lo suficientemente lejos. Recuerdo haber hablado con ella por teléfono a través de media Europa (sobre los negocios de su marido) y no reconocer al principio su voz áspera y cortante; y recuerdo que una vez la soñé: soñé que mi hija mayor había entrado corriendo para decirme que el portero tenía graves problemas y cuando bajé, vi metida en un baúl, con un rollo de harpillera bajo la cabeza, los labios pálidos y envuelta en un chal de lana, a Nina adormecida, como duermen los refugiados miserables en las estaciones de Los Desamparados. Y sin tener en cuenta lo que me había sucedido a mí o a ella, durante esos momentos no hablábamos de nada, como nunca pensábamos el uno en el otro durante los intervalos de nuestro destino; pero cuando nos encontrábamos, la vida pacífica se alteraba inmediatamente, todos sus átomos se recombinaban y vivíamos en otro intermedio más ligero, que se medía no por las largas separaciones sino por aquellos escasos encuentros en los que una corta y supuestamente frívola vida, se formaba así artificialmente. Y con cada nuevo encuentro me fui volviendo más y más aprehensivo; no, no experimenté ningún colapso emocional interno, la sombra de la tragedia no se cernía sobre nuestras reuniones, mi vida matrimonial seguía siendo inalterable, mientras que

por otro lado su ecléctico marido ignoraba sus relaciones casuales, aunque sacaba provecho de ellas en la forma de agradables y útiles conexiones. Me fui haciendo más aprehensivo porque algo hermoso, delicado y que no volvería, se estaba desperdiciando; algo de lo que yo abusaba al tirar con gran prisa grandes bocados sobre pequeños trozos brillantes mientras desdeñaba el modesto pero verdadero corazón que quizá seguía ofreciéndome en un lastimoso susurro. Era más aprehensivo porque en la larga carrera estaba en cierto modo aceptando la vida de Nina, las mentiras, las futilidades, la incoherencia de esa vida. Aun en la ausencia de cualquier discordia sentimental, me sentía llevado a buscar una interpretación, si no moral, por lo menos racional de mi existencia y ello significaba escoger entre el mundo en el que me había sentado para retratarme, con mi esposa, mis pequeñas hijas, el Doberman (idílicas guirnaldas, un anillo de sello, un bastón delgado), entre aquel feliz, sabio y buen mundo... ¿Y qué? ¿Había alguna oportunidad práctica de vida con Nina? Vida que difícilmente podía imaginar porque estaría penetrada, lo sabía, por una amargura apasionada e intolerable y cada uno de sus instantes llevarían a remolque un pasado uncido a socios variables. No, la cosa era absurda. Y además, ¿no estaba ella encadenada a su marido por algo más fuerte que el amor? La amistad entre dos convictos. ¡Absurdo! Pero, ¿entonces qué tendría que haber hecho contigo, Nina, cómo tendría que haber dispuesto del acopio de tristeza que se había acumulado gradualmente como resultado de nuestros aparentemente despreocupados, pero en realidad desesperanzados encuentros?

Fialta está formada por el pueblo viejo y el nuevo; aquí y allí, pasado y presente están entrelazados, luchando tanto para desligarse como para eliminarse mutuamente; cada uno tiene sus propios métodos: el recién llegado combate honestamente, importando palmeras, abriendo inteligentes agencias de turismo, pintando con líneas claras la roja suavidad de las pistas de tenis; mientras que el solapado viejo residente se desliza por detrás de una esquina en la forma de alguna calleja con soportales o los tramos de escalera que no conducen a ningún sitio. En nuestro camino al hotel, pasamos ante una villa a medio construir, llena de escombros, en una de cuyas paredes otra vez los mismos elefantes, con sus monstruosas rodillas infantiles separadas, estaban sentados en inmensos tambores adornados y una amazona envuelta en etéreas sedas (llevando ya un pintado bigote) reposaba en un brioso corcel; un payaso de nariz roja como un tomate caminaba sobre la cuerda floja sosteniendo una sombrilla adornada con las socorridas estrellas, vago recuerdo simbólico de la celestial madre patria de las compañías de circo. Aquí en la zona de la Riviera de Fialta, la grava húmeda crujía del modo más fastuoso y el indolente suspirar del mar era más audible. En el patio trasero del hotel, un ayudante de cocina armado con un cuchillo

perseguía una gallina que cloqueaba desesperadamente como si corriese por su vida. Un limpiabotas me ofreció su anticuado trono con una sonrisa sin dientes. Bajo los plátanos había una motocicleta de factura alemana, una *limousine* salpicada de lodo y un largo «Icaro» amarillo que parecía un escarabajo gigante. («El nuestro, de Segur, quiero decir—dijo Nina, y añadió—: ¿Por qué no vienes con nosotros, Víctor?», aun sabiendo perfectamente que yo no podía ir); con el barniz de su élitro sumergido en un *gouache* de cielo y ramas; quedamos un momento reflejados en el metal de una de sus lámparas en forma de bomba, delgados paseantes de la tierra reflejada por la superficie convexa. Dimos unos pasos más y miré hacia atrás; vislumbré en un sentido casi óptico lo que realmente sucedió una hora o dos más tarde: los tres, usando sus cascos de motociclista, acercándose y haciéndome señas, transparentes para mí como fantasmas, con el color del mundo brillando a través de sus cuerpos, pero entonces se movían, retrocedían, disminuían (los diez dedos de Nina diciendo adiós por última vez); pero en aquel momento el automóvil estaba quieto, suave e intacto como un huevo y Nina, bajo mi brazo extendido, entraba por una puerta enmarcada de laureles. Al sentarnos pudimos ver a través de la ventana a Ferdinand y a Segur, que habían seguido otro camino, acercándose lentamente.

No había nadie en la terraza donde comimos, excepto el inglés que había visto antes. Tenía frente a sí un gran vaso que contenía una bebida roja brillante y producía una sombra ovalada sobre el mantel. En sus ojos vi el mismo deseo inyectado de sangre, pero ahora no estaba en ningún sentido relacionada con Nina, aquella mirada ávida no iba dirigida a ella, se fijaba en el rincón superior de la derecha de la amplia ventana cerca de la cual estaba sentado.

Habiéndose quitado los guantes dejando al descubierto sus pequeñas y delgadas manos, Nina, por última vez, comía los mariscos que tanto le gustaban. Ferdinand también estaba ocupado con la comida y me aproveché de su hambre para empezar una conversación que me dio una cierta ilusión de poder sobre él; para ser específico, mencioné su fracaso reciente. Después de un breve período de piadosa conversión religiosa muy de moda, durante la cual la gracia planeó sobre él y emprendió algunas dudosas peregrinaciones que terminaron con una aventura decididamente escandalosa, había dirigido su apagada mirada hacia el bárbaro Moscú. Ahora bien, hablando francamente, siempre me ha molestado la complaciente convicción de que un murmullo de corriente de conciencia, algunas sanas obscenidades y un chapoteo de comunismo en cada viejo cubo de agua sucia produzcan alquímica y automáticamente literatura ultramoderna, y sostendré, aunque me maten, que el arte tan pronto como se pone en contacto con la política

se hunde inevitablemente hasta el nivel de cualquier desecho ideológico. En el caso de Ferdinand, es cierto, todo esto era de difícil aplicación: los músculos de su musa eran extraordinariamente fuertes, por no mencionar el hecho de que los apuros de los desvalidos le importaban un comino; pero debido a ciertas corrientes subterráneas de este tipo, oscuramente malignas, su arte se había vuelto aún más repulsivo. Excepto algunos *snobs,* nadie había entendido la obra; yo no lo había visto, pero podía imaginar la elaborada noche kremlinesca a lo largo de las imposibles espirales en las que entretejió diversos giros de símbolos desmembrados; y ahora, no sin placer, le pregunté si había leído una pequeña crítica acerca de su obra.

—¡Críticos! —exclamó—. ¡A eso lo llaman hacer crítica! Un aceitoso mequetrefe se cree con derecho a darme lecciones. La ignorancia de mi trabajo es su mayor gloria. Mis libros se tocan con repugnancia, como alguien toca algo que puede explotar, ¡Críticos! Examinan desde todos los puntos de vista menos del esencial. Es como si un naturalista, al describir el género equino, empezase a dar la lata acerca de las sillas de montar o acerca de madame de V. (mencionó a una muy conocida anfitriona literaria, que en realidad se parecía a un caballo sonriente). Quisiera también un poco de esta sangre de paloma —continuó con la misma voz fuerte y desagradable dirigiéndose al camarero que comprendió su deseo al seguir la dirección del dedo de larga uña, que, sin educación, señalaba el vaso del inglés. Por una u otra razón, Segur mencionó a Ruby Rose, la mujer que se pintaba flores en el pecho y la conversación adquirió un tono menos insultante. Mientras tanto, el inmenso inglés se decidió y de pronto se subió en una silla y de allí pasó al antepecho de la ventana, se estiró hasta alcanzar aquella codiciada esquina del marco en la que descansaba una compacta y peluda mariposa nocturna que ágilmente metió en una caja de píldoras—. Igual que el caballo blanco de Napoleón —dijo Ferdinand, refiriéndose a algo que discutía con Segur.

—*Tu es trés hippique ce matin* —le observó este último.

Pronto salieron ambos para hablar por teléfono. A Ferdinand le entusiasmaban las conferencias y era particularmente eficaz en su obtención, sin importar cual fuese la distancia, empleando cuando era necesario una amistosa cordialidad, como por ejemplo en aquel momento, para asegurarse de que había habitaciones libres.

De lejos llegaba el sonido de la música, una trompeta, una cítara. Nina y yo salimos de nuevo a pasear. El circo, en su camino a Fialta, había enviado una embajada y un desfile anunciador estaba pasando. No pudimos ver la cabeza, pues había dado la vuelta en la colina por una avenida lateral, pero vimos alejarse la adornada parte trasera de un

carruaje, un hombre que cubierto con un albornoz conducía un camello, una hilera de cuatro mediocres indios llevando pancartas, y detrás de ellos, con permiso especial, el pequeño hijo de un turista, ataviado con sus galas de marinero se sentaba reverentemente sobre un delgado pony.

Pasamos ante un café donde las mesas ya estaban casi secas, pero vacías; el camarero examinaba (supongo que después la adoptó) un hallazgo horrible, el absurdo tintero, dejado por Ferdinand sobre la balaustrada al pasar. En la siguiente esquina nos llamó la atención una vieja escalera de piedra y empezamos a trepar por ella; yo me quedé mirando el ángulo afilado de los pasos de Nina al subir, levantando su falda, cuya estrechez requería el mismo gesto que habría requerido de tener el antiguo largo; difundía un calor que me era familiar y al ir a su lado, recordé la última vez que estuvimos juntos. Había sido en París, con mucha gente a nuestro alrededor y mi querido amigo Jules Darboux, deseando hacerme un favor refinado y estético, me había tocado al hombro diciendo:

—Quiero que conozcas...

Y me condujo hacia Nina, que estaba sentada en el borde de un canapé, su cuerpo doblado en forma de Z, con un cenicero junto a su talón y que, quitándose de los labios la boquilla turquesa, alegre, y lentamente exclamó:

—De toda la gente...

Y durante toda la velada, mi corazón pareció romperse, cuando pasaba de grupo en grupo con un vaso pegajoso en la mano, mirándola una y otra vez desde lejos (ella no miró), oyendo fragmentos de conversación y escuchar a un hombre decir:

—Es curioso cómo huelen igual, hojas quemadas a través de cualquier perfume que empleen, esas muchachas angulares de cabello oscuro.

Y como sucede a menudo, una observación trivial, relacionada con algún tema que nos era desconocido, se enroscaba y aferraba a nuestra propia e íntima reminiscencia, un parásito de su tristeza.

En lo alto de la escalera, nos encontramos con una especie de tosca terraza. De allí podíamos ver el delicado contorno del blanco monte San Jorge, con un racimo de manchas marfileñas (algún caserío) en una de sus laderas; el humo de un tren invisible ondulando a lo largo de su redondeada base y pronto desaparecido; más abajo, sobre la confusión de techumbres, se discernía un ciprés solitario, parecido a la húmeda y retorcida punta negra de un pincel para acuarela; a la derecha, asomaba una punta de mar gris con arrugas plateadas. A nuestros pies había una vieja llave mohosa y en la pared de la casa medio derruida situada junto

a la terraza aún colgaban las puntas de un alambre..., me hice la reflexión de que allí había existido vida con anterioridad, una familia había gozado de la frescura del anochecer, niños desmañados habían coloreado dibujos a la luz de una lámpara... Nos quedamos allí como escuchando algo; Nina, que estaba en un escalón más alto, me puso una mano en el hombro, sonrió y cuidadosamente, como para no ajar su sonrisa, me besó. Con una fuerza insoportable reviví (o por lo menos me lo parece) todo lo que había ocurrido entre los dos empezando por un beso similar y dije:

—Dime, ¿y si yo te amase?

Nina me miró, repetí las mismas palabras, quise añadir..., pero algo como el ala de un murciélago pasó velozmente por su rostro, una expresión rápida, extraña, casi malévola, y ella, que decía palabras fuertes con perfecta simplicidad, se turbó y yo también me sentí torpe...

—No te preocupes, estaba bromeando —me apresuré a decir, asiéndola ligeramente por la cintura.

De algún sitio apareció en sus manos un pequeño ramo de oscuras violetas generosamente perfumadas. Antes de reunirse con su esposo y el coche nos quedamos un rato junto al parapeto de piedra y nuestro romance era más desesperanzado que nunca. Pero la piedra tenia la tibieza de la carne y de pronto comprendí algo que había estado viendo sin comprenderlo... por qué un pedazo de hoja de lata había brillado tanto sobre el suelo, por qué el reflejo de un vaso había temblado sobre el mantel, por qué el mar era ceniciento: de algún modo, imperceptiblemente, el cielo blanco sobre Fialta se había saturado con la luz del sol y aquella total radiación blanca fue creciendo y creciendo, disolviéndose todo en ella, desvaneciéndose todo. Todo ya en el pasado y yo, en el andén de la estación de Mlech, con un diario acabado de comprar en la mano, diciéndome que el coche amarillo que vi bajo los plátanos había sufrido un accidente cerca de Fialta; se había estrellado a toda velocidad contra el vagón de un circo que entraba en la ciudad, un accidente del que Ferdinand y su amigo, aquellos bribones invulnerables, aquellas salamandras del destino, aquellos basiliscos de buena suerte, habían escapado con balance de heridas locales y temporales, mientras que Nina, a pesar de la prolongada y leal imitación que había hecho de ellos, había resultado, después de todo, ser mortal.

París, 1938

DOBLE, TRIPLE... Susan Sontag

The Dummy, Susan Sontag

Puesto que mi situación es intolerable, he decidido tomar medidas para resolverla. En vista de ello he construido un doble enteramente como un ser humano, hecho de diversas marcas de plástico japonés, imitando la carne, el pelo, las uñas y todo lo demás. Un ingeniero electrónico al que yo conocía montó el mecanismo interno del doble por un precio asequible; éste sería capaz de hablar, comer, trabajar, pasear y cohabitar. Contraté a un importante artista de la vieja escuela realista para que pintara las facciones; después de doce sesiones, el trabajo quedó concluido a mi entera satisfacción. Ni que decir tiene que el parecido del doble conmigo era perfecto. Allí estaban mi nariz ancha, mi pelo castaño, las arrugas a cada lado de la boca. Ni siquiera yo podría distinguir al doble de mí mismo, si no fuese por el hecho de que para mi especial provecho, es evidente que él es él y que yo soy yo.

Todo lo que resta es instalar al doble en el centro de mi vida. Irá a trabajar en mi lugar, y recaerán sobre él la aprobación y censura de mi jefe. Hará reverencias y será diligente. Todo lo que le pido es que me traiga el cheque un miércoles sí y otro no; yo le daré los billetes del autobús y dinero para los almuerzos, pero nada más. Haré los cheques para el alquiler y demás gastos, y me embolsaré el resto. El doble será también el que esté casado con mi mujer. Le hará el amor los martes y sábados por la noche, verá la televisión con ella todas las tardes, tomará sus bien hechas comidas y se peleará con ella por la manera de educar a los niños. (Mi mujer, que trabaja también, paga de su sueldo las facturas de la tienda de comestibles). Le asignaré también al doble la partida de bolos, los lunes por la noche, con el equipo de la oficina; la visita, los viernes por la noche, a mi madre; la lectura del periódico todas las mañanas y quizá la compra de mi ropa (por partida doble, un surtido para él y otro para mí). Le asignaré otras obligaciones, según vayan surgiendo, ya que deseo deshacerme de ellas, y quedarme solo con lo que me agrada.

Un plan fabuloso, dirá usted. Pero, ¿por qué no? Los problemas de este mundo se resuelven en realidad sólo de dos maneras: por aniquilación o por duplicación. En épocas anteriores, menos avanzadas que la nuestra, sólo existía la primera opción. Pero no veo razón alguna para no aprovechar las maravillas de la ciencia y la tecnología modernas en la liberación del hombre. Yo puedo escoger, y puesto que no soy del tipo de los que se suicidan, he decidido duplicarme.

En una espléndida mañana de un lunes, pongo al fin, a punto al doble y le dejo ir, después de haberme asegurado que sabe exactamente lo que tiene que hacer, es decir, que sabe cómo me comportaría yo en cualquier situación familiar. (Las situaciones sin precedente dejo que las resuelva por su cuenta). Suena el despertador. Se da la vuelta, da un empujón a mi mujer que se levanta de la cama doble, con aire enojado, y para el despertador. Se pone las zapatillas y la bata, y se va renqueando, con los tobillos entumecidos, al cuarto de baño. Cuando ella sale y se encamina hacia la cocina, él se levanta y coge el sitio en el cuarto de baño. Orina, se lava la boca, se afeita y saca su ropa de los cajones del ropero, vuelve al cuarto de baño, se viste y luego se reúne con mi mujer en la cocina. Los niños están ya sentados a la mesa. La niña más pequeña no terminó sus deberes la noche pasada, y mi mujer está escribiendo una nota de disculpa para el profesor. La niña mayor está sentada muy tiesa, mascando una tostada fría. «Buenos días, papá», le dicen al doble. El doble les contesta con un pellizco en la mejilla.

Observo con alivio que el desayuno transcurre sin ningún incidente. Las niñas se van. No han notado nada. Comienzo a sentirme seguro de que mi plan va a marchar. Solamente ahora me doy cuenta, en mi excitación, que había sentido un miedo enorme que no fuera así... de que hubiera habido algún fallo mecánico por parte del doble, de forma que no reconociera sus claves. Pero no, todo va estupendamente, incluso la manera cómo hojea *The New York Times* es correcta; reproduce exactamente la cantidad de tiempo que yo empleo en las noticias del extranjero, y la lectura de las páginas de deporte le ocupa tanto como a mí.

El doble le da un beso a mi mujer, sale a la puerta y entra en el ascensor (¿se reconocerán las máquinas una a otra?, me pregunto). Una vez en el vestíbulo sale por la puerta echando a andar sin prisa —el doble ha salido con tiempo suficiente y no tiene que preocuparse— y se mete en el «metro». Seguro, tranquilo, limpio (lo limpié yo mismo el domingo por la noche), sin turbarse, va llevando a cabo las tareas fijadas. El estará contento mientras yo esté satisfecho con él y así estaré, haga lo que haga, siempre que los demás estén satisfechos con él. Mientras tanto, yo me tengo para mí mismo.

Nadie nota nada diferente en la oficina. La secretaria le saluda y él responde con una sonrisa, tal como yo hago siempre; luego va a mi despacho, cuelga el abrigo y se sienta ante mi mesa. La secretaria le trae el correo. Después de leerlo, llama para dictar algunas cosas. A continuación hay una pila de papeles —los asuntos que yo dejé sin terminar desde el viernes pasado— a los que tiene que atender. Llama por teléfono varias veces, y concierta una cita, para la hora de almorzar,

con un cliente de fuera de la ciudad.

Solamente noto una irregularidad: el doble fuma siete cigarrillos durante la mañana, y yo, en cambio, suelo fumar de diez a quince. Pero lo atribuyo al hecho de que es nuevo en el trabajo, y aún no ha tenido tiempo de acumular las tensiones que yo siento después de haber trabajado seis años en esta oficina. Se me ocurre que tampoco tomará probablemente dos «martinis» durante el almuerzo —como hago yo siempre—, sino sólo uno; y no me equivoco. Pero estos no son más que meros detalles que redundarían en crédito del doble, si alguien los notase, lo cual dudo mucho.

Su comportamiento con el cliente de fuera de la ciudad es plenamente correcto, quizá un punto con exceso nervioso y deferente, pero también esto lo atribuyo a la inexperiencia. Gracias a Dios, ni un solo asunto le hizo dar un traspiés. Sus modales en la mesa fueron como debían ser; no picó de los platos con desgana, sino que comió con apetito. También supo que debía firmar un cheque, mejor que pagar con dinero en efectivo, ya que la firma tiene cuenta en el restaurante que él eligió.

Por la tarde hay una conferencia de ventas. El vicepresidente está explicando una nueva campaña de promoción en el Centro-Oeste. El doble hace un par de sugerencias a las que el patrón asiente. El doble da golpecitos con el lápiz sobre la larga mesa de caoba y mira pensativo. Noto que está fumando demasiado. ¿Podrá estar sintiendo la tensión tan pronto? Por un momento, me siento solícito para con él. ¡Qué vida tan dura llevaba yo! Después de menos de un día de esa vida, incluso un doble muestra cierto cansancio y desgaste. El resto de la tarde transcurre sin ningún incidente. El doble vuelve a casa junto a mi mujer y mis hijos, toma la cena apreciándola, juega al Monopol durante una hora con los niños, ve un *western* en la televisión con mi mujer, se baña, se hace un bocadillo de jamón en la cocina y después se retira a la cama. No sé qué sueños soñaría, pero espero que fueran tranquilos y agradables. Si mi aprobación pudiera darle un sueño sin ninguna inquietud, la tiene desde luego. Estoy totalmente satisfecho de mi creación.

El doble lleva ya en el trabajo varios meses. ¿Qué puedo contar? ¿Un grado mayor de perfeccionamiento? Pero esto es imposible: estuvo perfecto desde el primer día. No podía ser más como yo, que lo que fue al comienzo mismo. Así que no tiene que mejorar en su trabajo, sino únicamente persistir en él con resignación, sin rebeldía y sin ningún fallo mecánico. Mi mujer es feliz con él, o al menos no más infeliz que lo era conmigo. Mis hijos le llaman papá y le piden el dinero de la semana. Mis compañeros de trabajo y mi jefe continúan confiándole mi antiguo trabajo en la oficina.

Últimamente, sin embargo —justamente la semana pasada, en realidad—, he notado algo que me preocupa. Sólo levemente. Es el caso que le hace a la nueva secretaria, la señorita Amor. Espero que no sea su nombre lo que le exalta, en alguna parte de las profundidades de esta maquinaria complicada; me imagino que las máquinas pueden ser horriblemente literales.

Sea como sea, no es nada serio. Tan sólo una mirada prolongada hacia su mesa cuando llega ella por la mañana, una pausa de un segundo, no más, cuando ella le saluda; mientras que yo —y él hasta hace poco— solía pasar por delante de esa mesa sin interrumpir la marcha. Y también parece que está dictando más cartas últimamente. ¿Podría ser un aumento de celo respecto a la firma? Ahora recuerdo que incluso el primer día habló en la conferencia de ventas. ¿O podría ser el deseo de retener a la señorita Amor unos minutos más? ¿Son todas esas cartas realmente necesarias? Podría jurar que él lo cree así. Pero luego nunca sabe uno qué hay detrás de esa cara imperturbable de doble que tiene. Francamente, me asusta preguntarle. ¿Es porque no quiero saber lo peor? ¿O porque tengo miedo de que se enfade por la violación de su intimidad? En cualquier caso, he decidido esperar basta que él me lo cuente.

El día esperado llega; las noticias que yo había temido. A las ocho de la mañana el doble me arrincona en la ducha, donde yo estaba espiándole mientras se afeitaba —realmente maravillado de cómo se acordaba de cortarse de vez en cuando como hago yo—. Se desahoga en mí, confiesa todo. Yo estoy atónito de hasta qué punto está conmovido. Atónito y un poco envidioso. Nunca soñé que un doble pudiera tener un sentimiento tan profundo, que vería llorar a un doble. Trato de tranquilizarle, le amonesto, y por último le riño. No sirve de nada. Sus lágrimas se vuelven sollozos. El, o más bien su pasión cuyo mecanismo no puedo sondear, comienza a irritarme. Estoy también aterrorizado de que mi mujer y mis hijos le oigan, que corran al cuar-to de baño y encuentren allí esta criatura fuera de sí, que será incapaz de respuestas normales. (¿Podrían encontrarnos a ambos aquí, en el cuarto de baño? Esto también es posible). Suelto la ducha, abro los dos desagües, y lleno de agua el lavabo para sofocar los afligidos ruidos que él está haciendo. ¡Todo ello por amor! ¡Todo ello por el amor de la señorita Amor! Apenas ha hablado con ella, salvo en lo concerniente al negocio. Sin duda no ha dormido con ella, de eso estoy seguro. Y sin embargo, está locamente, desesperadamente, enamorado. Quiere abandonar a mi mujer. Le hago ver que eso es imposible. En primer lugar, tiene ciertos deberes y responsabilidades; es el marido y padre de mi mujer e hijos, respectivamente. Estos dependen de él; sus vidas quedarían destrozadas por un acto de egoísmo. Y en segundo lugar, ¿qué es lo que

sabe de la señorita Amor? Ella es por lo menos diez años más joven que él, no ha dado ninguna muestra especial de haber reparado en él, y probablemente tiene un novio encantador de su propia edad, con el que proyecta casarse. El doble se niega a escuchar. Es inconsolable. Tendrá a la señorita Amor o —en este punto hace un gesto amenazador— se destruirá a sí mismo. Se golpeará la cabeza contra un muro o se arrojará desde una ventana, haciendo pedazos su delicada maquinaria. Ahora estoy realmente alarmado. Veo que se viene abajo todo el maravilloso esquema, que me ha permitido estar estos últimos meses tan a mi gusto y en paz. Me veo de nuevo en el trabajo, haciendo otra vez el amor a mi mujer, peleándome por encontrar un sitio en el metro durante las horas punta, viendo la televisión, dando una azotaina a los niños. Si esto era intolerable para mí antes, imagínese usted qué inconcebible me resulta ahora. Si supiera tan sólo cómo he pasado estos últimos meses mientras el doble estaba administrando mi vida. Sin una sola preocupación en el mundo, salvo en unos momentos fortuitos de curiosidad a propósito de la suerte del doble, me había escabullido al fondo del mundo. Ahora dormía en cualquier lugar, en casas ruinosas, en el metro (al que sólo me acercaba muy tarde por la noche), en avenidas y portales. No me molestaba ya en cobrar el cheque del doble, porque no había nada que quisiera comprar. Mi ropa estaba hecha pedazos y sucia. ¿Suena todo esto muy lúgubre? Pues no lo era, ni mucho menos. Por supuesto, al principio, cuando el doble me quitó de encima el peso de mi propia vida, tenía yo grandes planes de vivir las vidas de otros. Quería ser un explorador del Ártico, un pianista, una estupenda cortesana, un hombre de Estado. Intenté ser Alejandro Magno, después Mozart, Bismarck, Greta Garbo, Elvis Presley... en mi imaginación, por supuesto. Me imaginaba que no siendo ninguna de estas personas durante largo tiempo, podría obtener sólo las satisfacciones de sus vidas y ninguna de sus incomodidades; porque podría escaparme, transformarme a mí mismo siempre que lo quisiera. Pero el experimento fracasó por falta de interés, o por agotamiento, llámenlo ustedes como quieran. He descubierto que estoy cansado de ser una persona, no sólo cansado de ser *la* persona; no sólo cansado de ser la persona que era, sino cualquier persona. Me gusta observar a las gentes, pero no me gusta hablarlas, tratar con ellas, agradarlas u ofenderlas. Ni siquiera me gusta hablar al doble. Estoy cansado, me gustaría ser una montaña, un árbol, una piedra. Si es que tengo que continuar siendo una persona, la vida del solitario abandonado es la única que puedo soportar. Así que pueden ustedes darse cuenta de que estaba fuera de discusión el que yo permitiera al doble que se destruyera a sí mismo, para tener que ponerme en su lugar y vivir de nuevo mi antigua vida.

Continúo mis esfuerzos de persuasión. Consigo que se seque las

lágrimas y salga a enfrentarse con el desayuno familiar, prometiéndole que continuaremos la conversación en la oficina, después de que él dicte a la señorita Amor el montón de cartas de la mañana. Accede a hacer ese esfuerzo y hace su aparición en la mesa, con los ojos enrojecidos como de una mala noche. «¿Un catarro, querido?», dice mi mujer, solícita. El doble se pone colorado y murmura algo. Pido a Dios se dé prisa porque tengo miedo de que rompa a llorar de nuevo. Noto alarmado que apenas puede comer, y deja llenas las dos terceras partes de la taza de café.

El doble sale con aire triste del apartamento, dejando a mi mujer algo perpleja y aprensiva. Le veo parar un taxi en vez de dirigirse al metro; las cosas están realmente en un momento crítico. En la oficina le espío, mientras dicta las cartas, suspirando entre una frase y otra. La señorita Amor también lo nota y le dice jovialmente: «¿Qué le ocurre?». Hay una larga pausa. Miro a hurtadillas desde el ropero, y ¡qué veo!: el doble y la señorita Amor en un cálido abrazo. El le está acariciando el pecho, los ojos de ella están cerrados, sus bocas se unen. El doble se apercibe de que estoy mirándole fijamente desde detrás de la puerta del armario. Le hago señas alborotado, tratando de hacer entender que tenemos que hablar, que estoy de su parte, que le ayudaré, «¿Esta noche?», dice él en un susurro, poco a poco soltando a la embelesada señorita Amor. «Te adoro», murmura ella. «Te adoro», dice el doble en una voz apenas por encima del susurro, y «tengo que verte». «Esta noche», le contesta ella en un susurro. «Mi casa. Aquí tienes las señas». Un beso más y la señorita Amor se marcha. Salgo del armario y cierro con llave la puerta del pequeño despacho. «Bien —dice el doble—, es Amor o muerte». «Muy bien —digo yo tristemente—, no trataré de disuadirte ya más. Parece una buena chica, después de todo. Y muy atractiva. Quién sabe si hubiera trabajado en la oficina cuando yo estaba aquí...». Veo que el doble frunce el ceño enfadado y no termino la frase. «Pero tendrás que darme tiempo», digo. «¿Qué vas a hacer? Por lo que veo, no hay nada que puedas hacer—dice él—.«Si crees que voy a volver a casa junto a tu mujer y las niñas, después de que he encontrado a Amor». Le suplico que me dé tiempo. ¿En qué estoy pensando? Simplemente esto. El doble después de todo está ahora en mi posición de origen. El arreglo actual de su vida le resulta intolerable, pero teniendo una apetencia por una vida real y singular mayor de la que yo jamás he tenido, no quiere desaparecer por completo del mundo. Tan sólo quiere remplazar a mi mujer, que es sin duda de segunda mano, y a mis dos ruidosas hijas, por la señorita Amor, deliciosa y además sin hijos. Entonces, ¿por qué no podría servir mi solución —duplicación— también para él? Cualquier cosa es mejor que el suicidio. Le necesitaba aún el tiempo que tardara en hacer otro doble, uno que se quedara con mi mujer e hijas y fuera al trabajo, mientras que este doble (el doble verdadero, debo llamarle

ahora) se fugaba con la señorita Amor.

Quedamos de acuerdo en concluir nuestra conversación ese mismo día, un poco más tarde. Le pido prestado algo de dinero para ir a un baño turco y asearme, para darme un corte de pelo y afeitarme en la barbería y para comprarme un traje como el que él lleva puesto. Por sugerencia suya quedamos en encontrarnos para el almuerzo en un pequeño restaurante de Greenwich Village, donde es imposible que encuentre a alguien que pueda reconocerle. No sé con seguridad de qué se asusta. ¿De almorzar solo y ser visto hablándose a sí mismo? ¿De ser visto conmigo? Pero ahora yo estoy perfectamente presentable. Y si somos vistos como dos, ¿qué puede haber más normal que un par de gemelos adultos idénticos, vestidos igual, que están almorzando juntos y están enfrascados en una conversación muy seria?

El almuerzo tiene lugar. Los dos pedimos *spaghetti al burro* y almejas al horno. Después de tres copas, viene derecho a mi punto de vista. En consideración a los sentimientos de mi mujer —dice—, no de los míos —insiste varias veces en un tono de voz más bien áspero—, esperará. Pero sólo unos meses, nada más. Señalo que en este intervalo no le pediré que no duerma con la señorita Amor, sino únicamente que sea discreto en su adulterio.

El hacer el nuevo doble fue un poco más difícil que el primero. Todos mis ahorros volaron. Los precios del plástico humanoide y los demás materiales, el sueldo del ingeniero y del artista habían subido en el espacio de un año. En cambio, debo añadir que el salario del doble no había subido nada, a pesar de que era evidente que el jefe apreciaba cada vez más el valor que representaba el doble para la firma.

El doble está fastidiado de que insista en que sea él, mejor que yo, el que pose para el artista, cuando se moldean y se pintan los rasgos faciales. Pero yo le hago ver que si el segundo doble es de nuevo sacado de mí, sería una copia algo descolorida o borrosa. Sin duda hay alguna disparidad entre la apariencia del primer doble y la mía, a pesar de que no puedo apreciarla. Quiero que el segundo doble sea como él, dondequiera que haya la menor diferencia entre él y yo. Tendré únicamente que correr el riesgo de que el segundo doble pueda también reproducir la inesperada pasión humana que me privó de la utilidad que tenía para mí el primero.

Al fin el segundo doble está listo. También por insistencia mía, el primer doble, aunque con desgana, ya que quería tener todo el tiempo libre para pasarlo con la señorita Amor, se ocupó del período de adiestramiento y endoctrinamiento del segundo doble durante varias semanas. Llega el gran día. El segundo doble es instalado en la vida del primero en medio de un partido de *baseball* un sábado por la tarde,

justamente en la pausa del séptimo turno del *batman.* Había quedado decidido que el primer doble saldría para comprar perritos calientes y Coca-Cola para mi mujer y mis hijos. El primer doble es el que sale, el segundo el que vuelve cargado con la comida y las bebidas. El primer doble se mete a toda prisa en un taxi y corre hacia los brazos de la señorita Amor, que le están esperando.

Esto ocurrió hace nueve años. El segundo doble vive con mi mujer de un modo no más exaltado o más deprimido de lo que yo solía.

La niña mayor está en la Universidad, la segunda en el colegio, y hay un nuevo niño, un chico, que ahora tiene seis años. Se han mudado a un nuevo apartamento de copropiedad en Forest-Hills, mi mujer ha dejado de trabajar, y el segundo doble es vicepresidente asistente de la firma. El primer doble asistió a las clases nocturnas de la Universidad mientras trabajaba como camarero durante todo el día; la señorita Amor también volvió a la Universidad y sacó su licenciatura de maestra. El es ahora arquitecto con una clientela cada vez mayor, y ella enseña inglés en el colegio Julia Richmond. Tienen dos niños, un chico y una chica, y son notablemente felices. De cuando en cuando, visito a mis dos dobles. Nunca sin arreglarme primero, pueden ustedes imaginarse. Me considero como un pariente, y el padrino, a veces el tío, de todos sus niños. Noto que ninguno de los dos se siente nunca demasiado contento de verme, quizá a causa de mi aspecto desaseado, pero no tienen el valor de echarme. Nunca me quedo mucho rato, pero les deseo que les vaya todo bien y me felicito a mí mismo por haber resuelto los problemas de esta vida, pobre y corta, que me ha tocado en suerte, en una forma tan equitativa y responsable.

AMOR   Yuri Olesha

Love, Yuri Olesha

Reprinted by courtesy of Blaisdele Publishing, C.º, New York.

Traducción de
Irene Peypoch

Shuvalov estaba en el parque esperando a Lelya. Era mediodía y hacía calor. Al ver a un lagarto subido a una piedra, pensó:

«El lagarto está completamente indefenso sobre la piedra, se le puede descubrir en seguida. Mimetismo... —se dijo, y aquello le hizo pensar en los camaleones—. Claro, esto es lo que se necesita: ¡un camaleón ¡»

El lagarto desapareció.

Fastidiado, Shuvalov se levantó del banco y empezó a recorrer rápidamente el sendero. Estaba molesto. De pronto, se había sentido en lucha contra algo. Se quedó quieto y dijo con voz bastante fuerte:

—¡Al diablo todo! ¿Por qué tengo que pensar en mimetismo y camaleones? Son ideas que no me sirven de nada.

Salió a un espacio abierto y se sentó sobre una piedra. Los insectos volaban raudos a su alrededor; las cañas se estremecían. La arquitectura formada por el vuelo de los pájaros, moscas y demás insectos, era difusa, pero se podía discernir el débil trazado de arcos, puentes, torres, terrazas, una ciudad variable que cambiaba continuamente de forma.

«Empiezo a perder la cabeza —pensó—. El campo de mi atención se está complicando y me vuelvo ecléctico. ¿Qué me pasa? Empiezo a ver cosas que no existen.»

No había señal de Lelya. Pasar tanto rato en el parque no formaba parte de sus planes. Reanudó su paseo.

Se enteró de la existencia de muchas especies de insectos. Un mosquito trepaba por una brizna de hierba, lo cogió y se lo puso en la palma de la mano. Súbitamente su delgado cuerpecillo salió disparado en el sol. Shuvalov se enfureció aún más.

«¡Maldita sea! ¡Si esto continúa, dentro de media hora seré naturalista!»

Los troncos de los árboles eran de muchas clases, lo mismo que los tallos y las hojas. Vio pasto nudoso como el bambú, se sorprendió ante la multitud de tonos del césped, incluso los variados matices del suelo representaban una sorpresa para él.

«No quiero ser naturalista —rogó—. No puedo hallar aplicación para esas observaciones casuales.»

Pero no había señal de Lelya. Hizo algunas deducciones estadísticas y algunas clasificaciones. Podía explicar que la mayoría de los árboles de aquel parque eran de tronco grueso y hojas en forma de trébol. Sabía distinguir los zumbidos de los diversos insectos. Contra su voluntad, su atención se centraba en asuntos que no teníian el menor interés para él.

Y aún no había señal de Lelya. Se sentía rebosante de añoranza e irritación. Caminando hacia él, en vez de Lelya, se acercaba, cubierto con un sombrero negro, un individuo a quien no había visto jamás. El hombre tomó asiento a su lado, en el banco verde. Tenía un aspecto desalentado, con la cabeza inclinada y una mano blanca sobre cada rodilla. Era joven y tranquilo. Más tarde supo que padecía de daltonismo. Los dos sintieron necesidad de hablar.

—Le envidio —dijo el joven—. Dicen que las hojas son verdes. Yo nunca he visto hojas verdes. Yo tengo que comer peras azules.

—El azul no es comestible —replicó Shuvalov—. Una pera azul me revolvería el estómago.

—Yo como peras azules —repitió sombriamente el joven daltónico.

Shuvalov se encogió de hombros.

—Dígame —preguntó—, ¿se ha dado cuenta de que cuando los insectos vuelan a nuestro alrededor se forma una ciudad, líneas imaginarias...?

—No puedo decir que lo haya hecho —contestó el daltónico.

—¿Así que usted ve el mundo tal como es?

—Sí, excepto algunos detalles cromáticos —volvió su cara pálida hacia Shuvalov—. ¿Está usted enamorado?

—Sí —le contestó éste, cándidamente.

—Dejando de lado una ligera confusión en materia de colores, todo es tal como debe ser —dijo el daltónico más animado y haciendo un amplio gesto hacia su alrededor.

—¡Pero las peras azules, vaya tontería! —sonrió Shuvalov.

Lelya apareció en la distancia. Shuvalov saltó en su asiento. El daltónico se levantó, se quitó el sombrero y se retiró.

—¿Es usted violinista? —le gritó Shuvalov.

—Ve usted cosas que no son —le contestó el joven.

—¡Tiene cara de violinista! —le gritó de nuevo con fuerza Shuvalov.

El daltónico, sin detenerse, dio una respuesta que no pudo oír bien, aun

cuando le pareció entender:

—¡Va por mal camino!

Lelya se acercaba rápidamente. Se levantó y dio unos pasos hacia ella. Las ramas con hojas en forma de trébol ondulaban. Shuvalov se quedó en medio del sendero. Las ramas susurraban. Al acercarse ella, el follaje la saludó alegremente. El joven daltónico miró hacia atrás y pensó: «Se ha levantado un poco de viento», y observó que las hojas se comportaban como cualquier hoja agitada por el viento. Vio mecerse las copas azules de los árboles. Shuvalov vio copas verdes, pero sacó una conclusión anormal. Pensó que los árboles saludaban a Lelya. El joven daltónico estaba equivocado, pero el error de Shuvalov era mayor.

—Veo cosas que no existen —repitió.

Lelya llegó hasta él. Llevaba una bolsa de albaricoques en una mano, le tendió la otra. El mundo cambió precipitadamente.

—¿Por qué pones esta cara? —le preguntó ella.

—Me siento como si llevase gafas.

Lelya sacó un albaricoque de la bolsa y lo partió por la mitad y tiró el hueso que cayó sobre la hierba. Shuvalov miró asustado a su alrededor. Miró en torno suyo y vio que donde había caído el hueso, había crecido un árbol, un esbelto y radiante arbolillo, un milagroso parasol. Entonces le dijo a Lelya:

—Está sucediendo algo absurdo, estoy empezando a pensar en imágenes. Las leyes de la naturaleza ya no existen para mí. Dentro de cinco años, habrá en este lugar un albaricoquero. Puede que sea así, científicamente es perfectamente posible. Pero desafiando a todo lo que es natural, acabo de ver este árbol con cinco años de anticipación. ¡Qué ridiculez! ¡Me estoy volviendo idealista!

—Es porque estás enamorado —repuso ella, salpicándole con jugo de albaricoque.

Le esperaba reclinada sobre unos almohadones, La cama había sido colocada en un rincón. Las guirnaldas del empapelado tenían un brillo dorado. El se acercó y ella le rodeó con sus brazos. Era tan joven y grácil que cuando sólo llevaba el camisón, su desnudez parecía sobrenatural. El primer abrazo fue tempestuoso. El medallón infantil saltó de su garganta y se le prendió en el pelo como una almendra de oro. Shuvalov se inclinó sobre su rostro, que se hundió en los almohadones tan lentamente como el de una moribunda.

La lámpara estaba encendida.

—Voy a apagarla —dijo Lelya.

Shuvalov estaba tendido cerca de la pared. El rincón empezó a moverse hacia él. Con los dedos fue siguiendo el dibujo de la pared. Empezaba a comprender que la porción de papel junto a la cual se estaba quedando dormido tenía una doble existencia: una, la de todos los días y que no tenía nada de extraordinario: simples guirnaldas. La otra, nocturna, percibida cinco minutos antes de quedarse dormido. Destacando súbitamente cerca de él, los elementos del dibujo fueron creciendo, más detallados y extraños. Cerca ya del sueño su percepción se hizo más infantil, no se quejó de la transformación de las formas propias y familiares, tanto más que esta transformación tenía algo de enternecedor: en vez de círculos y espirales, vio una cabra, un gorro de cocinero...

—Y aquí hay una clave de tiple —dijo Lelya, comprendiéndole.

—Y un camaleón —balbuceó él y se quedó dormido.

Se despertó muy temprano. Muy temprano. Se despertó, miró a su alrededor y dio un grito. Un sonido beatífico salió de su garganta. Durante la noche que acababa de transcurrir, la transformación del mundo que había empezado con su primer encuentro, había sido completada. Se despertó en una tierra nueva. El resplandor de la mañana llenaba la habitación. Descubrió la repisa de la ventana, y en ella, tiestos con flores multicolores. Lelya estaba dormida y le daba la espalda. Reposaba encogida, la espalda doblada y bajo la piel, su espina dorsal se dibujaba como un junco esbelto. «Una caña de pescar... Una caña de bambú», pensó Shuvalov. En esta nueva tierra todo era enternecedor y absurdo. A través de la ventana le llegaban las voces del exterior, la gente estaba hablando de los tiestos colocados en la ventana.

Se levantó y se vistió, manteniéndose erguido no sin esfuerzo. La gravedad terrestre había dejado de existir. Aún no comprendía las leyes de este nuevo mundo y actuaba con precaución, tímidamente, temiendo que cualquier movimiento brusco pudiese tener un efecto devastador. El mismo pensamiento, la sola percepción de los objetos, representaban un riesgo. ¿Y qué pasaría si durante la noche se le hubiese concedido el don de materializar los pensamientos? Existía cierta base para una suposición de tal índole. Como, por ejemplo, sus botones se habían abrochado solos y tan pronto como pensó en humedecer su cepillo para alisarse el pelo, oyó el sonido del agua goteando en el grifo. Miró en torno suyo. Apoyados contra la pared brillante de sol, un montón de vestidos de Lelya relucían con todos los colores de un globo Montgolfier.

—Aquí estoy —dijo el grifo, desde el montón de ropa.

Lo encontró, junto con el lavabo, debajo del montón de vestidos. Al lado había una pastilla de jabón rosado. Shuvalov estaba asustado, pues

temía pensar en algo terrible.

«Que entre un tigre en la habitación», pensó en contra de su voluntad. Pero de algún modo se las compuso para escapar del pensamiento. Miró hacia la puerta con terror. La materialización tuvo lugar, pero ya que el pensamiento no había sido totalmente formado, el efecto fue aproximado y remoto: una avispa entró por la ventana, era rayada y estaba sedienta de sangre.

—¡Lelya, un tigre! —gritó Shuvalov.

Lelya se despertó. La avispa se había colocado en el borde de un plato. Zumbó giroscópicamente. La muchacha saltó de la cama y la avispa voló hacia ella; quiso apartarla de sí, la avispa y el medallón giraban a su alrededor. Shuvalov golpeó la joya con la palma de la mano y ambos persiguieron al insecto con determinación hasta que Lelya lo cubrió con su crujiente sombrero de paja.

Shuvalov tuvo que marcharse. Se despidieron parados en una corriente de aire que, en este nuevo mundo, resultó ser curiosamente activa y con muchas voces... Abrió de golpe una puerta del piso inferior, cantó como una lavandera, arremolinó las flores sobre la repisa de la ventana, levantó el sombrero de Lelya liberando la avispa y lo depositó en la ensaladera, hizo que el pelo de Lelya se erizase: silbaba, hinchando el camisón de Lelya.

Se separaron. Shuvalov, demasiado feliz para sentir el suelo bajo sus pies, descendió y salió al patio. No, no sentía la escalera bajo sus pies, ni el porche o el suelo. Fue entonces cuando descubrió que todo aquello no era un espejismo sino la realidad: sus pies estaban suspendidos en el aire, volaba.

—Vuela con las alas del amor —oyó que decía una voz al pasar bajo una ventana.

Se irguió cuanto pudo, su camisa, anudada a la cintura, se convirtió en un miriñaque; había fiebre en sus labios, voló chasqueando los dedos.

A las dos llegó al parque. Cansado de amor y de felicidad, se quedó dormido sobre un banco verde. Siguió durmiendo. El sudor de su cara hervía al sol. Dormía, las clavículas asomando por la camisa abierta.

Un desconocido, llevando algo parecido a una sotana, sombrero negro y gruesas gafas azules, caminaba lentamente por el sendero, con el porte de un sacerdote; las manos unidas a la espalda y levantando y bajando la cabeza. Se acercó a Shuvalov y se sentó a su lado.

—Soy Isaac Newton —dijo el desconocido, quitándose el sombrero.

A través de sus gafas veía su fotográfico mundo azul.

—¿Cómo está usted? —murmuró Shuvalov.

El gran científico se sentaba erguido, alerta, como sobre ascuas. Escuchaba intensamente, con las orejas temblorosas y el índice de su mano izquierda levantado como si estuviese señalando un coro invisible a punto de cantar a su menor indicación. La naturaleza contenía el aliento. Shuvalov, sin hacer ruido, se ocultó detrás del banco. La grava crujió bajo sus pies. El famoso físico escuchaba el vasto silencio de la naturaleza. A lo lejos, bajo un macizo de verdura, una estrella brilló como durante un eclipse y se apagó.

—¡Allí! —exclamó de pronto Newton—. ¿Lo ha oído?

Sin mirar, extendió una mano, asió a Shuvalov por la camisa, y levantándose, lo sacó de su escondite. Caminaron por el prado. Los amplios zapatos del científico pisaban suavemente y dejaban huellas blancas sobre la hierba. Un lagarto se deslizó frente a ellos, mirándoles de reojo de vez en cuando. Pasaron a través de un matorral, que decoró la montura de acero de las gafas del científico con pelusa y mariquitas. Penetraron en un claro. Shuvalov reconoció el arbolillo que había nacido el día anterior.

—¿Albaricoquero? —preguntó.

—No —gritó el científico, con irritación—. Es un manzano.

El esqueleto del manzano, la armazón enrejada de su copa, ligera y frágil como la armazón de un globo Montgolfier, era visible a través de la cubierta exigua del follaje. Todo estaba inmóvil y en silencio.

—¡Aquí! —dijo el científico deteniéndose, y debido a la inclinación de su espalda, su voz sonó como un gruñido—. ¡Aquí! —tenía una manzana en la mano—. ¿Qué significa esto?

Era evidente que no tenía mucha costumbre de agacharse. Al erguirse, echó varias veces los hombros hacia atrás, readaptando su espina dorsal, la vieja caña de bambú de la espina. La manzana reposaba entre tres dedos.

—¿Qué significa esto? —repitió, con un jadeo que le embozaba la voz—. ¿Quiere decirme por qué ha caído la manzana?

Shuvalov la miró como una vez lo hizo Guillermo Tell.

—Por causa de la ley de gravedad —balbuceó.

Después de una pausa, el gran científico preguntó:

—¿Me equivoco, jovencito, al decirle que esta mañana ha volado usted? —dijo con el tono de un profesor que examina a un estudiante. Sus cejas sobresalían por la montura de las gafas—. ¿Me equivoco al decirle que esta mañana ha volado, joven marxista?

Una mariquita se arrastró de su dedo a la manzana. Isaac Newton la miró y le pareció de un azul deslumbrante. Frunció el ceño. El insecto se colocó en la parte más alta de la manzana y salió volando con la ayuda de alas salidas de algún sitio, como un hombre de levita se saca un pañuelo de un bolsillo equivocado.

—¿Me equivoco al decirle que esta mañana ha volado?

Shuvalov no contestaba.

—¡Cerdo! —dijo Isaac Newton.

Shuvalov se levantó.

—¡Cerdo! —decía Lelya parada ante él—. Me estás esperando y te quedas dormido. ¡Cerdo!

Le quitó una mariquita de la frente y sonrió ante el resplandor metálico de su cuerpecillo.

—¡Maldita sea! —gritó él—. Te odio. Hubo un tiempo en que yo sabía que esto era una mariquita y no necesitaba saber más. Bueno, quizá tendría que haber llegado también a la conclusión de que había algo irreverente en su nombre[3]. Pero desde que nos conocimos, algo le ha ocurrido a mi vista. Veo peras azules y confundo una mosca agárica con una mariquita.

Ella quiso abrazarle.

—¡Déjame! ¡Déjame! —gritó—. Estoy harto de ti, estoy avergonzado.

Gritando, se fue corriendo como un ciervo. Corrió, resoplando y saltando salvajemente, huyendo de su propia sombra. Finalmente se detuvo sin aliento. Lelya se había desvanecido. Decidió olvidarlo todo. Debía encontrar de nuevo el mundo que había perdido.

—Adiós, ya no nos veremos más —suspiró.

Se sentó en un pedrusco que encontró en un terraplén que daba sobre un amplio paisaje punteado de fincas de veraneo. Se situó en el vértice de un prisma, las piernas colgando sobre el declive. A sus pies, el amplio parasol de un vendedor de helados daba vueltas y el hombre y sus enseres tenían, en cierto modo, la apariencia de un pueblo africano.

—Estoy viviendo en un paraíso —dijo el joven marxista, con voz abatida.

—¿Es usted marxista? —oyó que le preguntaban.

Un hombre cubierto con un sombrero negro, el joven daltónico cuyo conocimiento Shuvalov trabó con anterioridad, estaba sentado a su lado.

---

[3] *En ruso "mariquita" es literalmente "la pequeña vaca de Dios".*

—Sí, soy marxista —contestó Shuvalov.

—Entonces no puede vivir en el paraíso.

El joven daltónico jugaba con un bastoncito. Shuvalov siguió suspirando.

—Pero, ¿qué puedo hacer? La tierra se ha convertido en un paraíso.

El joven daltónico silbó y se rascó la oreja con el bastoncito.

—¿Sabe usted a lo que he llegado? —continuó Shuvalov—. Esta mañana he volado.

Una cometa colgaba del cielo como un sello de correo pegado de través.

—Si quiere se lo demostraré, volaré hasta allí. —Shuvalov extendió una mano.

—No, gracias; no quiero ser testigo de su desgracia.

—Sí, es terrible —asintió Shuvalov, tras una pausa—. Sé que es terrible. Le envidio —prosiguió.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. Es maravilloso verlo todo correctamente y estar, como usted, sólo confundido en algunos detalles de color. No necesita vivir en el paraíso. El mundo no le ha sido borrado. Todo permanece en el orden que le es propio. Y yo, ¡piénselo!, estoy perfectamente bien, soy un materialista. ¡De pronto, una criminal y anticientífica distorsión de sustancias, de materia, ha tenido lugar ante mis propios ojos!

—Sí, es terrible —admitió el joven daltónico—. Y todo por culpa del amor.

Shuvalov asió de pronto la mano de su vecino.

—Sí, es verdad, tiene razón. —Y añadió apresuradamente—: ¡Déme sus retinas y quédese mi amor!

El joven daltónico empezó a saltar el declive.

—Perdóneme —dijo—. No tengo tiempo, adiós. Siga viviendo en su paraíso.

Le fue difícil bajar por el talud. Lo hacía con las piernas muy separadas y parecía más un reflejo humano en el agua que un hombre de verdad. Llegó, por fin, al llano y caminó alegremente. Después, tirando el bastoncito al aire, le envió un beso a Shuvalov y le gritó:

—¡Dele mis recuerdos a Eva!

Mientras tanto, Lelya dormía. Una hora después de su encuentro con el joven daltónico, Shuvalov la halló en las profundidades del parque, en su mismo corazón. No era naturalista, no podía identificar la vegetación

que le rodeaba: avellanos, espinos, saúcos o escaramujos. Ramas, arbustos, todos le presionaban por todas partes. Caminaba como un vendedor ambulante, cargado con canastas llenas de vástagos entrelazados, fuertemente atados en el centro. Se entretuvo tirando las canastas que derramaban sobre él hojas, pétalos, espinas, bayas, pájaros...

Lelya estaba tendida sobre la espalda. Iba ataviada con un vestido rosado, abierto en el cuello. Dormía. Pudo oír un ligero chasquido en su nariz, congestionada en el sueño. Se sentó a su lado.

Entonces apoyó la cabeza sobre su seno, pasando los dedos sobre el algodón estampado que ella llevaba. Su cabeza reposaba sobre un seno húmedo de transpiración, podía ver el pezón rosado, ligeramente arrugado como la nata de la leche. Estaba sordo al susurro de las hojas, al chasquido de las ramas, a las respiraciones.

De pronto el joven daltónico apareció detrás de los barrotes de un arbusto. El arbusto no le dejaba pasar.

—Oiga —dijo el joven daltónico.

Shuvalov levantó la cabeza, con la dulzura adherida a la mejilla.

—Haga el favor de no seguirme como un perro... —dijo.

—Oiga, estoy de acuerdo. Yo le doy mis retinas y usted me da su amor.

—Vaya a comer peras azules —contestó Shuvalov.